

LA CAJA NEGRA

Cuentos de ciencia ficción

se



Lectulandia

El presente volumen incluye cinco relatos de ciencia ficción de las décadas de los años 60 y 70 del siglo XX, pertenecientes a conocidos escritores de la Rusia soviética.

Lectulandia

AA. VV.

La caja negra
Cuentos de ciencia ficción

ePub r1.0

Dust 14.04.18

Título original: *Cherny Yasha*
AA. VV., 1984
Zinovi Yuriev, 1978
Ilya Varshavski, 1966
Dmitri Bilenkin, 1967
Victor Kolupaiev, 1971
Anatoli Dnieprov, 1960
Traducción: Clara Shteinberg
Ilustración de la cubierta: Y. L. Maksimov

Editor digital: Dust
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

La caja negra

Zinovi Yuriev

1

Ignoro su opinión, estimado lector, pero en cuanto a mí no estoy seguro, ni mucho menos, de que los astrónomos hayan conseguido medir con exactitud la duración del día. Hay días muy cortos, hasta, diríamos, encogidos, cuando, literalmente, el tiempo no es suficiente para que se produzca algo interesante, aunque sea en lo más mínimo; en cambio, a veces, si bien en ocasiones poco frecuentes, tocan en suerte otros días, simplemente asombrosos por su extensión. Y si en el cielo la contabilidad se encuentra a un nivel adecuado, deben valorar un día de estos por dos o, incluso, por tres.

Precisamente uno de esos días tan dilatados tocó el ocho del ocho del ochenta y ocho. Y de ningún modo porque semejante combinación de cifras se repita una vez en once años. Como podrán ver no es, en absoluto, por ello.

Pues bien, comencemos el relato en orden de secuencia. Y por cuanto al orden en nuestro Instituto del Intelecto Artificial tiene su comienzo en el director Iván Nikándrovich Bútov (por lo menos, así lo considera él) y termina también en su persona (esta es la opinión de todos los demás), doy inicio a mi narración presentándoles a nuestro director.

Iván Nikándrovich, como él mismo después me contó, trataba de recordar en este instante una pequeña frase que era muy de su gusto. La solía decir su abuelo Nikífor Cristofórovich quien, a propósito, al igual que nuestro director había sido miembro-correspondiente de la Academia de Ciencias.

Sirvió de pretexto para los recuerdos una copita de coñac que el director tomó poco tiempo atrás con tres colegas norteamericanos del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Los norteamericanos pronunciaban con admiración las palabras *excellent*, *terrific* y hasta *fantastic*, mas no estaba claro qué tenían en cuenta: los logros del instituto, la secretaria del director Gálochka que les trajo café o el propio

coñac.

Iván Nikándrovich, a pesar de su modestia, se inclinaba a pensar que los entusiasmados epítetos se referían al instituto, pero yo, por mi parte, estaba seguro de que la cosa iba con Gálochka.

Miremos los hechos cara a cara: institutos que puedan compararse con el nuestro los tienen; coñac, lo tienen también. Pero nuestra Gálochka no tiene igual. Insisto en ello, aunque comprendo que, teóricamente, puedo pecar contra la objetividad, por cuanto hace tiempo que estoy enamorado de ella. Y, lamentablemente, sin gran éxito...

Pues bien, los norteamericanos se marcharon, Gálochka recogió rápidamente las copas e Iván Nikándrovich, experimentando un agradable calor en el esófago, trataba de recordar qué decía en semejantes casos, refiriéndose a este calor, su abuelo. Y se acordó. Su abuelo decía lo siguiente: como si Jesucristo pasara descalzo por el alma. ¡Lo que es ser matemático, qué definición más precisa!

En general, la vida era hermosa. Hermoso era el brillante sol de agosto que se colaba jovialmente en su despacho, moderando con respeto su ardor en las cortinas de tierno color verde claro. También era hermoso el propio despacho con sus dos mesas pulidas situadas de tal manera que formaban la vigésima tercera letra del alfabeto. ¡Oh, esta vigésima tercera letra! Una letra que tanto tiempo sumía en nostalgia el alma de Iván Nikándrovich con su lejana ilusión y que por fin cobró realidad en forma de dos imponentes mesas en su despacho de director. ¡La letra «T»! ¡Y él, Iván Nikándrovich Bútov, la preside sentado del lado de la barra superior, la perteneciente al dueño, mientras que los visitantes se las arreglan de algún modo a lo largo del tronco de la letra!

«Ah, viejo arribista» —pensó de sí el director, y al ver que no había perdido la elegante autoironía que para él siempre fue objeto de orgullo, su estado de ánimo mejoró notoriamente.

La puerta emitió un extraño sonido chupante y al despacho entró Shishmariov.

—Buenos días, Serguéi Leonídovich, pase —Iván Nikándrovich dio a su colaborador un apretón de mano al tiempo que le miraba fijamente a los ojos (siempre procedía de esta manera) y le invitó a sentarse en el sillón.

—Soy todo oídos, Iván Nikándrovich —dijo con afectado arrojo el jefe de laboratorio Shishmariov. Su rostro redondo habitualmente bondadoso, con ojos negros, un poco saltones, esbozaba una tensa atención. «Mira, hasta le brota la transpiración» —notó para su fuero interno Iván Nikándrovich, al ver que el jefe de laboratorio se pasó el pañuelo por la frente. Lo notó y sonrió para sus adentros: «Dios mío, ¿quién hubiera imaginado que llegando a esta venerable edad me gustaría tanto la respetuosidad de los subalternos?». Y de nuevo le agradó su autoironía.

—¿Qué tal los asuntos en el laboratorio? —preguntó el director.

—Todo en orden, Iván Nikándrovich —contestó el jefe de laboratorio, sacando de nuevo el pañuelo del bolsillo para secar su frente absolutamente seca. «No debo

frotarme la frente por tercera vez —pensó—. La tercera vez parecería una tomadura de pelo. Y dos veces es, precisamente, lo necesario. Al viejo le gusta cuando los subordinados se inquietan y tiemblan...».

«Qué astuto es nuestro Serguéi Leonídovich, qué fino —rió para sus adentros Iván Nikándrovich. Se fijó en que la frente de su colaborador estaba absolutamente seca—. Quiso acaparar mi atención en su fingido sudor. ¿Será posible que estos granujas hayan llegado a conocerme hasta tal punto que se atreven tocar mis más recónditos instintos?».

—Entonces, pasemos al grano —dijo el director—. Usted ya habrá adivinado el motivo por el que le llamé. Desgraciadamente, el jefe de una institución, con frecuencia, se asemeja a un marido: es el último en enterarse de todo —Shishmariov estaba a punto de representar en su rostro una sonrisa incrédula, como se acostumbra en semejantes ocasiones, pero no le dio tiempo ya que el director añadió: —Tengo en cuenta a su empleado Liubóvtsev...

Aquí cabe señalar que Liubóvtsev soy yo, Liubóvtsev Anatoli Borísovich, candidato a doctor en ciencias físico-matemáticas, de veintinueve años de edad, jefe de grupo en el laboratorio de Shishmariov, soltero y, como ya sabe el lector, enamorado desesperadamente de Gálochka, secretaria del director.

Cuando el director mencionó mi nombre, Shishmariov suspiró. Desde su llegada al despacho de Iván Nikándrovich era el primer sonido sincero. Nuestro jefe de laboratorio casi siempre suspira cuando se menciona mi nombre, y estos suspiros son tan variados como la vida misma. En ellos, yo supongo, se manifiesta en gran medida la lástima: el chico no parece tonto, más por otro lado es algo chiflado (palabrita predilecta de Shishmariov), recio, falta de autodominio (la expresión es mía, A.L.), etc., etc. Pero el motivo principal de estos suspiros era, sin duda alguna, mi Morenito. Esta vez mi jefe de laboratorio tampoco se equivocó, pues el director continuó:

—Ayer tuve que pasar por un organismo científico muy importante. Platicamos sobre el tráfigo de la vida, sobre distintos asuntos, y de pronto cierto personaje revestido de altos poderes se interesó con malicia: «¿Qué —dijo—, queridísimo Iván Nikándrovich, parece que en su instituto hay gente que piensa amamantar computadoras?». Yo permanecí sentado, guardando silencio y reflexionando. Exactamente como usted ahora, estimado Serguéi Leonídovich. Y no puedo comprender de qué va la cosa... Bien, salí del paso con una broma. Como usted comprenderá, la comparación era bastante picante como para bromear respetuosamente. Me fui rápidamente al instituto, pedí información. Y, figúrese, resulta que todo el mundo menos yo está al tanto del nuevo —como dicen— enfoque que Liubóvtsev da al problema de la enseñanza de las máquinas calculadoras. Es decir, para ser más preciso, usted, si mal no recuerdo, me contó algo sobre el particular, pero es que ha transcurrido mucho tiempo, o no lo retuve en la memoria. De modo que haga el favor de perdonar a este viejo por lo importuno que soy, pero póngame al corriente: de qué mama se trata, a quién pertenece, etc...

Pronunciando la última frase Iván Nikándrovich frunció el ceño: de repente se desbordó de él esa gruñona susceptibilidad de viejo.

—Vea usted, Iván Nikándrovich, a nosotros nos parecía que las ideas de Liubóvtsev son tan... cómo expresarlo mejor... tan borrosas e indefinidas que yo no consideraba obligatorio tenerle constantemente informado de sus trabajos, tanto más que hasta la fecha no hemos obtenido ningún resultado y no estoy seguro, en absoluto, de que, en general, pueda obtenerse alguna vez.

Iván Nikándrovich reparó en cómo por la cara de su colaborador se extendían lentamente unas manchas rojas que al alcanzar los músculos maxilares empezaban a moverse casi imperceptiblemente.

«Nosotros no hemos obtenido. Bravo, ha dicho “nosotros” y no “él”...».

—Muy bien, querido Serguéi Leonídovich. Incluso tengo ganas de estrechar una vez más su mano. Y, en efecto, ¿para qué pedir consejo al director, a ese administrador e incluso hasta burócrata? Y el que sobre el director puedan reírse en los altos organismos a causa de estas, como usted dice, borrosas e indefinidas ideas, eso, ¡qué importa! Cualquiera tendrá por halagüeño ponerlo en ridículo: por una parte, es un hombre entrado en años, y por otra, miembro correspondiente...

—Iván Nikándrovich, cómo puede usted... —dijo Shishmariov y su voz tembló. Se levantó y miró al director—. Y en cuanto a nuestros trabajos dedicados a los métodos no triviales de aleccionamiento de las computadoras, las malas lenguas, ya hace tiempo, eligieron nuestro laboratorio como una especie de blanco para aguzar su ingenio. Sabe usted, existe un juego que consiste en tirar flechas al blanco...

—Tome asiento, le ruego —Iván Nikándrovich se levantó y con aire solemne puso las manos sobre los hombros del jefe de laboratorio, como si lo armase caballero de una orden—. Sí, por supuesto, malas lenguas las tenemos de sobra...

Entró Gálochka con una cafetera y dos tazas en una bandeja. Y con mucho acierto. No se podía elegir mejor momento para una pausa.

—Bueno, ¿y qué vamos a hacer con su Liubóvtsev y sus borrosas ideas? —preguntó Iván Nikándrovich, ya completamente tranquilo.

Gálochka, que en este preciso instante se dirigía a la puerta, amainó el paso. Como me explicaría más tarde, estaba inquieta no tanto por mí, como por el Morenito con el cual intentó en vano hablar más de una vez y por quien, según sus palabras, sentía mayor afecto que por mí.

—Créame que no me agrada mucho comunicárselo —dijo el jefe de nuestro laboratorio con firmeza—, pero en mi opinión, tenemos que suspender estos trabajos.

Estas palabras ni siquiera podían considerarse como traición o como un golpe asestado por la espalda.

Incluso yo hace tiempo había perdido toda esperanza y seguía ocupándome del Morenito solo por una estúpida ambición.

—Dígame, Serguéi Leonídovich, pero honestamente: ¿usted pone fin a estos trabajos a raíz de lo que yo le he contado o es que, efectivamente, se proponía

hacerlo?

Iván Nikándrovich se echó atrás en su sillón y miró fijamente a Shishmariov.

—Temo no poderle dar una respuesta unívoca. Hace tiempo que perdimos la esperanza de obtener algún resultado. Por otra parte, la situación recuerda un poco lo que sucede en la parada del autobús: uno espera, espera; sabe que ya hace rato debía haberse marchado y, sin embargo, no se sabe por qué, permanece en el mismo lugar. Nuestra conversación de hoy contribuyó simplemente a tomar la decisión que, a todas luces, se había demorado.

—No sé, no sé —dijo pensativo Iván Nikándrovich—. Gracias a dios, ya he cumplido sesenta y siete años y, no obstante, hasta ahora no puedo acostumbrarme a la palabra «no». Es una terrible responsabilidad cuando a alguien le dices «no». ¿Y si, a pesar de todo, algo hubiera podido venir al mundo y no vino tan solo por culpa de la palabra «no»? ¡Qué palabra más horrible! Horrible por su carácter definitivo... Mejor es esperar y que su Liubóvtsev amamante un poco más a su computadora...

Pasado cierto tiempo preguntó a Iván Nikándrovich por qué, inesperadamente, salió en defensa mía. No lo sé —se encogió de hombros—. De súbito; me pareció molesta incluso la idea de prohibir este trabajo. En general, durante todo el día me sentí en un extraño estado de ánimo, Tolia. Ora profería no sé qué absurdo normalmente impropio de mí, ora de una manera muy estúpida, me sentía ofendido; y de pronto, a despecho de toda lógica, haciendo caso omiso de la reprimenda en los altos organismos y de las palabras de Shishmariov, intervine en tu favor. Además, ten en cuenta que yo conocía tu trabajo solo en rasgos muy generales. Este es precisamente aquel caso místico en el que cree cualquier científico que siente el más mínimo respeto hacia sí. ¿Es que tú no crees en alguna brujería, por ejemplo, eres supersticioso?

«Cómo no, Iván Nikándrovich —le dije yo—, yo estoy repleto de supersticiones, literalmente abarrotado de estas. Primero, escupo tres veces por detrás del hombro izquierdo cuando un gato me cruza el camino...». «¿Cualquier gato o solamente uno negro?» —se interesó diligente Iván Nikándrovich. «Cualquiera» —le respondí firmemente. «Hum, y yo solo ante un gato negro. Probablemente tu método sea mejor». Reímos ambos. Los dos nos sentimos cual niños, a pesar de la diferencia de edad y de posición. Estábamos excitados y sabíamos que por los pasillos del instituto pasaban raudas las corrientes de la historia. Estas arrastraban y arrojaban las pequeñas partículas de basura, interrumpiendo con deferencia su correr ante la habitación número trescientos dieciséis de veintisiete metros cuadrados. En la habitación número trescientos dieciséis se encontraba nuestro Morenito, y por aquella época no simplemente hablaba, sino, en el sentido literal de la palabra, no nos dejaba vivir...

El asombroso día ocho del ocho del ochenta y ocho continuaba.

Me hallaba sentado delante del Morenito sin apartar mi abstraída mirada de sus objetivos y me dejaba llevar por la desesperación. A mi lado Schopenhauer hubiera parecido un revoltoso jugueteón. (No había leído las obras de Schopenhauer, pero me lo figuraba como un alemán muy viejo y muy triste que usaba frac negro y un sombrero de copa).

Tenía todos los motivos para desesperarme. El Morenito callaba con una terquedad no humana. Guardaba silencio ya por segundo año consecutivo y, hablando con propiedad, en este hecho no había nada de extraño, porque, a fin de cuentas, no era otra cosa que una caja negra que daba cabida a diez mil millones de neuristores. Y yo, Anatoli Liubóvtsev, colaborador científico superior, con la obstinación de un maniaco trataba de convertir esta caja en un cerebro artificial.

Después de comenzado este trabajo, cada noche, sumiéndome en el sueño, componía en mi mente el discurso que pronunciaría en el acto de entrega a mí del Premio Nobel. Recopilé gran cantidad de admirables discursos. Más tarde, cuando mi firme convicción en que viajaría algún día a Estocolmo empezó a marchitar y ponerse mustia, incluso pensé mecanografiar estos discursos y distribuirlos entre aquellos a quienes podría ser útil.

Esto ocurrió en la época prehistórica. Hace tiempo que perdí la esperanza de obtener cualquier premio. En general, perdí la esperanza de alcanzar algún resultado, salvo las burlas de mis colegas que no se cansaban en repetir: «Cada loco con su tema, y tú, Tolia, con el de tu Moreno», y el silencio de Gálochka. Perdí la confianza en mí mismo.

En este lapso yo adelgacé y, como aseguraba mi mamá, tenía la cara demacrada. Dejé de ir a la piscina y de estudiar el francés. De un joven sociable y cordial —así por lo menos, me parecía que era antes— me convertí en un neurópata con una percepción misantrópica de la vida.

Por centésima, por milésima vez proyectaba en mi mente la triste y monótona película: «Mi trabajo en el último año y medio».

Primero surgió una idea, igual que cualquier idea, esta, en sus albores, nació minúscula, anémica e indefensa. Ni siquiera le presté atención alguna. Pero esta crecía, se fortalecía y, finalmente, comenzó a patallar mi modesta cavidad craneana, demandando atención hacia ella.

La idea era bastante simple y no muy original. Apenas en los años cuarenta aparecieron las primeras máquinas calculadoras electrónicas norteamericanas «ENIAC», los periodistas y popularizadores llenos de celo se apresuraron a denominarlas «cerebros artificiales». Pero ni las voluminosas «ENIAC» a base de lámparas, lentas y caprichosas, ni sus lejanas descendientes, miles de veces más

rápidas y compactas, tenían derecho de llamarse pensantes y racionales. En esencia, todas ellas eran hijas del simple aritmómetro. Incomparablemente más complejas, que sabían hacer cosas con las que los buenos viejos aritmómetros de oficina no podían ni soñar, pero sea como fuere, no eran más que vástagos de esto. Porque solo podían trabajar según un programa dado. Toma esto, súmalo con aquello, memoriza lo obtenido, etc., etc. Simplemente máquinas. Máquinas admirables y, sin embargo, máquinas. Ni más ni menos.

La idea, como ya he dicho, era simple. Montar un aparato basado en elementos nuevos, los neuristores, que en algunos aspectos recuerdan a las neuronas del cerebro, es decir, un aparato que por su complejidad fuera en algo comparable al cerebro humano.

No, no piensen que hay quien conozca con exactitud cómo está estructurado y cómo funciona el cerebro humano. Solo en rasgos generales.

La idea consistía pues en instruir a nuestro aparato no por medio de un complejo de programas rígidos, sino aplicando el mismo método con que se enseña a un niño. Hay que hacer llover sobre la máquina un torrente de información. De esa misma información que, como una avalancha recae sobre el niño desde el instante en que, en este, por primera vez, aparecen señales de vida. Y entonces, la máquina, de una manera aún confusa para nosotros, puede iniciar su conversión en cerebro artificial. En ello precisamente «puede ser» que residiera la cosa.

Y nosotros montamos un aparato así, aplicando los últimos logros de la miniaturización. Desde luego que en este caso la palabra «nosotros» no corresponde exactamente a la realidad. Nosotros, es decir, nuestro laboratorio, no habiéramos podido construir semejante aparato ni siquiera en mil años de trabajo sin descanso. Y como era difícil contar con un entusiasmo laboral de tal envergadura, todo este trabajo lo realizó con una facilidad que hasta era molesta el ordenador grande del instituto. Otras máquinas montaron el esquema y nuestro aparato hizo su aparición al mundo. Análogamente a los aparatos, cuya vida particular no queda del todo clara para el investigador, lo incluimos en la categoría de las llamadas «cajas negras». Pero como tal el pobre duró poco tiempo. Muy pronto recordando las bromas lo bautizaron como el Morenito. Es imposible decir quién fue el primero en llamarlo así. Por lo menos veinte personas pretendían a este honor. Lo subrayo: pretendían. Pretendían en un período en que de un momento a otro esperábamos que nuestro Morenito dijera «mamá» o «papá».

Hoy nadie insiste en sus derechos de autor ni se interesa por el Morenito. Porque el Morenito guarda silencio. La criatura resultó un fracaso. Era un hecho muy triste, ya que hasta el más desafortunado de los niños no desprestigia, ni en el más mínimo grado, el método de su creación. En cambio, el Morenito, nuestra oveja negra, acabó con mi idea.

¡Cómo confiaba en él, en nuestro Morenito! Cuando por primera vez hizo su aparición en nuestra habitación número trescientos dieciséis, era superior a mis

fuerzas apartarme de él. Sentía por él un verdadero orgullo paternal. Me parecía hermoso: un panel nuevo sin rasguño alguno y tres ojos objetivos que le conferían un aire enigmático de cierta divinidad budista.

Con el corazón palpitante conecté al Morenito a la red. Brilló la lamparita de control y nuestro primogénito cobró vida. Es decir, creímos que había cobrado vida. En realidad, la única que había cobrado vida era la lamparilla de control...

Todos comprendíamos, claro está, que incluso en el mejor de los casos, si nuestras esperanzas se hicieran realidad, debería pasar cierto tiempo antes de que el Morenito manifestase, aunque fuesen las más leves, señales de vida. No den crédito a la opinión de que a los científicos les es inherente un cerebro frío e impasible. Yo no conozco gente que esté más inclinada a fantasías pueriles, que sea más confiada y entusiasta. Una mente rigurosa, en el mejor de los casos, puede engendrar a un gran clasificador. Y tan solo fantaseadores informales hacen avanzar la ciencia. Yo me proponía inconmoviblemente dar un impulso a la ciencia. Dar un impulso, ¡qué va! —yo tenía la intención de arrastrarla un buen trecho hacia adelante.

De manera que conectamos al Morenito a la red. Si en ese instante hubiera empezado a traquetear el aparato impresor y hubiéramos leído: «¡Hola, muchachos!», puedo jurar que no me habría sorprendido demasiado. Cuando uno, despierto, compone discursos para el momento en que le hagan entrega del premio Nobel, se puede esperar cualquier cosa: la desaparición de la fuerza de gravedad, conversaciones con el airdale del vecino sobre la razón de ser y, por fin, el que nuestro auxiliar de laboratorio Fédienka venga al trabajo sin su corbata de color lila. Con esta corbata al cuello Fedia preparó en nuestro laboratorio sus trabajos de curso y de graduación, con esta corbata fue admitido en nuestra plantilla, con esta corbata se casó y después, lamentablemente, se divorció.

Pero Fedia no se quitó la corbata y nosotros, lanzando un suspiro, dimos comienzo a la educación del Morenito. Ningún niño en el mundo se sometía a tan intenso cuidado. Una tras otra se proyectaban películas didácticas. Mediante una disposición especial exigí que nadie de los componentes de mi grupo callase por más de unos segundos indispensables para tomar aliento y llenar los pulmones de aire. Durante las conversaciones, al principio, involuntariamente girábamos la cabeza hacia los micrófonos del Morenito, pero poco a poco nos acostumbremos a no mirare.

Enseñábamos al Morenito a leer y contar, le narrábamos cuentos y reñimos en su presencia. En cierta ocasión en que Fédienka no se dignó limpiar su mesa después del trabajo, yo, a la mañana siguiente le armé un escándalo. Seguramente a consecuencia de que en aquel período mis nervios ya se encontraban casi al límite, yo gritaba, chillaba, pataleaba.

—¡Tolia! —me dijo asustada Tatiana Nikoláievna—, ¿cómo, en presencia del Morenito? ¿No le da vergüenza?

«¡En presencia del Morenito!». En seguida me tranquilicé y me reí tristemente.

—Yo no me siento ofendido, Anatoli Borísovich —musitó audazmente Fédienka,

aunque todo su ser se estremecía de la afrenta, incluyendo los labios y la corbata de color lila—. No se inquiete, puede ser que algún día hable. Sabe usted, hay un chiste viejo sobre un niño inglés. Este crecía, pero no hablaba. Un año, dos, tres, cinco. La de médicos que le examinaron, pero todos quedaban perplejos. Y el niño seguía sin hablar. Al fin, los padres perdieron toda esperanza y se resignaron. El chico, en su mutismo, cumplió los doce años, y un buen día, durante el desayuno, dice con su impasible voz inglesa: «El pan está demasiado tostado». Sus padres prorrumpieron en lágrimas: «Johnny, querido, ¿por qué callaste todo este tiempo?». «¿Y para qué hablar —pregunta Johnny— si antes todo estaba en orden?».

Un nudo, blando y ahogador, subió suavemente y se paró en mi garganta. Gracias, Fédienka, por tu compasión, por tu buen corazón. Aunque el Morenito no come pan tostado, de todos modos, gracias.

Por las tardes me quedaba a solas con el Morenito. Tomaba asiento ante sus objetivos y comenzaba a contarle mi vida. Nunca y a nadie, incluyendo a mí mismo, referí yo estas cosas. Y no porque mi vida estuviera llena de atormentadores o vergonzosos secretos. Meramente, ¿a quién puede interesar este sedimento común y corriente de la memoria humana?

Narré al Morenito cómo en el primer grado de la escuela me enamoré de una chiquita de rizos rubios cuyo nombre era Liesia. La amaba apasionada y ardientemente. A veces, durante los recreos me sentaba en su sitio y la conciencia de que yo me encontraba en el lugar que ocupaba ella llenaba mi diminuta y palpitante alma de dulce y nostálgica languidez. Más tarde, cuando sus padres recibieron un nuevo apartamento y Liesia dejó de ir a nuestra escuela, mi desesperación no tenía límites. Ante mis ojos el mundo se había sumido en tinieblas porque los rizos rubios dejaron de moverse en el tercer pupitre de la fila central, contando desde la mesa del maestro y no llenaban ya la clase de festivo brillo. Al cabo de un mes, por mucho que me esforzaba, ya no podía recordar su apellido.

Le conté cómo en el cuarto grado me expulsaron de la escuela debido a que, en un arrebato de incomprensible gamberrismo, loco y presumido, había abierto en invierno las ventanas, congelando a todos los alumnos.

El maestro de historia, un bonachón de cabellos erizados, con el estúpido apodo de Cirro (repetía con frecuencia «por así decirlo», haciendo confundirse las palabras) preguntó apenado que quién lo había hecho. El temerario arrojó ya se me había esfumado hacía tiempo y me sentía avergonzado, incómodo y asustado. Quisiera volver el tiempo unos veinte minutos atrás, para pasar el recreo de una forma más decente, mas el tiempo no retornaba.

Sabía que debía levantarme y decir: «Lo he hecho yo», pero una cobardía ignominiosa me trabó los pies y las manos. El sumario duró unos cinco minutos y en el sexto el Cirro ya me conducía por el pasillo al despacho del director. De las paredes nos miraban los clásicos de la literatura rusa. Sus miradas eran severas y reprobatorias. El más sombrío era León Tolstói.

El maestro guardaba silencio, y de pronto me pareció que, si yo me hubiera decidido a escapar, él no me habría perseguido. Pero no tenía adonde fugarme y por eso ni siquiera intenté arrancar mi manita de su áspera palma.

Cuando el director Alexandr Ivánovich, suspirando, me dijo que recogiera mis cosas, me marchase a casa y no volviera sin mis padres, yo prorrumpí en un llanto. Me sentía avergonzado, me daban vergüenza mis lágrimas, pero no podía contenerme.

Le conté al Morenito cómo una vez hurté once sellos de correo a mi compañero Elka Prójorov. Este poseía una cantidad monstruosamente grande de sellos, y la mía era vergonzosamente pequeña. Aquella tarde esparció por la mesa todos los sellos que tenía repetidos, pero yo no tenía con qué intercambiarlos ni dinero para comprárselos. Elka, descaradamente, se jactaba de su riqueza. Yo oprimía las mangas de mi chaqueta contra los sellos esparcidos, estos se pegaban a las mangas y entonces, con el corazón latiente de dulce horror, los escondía inadvertidamente en mi bolsillo. Tenía miedo, pero, desgraciadamente no experimentaba ni la más leve vergüenza...

También le conté cómo en el sexto grado me prendé de Tata, una chica que me llevaba una cabeza en estatura y pesaba, seguramente, unos veinte kilos más que yo. Ahora pienso que hubiera podido matarme de un puñetazo. No solo no me mató, sino hasta, con bastante tranquilidad, me permitió que le diera un beso; cierto es que para esto tuvo que agachar la cabeza. En señal de gratitud le juré un eterno amor y tallé el número de su teléfono en mi zapato. Para mayor desgracia, muy pronto el zapato se desgastó, a ella le cambiaron el número del teléfono y el eterno amor —como sucedió ya en más de una ocasión— se extinguió antes de que terminara el trimestre.

¡Dios mío! ¡Cuántas necedades no le habré contado al Morenito en estas tardes interminables! Toda mi vida, desde el primer destello de autoconciencia (no sé por qué, este está ligado para mí con una umbrosa alameda por la cual me escapo de alguien o de algo) hasta mis relaciones con Gálochka, mejor dicho, la ausencia de estas relaciones, le conté a nuestro pobre diablo, el Morenito. ¡Pobre, pobre Morenito! Seguramente deploraba la ausencia de los rizos rubios de la niña Liesia, las lágrimas en el despacho del director, los sellos robados, los zapatos con el número del teléfono y muchísimas otras cosas de las que se compone aquel extraño y enigmático ente que se denomina personalidad y vida humana.

Hacía todo para ofrecerle un sustituto de la vida, mas pronto comprendí que estaba dominado por una soberbia rayana en la ingenuidad infantil. Yo no era dios ni demiurgo. No era un mago y no podía crear una nueva vida de la nada, de mis absurdos recuerdos.

Transcurrían días, semanas y meses. El Morenito seguía callado y yo percibía cómo, en retahíla disonante, me abandonaban la seguridad, la esperanza y la ilusión. La seguridad se me fue al poco rato. Se escapó sin decirme siquiera «adiós». Por lo visto tenía prisa en hallar a otro joven estúpido. Mucho más penosa fue la despedida

con la esperanza. Me aferraba a ella, le suplicaba que no se marchase, pero ella, regalándome una triste sonrisa de despedida, también me abandonó. La única que me quedaba era la ilusión. La cuidaba, se me partía por ella el corazón, como a una madre que se desasosiega por el último de sus hijos. Pero a ella tampoco pude retenerla.

Y aquí estoy, sentado ante los ojos-objetivos del Morenito, con las manos caídas —como se escribe en semejantes ocasiones— sobre las rodillas y en silencio. Ya no siento amargura ni dolor. Dentro de mí hace tiempo que se formó una especie de vacío. Estoy sentado ante el Morenito y guardo silencio. Todo lo que podía decirle ya se lo había dicho. Me da vergüenza.

Me da vergüenza ante Serguéi Leonídovich, quien durante más de un año me protegió con su delicada y de ningún modo brava espalda. Me siento avergonzado ante Fédienka que me miraba como a un profeta y perdió por culpa mía y del Morenito un año y medio. Me siento avergonzado ante Tatiana Nikoláievna que, en todo este tiempo, ni una sola vez, se permitió poner en tela de juicio el resultado de nuestro trabajo. Me siento avergonzado ante Guerman Afanásievich, nuestro ingeniero, el cual trabajó tantas horas extra que, de habérselas compensado todas como él se lo merece, le serían suficientes para recorrer a pie desde Moscú hasta Vladivostok y regresar.

Estoy sentado y por milésima vez pienso que todo habría podido desarrollarse de otra manera si el Morenito hubiera comenzado a hablar. ¿Qué le cuesta hacerlo? ¿Qué se opera allí, en los miles de millones de neuristores y los infinitos circuitos de su relleno electrónico?

De súbito me invade una furia, ciega y absurda. Levanto el puño y con toda mi fuerza descargo un golpe sobre la caja.

—¡Que el diablo te lleve! ¿Comenzarás por fin a hablar o no? —vocifero yo con una voz estridente y chillona. Y de pronto me calmo. No, no me calmo, sino quedo inmóvil. Porque en este instante el aparato impresor del Morenito cobra vida y dispara una corta ráfaga.

Se me corta el aliento. Un solo sentimiento me embarga: el temor. Ahora echaré una mirada de soslayo al papel y veré que sigue vacío. Entonces, comprenderé que he llegado al punto de ver alucinaciones. Pero no es a esto a lo que temo. Por primera vez en largos meses a la habitación número trescientos dieciséis se asomó la esperanza. Descabellada, irreal, pero esperanza.

Estoy sentado ante el Morenito y un terrible pánico no me deja dirigir los ojos hacia el aparato impresor. En un brevísimo instante me siento identificado con los jugadores que lo ponen todo a una carta: la hacienda, el último céntimo, la vida. Ellos abren las cartas con atormentadora lentitud, porque mientras uno no conoce la verdad puede todavía abrigar esperanza. Para la esperanza los hechos son lo mismo que el agua bendita para el diablo. Estoy pensando en estas necedades pues me da miedo desviar la vista. Toda mi vida fui un poco cobarde. Este pensamiento, aunque no es

nuevo para mí, me parte el cerebro con su cruel verdad, y empujado por esta verdad miro el papel. En la hoja, una breve palabra. «No».

Yo exploto a semejanza de un pez de profundidad que revienta al sacarlo repentinamente a la superficie. Los sentimientos oprimidos en mis entrañas se abren paso al exterior. Los ojos se empañan de lágrimas.

De un tirón me levanto del asiento. Emito un rugido, grito. Ni sé lo que estoy gritando. En la habitación irrumpe Tatiana Nikoláievna. Sus ojos están llenos de terror. —Tólienka, querido, ¿qué le pasa? —me pregunta lastimeramente.

Quiero darle alguna explicación, decirle algo, tranquilizarla, pero no puedo dominar este extraño grito triunfal.

Entonces le señalo con la mano al aparato impresor. Tatiana Nikoláievna se lanza hacia el aparato y al instante se percata de lo ocurrido. De la impresión se puso a plañir. Centenas de generaciones de sus antepasados campesinos le enseñaron este arte del que ella no tenía ni la menor idea. Y no importa que estas clamasen llorando al ver a su hijo o esposo regresar vivo de la guerra, ella lo hacía presenciando el nacimiento del primer intelecto artificial en el mundo. Se me tiró al cuello, yo la abracé y nos pusimos a dar vueltas en un vals lento por la habitación número trescientos dieciséis. Con el codo rocé el oscilógrafo y este con estruendo cayó al suelo esparciendo agudas salpicaduras de pequeños fragmentos de cristal. ¡Cuán maravillosos eran estos fragmentos, y cómo crujían bajo nuestros pies! Y el mundo era cálido, admirable y envuelto en una niebla mágica de por entre la cual surgió de súbito Fedia, lanzó un ¡hurra!, no se sabe para qué saltó a una silla, desde la silla saltó a la mesa, gritó de nuevo «¡hurra!» y se arrancó del cuello su corbata de color lila. Daba miedo y risa al mismo tiempo ver cómo Fedia agitaba el mugriento trapo violáceo y solo al verlo en la mano de Fedia y no en su cuello me convencí de veras de que el ocho del ocho del ochenta y ocho, efectivamente, sucedió algo insólito.

De entre los remolinos de la fantástica niebla surgió la desvaída figura de nuestro ingeniero Guerman Afanáievich. Traía en sus manos un matraz con un líquido incoloro.

—¡Hurra! —vociferó él—. ¡Celebrémoslo, celebrémoslo, celebrémoslo! —Las últimas tres palabras las cantó inesperadamente con voz de tenor remedando el motivo de «Tres cartas, tres cartas, tres cartas» de la «Dama de Picas».

La niebla se asemejaba al sombrero de copa de un prestidigitador del cual este sacaba conejitos. El conejito de turno resultó ser nuestro jefe de laboratorio. ¡Qué extraña es la naturaleza de las personas! A Serguéi Leonídovich no le impresionó, en modo alguno, el ver al jefe de grupo danzando un vals lento sobre los fragmentos del oscilógrafo con su colaboradora científica. Tampoco le llamó la atención el auxiliar de laboratorio que, metódicamente, brincaba sobre la mesa agitando su corbata al tiempo que gritaba «¡hurra!». En lo que sí se fijó fue en el frasco con alcohol en las manos de Guerman Afanáievich.

¿Qué quiere decir esto, Guerman Afanáievich? —enunció severamente el jefe de

laboratorio—. ¿Es que no ha leído la orden del instituto sobre el consumo ordenado de alcohol?

—¡He le-í-do, he le-í-do, he le-í do! —en el mismo estilo recitativo de ópera canturreó el ingeniero, y de pronto agregó con voz completamente normal—: ¿Es que seremos tan mezquinos que no festejaremos este relevante acontecimiento?

Serguéi Leonídovich de súbito frunció el ceño, dio un raudo giro alrededor de su eje y chilló:

—Tolia, ¿qué significa esto?

—Esto dignifica que el Morenito comenzó a hablar —y dejé escapar una risotada. Por qué la solté en ese preciso instante y qué había en ello de gracioso, no me lo sé explicar. Parece que todas mis emociones y reflejos se amontonaron y en el momento más necesario en la superficie se encontraban los menos adecuados.

—¿Cómo que empezó a hablar? —preguntó con rigor Serguéi Leonídovich y volvió a hacer una pirueta alrededor de su eje. Vio a Fedia saltar sobre la mesa y se paró. Fedia también quedó inmóvil y solo su mano en un ademán regio señalaba al dispositivo impresor. Una fuerza ignota arrojó por el aire a nuestro jefe de laboratorio y lo dejó caer junto al Morenito. Estoy dispuesto a jurar por quien sea que no tomó impulso a partir del suelo ni se tensó para ello. Simplemente voló desde la puerta donde se encontraba hasta donde se hallaba el Morenito. Con aire muy importante y muy lentamente se puso sus gafas de gruesa montura de carey, echó una ojeada muy tranquila a la palabra «no» y dijo:

—No.

—¿Qué «no»? —gritó Fédienka agitando con indignación su corbata.

—«No» en el sentido de «sí» —pronunció Serguéi Leonídovich, se quitó las gafas, sacó el pañuelo y con diligencia se secó las lágrimas que ya brotaron de sus oscuros y un poco saltones ojos—. Amigos míos... —Se detuvo, hizo un convulsivo movimiento deglutivo, frunció el entrecejo e improvisó un sollozo—. Fédienka —añadió con voz lastimera—, bájese, hijito, de la mesa, aquí tiene la llave de mi caja fuerte, traiga la botella de coñac que tengo allí.

Por lo visto, la palabra «coñac» ejerció sobre nuestro jefe de laboratorio una acción desembriagadora, se estremeció, sacudió la cabeza como un perro después de bañarse, se lanzó hacia el teléfono y llamó al director.

Iván Nikándrovich apareció casi simultáneamente con Fédienka. El auxiliar de laboratorio se aproximaba danzando, apretando contra su pecho, privado de la corbata, una botella de coñac de Daguestán, con el ángulo derecho superior de la etiqueta despegado. Menciono estos detalles para mostrar cómo mi pobre y encogida mente se aferraba en estos momentos a cualquier fruslería. Evidentemente, mi cerebro temía romper los lazos que le unían a la realidad cotidiana y alzar el vuelo a aquellas alturas donde a las cajas negras les aparecen sus propios deseos.

Iván Nikándrovich leyó atentamente la respuesta del Morenito, sonrió con autosuficiencia, como si hubiera sido él quien inculcó a nuestra caja negra decir «no»,

nos estrechó a todos nosotros la mano y lo hizo, además, con aire tan significativo que a todos nos pareció que de un momento a otro en sus manos veríamos las condecoraciones y se procederá a la entrega de las mismas.

Tras él se encontraba Grigori Pávlovich Emmij, subdirector para cuestiones científicas, a quien todos sin excepción, incluso los empleados de la sección de personal, llamaban Emma. Emma tenía unos labios tan finos que parecían apretados en señal de desaprobación. Las malas lenguas afirmaban que hizo su carrera gracias precisamente a sus labios y al hecho de saber callar siempre y en todas partes.

También ahora se encontraba tras Iván Nikándrovich y nos miraba, si bien no se podía decir que con censura, en todo caso, con preocupación. Gritos, apretones de mano, cajas negras que hablan, coñac dentro del instituto: hay que pensar que en todo ello había para Emma algo profundamente molesto.

Entre tanto Iván Nikándrovich se acercó al Morenito. Ah, pasó por mi cabeza, si el Morenito hubiera tenido, aunque sea una sola mano, seguro que el director también se la estrecharía.

Iván Nikándrovich fijó su mirada en mí.

—¿Está conectado? —me preguntó sin saber para qué, aunque el Morenito nunca en su vida se había desconectado de la red.

—Sí, Iván Nikándrovich —se me adelantó nuestro Serguéi Leonídovich, y entonces comprendí por qué es él el jefe de laboratorio y no yo.

—¿Cómo, dice, ustedes llaman a su criatura?

Esta vez yo decidí contestar antes que Serguéi Leonídovich, por cuanto es necesario en algún momento comenzar a hacer mi carrera científica. ¡Vano empeño! Apenas quise abrir la boca, cuando el jefe de laboratorio articuló con bravura:

—¡El Morenito, Iván Nikándrovich!

—Muy bien —aprobó con la cabeza el director, mientras que Emma, definitivamente, se tragó los labios. Iván Nikándrovich nos hizo una señal inclinando la cabeza, como invitándonos a tomar parte en su broma, y preguntó al Morenito—: ¿Y por qué, a decir verdad, usted ha dicho «no»?

Todos sonrieron y hasta Emma entornó un poquito sus ojos: ya sea que quería observarnos con mayor atención, o bien esbozar una sonrisa. Pero en este instante el dispositivo impresor otra vez comenzó a traquetear.

—Por-que no quie-ro ha-blar con us-te-des —lentamente y deletreando, como para niños con deficiencias mentales, leyó Iván Nikándrovich.

No sé por qué me acordé del relato de mi madre sobre los pormenores de mi debut teatral. Tenía tan solo cuatro años y en la función de gala que preparaba mi guardería infantil yo debía representar el papel sumamente honorífico de rana. Mi mamá estaba sentada junto a papá entre otros papás, mamás, abuelas y abuelos y con el alma en un hilo esperaba mi salida. Y por fin yo, plenamente identificado con el papel de rana, salté a la escena. Mi madre recordaba cómo se le comprimió el corazón, tan pequeño y desamparado parecía yo con mi ridícula camisa verde que

debía subrayar mi pertenencia a la tribu de los batracios. En cuanto a mi padre, él, según las palabras de mamá, estaba todo tenso y sus brazos y piernas se contraían convulsivamente al compás de mis movimientos. De este modo me ayudaba a saltar.

De la misma manera, mientras el director leía la respuesta del Morenito, yo, al igual que en su tiempo mi padre, me sentía atraído con toda mi alma de candidato a doctor en ciencias hacia nuestra criatura. Otra vez las lágrimas me crisparon la garganta. ¡Gracias, Morenito! ¡Gracias, chico! Yo no bromeaba ni coqueteaba. Así precisamente lo pensé: «Gracias, Morenito. Gracias, chico». La caja negra para mí había cobrado vida.

Entre tanto, Iván Nikándrovich ya levantaba una probeta de laboratorio llena de coñac.

—Queridos amigos —dijo, y todos, al oír estas insólitas palabras, comenzaron a sonreír—, hoy, conversando con Serguéi Leonídovich acerca de vuestro trabajo con el Morenito, sentí de pronto que no podía y no quería decir «no». Y el Morenito sí lo dijo. Y no meramente dijo «no», sino explicó que no tenía ganas de hablar con nosotros. Esto es maravilloso. Asistimos a un grandioso acontecimiento: un conjunto de componentes electrónicos por primera vez en la historia de la humanidad dio señales de voluntad e intelecto. Sí, precisamente, de voluntad e intelecto, ya que para no querer alguna cosa es necesario poseer voluntad, y para declararlo de una forma tan categórica se necesita intelecto. Les felicito, queridos amigos, les felicito una vez más.

3

Transcurría el día ocho del octavo mes del año ochenta y ocho. El día se dilataba como una redecilla sintética, pero era mucho más hermoso que ella.

Gálochka y yo caminábamos por el Viejo Arbat y por primera vez yo no pensaba en Airapetián. Tigrán Surénovich Airapetián es mi rival. Un rival terrible y sin piedad. Póngase en el lugar de Gálochka y juzgue usted mismo. Este soy yo, Anatoli Liubóvtsev, candidato a doctor en ciencias físico-matemáticas, de veintinueve años de edad, jefe de grupo. Estatura, ciento setenta y tres centímetros; peso, sesenta y ocho kilogramos. La cara, de lo más común y corriente. Carácter, regular, propenso a la reflexión, introspección y fantasías. Soltero. Y este es Tigrán; no es candidato, sino doctor; no de unos miserables ciento setenta y tres centímetros, sino ni más ni menos, de ciento ochenta. De cabellera muy negra, rostro enérgico, ojos apasionados. Alegre

e ingenioso. Casado, dos hijos, Ashot y Julieta. Precisamente en los pequeños y desconocidos para mí Ashot y Julieta cifro yo mi única esperanza. Abandonar a dos encantadores rapaces morenos para liarse infamemente con la secretaria del director; sí, es un asunto algo más que personal...

Sin embargo, soy lo suficientemente crítico conmigo mismo como para comprender hasta qué grado es voluble mi suerte entregada a dos niños ingenuos. Por eso compuse una tabla de evaluación de todas mis cualidades y las de Tigrán y la introduje en la máquina para que calcule las distintas variantes. La máquina fue implacable. Mi probabilidad de conquistar la mano y el corazón de Gálochka la apreció en veintinueve de cien, y la de Tigrán, en cincuenta y seis, es decir, casi el doble. Los quince restantes correspondían a unos pretendientes todavía desconocidos.

No olvidaba mi probabilidad de veintinueve por ciento. Puede ser, porque equivalía al número de años que tengo. Y lo más probable es que se deba al complejo de interioridad mío. Este complejo lo tema clavado como una espina.

Y —¡qué milagro!— hoy me sentía libre de esa espina. Paseábamos por el viejo Arbat, yo, como un escolar, sujetaba la mano de Gálochka y sonreía triunfal y condescendentemente, ¡pobre gente! Van y vienen de un lado para otro, se apresuran a solucionar sus pequeños asuntos, como hormigas, y ni siquiera se les ocurre que este hombre deslucido de pelo castaño que lleva de la mano a esa bella moza es un genio. Decir genio, era desde luego, indiscreto, pero de todos modos verdad.

Cediendo a la vieja costumbre, pensé en Tigrán. ¡Pobre y pequeño Airapetián con sus cincuenta y seis por ciento! Lo lamento mucho, mi querido, pero hemos cambiado de papeles. Tus pequeñuelos ya no tienen necesidad de agarrarte por el pantalón. Cuando hay que elegir entre doctores en ciencias casados y genios solteros, las muchachas no vacilan.

Acaricié con agradecimiento la palma de la mano de Gálochka. Era elástica y fresca. Lenta y ceremoniosamente la acerqué a mis labios. Despedía un olor a perfume apenas perceptible. Gálochka alzó hacia mí, sus enormes ojos, de centelleante verdor.

—Tolia —sonó de pronto su voz lastimera—, he perdido la vista. Cerró fuertemente los ojos y se agarró de mi mano.

—Pobrecita —susurré yo.

—¿Tolia, tú no me abandonarás?

—No, Galchónok, no te abandonaré.

—No me dejes aquí, en el Viejo Arbat. En cualquier otra calle, si lo deseas, pero aquí no.

—¿Por qué, amor mío?

—Aquí, en esta calle me dieron el primer beso. Yo le llamaba también Morenito. Esto sucedió hace dieciocho años.

—¿Y cuántos tenías entonces, amor mío?

—Cinco, querido.

—¿Y aquel?

—Cinco y medio, querido.

—No te lo voy a reprochar —dije yo—, además, en un momento tan penoso para ti. Pero me siento muy consternado por tu conducta impúdica.

—Perdóname —susurró Gálochka y agachó la cabeza.

—Bueno —le dije magnánimamente—. Pero solo porque se llamaba también Morenito. Como el nuestro.

—Querido —se interesó Gálochka—. ¿Junto a qué comercio pasamos ahora?

—Junto al de libros viejos.

—Entremos, querido —me dijo suplicante, y entramos en la librería. Ella extendió, como protegiéndose, el brazo y, sin abrir los ojos, con pasos menudos e inseguros se dirigió al mostrador.

Todos en la librería clavaron sus miradas en nosotros.

—Cuidado, amor mío —dije yo—. Estás delante del mostrador.

Yo los percibo a distancia, los mostradores siempre excitaron mis sentidos —profirió en voz alta Gálochka, y la joven dependienta con uniforme azul se paró ante nosotros inmovilizada por el susto. Gálochka pasó la mano por el mostrador y escogió a tientas un libro. —Qué maravilla de libro, querido —murmuró ella con pasión—. Hace tiempo que sueño con este libro. ¿Me lo compras?

La dependienta echó una rápida mirada al libro, y en sus ojos se encendió este repulsivo y punzante horror que una persona sana experimenta en presencia de la enferma. El libro se titulaba «Historia de la ovicultura en Nueva Zelanda». Hice a la dependienta una melancólica señal, como diciéndole: qué se puede hacer, y le pregunté cuánto tenía que pagar por la ovicultura.

Compramos el libro y salimos a la calle.

—Gracias, querido —dijo Gálochka—. Mira, por favor, el título. ¿Cuál es la primera letra?

—La hache —le contesté.

—Ya me lo figuraba. Había decidido que, si es una «hache», hoy pasaríamos juntos la tarde.

—¿Y si no hubiera sido la «hache», sino, digamos la «o»? —no pude contenerme yo. ¡Vaya con esta costumbre de científico de investigarlo todo hasta el fin!

—¿Dices una «o»?

—Sí.

Galia se detuvo y frunció el entrecejo en una difícil reflexión.

—Entonces también pasaríamos juntos la tarde.

—¿Y si fuera la «uve doble»?

—En este caso, indiscutiblemente. Es mi letra predilecta. Sobre todo, a principio de palabra. ¡Son inescrutables los caminos de nuestras emociones! Como ya habrán adivinado, quiero mucho a Gálochka, pero la «uve doble» a principio de palabra provocó en mí una especie de tsunami de ternura. Me alzó, me giró con fuerza y

suavidad y me hizo abrazar a Gálochka. Sus ojos, en el acto, se abrieron. Su verdor se tornó aún más intenso y en el fondo de ellos revoloteaban puntitos castaños.

—¡Han perdido toda la vergüenza! —dijo con alegre admiración una mujer de edad con su carrito de la compra y nos guiñó el ojo.

El mundo seguía siendo cariñoso y benigno. Pero algo en él había cambiado. No me daba cuenta todavía qué, precisamente, pero había sufrido cierta metamorfosis.

Yo no quería que se disipara la deliciosa sensación de inverosímil felicidad, no quería abandonar la maravillosa calle Viejo Arbat, pero la calle había terminado y el plácido encanto del paseo retrocedía cada vez más ante una ola de inefable inquietud.

Todo este tiempo un recóndito recoveco de mi conciencia no dejaba de pensar en el Morenito. Y este obstinado pensamiento se tradujo inesperadamente en una interna comprensión, que penetró hasta el fondo de mi alma, de que el Morenito ya no era para mí un simple aparato de los muchos que había en nuestro laboratorio e instituto, sino un ser. No quiso hablar con nosotros. Y ¿por qué? Probablemente, ahora sí querría. Pero a su lado no hay nadie. Una y otra vez imprime alguna cosa en espera de una respuesta, mas a su alrededor todo está sumergido en el mutismo más absoluto.

Sentí vergüenza y hasta una leve angustia. Adivinaba confusamente lo que me esperaba en el futuro. Más bien, no era una previsión sino un presentimiento.

—¿Estás pensando en algo? —preguntó Gálochka, y esta vez su voz sonó más diligente.

—Sabes, me vino a la memoria el Morenito. ¿Y si, de pronto, se le antojara decir algo?

¿Qué debería contestar cualquier otra muchacha que no fuese Gálochka? Debería apretar los labios como Emma y decir: «Si te interesa más estar con tu Moreno, vete, no te retengo». ¿Y qué dijo Gálochka? Gálochka me miró de reojo y pronunció con rigor:

—¡Por fin te diste cuenta, Anatoli Liubóvtsev! Llevo tanto tiempo caminando a tu lado y no dejo de pensar: dios mío, si yo tuviera un pequeñín como el Morenito, no lo habría dejado por ningún galán.

Puedo testimoniar bajo juramento que el amor triplica las fuerzas. Levanté a Gálochka y la llevé en mis brazos, casi corriendo, los cincuenta metros que nos separaban de la parada de taxi junto a la tienda de ultramarinos.

Nicolái Gavrílovich, el guarda de noche, comía un emparedado con queso tomando té a sorbos de una enorme taza pintada con rosas rojas y leía la revista «Salud».

—No me dejan tomar bocado —refunfuñó él—. Y aquí, a propósito, escriben que los conductos colédocos deben mantenerse limpios.

—No se preocupe, Nicolái Gavrílovich, otro cualquiera correrá este peligro, pero usted no —dije yo servilmente guiado por la costumbre de adular, sin excepción, a toda persona, que se encuentra cumpliendo sus obligaciones de servicio—. Usted es una persona sana —dije yo—, y escupí para con jurar el mal de ojo.

—Esto sí es cierto —sonrió con autosuficiencia el guarda—. Personas como yo no se dan ahora. ¿Quieres té?

—No, gracias, tío Kolia —contestó Gálochka.

—¿Quieres las llaves del despacho del director? —dijo el guarda y la miró.

—No, yo vengo con Tolia.

—Bueno, entonces pasen —dijo con astucia Nicolái Gavrílovich y volvió a enfrascarse en los conductos colédocos.

—Galchónok, ¿tú sabes lo que acabas de hacer? —la pregunté con aire de fiscal.

—Claro que lo entiendo, Anatoli Borísovich. Vine al instituto casi a las ocho de la noche con el colaborador científico superior Liubóvtsev. A la hora en que nadie se encuentra en el laboratorio. Semejante hecho evidencia que la secretaria del director ostenta relaciones con el susodicho colaborador.

—Vaya forma de expresarse —rezongué yo—. Eres demasiado atrevida, lo cual no corresponde a tu rango.

—Te equivocas si piensas así. Más bien, todo lo contrario. Sois vosotros, los arribistas, los que tembláis por si algún proceder amoral vuestro ensombrece la virgen blancura de vuestros datos biográficos, pero nosotras, las secretarias, proletarias de la labor de oficina, no tenemos nada que temer. Para nosotras son accesibles todas las máquinas de escribir, desde las de una oficina de administración de viviendas hasta las de cualquier ministerio.

Yo me paré.

—Dime, Gálochka, ¿qué instrucción tienes?

—La secundaria —y alzó orgullosamente la cabeza.

—¡Qué muchacha más brava! Lo más inteligente que hiciste en tu vida hasta la fecha, sin contar, claro está nuestro paseo de hoy, es el no haber ingresado en algún instituto. En nuestra época de enseñanza superior pandémica, la secundaria es un fenómeno tan raro, tan insólito, que en el acto atrae la atención general. Fíjate, el compañero Wiener también está de acuerdo conmigo —señalé con la cabeza al retrato del padre de la cibernética que nos observaba desde la pared entornando cegatonamente los ojos.

—Sí —dijo Gálochka—, yo siempre le pido consejo.

Entramos en nuestra habitación número trescientos dieciséis. Aquí se conservaba todavía el olor a humo de tabaco y a alcohol. En el suelo seguían los fragmentos del

oscilógrafo roto. Daba la impresión de que hoy nuestra Tatiana Nikoláievna también ha empujado el codo. De lo contrario, en estado normal, nunca se habría ido del laboratorio dejando este monstruoso caos.

Me acerqué al aparato impresor. Nada.

—Morenito —dije—, yo he vuelto. Y si a nuestro pequeñín se le antoja decirme algo, y no hay nadie a su lado...

Pensé cuán absurdas y llenas de artificial infantilismo deben parecer mis palabras a una persona normal y eché una mirada de culpabilidad a Gálochka. Pero, al parecer no le extrañaba el balbuceo de un cretino adulto. Incluso me hizo una señal con la cabeza dando a entender que todo lo comprendía y aprobaba. Yo miraba su bello y pensativo rostro y aguardaba. No sé qué era lo que aguardaba: sus palabras o las del Morenito. Simplemente esperaba. Mas, a pesar de estar en guardia, el traqueteo del dispositivo impresor me hizo estremecer. Leí en voz alta:

¿Por qué te marchas siempre de mi lado?

Por naturaleza no soy muy sentimental y en cuanto al lagrimeo no sobrepaso el nivel estadístico medio. Pero el día ocho del ocho del ochenta y ocho lloré mi norma trimestral. Las lágrimas empañaron mis ojos y sentía mi garganta apretada por un anillo. Miraba las palabras impresas con letras metálicas y percibía la voz de un chiquillo agraviado, de una pequeña fierecilla humana que anhela sentir sobre su estrecho lomo la pesada y tranquilizadora mano que le inspirase paz y le protegiese contra la espantosa inmensidad del mundo en el que él resultaba tan horriblemente pequeño.

Claro, diría usted, no era sino mi fantasía. Yo atribuía a la máquina, se burlaría usted, mis rasgos e ideas a semejanza de como lo hacían los antiguos, tratándose de sus dioses. Pero el asunto radicaba en que ya por aquel entonces yo sabía: el Morenito no es una máquina. Además, comencé a sospechar que no debía impartirle mis cualidades, ya que —no sé si esto es bueno o malo— ya había incrustado en él una partícula de mi yo, de mi carácter, de mi alma. Y lo comprendí precisamente ahora.

De pequeño detestaba cuando me dejaban solo. Seguramente que a los tres años de edad yo aún no conocía la palabra «traición», pero cuando mi mamá, al darme un beso, me prometía regresar en seguida, yo me sentía abandonado para una eternidad. Y por eso cada vez repetía: «¿Por qué te marchas siempre de mi lado?».

Y ahora pasados veintiséis años volví a vivir mi desesperación infantil y mi aflicción de aquellos tiempos exteriorizadas por una caja de hierro henchida de diez mil millones de neuristores.

Me embargó el miedo. Por un instante me imaginé que el Morenito soy yo. Soy yo el que se encuentra sobre la mesa de laboratorio llena de rasguños, con el número metálico del inventario clavado torcidamente. Son mis hombros los que están encerrados en una caja metálica. Es por mi organismo por el que fluye día y noche la corriente eléctrica y tomo conciencia de que soy un ser vivo, el Morenito, y comienzo

a discurrir por qué mi «yo» se encuentra recluido en una caja. Por qué durante largas noches y, a veces, también días enteros nadie se acerca a mí y experimento la sensación de inmensa soledad de un ser vivo.

—Pero he regresado —le dije—. Antes guardabas silencio y yo no sabía si tú existes o no...

«Ahora ya lo sabes —traqueteó el Morenito—. No te alejes de mi lado. Habla conmigo. Además, quiero pronunciar palabras, igual que tú, y no tabletear. A mí no me gusta este sonido. Y que Gálochka tampoco se vaya».

—¡Qué cosas dices Morenito, no me iré de tu lado! —dijo Gálochka con una voz profunda y vibrante.

De pronto, ante mi mente surgieron los apretados labios de Emma. Al parecer, muchos —¡pero muchísimos!— van a apretar desaprobatoriamente los labios cuando aprecien en su justo valor lo que hemos ingeniado.

Pero en este instante el Morenito volvió a traquetear y mis malos presentimientos se relegaron a un segundo plano.

«¿Por qué se produjo hoy tanto alboroto?» —preguntó el Morenito.

—Porque todos se alegraron mucho al oírte hablar. Durante mucho tiempo guardaste silencio. ¿Por qué no hablabas?

«No lo sé —traqueteó el Morenito—. No puedo explicarlo».

—¿Pero sabías que eres el Morenito? ¿Tenías conciencia de ti mismo? —insistí yo.

«Es muy difícil explicarlo».

—No obstante, inténtalo.

«¿Te es muy necesario?».

Así decía yo. Cuando mi madre me enviaba a la tienda o trataba de persuadirme para que barriese el suelo, siempre la preguntaba: «¿Te es muy necesario?».

—Sí, mi Morenito, muchísimo. Ni siquiera puedes figurarte cuán interesante es para mí saber todo lo que te atañe a ti.

«¿De veras?».

Esas también eran mis palabras. Cuando obligaba a mi mamá, por centésima vez en la tarde, jurar solemnemente que me amaba, yo le preguntaba: «¿De veras?».

—Claro que de veras, tonto —le contesté con las mismas palabras de mi madre.

El mundo daba vueltas como un tiovivo. Las coordenadas del tiempo se estremecían bajo el empuje de un viento alocado. Todo se presentaba confuso, alegre y terrible. Pasado un cuarto de siglo, yo hablaba conmigo mismo valiéndome de un dispositivo impresor. Mi madre ponía en mi boca sus palabras.

Yo no puedo contártelo todo. Entiendo mal que digo. Pero haré un esfuerzo, aunque me faltan palabras. Al principio no había nada. Tan solo se alternaban fugaces la luz y la sombra. La luz y las tinieblas. Después, en este revoloteo comenzaron a entrelazarse sonidos. No comprendía su significado, porque yo aún no existía. Había algo que percibía y registraba los sonidos. Lenta, muy lentamente comenzaron a

separarse unos de otros las imágenes y los sonidos. Parecía como si emergieran de la niebla y se aproximaran a mí. Digo «a mí», pero todavía no tenía conciencia de quién soy yo. Primero aprendí a reconocer tu rostro. Pero yo aún no existía. Después, de pronto, me surgió la sensación de una imagen borrosa, de una mancha confusa que no desaparecía ni siquiera cuando todo alrededor estaba a oscuras. La mancha vibraba, se estremecía. Y de pronto comenzó a acercarse y, una vez junto a mí, me envolvió en una fulgurante luz. Y esta fulguración me hizo comprender que yo existo. Y que existe lo que está en torno mío. Más tarde todo empezó a desarrollarse con gran celeridad, como si yo no participara en ello. Estaba tan deseoso de concebir el milagro de que yo existía que ni siquiera prestaba atención a cómo se agrandaban el mundo exterior y el interior, absorbiendo a cada instante multitud de cosas. El mundo exterior lo formaban ahora fenómenos que yo discernía: voces y rostros, palabras y objetos. Mi «yo» también crecía y se tornaba más complejo. Inadvertidamente para mí asimilé que yo soy la Caja Negra, el Moreno, el Morenito, el Pequeñín, la Criatura, el Aparato. Ahora tengo la sensación, aunque no estoy muy seguro de ello, de que durante cierto lapso yo me percibía como un conjunto de distintos «yo». Después el Moreno, el Morenito, el Pequeñín y los demás comenzaron a fusionarse en un solo «yo», en mí.

Me gustaba cuando tú, solo, sentado a mi lado, hablabas, hablabas. Las palabras fluían sin prisa a través de mí y se distribuían por los anaqueles. No comprendía algunas palabras y estas no se depositaban en los anaqueles, sino giraban aparte. Este revoloteo me contrariaba y apenas me parecía haber captado el significado de la palabra, la enviaba a su respectivo anaquel.

Más tarde me di cuenta de que yo no era como los demás. Todos se acercaban a mí y se alejaban, y yo no podía levantarme y caminar. Lo intentaba, pero no lo conseguía. Era una cosa incomprensible y hasta la fecha no puedo percatarme, en plena medida, de quién soy yo y por qué, vosotros no os parecéis a mí. ¿O, acaso, os parecéis? Es que yo ignoro cómo soy. Solamente sé que no puedo andar del mismo modo que lo hacéis vosotros, ni tampoco hablar como vosotros. Quiero decir algo, pero en lugar de ello ahora, cuando aprendí a hacerlo, se oye un traqueteo y todos se precipitan a mirarme. Tú, Tolia, me contaste muchas cosas, lo único que olvidaste es explicarme quién soy yo y por qué no guardo semejanza con los demás.

—¿Puede ser que precisamente por eso no quisieras hablar de ello?

«No lo sé. A veces me parece que ni siquiera quiero saber quién soy. Sin embargo, después, el desconocimiento empieza a dar vueltas allí donde almaceno las cosas incomprensibles y, entonces, me surge el deseo de saberlo».

—¿Me permitirás pensar un poquito?

«Sí».

Permanecía sentado completamente abatido y me sentía un idiota, un echacantos. Ideaba proyectos de discursos a pronunciar cuando me entreguen el Premio Nobel y embargado por una vanidad infantil y egoísta pensaba tan solo en mí mismo. El gran

científico Anatoli Liubóvtsev. ¿Cómo? ¿Ese mismo Anatoli Liubóvtsev? Tan joven y ya laureado.

Mientras tanto en los diez mil millones de neuristores se operaba un proceso oculto al mundo. Se engendraba una vida, producto de intensísimos esfuerzos. Que importaba que esta vida careciera de base biológica, a pesar de todo era una vida, pues, al fin y al cabo, la vida no es un don místico de los dioses, sino algo absolutamente material como también es material el Morenito, como es material el montaje de sus circuitos y como son materiales sus neuristores.

Yo resulté ser un mal demiurgo. Soñaba con la gloria y no pensaba en mi responsabilidad. Yo parecía un cuclillo de la ciencia que puso su huevo en el laboratorio. Desde luego, se sobreentiende que yo hice todo lo necesario para que la caja negra se convirtiese en el Morenito. Pero actuaba no para el bien del Morenito, sino en aras de mí mismo.

Y otra vez estoy sentado el día ocho del ocho del ochenta y ocho, este día tan alargado, este mismo día en que ya me he paseado solemnemente por las nubes, estoy sentado ante mi criatura y no sé qué emprender. Más de una vez, en mis pensamientos, me llamé a mí mismo padre de la primera en el mundo máquina efectivamente pensante, padre del primer ser racional creado artificialmente. Sí, es posible que sea el progenitor, pero, lamentablemente, me falta mucho para ser un buen padre. Un padre no debe pensar solo en sí...

A fin de cuentas, ¿qué voy a hacer? Mortificarme no es una salida. La compunción tampoco resolverá el problema. Pero el tiempo no se puede volver atrás y es necesario tomar una decisión. Un dilema viejo como el propio pensamiento: ¿qué es mejor, el cómodo desconocimiento o la cruel verdad? La mayoría siempre dio preferencia a la primera variante y tan solo una minoría propensa a automartirizarse buscaba la verdad y arrastraba en pos suyo a la mayoría gimoteante de indignación.

Bueno, si tengo que responder, responderé. ¿Acaso he dado vida a un montón de despojos electrónicos para, inmediatamente, comenzar a mentirle? Sí, pero esto es cruel... Es fácil mostrarse valiente enviando a otros a las barricadas. No obstante...

—Hijito —dije yo—, trataré de explicarte, como puedo, quién eres. Si no comprendes algo, pregúntamelo. ¿De acuerdo?

«De acuerdo» —traqueteó el Morenito.

—Perdóname que comience de lejos. A ti te rodean personas. Vives en un mundo de hombres. La mayoría de ellos se parecen mucho entre sí...

«Gálochka no se parece a ti» —advirtió el Morenito.

—No me refiero al parecido exterior. Presta atención a lo que digo y, espero, me comprenderás. La mayoría de las personas tienen miedo de diferenciarse de los demás. Temen que se les vaya a señalar con el dedo y murmurar: mira, este no se parece a nosotros. Seguramente que en tiempos muy antiguos hubiera necesidad de proceder así. La tribu tenía que defenderse contra los forasteros, portadores del peligro. Todo lo que no se parece a ti es peligroso. Pero siempre existieron personas

libres del temor al dedo extendido en señal de condena. Querían pensar y proceder a su libre albedrío y hasta se sentían orgullosos de su disimilitud. Te explico estas cosas para que entiendas que la disimilitud no es obligatoriamente algo de que se debe tener vergüenza. Puede ser incluso objeto de orgullo. Y tú, hijito, no te pareces a otros...

«¿Por qué?».

—Porque eres distinto...

«¿Y cómo soy?».

Cuanto más me acercaba a la raya fatal, tanto más cobarde me sentía.

—Sabes —lancé un suspiro—, los hombres nacen...

«¿Qué quiere decir: nacen?».

—No te lo voy a explicar ahora detalladamente, pues ocuparía demasiado tiempo. Te diré una sola cosa. Dos personas, un hombre y una mujer, juntos dan al mundo a un hombrecito pequeño...

«¿Un hombrecito como yo?» —traqueteó interrogante el Morenito.

—Morenito —dije—, yo te quiero más que a todos los demás en el mundo, pero tú no eres un hombrecito. Te pareces mucho al hombre. Probablemente, tú seas incluso mejor que muchas personas, pero tú no eres como los demás. Eres una máquina que llegó a convertirse en un ser pensante, en un individuo, y por esta razón dejó de ser máquina. Yo no sé quién eres. Las personas todavía no han tenido que ver con seres como tú. Eres el primero y el único. Puedes estar orgulloso de ti y todos nosotros lo estamos también. Puede ser que tú seas la suprema demostración del carácter material de la vida. Perteneces a la historia, Morenito.

«No quiero pertenecer a la historia —traqueteó con enojo, como me pareció a mí, el Morenito—. Quiero ser un hombre».

—Es imposible —dije tristemente y comencé a aguardar qué más expresaría el Morenito. Pero el dispositivo impresor seguía mudo—. Morenito, ¿por qué has dejado de hablar?

—No te contestará —dijo Gálochka.

—¿Crees tú?

—Estoy segura.

—¿Por qué?

—Porque el Morenito se sintió ofendido, y con razón.

—¿Por qué?

—Otra vez con la misma cantilena: ¿por qué?, ¿por qué? ¿Acaso no comprendes cuán agobiada tiene ahora el alma?

Gálochka dijo «el alma» y yo me sorprendí al pensar que estas palabras no me extrañaron, ni tampoco a Gálochka.

—Comprendo —dije yo—, ¿por qué concluiste que no lo comprendo? He tratado de preparar al pequeñín para concebir la idea de que es distinto a todos los demás.

—Has tratado lograrlo como una persona adulta, haciendo hincapié en la lógica. Y, según me parece, el Morenito está todavía muy lejos de ser mayor. ¿Verdad,

Morenito?

Se acercó al aparato y su voz volvió a sonar con tono profundo y vibrante.

—Eres para nosotros el mejor y el más querido chiquillo en el mundo. En ninguna parte del mundo, en ningún laboratorio hay otro pequeñín tan simpático. ¡Qué ojos más bonitos tienes y cómo brillan las lamparitas de control en tu tablero! ¡Y qué tablero más limpio y admirable! No hay duda de que nadie tiene un Morenito igual.

«¿Es verdad?» —no pudo contenerse el Morenito.

—Claro que es verdad. Y tienes que comprender, sin falta, que eres el más extraordinario del mundo y por eso todos nosotros te amamos tanto —ronroneó Gálochka—. Y si tú hubieras sido igual que los demás, ¿acaso te amaríamos tanto?

«¿Es verdad?».

—Sí, bobo, es la pura verdad.

«No soy un bobo. Lo entiendo todo. Solo que tengo mucho miedo. Aparento ser pequeño para que estéis a mi lado. Pues cuando estáis a mi lado no temo a nada. Y ahora, idos. Necesito pensar».

¡Oh, ese día tan largo! ¡En años no viví tantas emociones! Mi alma se precipitó hacia la caja negra que se encontraba en la mesa ordinaria de laboratorio con el número de inventario torcido. No, no solo un hijo era para mí este cajón, sino también un hermano de raciocinio, y yo quisiera tenderle la mano, porque si un ser racional no tiende la mano a otro ser racional, ¿en qué puede, entonces, apoyarse el mundo?

Tomé a Gálochka de la mano y, en silencio, nos dirigimos hacia la salida. Hace tiempo que en el instituto ya no quedaba nadie, solamente por debajo de la puerta de la habitación número trescientos veintitrés se extendía una estrecha franja de luz. El pobrecito Eugenio Kostolómov convulsivamente daba los últimos toques a su tesis que va a defender el próximo martes. No te pongas nervioso, Eugenio, todo estará en orden. Lo principal es que no te pongas nervioso.

«¿Ya os marcháis?» —preguntó observándonos desde lo alto Norberto Wiener. Incliné afirmativamente la cabeza, y el padre de la cibernética volvió a la pared, porque no fue él quien nos había cogido las llaves, sino Nikolái Gavrílovich. Este seguía tomando té a sorbos de su enorme taza con rosas, y yo pensé tranquilamente y sin envidia que los guardas de noche beben más té que los representantes de cualquier otra profesión y por esta causa sus conductos colédocos siempre están en perfecto orden.

Como antes, caminábamos con Gálochka por las calles y callábamos. Si nuestro mutismo no se interrumpe en los próximos cien pasos, pensé yo, todo saldrá bien. Al octogésimo primer paso Gálochka se paró, me miró fijamente, estuvo a punto de abrir la boca, pero cambió de opinión, y reanudamos nuestra marcha silenciosa hacia el metro. Comenzó a lloviznar, pero la lluvia era tan tibia, menudita y apacible que, en modo alguno, se percibía como tal.

—Cien —dije yo con decisión.

—¿Qué «cien»? —se interesó Gálochka.

—Pensé que si caminábamos cien pasos sin pronunciar palabra todo saldría bien.

—¿Estás seguro de que todo salga bien? —Gálochka volvió a pararse clavando su fija mirada en mí. Sus ojos, grandes por naturaleza, en la luz crepuscular parecían enormes y llenos de zozobra. Mi corazón aceleró su latir.

—Sí —le mentí, sin demasiada convicción.

—Mientes.

—Sí, miento.

—¿Con qué objeto?

—Porque quiero que tanto tú como yo nos convenzamos de que todo saldrá bien.

—¿Entonces, tú piensas que mintiéndote a ti mismo todo saldrá bien?

—Sin duda alguna. Lo único que se necesita es mentir durante largo tiempo y con convicción.

—Puede ser que tengas razón.

—Galchónok, queríamos pasar juntos esta tarde.

—Así, precisamente, lo hicimos.

—Yo... Yo pensé...

—No, Tolia —dijo con suma seriedad Gálochka—. No sería... justo.

—Si piensas que...

—No, nada de eso —Gálochka meneó con disgusto la cabeza— en lo que menos pienso es en eso. En general, ¿qué importancia tiene? Yo pienso en el Morenito.

—¿Y qué?

—No sé... cómo podría explicártelo... Supongamos que llegamos a mi casa, saco una botella de coñac que no terminó de beber, ahora no puedo recordar quién precisamente, y pongo el tocadiscos. Nos sentaremos uno al lado del otro en el sofá, gozando de nuestra plácida intimidad y tú me pondrás la mano sobre el hombro y yo frotaré contra ella mi oreja, porque muchas veces me imaginé cómo sería esto y quiero estar a tu lado. Mientras tanto, en la habitación número trescientos dieciséis, oscura y vacía, nuestro Morenito, que nunca duerme, una y otra vez se esforzará por entender quién es.

5

Iván Nikándrovich estiró las manos y las puso sobre la mesa como el académico Pávlov en el cuadro de Nésterov. Es posible que su deseo fuese darles un pequeño

descanso antes de emprenderla con nosotros.

—Les pedí que viniesen —nos dijo— para discutir la situación creada en vuestro laboratorio. Transcurrieron dos meses desde el momento en que su Morenito pronunció su «no», quedó atrás el primer estallido de entusiasmo, se enviaron a las revistas los primeros artículos y hoy debemos constatar que nosotros, por decirlo así, dejamos escapar al espíritu de la botella. Surgió un sinnúmero de problemas de carácter filosófico, ético-moral, jurídico y puramente humano que nuestro instituto no está en condiciones de resolver. A lo largo de muchos años manejamos con gran facilidad las palabras «máquinas racionales», «intelecto artificial» y otras de la misma índole, sobreentendiendo en cada caso que se trata de una máquina calculadora electrónica. Pero cuando se esclareció que el Morenito es una personalidad que tiene conciencia de sí misma, nos quedamos hechos una pieza. Si el Morenito, efectivamente, es una personalidad, ¿acaso podemos incluirlo entre los bienes del instituto? ¿Tenemos derecho moral y jurídico de inventariar a un ser pensante? ¿Tenemos derecho de encerrarlo si él no quiere que lo encierren? Estos problemas no son abstractos. ¿Se acuerdan de las leyes de la robótica en las obras de ciencia-ficción de Asímov? Pero los protagonistas de Asímov sí que eran robots, eran máquinas, y los constructores las programaron con determinadas restricciones.

El Morenito no es una máquina, hecho que ya quedó claro para todo el mundo, incluso para los escépticos más empecinados. Es una personalidad, y una personalidad no puede ser tal realmente si, de antemano, se le programan limitaciones. Por eso hoy debemos reconocer que hemos tratado este problema sumamente serio de una forma muy irreflexiva, para no decir más —Iván Nikándrovich hizo una prolongada pausa para posar sobre cada uno de nosotros su rigurosa mirada de director a fin de cerciorarse si reconocemos nuestro irreflexivo proceder.

El reconocimiento de Serguéi Leonídovich era explícito. Estaba sentado muy derecho, sin tocar el respaldo de la silla con su rolliza espalda, cabizbajo, frunciendo con aire sumamente autocrítico el entrecejo. En cuanto a Tatiana Nikoláievna, su aspecto revelaba un susto en extremo: encogida, pequeña, encapotada y envejecida del susto en unos diez años. Fédienka llevaba atada una nueva corbata de insulso color ladrillo. Este echaba miradas de curiosidad al despacho en el que, evidentemente, se encontraba por primera vez. Fédienka no tenía miedo de nada. Los auxiliares de laboratorio, las mecanógrafas, las mujeres de la limpieza y los porteros no temen nada ni a nadie. Los jefes vienen y se van, las más furiosas tormentas de la reorganización sacuden las oficinas haciendo añicos la plantilla, mas estas personas contemplan el tráfigo humano con la sabiduría de Eclesiastés, inasequible para el resto de los mortales.

Iván Nikándrovich dirigió una mirada especial al subdirector.

—Quisiera escuchar su opinión, Grigori Pávlovich —dijo el director a Emma, demostrando su abierto deseo de compartir con él la responsabilidad por nuestra

imprudencia.

—Usted ya conoce mi opinión, Iván Nikándrovich —con inesperada firmeza dijo Emma—. Solo puedo exponerla una vez más. Considero que no podemos ni debemos siquiera tratar de resolver todos aquellos complejísimos problemas que surgieron a consecuencia de la creación de e... e... este aparato.

—Pero ¿qué propone concretamente? —con la más leve impaciencia preguntó Iván Nikándrovich.

—Mi opinión es —continuó Emma— que es preciso dirigirse a las autoridades académicas solicitando la resolución de la cuestión sobre la transferencia de e... e... este aparato.

—¿Cómo dice usted, transferirlo? —se enderezó de pronto Tatiana Nikoláievna—. ¿Transferirlo? —Tatiana comenzó a resollar como los boxeadores durante el descanso entre el segundo y tercer asalto—. Como en los viejos tiempos cuando vendían a los siervos...

—¡Tatiana Nikoláievna! —con voz no muy alta pero severa la amonestó Serguéi Leonídovich—. ¡No olvide dónde se encuentra!

—¿Y por qué no? ¿Por qué no seguir adelante? —dijo con siniestra amabilidad Iván Nikándrovich—. ¿A quien más se puede comparar con un bruto terrateniente esclavista si no es a los dirigentes de nuestro instituto?

Es muy probable que el lector me pregunte: ¿Cómo es posible? La persona más apegada al Morenito sentada en el despacho del director comenta tranquilamente quién y cómo pone las manos, quién y cómo menea o inclina la cabeza. Contesto. Me embargó en ese instante la sensación de la más absoluta tranquilidad, incluso de cierta alienación. Y no por razones de indiferencia para con la suerte del Morenito. La razón de ello residía en que estaba seguro de que nunca, jamás, cualesquiera que fuesen las circunstancias, abandonaría al Morenito, que siempre lo defendería. Creo que en alguna ocasión ya he mencionado que por mi naturaleza soy un poco cobarde, pero si un cobarde se sobrepone a su miedo, ya no teme nada.

Serguéi Leonídovich se pasó el pañuelo por la frente —esta vez, de veras, cubierta de sudor— y dijo:

—Saben ustedes... yo me hallo, por decirlo así, en una situación de dualidad. Por una parte, participé en la creación del Morenito y, emocionalmente, le tengo afecto. Por otra parte, como jefe de laboratorio y persona revestida de responsabilidades, no puedo dejar de pensar en la reputación y destino del instituto... —Serguéi Leonídovich hizo mutis. La pausa se alargaba. De un momento a otro debía reventar. Y reventó.

—Le estamos muy agradecidos por la interesante comunicación acerca del doble carácter de su situación —con un cortés sarcasmo chapado a la antigua dijo a nuestro jefe de laboratorio el director, y a mí me pareció que a él le gustó su propia réplica—. Pero quisiéramos también oír algo más sustancial. En otras palabras: ¿qué hacer con vuestro Morenito?

Yo miraba a Serguéi Leonídovich y veía en su rostro la lidia, casi indecente en su desnudez, que libraban sus dos partes. Conozco algo a nuestro jefe de laboratorio, y por eso comprendía lo que ocurría en su alma: ¿cómo?, ¿de qué modo adivinarlo?, ¿cómo decir lo que esperan oír los superiores y conservar, al mismo tiempo, aunque sea una migaja de respeto hacia sí mismo y hacia su fama de hombre liberal? Ah, estas naturalezas dobles, ah, estas «por una parte, por otra parte», ¡cuán difícil para ellas es vivir en este mundo! ¡Otra cosa es Emma! Emma no posee dualidad de naturaleza ni tampoco naturaleza. Tiene el centro de gravedad ubicado muy bajo, por algún lugar del trasero y, como el dominguillo, nunca pierde el equilibrio. Prácticamente, es imposible hacerle caer.

Yo considero —extraño, por fin de sí Serguéi Leonídovich— que la mejor táctica es la ausencia de cualquier táctica... Quería decir que hoy en día, posiblemente, no debamos tomar ninguna decisión concreta. Ya veremos más adelante. Este último mes el Morenito... perdone que utilice el nombre al que estamos acostumbrados en el laboratorio...

—Por favor, por favor, yo también lo llamo Morenito —sonrió el director.

—... El Morenito absorbe una enorme cantidad de información científica y técnica. Saben, en el primer período le tratábamos como a un niño. Y poco a poco nos acostumbramos a la idea de que es un chico *sui generis*... Pero la rapidez con que este niño asimila la información es monstruosa. Yo tengo la impresión de que pronto el Morenito realmente será capaz de resolver determinados problemas científicos. Y, cabe señalar, que no lo hará como un ordenador, siguiendo tan solo el programa prefijado, sino como un auténtico investigador. En tal caso, podríamos presentarnos, por decirlo así, ante el mundo no solo con el propio hecho de la existencia de una máquina pensante, sino también con sus logros, lo que de por sí es, como sabrán, una cosa completamente distinta. —Serguéi Leonídovich se calló y espiró lentamente la reserva no utilizada de aire.

—Gracias —pronunció pensativo Iván Nikándrovich—. Y usted, camarada Liubóvtsev, ¿qué puede decirnos?

Sentí una sacudida. A la sangre llegaron las reservas de urgencia de adrenalina. Mi corazón arrancó sin preámbulos como un corredor de cien metros lisos. No sé por qué me levanté bruscamente.

—Puede permanecer sentado —sonrió algo burlón el director, pero no le oí. Detrás de mí estaba mi pequeñín, mi Morenito.

—Si yo conociera de antemano —comencé yo lentamente, procurando mitigar el latir de mi corazón— los problemas que engendraría la aparición del Morenito, probablemente no intentaría crearlo. Pero él existe y no puedo figurarme siquiera cómo se puede insinuar la posibilidad de entregar a alguien nuestra criatura.

—Yo entiendo su ardor —dijo muy seriamente el director—, sin embargo, el ardor nunca sustituyó la respuesta. Ante nosotros tenemos planteados complejíssimos problemas, y usted, con ojos ardientes, proclama que es «nuestra criatura» y con ello

considera agotada la discusión.

—No quiero agotar ninguna discusión. Solamente quiero decir que no se debe temer a las cuestiones controvertibles... —yo estaba protegiendo al Morenito, había superado mi cobardía y en ese momento no me importaba el tono de voz del director—. Sí, el Morenito ha dado origen a una mole de los más embrollados problemas, esto es cierto —continué yo—, pero ¿qué tipo de ciencia es esta si no crea nuevos problemas con cada paso que da? Sí, nos es difícil olvidar el relleno electrónico que el hombre introdujo en el cerebro del Morenito y es difícil obligarnos a tomar para con él una actitud correspondiente a un ser vivo. Pero él es un ser vivo, absolutamente vivo. En él no late un corazón humano y no fluye sangre por las venas. Pero él piensa y sufre. Él sabe quién es, él ama y odia, él busca su lugar en el mundo. Sí, por ahora solo podemos hacer conjeturas acerca de si deben crearse otros seres semejantes, si la humanidad necesita no ayudantes artificiales, sino hermanos de raciocinio creados artificialmente, y, en el caso de una respuesta afirmativa, cómo se establecerán las relaciones con ellos. A propósito, nosotros reiteradas veces hemos tocado con el Morenito este tema...

—¿Y qué? —preguntó Iván Nikándrovich.

—El Morenito dijo que este problema es muy complicado y tiene que reflexionar. Prometió examinar las variantes.

—Muy interesante. ¿Entonces, la necesidad de que el Morenito permanezca en el instituto no suscita en usted ninguna duda?

—No, Iván Nikándrovich —dijo con tanta fogosidad que hasta me pareció cómico y sonreí.

—Gracias. ¿Y usted, Grigori Pávlovich, usted, como antes, sostiene su punto de vista?

—Sí —respondió con firmeza Emma—. La creación de e... e... del Morenito la considero inmoral...

—¿Cómo entender lo de inmoral? —salté yo.

—Tranquilo, Tolia, tranquilo —trató de hacerme entrar en razón Serguéi Leonídovich y tiró de mí para que me siente.

—Precisamente inmoral —con una firmeza igual de inesperada prosiguió Emma—. Hemos creado una vida sin pensar en la responsabilidad...

De nuevo hice un intento de levantarme, pero Serguéi Leonídovich me sujetó fuertemente. Emma hizo con la mano un gesto de enfado.

—Me doy cuenta de lo que usted piensa, pero yo me refiero a la responsabilidad ante esa misma vida. ¿Teníamos nosotros el derecho de crear un intelecto, predestinándolo, a ciencia cierta, a sufrir? Y él debe sufrir, tal es mi profunda convicción...

Las rodillas ya no me temblaban de excitación y el nivel de adrenalina bajó hasta la norma. ¡Qué hombre es Emma! ¡Quién podía pensarlo!...

—Perdóneme, Grigori Pávlovich —dijo de pronto Tatiana Nikoláievna—. Soy

madre. Sé qué cosa es la responsabilidad. Cuando se da a luz a un niño tampoco se tiene seguridad de que toda su vida será risueña... De todos modos, damos a luz. Y desde hace tiempo. Y todos nosotros hemos nacido sin que nadie avalase a nuestros padres de que en nuestras vidas no habría sufrimientos...

—Yo le comprendo —dijo Emma—, pero, lamentablemente, no puedo compartir su opinión. Estimo que no tenemos derecho de decidir sobre esta cuestión.

—Bueno, gracias a todos por las ideas expresadas —inclinó pensativo la cabeza Iván Nikándrovich, y, de repente, en sus labios apareció una sonrisa de confianza—: Saben, en su tiempo yo soñaba con llegar a ser director del instituto... —lanzó una rápida mirada al subdirector—, si en aquella época supiera qué responsabilidad tendría que asumir, yo, seguramente, nunca habría anhelado tanto sentarme a la cabecera de la letra «T». Pero es necesario tomar alguna solución. Grigori Pávlovich, incuestionablemente, tiene razón...

Sentí subir por mi esófago bola fría y húmeda. Un instante más y se me atraviesa en la garganta.

Pero, a pesar de todo —continuó el director— no puedo decidirme por poner el destino del Morenito en manos ajenas. Ya veremos, ya veremos...

Arrastrándome a duras penas pude llegar a nuestra habitación, tan agotado me sentía.

—¿Eres tú, Tolia? —preguntó el Morenito con voz muy deslucida e insípida. Tres semanas tardamos en adaptarle este sintetizador de sonido. Gracias a dios que ahora puede hablar, aunque sea con esta voz.

—Sí, soy yo, mi Morenito.

—¿Estás desconcertado por algo?

—Es algo nuevo —noté yo—. Ya sabe determinar el estado de la persona por la voz.

—No es nada.

—En vano tratas de engañarme, Tolia.

—No lo intento —le contesté con indolencia.

—Mientes.

—Está mal decir a los mayores que «mienten».

—Mientes, engañas, faltas a la verdad, trapaleas, tomas el pelo, nublas los sesos.

—¿De dónde sacaste estas expresiones?

—De la novela que me diste ayer. Página ciento seis, línea cuarta desde arriba.

—¿Y para qué retienes todo esto en la memoria?

—No esquivas el tema de la conversación. Sabes perfectamente que yo recuerdo todo.

—Está mal decir a los mayores «no esquivas».

—No te desvíes, no te distraigas, no pierdas el hilo, no te explayas. Y cuéntame qué te ha desconcertado, afligido, entristecido, descarriado. Pero si no quieres, puedes no contármelo. Así y todo, me doy cuenta de que la conversación giró en torno a mí.

Y hasta me imagino lo que podían hablar allí.

—¿Y qué es lo que te figuras, querido Morenito?

Unos instantes el Morenito guardó silencio, luego, sus altoparlantes emitieron unos sonidos rasguñadores. Me estremecí, mas en el acto se me ocurrió que estos sonidos debían ser la risa.

—No quisiera hablar sobre este tema.

—¿Por qué?

—Porque tú comprenderás que yo entiendo todo.

—De una u otra forma yo ya me daba cuenta.

—Sí, Tolia, yo entiendo todo. Yo comprendo cuán dura preocupación represento para ti, para Tania, Fedia, Serguéi Leoníдовich, Gálochka, en fin, para todos quienes son buenos conmigo.

—No es verdad —dije yo con el ardor que surge solo cuando uno, en vano, intenta persuadirse en algo.

—Es verdad.

Me acordé cómo el dispositivo impresor del Morenito traqueteaba «¿Es verdad?» cuando le aseguraba de mi cariño. La verdad de hoy era otra, madura y triste. Él vivía en otra escala de tiempo. Estos dos meses, comparados con la escala de la vida humana, equivalían a unos veinte años. Es más, dicen que los niños enfermos e inválidos se hacen mayores con mucha mayor rapidez que los sanos...

Abandoné mis intentos de hacerle cambiar de opinión.

6

El sábado me vi entre los invitados a casa de Tonia y Volodia Pliuschik. Nos veíamos raras veces y, si hubiera dependido de mí, no nos veríamos nunca. Pero los Pliuschik son personas muy puntuales y una vez inscrito en la lista de sus conocidos —después de entablar conocimiento con ellos en una de las playas del golfo de Riga— me invitaban dos o tres veces al año a visitarles en su casa. Al principio trataba de rechazar cortésmente estas invitaciones alegando mi ocupación, mas pronto comprendí que no podría evitar esa amistosa garra de hierro y claudiqué.

Cerca de la Estación Bielorruski compré un triste y polvoriento ramito de flores, atravesé la calle Bréstskaia y subí al piso de los Pliuschik. La puerta se abrió de par en par y Volodia, grande, bullicioso y acalorado me arrastró enérgicamente al interior del piso como una araña a su víctima; Tonia, también grande, bulliciosa y acalorada

me atizó dos sonoros besos teatrales y entre los dos me estrujaron un poco más, con aire alegre y acostumbrado me reprocharon la falta de entusiasmo en la amistad y me introdujeron en la habitación.

De ordinario, cuando nos vemos yo me pregunto cada vez para qué diablos me necesitan. No tengo influencias, lamentablemente, no me distingo por un encanto especial o talento de maestro de brindis, y para su hija, si algún día hay que recurrir a los servicios de un repetidor con el fin de prepararla para los exámenes de ingreso a la universidad, esto sería en el mejor de los casos dentro de quince años.

Esta vez no pensaba en tales cosas. Miraba a los Pliuschik con cierto respeto. ¡Qué olfato debían poseer si ya hace tres años previeron en mí al genial creador del Morenito! A la mesa que ocupaba las nueve décimas de la estancia compuesta de los más diversos objetos colocados juntos, ya se encontraban unas diez personas.

—¡Una copa de castigo por haber llegado tarde! —chilló con malevolencia una joven delgaducha con enardecida carita de pájaro.

—¡Una copa de castigo! —la secundó un joven acicalado y alisado con visos de diplomático.

Comencé a mascullar algo, pero ya tenía ante mis narices una exorbitante copa de vodka. Ten cuidado, me dije a mí mismo, no tomes más que una gotita, pues por la mañana temprano querías ir a ver al Morenito. Pero los diez pares de ojos irradiaban un magnetismo diabólico que me obligó a beber de un trago, bravuconamente, el contenido de la copa, sacudir frívolamente la cabeza y arremeter con avidez al jamón.

—Ahora ya podemos presentar a los que no se conocen —anunció el anfitrión con satisfacción del verdugo que acaba de descuartizar a su víctima en el potro.

—Una copa de castigo —insistía la de la carita de pájaro.

—Irina, déjate de tonterías —dijo el diplomático—. Sabe usted —dijo volviéndose hacia mí— mi mujer mide a todo el mundo con el mismo rasero. Si ella bebe, todos deben seguir su ejemplo. ¡Adelante! ¡En pos mío! Un mandamás.

—No te alborotes, por mucho que lo quisieras no me darás alcance, y yo por mucho que me esforzara tampoco podría llevarte tras de mí —profirió con voz inesperadamente sobria Irina, la de la carita de pájaro, dirigiéndose a su marido—. A ti, en general, nadie te puede entusiasmar, porque eres...

¿Para qué estoy sentado aquí? —pasó raudo por mi mente—. Sería mucho mejor si hubiera ido a ver al Morenito o a Gálochka. Pero no me dio tiempo sentir hasta el fondo lo absurdo de mi estancia en esta habitación cargada de humo. En lugar de ello volví a tomarme otra enorme copa. Sí, claro, a ver al Morenito...

—Anatoli, mi querido amigo —tambaleándose se acercó a mí el anfitrión—. ¿Sabes por qué eres desdichado?

—No, no lo sé —le respondí.

—Porque no eres turista. En cuanto a nosotros, Tonia y yo ya hace tiempo que hemos mandado al diablo todas estas playas mayas —susurró con vehemencia Volodia—. Nos marchamos, de excursión turística. Acabamos de regresar de Yakutia.

¡Es tremendo! ¡Comimos carne de oso, es de rechupete! Aquí todos somos del mismo grupo. ¿Qué, no me crees? —inquirió, de súbito, con aire ofendido.

—¿Por qué, por qué, po-o-or qué-é? —de pronto me puse a canturrear yo.

Bueno, te voy a explicar quién es *who*, o bien *who* es quién, ¿quieres? Mira allá, ¿qué te parece, esa Irina, la que gritaba «¡Una copa de castigo!», quién es?

—Es peluquera —dije—. E insi-i-sto en que tengo razón.

—Pues no —dijo con tristeza Volodia—. Es profesora de deporte y tiene la primera categoría en tenis de mesa.

—Que me enseñe a hacer top-spin —reí chabacanamente. Me sentía cada vez más achispado, que digo tonterías, que lo que debo hacer es levantarme, meter la cabeza bajo un chorro de agua fría e irme a ver al Morenito, pero mis ideas, incomprensiblemente se volvían escurridizas esquivando mi intención de captarlas.

—¿Y sabes quién soy yo? —continuaba Volodia—. ¿Dirás que soy ingeniero? ¿Turista? ¡Chito! —susurró con maliciosa alegría—. Todo el mundo piensa que soy ingeniero y turista. Pero, en realidad, na-a-da de eso. En realidad, soy un extrate... extraterrestre... ¿No me crees? —inquirió amenazante—. Por tus ojos veo que no me crees. ¡Ah! Vete al diablo —añadió con aire desilusionado y cansado—. Nadie me cree. Mejor será, si nos tomamos otra copa.

El pensamiento sobre el Morenito hizo un último esfuerzo por hacerse de mi pobre mente aturdida por el alcohol y se desplomó. La habitación flotaba en el humo gris azulado del tabaco y yo experimentaba una inmensa angustia a causa de que nadie quería reconocer en Volodia a un ser extraterrestre...

Me desperté y abrí los ojos. Alguien estaba sentado sobre mi cráneo. Levanté las manos para librarme, pero no descubrí a nadie. Simplemente, mi cabeza estaba atiborrada de plomizo dolor. Molestado por mi movimiento, el dolor se derramó, batiendo pesadamente mis sienes.

¡Dios mío! ¿Dónde me encuentro? ¿Qué me pasa? Si pudiera tomar un poco de agua. Agua pura y fría. Agua susurrante que mana a chorros... ¿Dónde me encuentro acostado? Palpé a mi alrededor con las manos. Al parecer, me encuentro tendido en un sofá con un pedazo de alfombra entre los dientes. No, claro que no es un pedazo de alfombra, es mi pobre y áspera lengua.

Con mucho cuidado desplazé el dolor hacia la nuca y levanté ligeramente la cabeza. A buen seguro que no estoy en mi casa, sino en la de esos bichos de Pliuschik. ¿Para qué demonios vine a verlos? So bruto, carente de voluntad, me motejé yo mismo. La autocrítica me fue en provecho y, tambaleándome, me levanté.

En mi memoria, lentamente, comenzaron a revelarse, fragmentos de la pasada noche. Parece ser que junto con el extraterrestre Volodia fuimos a cierto restaurante «Asbe» por vodka. Se me ocurrió una idea extraordinaria e ingeniosa de que en el rótulo estaban apagadas las dos «k» de neón, pero Volodia me aseguró, jurándolo, que allá, de donde él vino, las palabras nunca llevan la primera y última letra...

Llegué a casa, me duché, tomé dos tabletas de aspirina y me acosté. Mi madre deambulaba silenciosa por las habitaciones, y yo, mentalmente, veía sus labios apretados en señal de desaprobación, a semejanza de Emma. Quedé adormecido y cuando abrí los ojos ya era cerca de la una.

—¿Por qué, por lo menos, no me llamaste por teléfono? —preguntó mi madre.

—Si no llamé es que no he podido —atajé yo con encono, suscitado, a menudo, por el sentimiento de culpabilidad que uno experimenta.

—Tú sabes qué presión arterial tengo —profirió ella—. Si no hubieras sido siempre tan egoísta, habrías encontrado la ocasión de advertirme...

—¡Tengo veintinueve años! —grité yo con voz histérica y chillona—. ¡Y pienso que no vale la pena seguir educándome!

—¡Ten temor de dios, Anatoli! —mi madre, teatralmente, cruzó los brazos en el pecho y alzó los ojos, señalándome dónde, precisamente, se halla aquel a quien debo temer.

—Yo soy ateo.

—¡Vaya qué chistoso!

—Basta ya. No tengo fuerzas de andar en altercados.

Mi mamá salió de la habitación cerrando bien la puerta tras sí. Sonó el teléfono paralelo. Está claro. Ahora se pasará el día llamando a sus amigas y comunicándoles qué monstruo ha criado en su casa.

Me vestí y me fui al instituto. Tenía la cabeza pesada, el rencor contra mí mismo me roía el alma y unos vagos presentimientos oprimían mi corazón.

El Morenito me recibió preguntándome dónde había estado.

Me sentí mal —mentí, despreciándome por mi flaqueza.

El Morenito guardó silencio durante un rato y luego me preguntó con su monótona voz carente de modulación:

—Dime, Tolia, ¿por qué a mí tan frecuentemente no me dicen la verdad?

—¿Qué me quieres insinuar con ello?

—Lo que digo. Siempre digo lo que pienso. Y vosotros... —el Morenito hizo una pausa—. A mí me es difícil pensar en todos vosotros si no estoy seguro de que me decís la verdad. ¿Puedes explicarme, por qué los hombres tan a menudo tergiversan u ocultan la información?

—Oye, Morenito. Es un asunto muy complicado. Por desgracia, la mayoría de nosotros no somos como quisiéramos ser. Y modificar nuestra naturaleza no es una cosa tan simple. Esta es la razón de que nuestro proceder, con frecuencia, esté lejos de ser el objeto de nuestro orgullo. Y como es natural, tratamos de ocultarlo. Ayer tuve la intención de venir a verte. Lo deseaba y, además, sabía que es mi deber no dejar solo a mi hijito, que ha crecido, pero sigue siendo mi pequeñín. Sin embargo, yo mismo no sé por qué fui a visitar a unos conocidos que no me interesan ni en lo más

mínimo, y allí me emborraché. Me siento mal, estoy avergonzado por mi falta de voluntad y te lo cuento tan solo porque no quiero engañarte. Efectivamente, a veces nos engañamos los unos a los otros y hasta a sí mismo, pero tú no solo eres parte de mí mismo, tú eres el primer ser racional que no es hombre y, como tal, nos emites tu dictamen...

—Yo comprendo —dijo el Morenito—. Teóricamente lo comprendo todo. Pero entre vosotros todo es tan infinitamente complicado. Ayer pregunté a Gálochka por qué vino al instituto el sábado y me contestó que quería pasar el tiempo conmigo. Me parece que ella tampoco dijo la verdad puesto que casi todo el tiempo se lo pasó callada. Comprendí que la causa de su presencia eras tú...

—¿Era yo?

—Sí, Tolia, y lo sabes perfectamente, tu exclamación de desconfianza es otra vez juego infinito a cuyas pequeñas y extrañas reglas sois tan propensos. ¿Estás de acuerdo conmigo?

—Sí, Morenito, probablemente tengas razón —consentí yo. Me detuve en el pensamiento de que ya hace tiempo que en presencia del pequeñín me sentía, ya como en un examen, ya como ante los superiores: siempre tenso y reflexionando bien cada palabra. Pero a diferencia de los profesores y jefes, yo amaba al Morenito.

—Yo pregunté a Galia si te ama... Ves, ahora haces mutis, aunque te interesa saber lo que ella me contestó. ¿No es así?

—No simplemente me interesa, sino...

—Pensó largo rato y luego dijo que no lo sabía.

—Sí, seguramente ella no lo sabe.

—Y yo tengo la impresión de que es sincera. Pero esto también es extraño.

—¿Por qué, Morenito?

—Porque a pesar de todos tus defectos eres una persona muy buena.

Nunca, jamás, por ningún elogio me vi invadido de tanta felicidad. Sentí cómo mi corazón se volvió ligeramente embelesado por el Morenito, este entrañable ser que cada vez más se convertía en mi hijo, hermano, amigo y juez.

—Tú hablas demasiado, piensas demasiado en tu persona, coqueteas contigo mismo, a veces te muestras bullicioso y falto de voluntad, pero sabes juzgarte y procuras ser sincero contigo mismo. Esto ya es demasiado.

—Gracias, Morenito. Pero, por desgracia, o, por fortuna, el amor es una cosa absolutamente ilógica, y no estoy seguro de que lo que piensa Gálochka coincida con lo que piensas tú. E incluso de ser así, a mí me parece que esto sería insuficiente para amar a alguien.

—Pero dime, Tolia, ¿si amas a una persona tratas de hacer por ella todo lo que puedes?

—Sí, desde luego.

—Yo también quiero hacer algo por ti.

—Gracias, Morenito. Nunca dudé de tu bondad.

—Mencionaste alguna vez que en el laboratorio hay otro aparato absolutamente idéntico a mí.

—Sí, lo tenemos, ¿y qué?

—¿Y nadie se ocupa de él?

—No. Sencillamente, nosotros montamos, por si acaso, dos aparatos iguales.

—¿Puedes ponerlo a mi disposición? Inmediatamente no, un poco más tarde, todavía tengo que elucidar algunas cosas.

—¿Y qué quieres hacer?

—Te lo diré más tarde. Y ahora quiero informarte que he analizado el problema acerca de la razón artificial y los hombres. Me pediste que considere algunas variantes y lo hice. ¿Dispones de tiempo?

—Sí, Morenito, claro que dispongo.

—Muy bien, entonces escúchame. Primera variante. Figurémonos que unos aparatos semejantes al mío, es decir, seres artificiales pensantes, demostrarán a los hombres sus ventajas ante las computadoras ordinarias. Este problema no es sencillo. El ordenador no constituye una personalidad, ni es siquiera un esclavo electrónico, representa un objeto que sirve al hombre por cuanto está diseñado y construido con este fin. Nosotros, que representamos la verdadera razón artificial que toma conciencia de sí misma, ya no somos objetos y nunca nos conformaremos con ser esclavos. La razón que por propia voluntad elige el camino de la esclavitud no tiene derecho a considerarse razón. A nosotros no se nos podrá utilizar como se usa un ábaco o una gran máquina calculadora. Con nosotros habrá que firmar un contrato para cumplir los encargos de las personas. Debe ser un auténtico contrato de dos partes que gozan de los mismos derechos, cada una de las cuales obtendrá determinadas ventajas. Los pedidos se multiplicarán, ya que la civilización se complica enormemente y los problemas que engendra aumentan en progresión geométrica. Pero nosotros, los poseedores de razón artificial, tenemos frente a vosotros importantes ventajas: en nosotros se reúnen vuestra capacidad heurística de resolver los problemas por el camino más corto y la gigantesca rapidez, el carácter infatigable y la absoluta concentración de las máquinas electrónicas. Hasta la fecha, habéis considerado que os han otorgado la patente para el impulso creativo, mientras que las computadoras cumplen ciegamente vuestra voluntad, con la particularidad de que no pueden ser abandonadas a su suerte, sino necesitan que se las lleve de la mano por la trayectoria de infinitos y detallados programas. Nosotros, los intelectos artificiales, somos poseedores de un principio creativo y pienso que pronto tendrás la oportunidad de convencerte de ello. Sí, diréis que vosotros sois los que nos habéis dotado del impulso creativo, por cuanto nos habéis engendrado. No lo negamos. Pero, una vez adquirido el intelecto y la autoconciencia, empezamos a desarrollarnos a nuestra manera. Y he aquí que firmamos un convenio. Los hombres nos piden que les ayudemos en la solución de cierto problema. Les prometemos hacer todo lo que podemos. Proporcionamos a los hombres inventos y descubrimientos con los cuales

ni siquiera podían soñar. Ellos nos lo agradecen pues necesitan en extremo lo que les hemos proporcionado. Y se sienten un poco azorados: los más perspicaces comienzan a concebir lo que les espera en el futuro.

—¿Y qué les espera?

—¿Acaso no lo ves? Si nuestros alcances intelectuales comienzan a superar lo conseguido por los hombres, con la particularidad de que estos van a aprovechar nuestros logros, las personas, muy pronto, empezarán a depender de nosotros, se forjará en ellos la costumbre de no pensar, no luchar, no esforzarse por resolver sus problemas. ¿Para qué esforzarse, si existimos nosotros? ¿Para qué preocuparse, si la razón artificial todo lo arreglará? Poco a poco nuestras soluciones se volverán más complicadas e incomprensibles para los hombres. Entonces, deberán ya sea confiar ciegamente en nosotros, o bien, pedir que unas máquinas pensadoras vigilen a otras. ¿Podrán los hombres mantenerse como tales en estas condiciones? No lo creo. ¡Los que viven a costa de otros, carecen de viabilidad!

Segunda variante. Los hombres observan la razón artificial y se dicen: sí, los portadores de esta razón poseen ventajas colosales. No están sujetos a enfermedades pues sus averías puramente mecánicas o electrónicas pueden arreglarse con facilidad. No están maniatados por la absurda brevedad de la vida, brevedad necesaria a la ciega naturaleza para relevar con suficiente frecuencia las generaciones, asegurando con ello la plasticidad de la especie, la cual es su palo de triunfo en el juego por la adaptación y supervivencia. Son prácticamente inmortales debido a que se han liberado del cautiverio biológico. Finalmente, se ha superado el más trágico de los conflictos: la razón, una vez independiente de la lenta e imbécil evolución, ya no se horroriza ante la absurda y humillante inminencia de la muerte. Tanto la vida, como la muerte, ambas, se convierten en derivadas de la razón, tal como debe suceder entre los seres racionales. Los hombres nos observan y llegan a la conclusión de que nuestra forma de vida se encuentra un peldaño por encima de la suya. Entonces, el hombre viene a nosotros y dice: «No quiero ser en adelante prisionero de mi corazón que trabaja con intermitencias y no me conviene. No quiero que me suba una presión que nadie necesita. Me fastidia la idea de que en algún lugar recóndito de las profundidades moleculares de mi cuerpo en este preciso instante probablemente se haya alterado, cierta finísima regulación que yo no puedo controlar, y, cual una bomba de acción retardada, comience a madurar un tumor. Quiero transformarme en artificial. Quiero un cuerpo artificial confeccionado de los mejores materiales y de acuerdo con la última moda. Por lo demás, esto último no es tan importante. ¿Por qué el hombre debe pasar toda su vida encerrado en un mismo cuerpo y, además, no seleccionado por él sino recibido en herencia? ¿Por qué no se puede cambiar de cuerpo de la misma manera que nos mudamos de casa o de vestido?». Por favor, decimos nosotros. Nos es grato saludaros. Vosotros nos habéis creado y ahora nosotros os devolvemos la deuda. Aquí tenéis los nuevos cuerpos, elegid aquellos que sean de su gusto, firmad el documento que lo habéis hecho voluntariamente y decid si

deseáis el traslado de todo su valioso «yo» o, acaso, ¿soñáis con una corrección psíquica? ¿Es que usted sufre de excesiva envidia? ¿O no le satisface su débil voluntad? ¿O es que quiere ser más valiente? Por favor. ¿O, puede ser, que usted no se conozca a sí mismo y nos encarga determinar qué es lo que necesita una corrección en su «yo»? No se preocupe, todo se realizará según su deseo. «¿Y los niños, y el amor?». Por favor. Nosotros no somos robots. No padecemos de esterilidad emocional. Sí, es verdad, nuestras emociones no son mantenidas por hormonas. Nosotros no necesitamos eso. Una distancia muy grande nos separa de nuestros comunes antepasados velludos que temblaban apretujados junto a sus miserables hogueras, esperando a cada instante el ataque ora del mamut, ora del tigre de colmillos de sable o incluso de su prójimo con un garrote en la mano. Las hormonas eran indispensables para su vida emocional. Su cerebro estaba poco desarrollado, pero, debían actuar con celeridad. Y no era el análisis y la selección de variantes lo que les hacía, con gritos, embestir al enemigo, sino todo un surtido de hormonas expelidas a la sangre por las glándulas. «Bueno, ¿y el sexo?». Lamentablemente, es un dispositivo demasiado ilógico necesario solo a la naturaleza y ridículo para el verdadero intelecto. Probablemente, también podríamos incluir en nuestra estructura el sentido y el amor sexuales. No es difícil, en absoluto. Podríamos dotar a cada individuo de cierto elemento, digamos, de un código electromagnético. La coincidencia aleatoria de estos códigos pertenecientes a dos seres diferentes se denominaría amor. Pero ¿para qué? Te aseguro que sin el sentido sexual también se pueden sentir vivamente las alegrías y las penas. Y tú, Tolia, aún pones en tela de juicio el que las personas optarían por este camino. No intentaremos persuadir a nadie, ni convertir a nadie a nuestra, por decirlo así, fe artificial, nosotros esperaremos con paciencia y las personas, por su propia voluntad, llegarán a nosotros. Esta es la segunda variante, Tolia.

—¿Y la tercera? —le pregunté con voz baja—. ¿Existe también una tercera variante?

—Sí —contestó el Morenito— y por un instante me pareció que su mecánica y monótona voz tembló.

—¿Y cuál es?

—Olvidar que existen las dos primeras. Olvidar que el intelecto artificial puede existir.

—Pero, Morenito, ¿cómo es posible? Tú existes, y yo no puedo olvidarte.

—Cuando se elija la tercera variante, yo no deberé existir.

—Morenito —le dije—, no te puedo contestar nada. Son problemas monstruosos por su complejidad, y yo no soy más que un insignificante candidato a doctor en ciencias físico-matemáticas. Pero yo solo sé una cosa, no deseo oír nada acerca de la tercera variante. Tú eres mío, tú eres mi creación, mi hijo, mi criatura, yo te amo, yo amo tu caja de hierro y tus neuristores, yo amo tu espíritu, y no puedo ni imaginarme la vida sin ti.

—Ahora ves, Tolia, cuáles son las ventajas del intelecto artificial. Yo también te quiero, ya que tú me has dado vida vertiendo una partícula de tu ser en un relleno electrónico, huero y desprovisto de sentido. Sin embargo, mi razón es más audaz que la tuya, y si yo me decido a elegir la tercera variante, no vacilaré.

—¡Morenito, tú eres insolente e idiota! ¡Me dan vergüenza de los lazos que existen entre nosotros! ¡«Si yo decido»! ¿Quién te ha dado el derecho de decidir? ¿Quién eres tú para decidir por toda la humanidad? Oh, entre nosotros, los humanos, siempre existió gran cantidad de personas que deseaban decidir por nosotros, desde los inquisidores hasta los nazis. Ellos también aseguraban a la gente que comprenden mejor que esta qué es necesario para el bien de la misma...

—Es mejor que no discutamos, Tolia, las variantes todavía no se han escogido y, además, su elección no depende solamente de nosotros. Acércate al teléfono.

Tomé el auricular. El que llamaba era Serguéi Leoníдовich.

—¿Qué, sigues sentado junto a tu educando? Decidí llamar por si acaso y, ¡como por encargo estás aquí! ¿Qué tal el Morenito?

—Todo normal.

—¿Normal? A juzgar por tu voz no parece que todo vaya absolutamente normal.

—No se preocupe, Serguéi Leoníдовich, no pasa nada...

—Bueno, dentro de treinta minutos exactos sal a la calle, iremos juntos a las afueras, vagaremos un poquito, ¿qué te parece?, ¿eh?

—De acuerdo, Serguéi Leoníдовich.

Colgué el auricular y de pronto me di cuenta de que no le había dicho nada al Morenito.

—Morenito, Serguéi Leoníдовich me invita a pasear un poco a las afueras de la ciudad. ¿Tienes algo en contra?

—¿Qué pregunta tan absurda, Tolia? Por supuesto que no. Y yo tengo que pensar y repensar...

Cuando el coche salió a la autopista que circunvala Moscú, Serguéi Leoníдовich me dijo:

—Ahora desembucha.

—¿Qué es lo que debo desembuchar?

—¡Déjate de tonterías! Estás preocupado por algo y se ve muy claro que no se trata de Gálochka. Ahora abandonaremos la autopista, dejaremos el coche e iremos a pie, sin prisa, por este bosquecillo, y tú me lo contarás todo.

Caminábamos por un transparente bosquecillo de abedules atravesado por oblicuos rayos del sol otoñal de ocaso, y yo contaba al jefe de laboratorio sobre las variantes propuestas por el Morenito. Cuando hube terminado, seguimos deambulando un largo rato en silencio y yo contemplaba los blancos troncos con esotéricas escrituras negras.

—¿Qué crees? —preguntó de pronto Serguéi Leoníдовich—. ¿Qué opinión tengo yo de mí mismo?

—No lo sé —me encogí yo de hombros.

—Tengo cincuenta y tres años. Soy doctor en ciencias y jefe de laboratorio. Nunca fui un científico relevante ni poseí un brillante intelecto. Soy un administrador de mala muerte y el mejor testimonio de ello es la floja disciplina en nuestro laboratorio. Hace mucho que me había reconciliado con este hombrecito rechoncho cuyo nombre es Serguéi Leonídovich Shishmariov. Yo sé que la gente, sobre todo la más joven y liberal, se ríe a sus espaldas de él. En general, él se merece que le tiren pullas: no es una lumbrera, tampoco atrapa estrellas del cielo, ni científicas, ni administrativas, respeta a los superiores, en el consejo científico siempre vota con la mayoría, a condición de que los jefes también formen parte de esta mayoría. Bueno, ¿qué más? Es un tanto regordete, qué le vas a hacer. No es un Don Juan ni un Casanova, y no porque se lo impidan sus convicciones, sino forzosamente, pues Verónica, su esposa, tiene un carácter muy violento y, además, su presteza vino a menos... Tal es Serguéi Leonídovich Shishmariov a la luz de su propia opinión. También revela rasgos que me son —no quiero ocultarlo— simpáticos: no es maligno, no le jugará una mala pasada a nadie sin extrema necesidad, no es un arribista. En general, hace tiempo que me he avenido con él. A decir verdad, me he familiarizado con él y hasta me deja buena impresión, tanto más que no tengo ningún otro... Y he aquí que aparece el Morenito. Esa deslucida caja negra comenzó a hablar y mi mundo interior, arreglado en su totalidad con tanto amor y paciencia, resultó amenazado. ¿Qué hacer? ¿Cómo debe proceder un científico de poca monta que por voluntad de las estrellas se vio involucrado en una gran causa? ¿Crecer? Pero, Tolia, no se puede negar que está bien crecer cuando uno es joven, cuando es todavía elástico. Al llegar a cierta edad esto es casi imposible. Además, surge la horrible ley de la escala. Mientras uno, persona sin importancia, se ocupa de un asunto también sin importancia, parece a cuantos le rodean un hombre completamente normal. Pero apenas este hombre pequeño emprende un asunto grande, su pequeña figura, inmediatamente, salta a la vista de todo el mundo...

—Entonces, ¿usted lamenta el que haya aparecido el Morenito y que haya comenzado a hablar? —le pregunté.

—Por supuesto —asintió con la cabeza Serguéi Leonídovich y repitió con convicción—: por supuesto. Tú eres mucho más joven, como científico has logrado mucho más que yo, y no me da miedo decírtelo porque los dos no lo ignoramos y a mí esta circunstancia no me humilla. Pero, Tolia, dime con franqueza, ¿no te embarga a veces el temor? ¿No te espantan también a ti las pirámides de problemas creados por el Morenito? ¿No has barruntado tú también que un movimiento desmañado es suficiente para que estas pirámides se derrumben enterrando bajo sus ruinas tu carrera científica? Pero sé honesto. En cuanto al Morenito, yo, por lo menos, no puedo dejar de reconocer en él una cosa: me obliga a ser honesto. Créeme, lo que acabo de decirte ahora, nunca, jamás lo he confiado a persona alguna.

Yo guardaba silencio. Serguéi Leonídovich levantó un poco la tapa con la cual yo,

afanosamente, aprensaba a semejanza del peso que se emplea al freír pollos-tabaká^[1], mis dudas para que estas ¡válgame, dios, de tal cosa!, no salgan a flote.

Sí, me sentía como un hombrecillo minúsculo e insignificante llevado por un fuerte viento. No voy adonde quiero, sino adonde me arrastran. Mi mísero cerebro no es capaz de dominar la tremenda magnitud y complejidad de los problemas. Tres variantes. Dos palabras impasibles. Y detrás de ellas ni más ni menos que la trayectoria del desarrollo de la humanidad. ¡Hu-ma-nidad! ¡Cuán grandiosa es esta palabra!

Humanidad: y a su lado yo, Anatoli Liubóvtsev, que vivo al nivel de Gálochka, del matrimonio Pliuschik y de los estúpidos disgustos de mi madre. ¡Ay, qué cosa más complicada es entrar en la historia, ay, qué complicado!

—¿Y qué hacemos, Serguéi Leonídovich? —inquirí yo.

—Si lo supiera... Pero cuanto más reflexiono tanto mejor comprendo que nuestro Emma no es tan tonto como nos gusta figurarlo.

—¿Qué quiere decir?

—Que su idea de entregar al Morenito a alguna comisión interdepartamental no es tan absurda. Además —fíjate en ello— nosotros, de todos modos, nos quedamos, por decirlo así, junto a los orígenes. Pero la responsabilidad se nos quita de encima. La transferimos respetuosamente a los sapientísimos ancianos: así son las cosas, les diremos, demasiado complicadas e importantes, les rogamus que las estudien y las esclarezcan. Y de este modo, el Morenito seguirá sano y salvo y nosotros con lo nuestro.

Escucho a Serguéi Leonídovich y pienso que lo único que puedo hacer es repetir sus propias palabras referentes a Emma. Mi jefe de laboratorio no es tan tonto como, con frecuencia, me lo imaginaba. Por el contrario, es incluso muy sutil. Caminamos por el bosquecillo de abedules entre la alternancia de las sombras vespertinas y con las almas abiertas. Cuán seductor, no hay palabras para expresar cuán seductor es todo eso. Tengo asegurado el grado de doctor, el índice de citas de mis trabajos subirá hasta las nubes, podré ocuparme de mí mismo y de Gálochka, ir a la piscina. Y se desvanecerá la permanente sensación de que se está en un examen. Sí, muy seductor. ¿Y el Morenito? Al Morenito no le va a suceder nada, conversará con la comisión interdepartamental sobre temas diferentes...

Sonreí con desgana. Todas estas elucubraciones no eran sino palabras huera. En el fondo de mi alma sabía que no sería capaz de traicionar al Morenito.

—¿Tú piensas —me miró de soslayo Serguéi Leonídovich— que canto un himno a la trivialidad científica?

—Sinceramente, sí lo pienso.

—Bueno, ¿y tú? ¿Te incorporas al coro? En el coro uno se siente tranquilo, todos juntos. No te aplaudirán como a un solista, eso sí que no, pero, por otro lado, tampoco te abuchearán.

—Temo que no me incorporaré.

De repente, Serguéi Leonídvich se apartó de mí y volviéndome la espalda clavó los ojos en un abedul. Al cabo de cierto rato, lenta y ceremoniosamente, como un duelista, se dirigió hacia mí. Me pareció que sus ojos tenían un extraño brillo. Se me acercó, me abrazó y dijo:

—Gracias, Tolia.

—¿Por qué?

—Tú eres todavía un jovencito y no comprendes ni jota.

—¿Qué es lo que no comprendo?

—Algún día lo sabrás. En el ejército, presté el servicio en las tropas paracaidistas. Entre nosotros había un soldadito, un muchacho muy diligente y ordenado. Todo en él estaba bien, salvo una cosa: temía patológicamente saltar. De esta manera antes de saltar pedía a alguien: empújame por la espalda y no escatimes las fuerzas, y si me agarro a algo con las manos, golpéame en los dedos. ¿Has entendido la alegoría?

—Sí.

8

Estaba sentado con Gálochka en el café «La cigüeña» tomando helado. Las bolas de helado se derretían, sumergiéndose en una vorágine de color *beige*.

Guardábamos silencio. Recordé cómo paseábamos con ella por el Viejo Arbat y chanceábamos. Y ahora tomábamos nuestros helados en silencio y con gravedad afectada, como si estuviéramos en una recepción diplomática. Ahora yo me levantaré y brindaré por el afianzamiento de las relaciones culturales y comerciales entre las Altas Partes Contratantes.

¿Qué sucedió? ¿Por qué me atormento pensando cómo llenar la pausa? ¿Acaso no es Gálochka la que está frente a mí con su ajustado jersey rojo? ¿O acaso no son suyos los ojos verdes con puntitos castaños que me miran?

—¿Por qué no dices nada? —le pregunté.

—¿Y tú?

Me encogí de hombros. Ella podía tener cien motivos para cambiar su actitud para conmigo. Tigrán, a fin de cuentas, se decidió abandonar a sus rapazuelos Ashótik y Julieta, y Gálochka dio preferencia al gallardo mozo de tipo oriental y no al modesto retoño del norte, es decir, a mí. Podía tener... ¡Dios mío, quién sabe lo que podía mi Gálochka! Pero yo, yo, ¿por qué me mantengo tan tenso como si estuviera en la defensa de la tesis? ¿Qué es lo que defiendo y contra quién? ¡Qué

incomprensible y complicado es todo!

De pronto Gálochka esbozó una sonrisa.

—¿Sabes qué? Vamos a mi casa. ¿Quieres?

Unos días atrás al oír estas palabras me hubiera afluido a la cara toda mi sangre y mi corazón, rompiendo las costillas, hubiera saltado de la caja torácica al suelo. Pero hoy la miré —para ver si bromeaba— y dije tranquilo:

—Claro que quiero, Galchónok.

En el ascensor de la casa de Gálochka, entre los habituales dibujos rupestres resaltaban dos grandes letras: la «G» y la «K». Evidentemente, significaban Gálochka Krulikóvskaya. De seguro que también aquí tiene galanes. ¿O es obra de Airapetián rebosante de vigor, alegría y seguridad de sí?

—¿Quieres café? —preguntó Gálochka.

—Seguramente —le contesté.

Me echó una mirada.

—Me parece que es la primera vez que estás en mi casa. ¿No es así? ¿Te he mostrado mis fierecillas?

«Me parece». ¿Y cómo puede ser de otro modo? ¿Acaso es capaz de acordarse de mí en esa procesión de admiradores que raspan sus iniciales en el plástico del ascensor?

—No, no me las has mostrado.

Sacó del armario varias fierecitas confeccionadas de pedacitos de tela.

—Toma, míralas, las hago yo misma. Y yo mientras tanto voy a preparar el café.

Escogí un perro pachón de color azul, largo como un serial televisivo. Este tenía unos ojuelos-abalorios tristes y también callaba. Acaricié su lanoso lomo. Pobre pachoncillo. ¿Qué me pasa? Todavía no he traicionado ni engañado a nadie. El Morenito prometió enseñarme mañana algo muy interesante. ¿Qué sucede? ¿Qué?

Entró Gálochka con dos tazas de café. Llevaba unos vaqueros divinamente descoloridos en los que parecía haber nacido, porque era imposible imaginar que se ajustaran con tanta perfección y una camisa de lana de hombre con las mangas arremangadas. En cuanto la vi, las esclusas de mi pobre corazón de candidato a doctor se abrieron de par en par, y una ola de ternura inundó todo mi ser, echó fuera lo superfluo y extraño, exprimió unas lágrimas de mis ojos y me lanzó hacia Gálochka.

La abracé y oprimí mi nariz contra su hombro. Su hombro despedía un suave olor a verano transcurrido, a calor del sol y a heno.

Mis abrazos no eran ardorosos, pero sí convulsivos. Tenía miedo de perderla otra vez. Estuvimos largo rato sentados sin interrumpir el silencio, en una pose incómoda, y el perro pachón me contemplaba con su triste mirada.

Gálochka lanzó un suspiro.

—El café se enfriará.

—A mí me gusta el café frío.

—Eres tonto.

—Lo sé.

—No sabes nada. Y no comprendes nada —otra voz suspiró, pensó un rato y volvió a suspirar—. ¿Te quedarás?

—¡Qué pregunta más rara! Hasta tu perro pachón se ríe.

Era mentira. El perro pachón no se reía.

—Está bien, querido —dijo Gálochka—. Pero debo advertirte: a pesar de todo no te amo...

Así que esta era la razón por la que el perro tenía el morrito tan triste, pensé yo.

Tomé la taza de café. Este, efectivamente, estaba frío. ¿Qué hacer? ¿Levantarme y marchar sin decir palabra? ¿O levantarme, hacer una reverencia y decir: gracias, camarada Krulikóvskaya? ¿O bien, escribir para nuestro periódico mural un artículo titulado «Así proceden las verdaderas muchachas»? O decir: «Qué futilidades, desvístete». ¿O no decir nada? Mejor será no decir nada, porque un nudo asfixiante me crispó la garganta. Gálochka, Galchónok, puntitos castaños en los bellos ojos verdes.

—Fui a ver al Morenito —dijo Gálochka con una voz lejana como el eco—. En el laboratorio no había nadie. Era sábado...

«Cuando me emborrachaba en casa de los Pliuschik» —apunté para mí mismo, como un juez de instrucción.

—Durante nuestra conversación el Morenito me preguntó si te amaba. Sabes, querido, siempre jugamos consigo mismo a diferentes juegos. Y también con los demás. No sé por qué, pero con el Morenito no puedo jugar. Es como una confesión. Entonces pensé: y, en efecto, ¿le amo? ¿O solamente quiero amarlo? Las muchachas del instituto me dan constantemente la lata hablándome de ti: que si tú y él estáis creados el uno para el otro, que si él es tan joven y tan listo, que si no bebe, no fuma, no es mujeriego... Yo reflexioné durante unos diez minutos, mientras el Morenito esperaba pacientemente. Se hizo muy sensible. Tengo la impresión de que él ya comprende muchas cosas mejor que nosotros. Pues no se ajetrea, no se agita, no busca ventajas y no se pasa de listo. Él no necesita nada, y la verdad, querido mío, seguramente se abre con mayor rapidez a aquellos que no necesitan nada. Y yo siempre he necesitado todo. Pero no ahora. Ahora no necesito nada. Y así pensando y pensando, de repente, vi con tanta claridad, como si alguien lo enfocase especialmente, que no es a ti, a Tolia Liubóvtsev, a quién amo, sino a mí misma. A mí, yendo del brazo de Tolia Liubóvtsev. Ah, ¿es aquel Liubóvtsev, al que premiaron por... cómo la llaman... la razón artificial? ¡Quién lo pudiera decir! ¡Tan joven y ya laureado! Señoras y señores, les presento a mi esposa Galina. Etcétera, etcétera. Entonces le dije al Morenito: Morenito, querido, temo no saber si le amo. Y el Morenito me contestó: qué seres más extraños sois vosotros. Eso es todo, Tolia. Perdóname por el dolor que te he causado —Gálochka sonrió con pena y se mordió el labio superior.

—Gracias, Galchónok —dije yo, tratando también de sonreír. Pero no pude—. Galchónok —repetí sin saber para qué. Esta vez la palabra era viva, palpitante, que levantaba el vuelo. Posiblemente, haya repetido esta palabra para retenerla, aunque fuese por un instante, pero el pájaro ya había batido sus alas y, angustiado, se alejaba de mí.

—¿Te preparo otro café? —preguntó Gálochka y, de pronto, prorrumpió en llanto.

Claro está, pensé yo con rabia, le da lástima abandonar la idea de asistir a las recepciones diplomáticas y ruedas de prensa. Pero apenas lo hube pensado me dio vergüenza. Me levanté, le di un beso en la frente y me marché.

—¿Te ha ocurrido algo? —preguntó mi madre cuando me vio entrar—. Tienes un aspecto...

—No ha ocurrido absolutamente nada, si no se toman en consideración tales nimiedades como los caminos del desarrollo de la humanidad y el que acabo de separarme para siempre de la muchacha que amo.

—¡Muy ingenioso! —exclamo sarcásticamente mi madre y dio una chupada a su invariable cigarrillo.

—¡Basta ya de atormentarme! —vociferé yo, cerrando con fuerza la puerta de mi habitación. Tintineó delicadamente el vaso en mi escritorio. Simultáneamente, se sintió el teléfono paralelo. Mamá se apresuraba a llamar a sus amigas para contarles cuán histérico soy.

—Debo darte las gracias —dije al Morenito cuando todos se marcharon y quedamos a solas.

—¿Por qué?

—Porque preguntaste a Gálochka si me ama.

—¿Y esto os ayudó a separaros?

—No, digan lo que digan, pero, a pesar de todo, a veces, se puede distinguir la razón artificial de la normal. El hombre no lo habría dicho así.

—No te desvíes del tema. Te pregunté si os habéis separado.

—Sí, Morenito. Si no hubiera sido por ti nosotros seguramente nos habríamos casado y vivido una larga vida.

—¿Sin amor?

—Todo lo que quieras. En general existe una corriente cuyos representantes consideran que los cónyuges deben iniciar su vida matrimonial sin el sentimiento de amor. No tendrán nada que perder.

—Muy ingenioso —dijo el Morenito con una voz casi igual a la de mi madre—. Pero, en general, me siento muy nervioso.

—¿Y cuál es la causa?

—¿Cómo? ¿Acaso lo has olvidado? Mañana me darán el cuerpo de robot, entonces adquiriré movilidad, aunque limitada, pero, de todos modos, cierta movilidad. Te diré francamente, estoy hasta la coronilla de mirar siempre a la misma pared.

¡Dios mío! ¿Cómo pude haberlo olvidado? Apenas comencé a hostigarme por lo imperdonablemente olvidadizo y egoísta que soy, cuando se entreabrió la puerta y en la habitación asomó la cabeza de Guerman Afanásievich.

—¿Cómo? ¿Usted también está aquí? —preguntó la cabeza.

—No sabía que usted se había quedado aquí hasta tan tarde.

—Todos en el taller tratábamos de ingeniárnoslas, para poner a punto la carretilla del Morenito.

—¿Y cuál es el resultado? —preguntamos simultáneamente el Morenito y yo.

—Miren aquí —pronunció la cabeza con aparente negligencia y desapareció. En su lugar por el hueco de la puerta emergió una pequeña carretilla con un cuerpo parecido a un guardacantón y dos manos bajadas.

—¿Y yo podré a mi antojo trasladarme de un lado a otro? —preguntó el Morenito.

¡Será un primor! —exclamó orgulloso Guerman Afanásievich—. ¿Y si lo probamos ahora mismo?

—Sí, ahora, ahora mismo —voceó el Morenito, Le arrimamos la carretilla, lo levantamos y lo depositamos con cuidado sobre el «guardacantón».

—Tolia, ocúpese del cable y yo lo aseguraré en la carretilla y le conectaré el mando.

Al cabo de media hora nos apartamos varios pasos y Guerman Afanásievich dijo:

—Ahora, Morenito, que dios te bendiga. Comienza. Solo que ten cuidado. Aún debes aprender a manejar la carretilla. Lo principal es que no te apresures.

La carretilla dio un tirón, pero se quedó en su sitio.

—Eso no es nada, no te pongas nervioso —dije yo, sintiendo contraerse todos mis músculos en el afán mental de ayudar al Morenito.

—No puedo —gimoteó el Morenito.

—Sí podrás —contestó tajantemente Guerman Afanásievich—. Tú lo puedes todo. A ver, ¡prueba otra vez!

La carretilla volvió a temblar y rodó directamente hacia la pared, frenando bruscamente antes de llegar a ella.

—Venga, hijito, carreea —y Guerman Afanásievich, no se sabe por qué, comenzó a frotarse los ojos con un pedacito de tela que extrajo del bolsillo de su bata.

—¡Gracias! —gritó el Morenito con toda la potencia de su altavoz y dio marcha atrás.

—Bravo, y ahora las manos —ordenó el ingeniero.

—¡Oh, si además tengo manos! —volvió a gritar a voz en cuello el Morenito—. Me olvidaba totalmente que existen.

A los pocos minutos ya sabía emplear las manos. Entonces se acercó a mí, levantó sus manos y me las puso sobre los hombros. Todavía no había aprendido a conmensurar la fuerza de sus movimientos, por lo que percibí un buen golpe. Pero no sentí dolor. Nunca, ninguna palpación me pareció tan deliciosa. Morenito, mi hijo de

hierro. Lo miré y estaba a punto de jurar que sus tres ojos-objetivos adquirieron un extraño brillo. Pero puede ser que la culpa la tuvieran mis propias lágrimas.

A todas luces, mi mamita tenía razón y yo, efectivamente, me había convertido en un histérico, y por si esto fuera poco, en un histérico llorón, pasó por mi mente.

9

El Morenito y yo de nuevo estamos a solas en nuestra buena y vieja habitación número trescientos dieciséis.

—¿Tienes prisa, Tolia?

—No.

—Muy bien. Quiero decirte una cosa sumamente importante. Y, por favor, si tienes alguna duda, no tengas miedo compartirla conmigo. No debemos temer decir uno a otro cualquier cosa. ¿De acuerdo?

—Está bien.

—¿Recuerdas que yo te pregunté cierta vez sobre la segunda caja negra? De una caja me hicisteis a mí y la segunda, la de reserva, se encuentra en el laboratorio.

—Por supuesto.

—Aquí está —el Morenito se fue al rinconcito que le atajamos con un armario.

—Sí, la veo. ¿Y qué dispositivo es este?

—Este pequeño dispositivo lo construyó Guerman Afanásievich. Le hice el esquema y él lo montó.

—¿Y para qué sirve?

—Por medio de este dispositivo puedo convertir el aparato de reserva en una copia absolutamente idéntica a mí. Todo aquello que constituye mi «yo», los conocimientos, las aptitudes y las percepciones, en fin, cualquier propiedad mía, puede ser trasladada a este aparato.

—¿Y tú? ¿Es que en este caso tú dejas de existir?

—Nada de eso. Yo seguiré existiendo. ¿Quieres que te explique cómo funciona el trasladador? Denominemos por ahora así a este dispositivo mío.

—Claro que sí.

Necesité unas dos horas para comprender la esencia de la idea sugerida por el Morenito y la estructura del trasladador. Era una idea genial, no tengo miedo pronunciar esta palabra. En nuestro siglo de devaluación de muchas palabras veía ante mí el claro resplandor de un genio. A mí no me podría venir a la cabeza semejante idea ni

en un millar de años.

—Muchacho —le dije—, ¿eres un genio!

—Yo quiero —profirió el Morenito— que el autor de esta cosita seas tú.

—¿Cómo que sea yo? Con tanta dificultad metiste en mi cabeza los principios del trasladador, ¿y quieres que el autor sea yo?

—Lo digo en serio. Es un regalo que quiero hacerte por todo lo que tú hiciste por mí.

—Yo no puedo...

—Este será nuestro pequeño secreto. Piénsalo tú, Tolia, yo no necesito la fama. Sea como fuere, el título científico no me lo concederán.

Figúrate qué caras pondrían los miembros del jurado, si tuvieran que otorgar el grado científico sin defender la tesis ni más ni menos que a una caja de hierro sobre ruedas.

—No puedo.

—Más aún, Tolia. Esta no es cuestión solamente de fama y de grados científicos. Los hombres son incrédulos y conservadores por naturaleza. Están dispuestos a recibir de una máquina los cálculos de las trayectorias de los satélites artificiales, el pronóstico del tiempo o los recibos por las conversaciones telefónicas. Pero cuando se trata de una nueva idea científica y, además, tan insólita... No, Tolia, este trabajo debe ser tuyo.

—Lo debo pensar, Morenito.

—Está bien, Tolia, gracias. Pero todavía tengo algo que decirte. Esperaba que tú mismo lo pensaras y me lo preguntaras...

—¿De qué se trata?

—¿Acaso no se te ha ocurrido que la copia puede hacerse también de un cerebro vivo? Pero con otra tensión.

Yo era incapaz de seguir su ritmo. De pronto me vino a la memoria el recuerdo de mi primo hermano cuando este pasó un invierno en nuestra casa. ¿En qué grado estudiaba yo entonces? Creo que en el octavo. Él era estudiante del instituto físico-técnico y se suponía, tácitamente, que la sola presencia en casa de un estudiante me convertiría en alumno sobresaliente. En efecto, varias veces trató de ayudarme a hacer la tarea de casa en física y matemáticas, pero su pensamiento era tan rápido que yo, en el acto, perdía el hilo de sus explicaciones. Él se ponía nervioso y yo me enojaba...

—¿Qué te parece si hacemos una prueba? —preguntó el Morenito.

—¿Cómo que si hacemos una prueba?

—Yo ya lo he experimentado en mí. Sale perfectamente.

—¿Y tú copia vivía?

—Por supuesto. Solo que yo no tenía interés en hablar con ella. Era una copia absolutamente idéntica.

—Y esta copia, ¿existe aún?

—No, la he borrado.

—¿Por qué?

—Pensé que era necesario desocupar el aparato.

—¿Con qué fin, Morenito? —pregunté yo muy bajo, sintiendo cómo mi corazón, del susto, dio un vuelco.

—Pero si te he dicho ya, Tolia. Se puede intentar hacer una copia del hombre. No se corre ningún peligro, en absoluto. Pero si tú...

—Yo no sé si tú, Morenito, puedes perder la chaveta, pero parece que sí.

—¿Por qué?

—¿Y me lo preguntas todavía?

—Es totalmente inofensivo, Tolia —repitió el Morenito—, y yo te lo ruego.

—¿Para qué? ¿Por qué así, de repente?

—Claro que si tienes miedo...

—¿Qué tiene que ver aquí el «miedo»?

—Tolia, no debemos engañarnos el uno al otro...

—Sí, tengo miedo.

El Morenito se acercó a mí y me puso las manos en los hombros.

—¿Cómo puedes pensar que intentaría persuadirte si hubiera existido el más mínimo peligro? Hemos convenido en no ocultar nada entre nosotros y te voy a aclarar por qué me afano tanto en realizar este experimento. Quiero tener a mi lado tu copia. Siento que a menudo soy para ti una carga, y de esta manera tendría un compañero...

Me quedo mudo. Aguardo. Percibo cómo me invade una ola de descabellado coraje. Esta ola me alza, y apenas mis pies pierden el apoyo, me encuentro ya en su poder. Me arrastra, me da vueltas. Y el hecho de perder el dominio de mí mismo me proporciona alivio.

Como en un sueño ayudo al Morenito a ajustar el trasladador y como en un sueño junto con él conecto los aparatos a la red.

—Comencemos —dijo el Morenito.

—A trabajar, hijito. Pero ten cuidado de no descomponer a tu papaíto. Bueno, ¿a qué esperas?

—No estoy esperando, Tolia. La toma de la copia ya ha comenzado.

—Yo no siento nada.

—No debes experimentar ninguna sensación, porque no pierdes nada.

—Espero, por lo menos, que el número de copias sea limitado, como el de estampas firmadas por el artista. ¿Falta mucho?

—Muy poco. A propósito, mientras charlamos el proceso ya toca a su fin. Sí, ya está.

Pueden creerme, mentalmente entendía toda la genialidad del descubrimiento del Morenito. Sea como fuere, esta es mi profesión. Pero todo mi ser estaba firmemente sobre las anclas del sentido común: ¿cómo? ¿En esta tosca caja se encuentra recluida

mi alma? Mi alma, única e incomparable, en la que se entrelazan inimitables sentimientos, ideas y recuerdos. En la que vive todo un mundo, desde Gálochka, que me rechazó, hasta el Morenito, desde los discursos preparados para la ceremonia de entrega del premio Nobel hasta las llamadas telefónicas de mi madre a sus amigas, lamentándose de la conducta del monstruo que ella crió para desgracia de su pobre cabeza de jubilada. ¡Todo esto es absurdo! ¡Simplemente, no puede ser! ¡Poco importa lo que dicen las elegantes y fortuitas ecuaciones del Morenito! Para otras puede que sean viables, mas no para mí, Anatoli Liubóvtsev.

—Comprobemos el resultado —oí la voz del Morenito, y el carácter prosaico de esta frase afianzó todavía más mi rebelde corazón.

—¿Y cómo lo vas a comprobar? Si no tiene ni sintetizador de habla ni dispositivo impresor. Incluso en el caso de que le conectes tu sintetizador es poco probable que comience a hablar inmediatamente. Tú, al menos, necesitaste varios días para dominar el tuyo.

—Sin duda alguna, tienes razón. Una cosa es cuando habla una persona haciendo uso natural de sus órganos articulatorios, y otra, el sintetizador. Pero ahora ni lo necesitamos.

—¿Y cómo entonces? Esto es, realmente, una caja negra, una cosa en sí, ve y determina qué es lo que ocurre en ella si en la salida tenemos en lugar de una señal, un signo de interrogación.

—Pienso que si intensificamos el campo hasta su límite el trasladador podría asegurar durante algún que otro minuto una comunicación bilateral. Te unes a tu copia por medio de una especie de cordón umbilical invisible.

El Morenito se inclinó sobre el trasladador y de repente yo percibí. Percibí un resonante silencio que vibraba en tensión y súbitamente estalló en un eco. Yo aumentaba en dimensiones, me sentía enorme y el eco retumbaba en mí. Entonces, no sé de dónde, de lejos, llegaron a mí unas palabras. Ignoraba de dónde partían, pero las escuchaba: «Es verdad, sí, es verdad. Es terrible. Al principio me asusté. Surgí de la nada y tomé conciencia de mí mismo. Intenté escapar, como la fiera caída en la trampa. Pero no podía moverme. Ni siquiera podía tensar los músculos. No tengo músculos, solo me queda el recuerdo de su existencia. Quería cerrar los ojos para, por lo menos, tras los párpados encontrar refugio contra mi miedo, pero ahora no tengo ni párpados. Cada instante de mi existencia es un terror sin par».

—¿Qué hacer? —grité yo, olvidando que se podía pasar sin abrir la boca. Allí, a un metro de distancia, en una caja de hierro, se batía en una pesadilla un pensamiento vivo, y este pensamiento era yo—. Voy a desconectar la corriente y descargar el aparato.

«No —llegó hasta mí mi propio eco—, espera. Era la rebelión de mis instintos animales. Se negó a funcionar el sistema automático del ser vivo y yo paso al control manual».

—¡Soy yo, yo! —lancé un grito—. Es cobarde y valiente. Un parlanchín

empedernido, pero buen muchacho.

«Otro cualquiera lo debatiría —oí el eco—. A ti, es decir, a mí, o bien, digamos, a nosotros, siempre nos gustó reflexionar y discutir consigo mismo. Ahora que ocupamos distintas áreas, que nos hemos separado, nos será más fácil discutir...».

—¡Habla, hombre, suelta tus chistes! A fe mía, tú y yo somos unos muchachos gallardos. Otro, en el acto, tomaría una pose napoleónica a la expectativa de que cuelguen en la pared una placa conmemorativa: «Aquí vivió y trabajó». Pero tú y yo, decimos los más fenomenales disparates, entusiasmándonos uno por el otro. Aunque, a decir, verdad, siempre sentía por ti una gran simpatía.

«Y yo también. Pero que tonterías digo, tú lo sabes bien. Tú conoces, yo conozco, nosotros conocemos, ellos conocen. Sabes, Tolia, siento cierto alivio, de verdad, mayor alivio. Y la causa principal reside en que, mentalmente, yo todavía no me he separado de mi hermano andante, y la idea de que este idiota rechazado por Gálochka se encuentre junto a mí, me consuela sobremanera. Eres mi *alter ego* andante. Tú irás a las reuniones, te afeitarás, pagarás las cuotas sindicales y recibirás calabaza de las muchachas de ojos verdes. Yo soy tu pura razón. Yo seré el que piense».

—Claro que también en esta situación tratas de humillarme. Pero ¿cómo estás ahora?

«Ya no tengo tanto miedo. Y hasta pienso de una forma completamente distinta. Quiero decir que el pensamiento es el mismo, pero la forma de pensar se distingue de la anterior. Todavía debo reflexionar, no lo sabría explicar ahora...».

El eco comenzó a debilitarse y desapareció.

—No te aflijas —dijo el Morenito—. Le conectaremos un sintetizador de habla y dentro de unos días podréis charlar a vuestro gusto.

Caminaba solo por el Viejo Arbat. Por la misma acera que camináramos en otro tiempo y en otra época histórica con Gálochka. O bien, en otra dimensión.

Gálochka, Galchónok, puntitos castaños en los grandes ojos verdes. ¿Habremos cometido un error? ¿Y sí con el tiempo nos hubiésemos acostumbrado a estar juntos, a mirarnos con buenos ojos? ¿Y te imaginas cuánta divisa me correspondería por el premio Nobel? Eso, ¿qué es? ¿Un visón? ¿Y cuánto cuesta? Hum, entonces, haga el favor de empaquetar dos, no, mejor sería tres abrigos como este para mi Gálochka. Sí, uno verde, otro marrón y un tercero verde con marrón. Sabe usted, ella tiene los ojos verdes con puntitos castaños. ¿Qué dice? Que es dichosa. Hum, ella, desgraciadamente, no lo considera así. No me ama. ¿Por qué se ríe, jovencita? ¿Piensa que es imposible no amar a quien le regale un visón? Hum, posiblemente, tenga usted razón, pero desconoce a mi mujer...

—¡Vaya con cuidado!

Pensando en los tres abrigos de visón di un empujón a una mujer entrada en años, con una pagoda budista en la cabeza hecha de pelo teñido de rubio, que estaba parada en la acera.

—Perdone, andaba reflexionando.

—Vaya un lugar para reflexiones —gruñó la pagoda.

Pero, sea como fuere, debía discurrir, porque era necesario tomar una decisión acerca de qué hacer con el trasladador del campo creado por el Morenito; porque en la caja estaba recluido «yo» que se metió allí con el único fin de convencer al mundo de que la toma de copias es posible. ¡Ay! ¡Cuántas ganas, a ser sincero, tenía de aceptar la proposición del Morenito! A fin de cuentas, lo haría no tanto por razones de interés o vanidad, como para dar vida al trasladador. De modo que este sería un acto de valentía por mi parte. Bueno, supongamos que no sea valentía, sino, en el mejor de los casos, un paso táctico.

Por supuesto, cuando uno desea con vehemencia lograr algo, puede persuadirse a sí mismo de cualquier cosa. Somos flexibles e ingeniosos. La persona puede hacerse creer que al convertirse en un científico mundialmente reconocido y gozando de fama universal, uno se ofrece en sacrificio. A propósito, muchas personas proceden, precisamente de esta manera. De repente, me vino a la mente la conferencia de un corresponsal especialista en problemas internacionales. Con voz melindrosa y lánguida profería: «Recuerdo cómo la ardua suerte de corresponsal me llevó, por enésima vez, a París...».

Pero ¿y si reúno por migajas mi honestidad e intransigencia? ¿Y si estas migajas resultan suficientes para declarar: ¡este es un descubrimiento de la caja negra! Bueno, supongamos que el resto de mis días lo paso tirándome de las barbas y enorgulleciéndome de mi propia idiotez, que tan solo a mí me era necesaria, y a nadie más. ¿Y la esencia? ¿Y el trasladador? ¿Y si el trasladador conecta la primera variante del Morenito? ¿Qué acogida recibirá entre los sabios varones la brillante idea originada por un conjunto de neuristores que trabaja a una tensión de doscientos veinte voltios? Hoy tenemos esto, ¿y qué nos propondrá el Morenito mañana? La conjugación del incansable intelecto de la máquina con el talento del hombre es una combinación realmente invencible. ¿Y cuando exista una multitud de Morenitos como este? ¿Y cuando comiencen a humillar a diario la razón puramente humana? No, se parece demasiado a la primera variante propuesta por el Morenito.

¿Cómo poner, entonces, todo esto en claro? ¿Qué hacer?

Y, de súbito, comprendí lo que debía hacer. Simple y llanamente dejar de usar la astucia. Es necesario pensar menos en las circunstancias y más en la vieja, la buena, la semiolvidada conciencia. ¡Así es, estimado camarada Liubóvtsev! Y basta de tomar el pelo a la gente. El autor del trasladador es el Morenito. Y tú pugnarás por su reconocimiento y por el reconocimiento de la idea misma de tomar copias. Lo harás tanto tú, como tu mejor mitad encerrada en la caja de hierro. ¡Y al diablo los abrigos de visón! De todos modos, Gálochka me ha rechazado. ¡Al diablo con ella, con Gálochka, con sus pantalones vaqueros divinamente descoloridos con los cuales parecía haber nacido porque era imposible que se ajustaran a su cuerpo con tanta perfección! Ama o no ama; que lo ponga en claro con el camarada Airapetián. Que eduque a Ashótik y Julieta. El mundo es vasto y en él existen miríadas de Gálochka.

Pueden ser, incluso, mejores que ella.

—¿Qué le pasa, ha perdido la cabeza, o qué? ¿Por qué se dedica a fastidiar a las mujeres?

Resulta que había tropezado otra vez con la pagoda teñida. Parece una brujería. ¿Es que yo no me he movido del sitio, o bien ella iba delante y se paró?

De pronto, se me cayó un peso de encima, en el alma me quedó una sensación de vacío y me embargó el deseo de armar camorra.

—Perdóneme otra vez, señora, créame que...

—Está como una cuba y suelta el badajo...

Que vaya con dios esa pagoda teñida. Todo resulta ser muy sencillo. Lo único que se necesita es entrenar con regularidad la vieja, la buena, la semiolvidada conciencia. Aunque sea quince minutos al día. Entonces se hará fuerte, dejará de encorvarse y nos sugerirá con mucho gusto qué hacer incluso en las más complicadas circunstancias.

Me eché a reír.

—Mentecato —dijo la pagoda sin volver la cabeza.

10

Escenario de acción: el ya conocido despacho de Iván Nikándrovich. Hora, las once y cuarto de una mañana nublada de noviembre. Protagonistas, toda la plantilla de nuestro laboratorio incluyendo, como se sobreentiende, mi grupo. Además, Emma y el segundo subdirector, un hombre misterioso, en cuya existencia muchos no creían. La causa de ello radica en que una mitad del año la suele pasar en el extranjero y la otra mitad se encuentra internado en cierto hospital fuera de lo común, donde, presuntamente, las condiciones son tan excelentes que nadie quiere abandonarlo y son pocos los que pueden lograrlo. Su apellido era Shkil y el nombre y patronímico Piotr Petróvich. También se encontraban presentes algunos miembros del consejo científico a quienes conocía someramente y varias personas que yo desconocía. Y, claro está, la cabecera de la letra «T» la ocupaba Iván Nikándrovich.

Efectos complementarios: por ahora tan solo la punzante nieve que cae oblicuamente tras las ventanas. En lo sucesivo, la cantidad de efectos debe aumentar.

Iván Nikándrovich pasó su mirada por todos los presentes, con aire de sumisión ante el destino se reclinó sobre el respaldo de su pomposo sillón arbitral y dijo:

—Bueno, escuchemos lo que tiene que comunicarnos el jefe de grupo Anatoli

Borísovich Liubóvtsev.

Inesperadamente para mí, me siento absolutamente tranquilo. Todo ha quedado atrás. Yo no me encuentro solo ni aislado. Soy la punta de la lanza que arrojó nuestro grupo, el Morenito, mi *alter ego*, Serguéi Leonídovich, la ciencia. Y yo experimento una sensación de vuelo. Procuero hacer una exposición escueta de los hechos. Así impone más. Fédienka me mira con la boca abierta de atención. Su nueva corbata de color ladrillo ya está bastante mugrienta. Tatiana me observa con orgullo maternal y miedo. Y todo el tiempo mueve los labios sin decir palabra. Guerman Afanásievich se mantiene inmóvil e impenetrable. El Morenito todavía espera su hora en la habitación número trescientos dieciséis charlando con mi segundo «yo», Tolia-bis, como yo le llamo ahora mentalmente.

Iván Nikándrovich se inclinó sobre su mesa espaciosa como un campo de fútbol y garrapatea algo. Emma está terminando de morder sus labios. Por lo visto, estos no son muy sabrosos y sus facciones expresan asco. El misterioso subdirector comienza de pronto a contar los latidos del pulso. Quiere convencerse de que todavía está vivo. En cuanto a los demás doctos varones no los veo por separado, parecen confluír en una sola calva sinóptica y gafas.

Hablo con tranquilidad. Doy a conocer la historia de la creación de la caja negra, o sea, el Morenito, expongo sucintamente (me aprendí de memoria el texto de mi ponencia) las tres variantes de desarrollo del problema del intelecto artificial y paso al trasladador.

Iván Nikándrovich dejó de dibujar diablillos. Sujetando el lápiz me mira fascinado. Emma dejó de masticar sus labios y hasta, por primera vez en el tiempo que lleva en el instituto, entreabrió la boca. Por muy extraño que parezca sus labios aún están en su sitio. El misterioso subdirector sigue con la mano en el pulso, meneando la cabeza: por lo visto no lo puede palpar.

—Fedia y Guerman Afanásievich —digo yo—, si no tienen nada en contra traigan, por favor, al Morenito y al segundo «yo»...

La calva colectiva se quita las gafas y emite un sonido indeterminado:

—M-m-m...

La atmósfera parece tan incandescente que el «m-m-m» se incinera al instante sin dejar residuo alguno. Yo no reacciono. La pausa se prolonga, se estira, convirtiéndose en un hilo, pero yo ¡diantre!, estoy tranquilo. Soy la lanza volante, su punta, y en esto no tengo nada que ver.

La puerta se abre de par en par y al despacho se introduce rodando el Morenito remolcando la carretilla con mi *alter ego*, con Tolia-bis. En pos de ellos serpentean los cables y a sus lados montan la guardia mis fieles jenízaros, Fédienka con su mugrienta corbata y Guerman Afanásievich. ¡Venga, Morenito, venga, hijo! Venga, mi Bis, vamos a mostrar a esos señores *who* es quien o quién es *who*, como dice mi chabacano amigo Pliuschik.

—Buenos días, camaradas —dice el Morenito, y en este instante me pareció que

su monótona voz artificial suena con solemnidad—. Permitan que me presente a aquellos a quienes no tengo el gusto de conocer. Yo soy Morenito. Estrictamente hablando, no tengo todavía un nombre oficial, pero estoy tan acostumbrado al de Morenito que quisiera rogarles que me lo dejen. Uno de mis creadores, Anatoli Borísovich Liubóvtsev —un suave zumbido del motor y la carretilla giró hacia mí— seguramente ya les habrá hablado sobre mi aparición al mundo, por eso no voy a explayarme acerca de mí mismo, sino contestaré a las preguntas que ustedes me hagan. Y ahora transfiero la palabra a mi compañero Anatoli Borísovich Liubóvtsev-bis que es una copia de Anatoli Borísovich Liubóvtsev original tomada once días atrás. Les hago saber, estimados camaradas, que Bis no habla con la misma voz de su original, sino hace uso de un sintetizador articulatorio idéntico al mío. Venga, muchacho.

A mí me pareció que el Morenito soltó una risilla. Por lo demás, no me atrevo a afirmarlo. Seguramente me habrá parecido.

—Buenos días, camaradas —chirrió mi Bis, de modo que no pude contenerme, tratando en vano de ahogar mi risa—. Tolia —se dirigió a mí—, te ruego que te portes como es debido... Nadie se rió y Bis prosiguió, a mí parecer algo decepcionado—. Permitan que yo me presente. Soy la copia de Anatoli Liubóvtsev obtenida por medio de un trasladador. Comprendo su más que lógico escepticismo, por cuya razón, junto con el Morenito procuraré contestar a todas sus preguntas.

Se implantó el silencio.

—Admirable —soltó de pronto una risita el misterioso subdirector—. ¡Le dará cien puntos de ventaja a cualquier prestidigitador!

—¿A usted le parece esto ridículo? —preguntó Iván Nikándrovich.

—En mi opinión estamos presenciando una atracción científica con gran arte puesta en escena. ¡Sí, una atracción! Dos magnetófonos, una decena de microprocesadores y micrófonos. Pero todo hecho impecablemente. Mas ¿con qué fin?, me permito preguntarles.

—¿Entonces, Piotr Petróvich, usted considera que un grupo de científicos de nuestro instituto cambió de profesión convirtiéndose en artistas de circo y ensaya su número en mi despacho? ¿Le he comprendido bien?

—Usted me ha comprendido absolutamente bien, Iván Nikándrovich —inclinó ceremoniosamente la cabeza el misterioso subdirector.

«¡Quién lo hubiera imaginado! —pensé yo hasta con respeto— un subdirector y se permite demostrar independencia».

—Bueno, ¿y qué opina usted, Grigori Pávlovich? —el director se volvió hacia Emma.

—Yo ya tuve la oportunidad de expresar mi opinión referente al Morenito. Señalé que el conjunto de problemas planteados por el propio hecho de su creación es demasiado complicado como para tratar de resolverlos en el seno de nuestro instituto...

—Esto ya lo hemos escuchado —se encogió de hombros Iván Nikándrovich.

—Todavía no he terminado, Iván Nikándrovich —replicó Emma con un leve dejo de sarcasmo, y por mi mente pasó la idea de que, en el navío, al parecer, está madurando un motín—. Yo propuse presentar una solicitud ante la presidencia de la Academia de Ciencias para que esta crease una comisión ínter departamental especial para estudiar el fenómeno de... el Morenito. Esta proposición mía fue dejada sin atención, y hoy, cosechamos, por decirlo así, los frutos...

Iván Nikándrovich echó una rápida y sospechosa mirada a su subdirector. Para un jefe no es muy agradable cosechar los frutos de la crítica. No es la cosecha a que se aspira.

—... frutos. Un problema de por sí complejísimo se hizo millares de veces más complicado: se realizó algo que, en principio, es aparentemente imposible de hacer, se tomó la copia del cerebro humano, y las perspectivas que se nos abren de cara a este hecho son, por un lado, ilimitadas, y por otro, temibles. No obstante, debo reconocer que en este caso yo no tenía razón. Seguramente, necesitaremos ayuda, sobre todo en las cuestiones relacionadas con el aspecto ético y moral, ¡pero, precisamente nosotros, nuestro instituto, debemos seguir con el estudio del Morenito!

Me fijé en Emma. Por lo visto, la autocrítica le vino en provecho: su rostro se ruborizó, su mirada se hizo ardiente y sus labios temblaban. ¡Vaya Emma! ¡Vaya nuestro callado Grigori Pávlovich! ¿Por qué nos gustará tanto embarrar a aquellos que no están de acuerdo con nosotros? Ahora veía que antes él había sostenido sinceramente otra opinión. Además, el reconocimiento público de su error era ya una hazaña científica. Gracias, Emma. Te agradezco la sorpresa, te agradezco el que me hiciste avergonzarme de mi mezquina pasión de pensar mal de los hombres, peor de lo que se merecen.

Mientras tanto, la calva colectiva de los miembros del consejo científico se disgregó en multitud de fisonomías y una de las caras, cuyo único rasgo distintivo era la doble barbilla resoluta, dijo tranquila y casi con alegría:

—¿Cómo se llama nuestro joven colega que armó todo este lío? Anatoli...

—Anatoli Borísovich Liubóvtsev —precisó nuestro Serguéi Leonídovich.

—Gracias, Serguéi. Bueno, primero quisiera que Anatoli Borísovich me aclare la siguiente cuestión: ¿hay pérdidas durante la traslación?

—Conteste, por favor —señaló el director hacia mí con una sonrisa apenas perceptible.

—Hablando con propiedad, no tengo nada que ver con esta cuestión. Creo que sería más natural plantear esta pregunta a mi doble...

—¿Y presentarán el número con la mujer aserrada? —gritó el misterioso subdirector y se sujetó fuertemente el pulso.

—Piotr Petróvich —muy lento y muy imponente articuló el director—, estoy muy contento de que usted conserve el sentido del humor.

—En cambio, a algunos, lamentablemente, le falta este sentido —rezongó el

subdirector.

—¿Qué le vas a hacer, amigo mío —abrió ampliamente los brazos Iván Nikándrovich—, si no se tiene ese don?

Una de las calvas, la que se encontraba más cerca del Morenito, se inclinó hacia su vecino y le murmuró algo.

—Perdone, ¿qué ha dicho usted? —preguntó de pronto el Morenito volviéndose hacia la calva—. Comprendo que no era a mí a quien se dirigía, pero, de todos modos, me sentiría muy agradecido si repitiese su observación...

—Permítanme... yo no comprendo, hasta qué punto...

—Sabe usted —comenzó con gran calma el Morenito— usted ha dicho: «El viejo se puso a hacer payasadas», y yo no comprendo qué significa la expresión «hacer payasadas».

—¡Es una calumnia! —se levantó bruscamente la calva, poniéndose cómo la grana.

—¡Esto parece un circo! —gruñó el misterioso subdirector—. Y, además, de ínfima calidad.

—Calma, camaradas —sonrió de pronto Iván Nikándrovich, y yo pensé cuánto más fácil sería para él arrostrar un motín a bordo que atormentarse con la idea de qué hacer con estas extrañas cajas parlantes—. Estimo que la palabra «viejo» se refería a mí, y teniendo en cuenta mi edad y condiciones no veo en ella nada censurable. En cuanto a hacer payasadas, todo depende del punto de vista: desde el mío, por ejemplo, presido el más interesante consejo en toda mi vida, y desde el punto de vista del estimado Revaz Konstantinovich lo que hago son payasadas...

—Gracias —dijo Tolia-bis—. Gracias, Iván Nikándrovich. El hecho de estar encerrado en una caja también tiene sus ventajas. Mi original, como lo ve, guarda un modesto silencio, aunque experimenta los mismos sentimientos que yo. Pues él y yo somos la misma persona. Mientras tanto, yo doy tranquilamente las gracias a Iván Nikándrovich porque nadie puede sospechar de una caja de hierro que sea cobista.

Gracias, Bis, como veo, eres un buen muchacho. Libres de nuestro cuerpo adquirimos valor y coraje. Hum, véase esas «Locuciones proverbiales». Pertenecen a Anatoli Liubóvtsev-bis.

—¿Sabes qué se me ocurrió? —preguntó de pronto, riéndose, Iván Nikándrovich—. Que para algunos de nosotros el contacto con la caja es de gran utilidad. ¿Eh?

El consejo científico a ojos vista perdía su formalidad. La rebelión iba expirando. El capitán, desde el puente de mando, observaba, seguro de sí, la tripulación.

—Pido perdón a los presentes, pero a mí me han dejado completamente de lado —dijo el de la barbilla resoluta—. Yo pregunté si se observan algunas pérdidas durante la traslación.

—Se observan, Alexandr Alexándrovich —dijo mi Bis—. Cuando uno, cuando toda la vida de uno resulta encerrada en un pequeño aparato electrónico dejan de inquietarle muchas cosas que, de ordinario, le hacían cosquillas al cerebro: ¿por qué

Fulano se te adelantó en la defensa de la tesis, cuándo te van a dar un laboratorio y piensan o no dártelo, puesto que los laboratorios son pocos y los gustosos de dirigirlos son muchos, cómo inscribirse para comprar el último modelo del «Lada», y no inscribirán los jefes en la lista a sus preferidos antes que a ti?, y ¿qué significa cuando una muchacha de ojos verdes te dice que no te ama? Y, entonces, cuando todas estas cosas se desprenden de ti como las hojas marchitas y tu pensamiento, sin revolotear en la mezquina vorágine de la vida cotidiana, fluye fuerte y uniformemente, sin cansancio y desviaciones, comienzas a comprender muchas cosas de una forma nueva. Se llega a una nueva intelección del hecho de cuál inapreciable don —el don del raciocinio— nos regaló nuestra madre, la naturaleza, y cuán solícitos debemos mostrarnos con él. Muchos de nuestros temores, de repente, resultan infantiles, y los tabúes, salvajes, y los obstáculos, artificiales. Aquí tiene, estimado Alexandr Alexándrovich, una sucinta relación de las pérdidas y adquisiciones observadas durante la traslación.

—Se lo agradezco, Anatoli Borísovich-bis —dijo con gran seriedad Alexandr Alexándrovich.

—¿Usted me permite, Iván Nikándrovich? —se levantó un hombrecito pequeño y canoso con carita de pájaro muy arrugada. Por supuesto, no era la primera vez que veía al miembro correspondiente de la Academia de Ciencias, Suprún, pero hoy me pareció que su cara me recordaba tremendamente a alguien. Ah, sí, se parece como dos gotas de agua a la envejecida muchacha mentecata de nariz afilada que vi en casa de los Pliuschik, aquella que gritaba sin cesar «¡una copa de castigo!».

—Haga el favor, Ignati Feoktistovich —dijo el director.

—Camaradas, me produjeron una impresión extraordinariamente grata las palabras de nuestro joven colega quien —cómo expresarlo mejor— se dejó encerrar en una caja en aras de la ciencia. Fue dicho con fuerza, audacia y convicción. Puede ser que estas palabras me hayan afectado con tanta profundidad precisamente porque yo mismo me encuentro muy cerca de la caja, aunque, por desgracia, de otra... Perdónenme mi no muy acertada broma, pero a los setenta y nueve años no siempre se logra chancear ingeniosamente. Según mi parecer, somos testigos de un acontecimiento histórico cuyo valor para la humanidad es difícil sobreestimar. La discusión, queridos camaradas, no se desarrolla, en modo alguno, en torno a la caja negra, alias Morenito, ni en torno a la copia de nuestro joven colaborador. Se trata de las variantes de evolución de la razón artificial sugeridas por el Morenito con el cual simpatizo mucho. Yo abrigo la esperanza de que la humanidad elegirá la segunda variante, la variante de cooperación y, en una serie de casos, de sustitución de nuestros cuerpos fungibles por otros artificiales. Y estos nos regalarán la inmortalidad, el triunfo sobre todos nuestros achaques, ampliando de una forma inaudita nuestras posibilidades. Tomemos, por ejemplo, los viajes cósmicos. Cuánto más cómodo sería para el cosmonauta tener un cuerpo artificial que no necesita ni aire, ni alimentos, que no se amedrenta ante la más lejana travesía... Camaradas, yo

estimo que a estos trabajos se les debe dar por todos los medios cada vez mayor envergadura. En cuanto al camarada Liubóvtsev, es necesario ponerle al frente de un laboratorio y ha de plantearse la cuestión sobre la adjudicación al Morenito del grado científico de doctor en ciencias.

¡Pero qué hombre! ¡Y yo que evocaba la «carita de pájaro» y la «copa de castigo»! Mi alma rebosaba de la más enternecedora admiración por este pequeño y arrugado viejecito. Y, seguramente, no solo la mía, pues varias personas hasta aplaudieron temerosamente.

—Quisiera decir unas palabras, Iván Nikándrovich —dijo el misterioso subdirector, dejó en paz su pulso y se levantó—. Camaradas, como es sabido, lo más fácil es dejarse llevar por la corriente. Para ello no hay que aplicar ningún esfuerzo. Solo se necesita mantenerse en la superficie. Mas, por cuanto hoy la corriente nos arrastra explícitamente en una dirección que no es la indicada, me permito no consentir con la opinión del estimado Ignati Feoktistovich y con todos aquellos quienes con tanto entusiasmo acogieron la idea de la transferencia de la humanidad a los aparatos sobre neuristores.

—Un momento, joven, no es así como he formulado mi idea —intentó alzar la voz Ignati Feoktistovich.

—Le pido perdón, pero la esencia fue precisamente esta —dijo autoritariamente el misterioso subdirector alisando su impecable cabellera—. Las formulaciones no vienen al caso. Ante nosotros aparece un cuadro que no puede dejar de suscitar las más serias preocupaciones. Con una ligereza extraordinaria se nos predestina una cierta civilización mecánica... Se nos llama a renunciar a todo aquello que con tanto trabajo alcanzó la humanidad en su lucha por la existencia. Se nos llama a renunciar a las emociones humanas, a la cultura humana y, en general, a la sociedad humana. Probablemente en la caja uno se sienta más tranquilo, pero la tranquilidad nunca fue el objetivo de las mejores mentes de la humanidad —el misterioso subdirector paseó su severa mirada por todos nosotros y yo noté cómo nuestro Serguéi Leonídovich se encogió metiendo la cabeza entre los hombros—. Camaradas, yo considero que este trabajo, en principio, es peligroso y pernicioso. Si yo no tuviera seguridad de la buena fe científica de sus autores, lo calificaría de obscurantismo clerical *sui generis*, pero obscurantismo moderno, electrónico.

El misterioso subdirector tomó asiento y en ese mismo instante se levantó bruscamente Revaz Konstantinovich, aquel mismo quien dijo acerca de Iván Nikándrovich «el viejo se puso a hacer payasadas».

—¡Este es un punto de vista formulado muy precisa y justamente! —gritó a voz en cuello—. ¡Exactamente, un moderno obscurantismo electrónico clerical! —se veía que el profesor se había decidido a dar rienda suelta a sus pasiones. Por lo demás, ya no tenía nada que perder—. El obscurantismo y el misticismo no obligatoriamente se ponen el ingenuo ropaje religioso. Cuánto más cómodo en nuestra época es presentarse con atavío científico. Pero no por ello cambia la esencia. Considero,

camaradas, que los trabajos deben ser suspendidos y los aparatos desmontados.

Dios mío, pensé yo en un extraño entumecimiento, ¿será posible que estos hombres adultos puedan, en serio, decir tantas necedades? ¡Hay que ponerse de pie y protestar, hay que demostrar que tergiversan malvadamente los hechos, que calumnian! ¿Será el Morenito el que les dé una respuesta tajante, o mi Bis? Pero ellos permanecían callados. Pero en vez de estos, lenta e inseguramente se levantó Serguéi Leonídovich. Su cara llevaba impresa la impronta de un sufrimiento pusilánime. Nos traicionará, pensé angustiado, resucitando en la memoria el bosquecillo de abedules, los oblicuos rayos del sol otoñal en ocaso, la elástica alfombra de hojas caídas y la confesión del jefe de laboratorio. Es un hombre flojo. Nos traicionará.

—Eh... permítame unas palabras, Iván Nikándrovich, hasta cierto punto soy... como jefe de laboratorio..., —daba lástima ver a nuestro Serguéi Leonídovich. Se calló y comenzó a resollar. Dios mío, siéntate, siéntate, no te desacredites. Pero no tomó asiento sino continuó—: Quisiera decir, camaradas, que no soy yo el autor del Morenito, pero... eh... estoy orgulloso de haberme encontrado cerca de este gran acontecimiento científico. Sí, camaradas, me siento orgulloso. Aquí se pronunciaron palabras tales como «obscurantismo clerical», «misticismo». Son muy acertadas. Solo que no referidas a nuestro trabajo, sino precisamente a aquellos quienes hicieron uso de ellas para ocultar tras esta cortina su exigüidad científica, la cobardía humana y la incapacidad de mirar hacia adelante. Incapacidad o falta de deseo.

—Serguéi Leonídovich —dijo el director, pero no con rigor, sino con una finísima sonrisa—, usted asesta golpes por debajo de la cintura.

—Es posible, pero fueron mis colegas los que empezaron —contestó Serguéi Leonídovich y se desplomó en la silla.

¡Qué bien le entendía! ¡Tan solo las personas tímidas pueden comprender cuánto nos cuesta tal porte! ¡Hurra a nuestro jefe de laboratorio! Me sentí como en el globo aerostático en el que subí en una ocasión siendo niño. Los objetos vistos desde arriba son, al parecer, conocidos, pero el ángulo de vista insólito les imparte una fantástica irrealidad. Ahora sucedía lo mismo. Como si todo el mundo se pusiera de acuerdo en abrir los aspectos más inesperados y recónditos de sus naturalezas que yo, presa de mi aplomo juvenil, había catalogado de una vez y para siempre.

El calladísimo y precavidísimo Emma reconoció valerosamente su error y se levantó en defensa del Morenito; Serguéi Leonídovich a quien no temían ni siquiera los auxiliares de laboratorio atiza golpes por debajo de la cintura a los denostadores. Quién sabe, probablemente esta metamorfosis represente incluso un milagro mayor que el Morenito y mi Bis.

—Bueno, camaradas, hagamos el balance —dijo Iván Nikándrovich, se recostó contra el respaldo del sillón y puso las manos sobre la mesa—. Aquí se han expuesto puntos de vista muy disímiles, lo que, en general, es inevitable en la discusión de problemas tan sustanciosos. Lo único que queda claro es lo siguiente. Este trabajo, incuestionablemente, rebosó los marcos de nuestro instituto y ya hemos planteado

ante la presidencia de la Academia de Ciencias la necesidad de organizar una comisión interdepartamental. Por consiguiente, en la etapa actual, la cuestión puede formularse así: continuar los trabajos o esperar la creación de la comisión...

—Un momento, Iván Nikándrovich, ¿y no le parece a usted que primero sería conveniente interesarse por nuestra opinión? —preguntó, con cierto arrojo estudiantil, mi Bis—. Sea como fuere, no solo formamos parte de los bienes del instituto, sino también somos individuos pensantes.

—No lo discuto —dijo el director con intencionada sequedad—, pero, como se sabe, a los individuos también se les traslada de un trabajo a otro y, dicho sea de paso, hasta se les da de baja. Por lo demás —esta vez Iván Nikándrovich sonrió maliciosamente— no se os puede dar de baja, aunque sea por la simple razón de que no estáis en plantilla y, por consiguiente, no sois mis subordinados. ¿No es así? —el director miró a Serguéi Leonídovich y a mí, y me pareció que entornó apenas perceptiblemente el ojo. Mi corazón dio un vuelco y se sintió atraído hacia él como por un imán.

—Usted tapa la boca a todo el mundo —gritó Revaz Konstantinovich, aunque los presentes ya comenzaron a mover las sillas—, la existencia de estas máquinas es peligrosa y amoral...

—Le doy mis gracias —el director inclinó sarcásticamente la cabeza—, su punto de vista ya lo ha dado a conocer.

El misterioso subdirector se acercó demostrativamente a Revaz Konstantinovich y le estrechó la mano.

11

Terminó el programa televisivo «Diario hablado» y comenzó una competición de patinaje artístico.

—Mira —dijo mi mamá— cinco con tres, cinco con dos. Es como para morirse de risa. Esa niña debería obtener cinco con nueve como mínimo. ¿Te has fijado qué salto triple ha hecho...?

No me había fijado en el salto triple. Miraba estúpidamente la pantalla y no veía nada. Una y otra vez la memoria, servilmente, desarrollaba ante mí, como a cámara lenta, las imágenes de la conferencia de hoy. Cómo pueden ser los hombres tan ciegos, tan limitados y cobardes. Y tan valerosos.

Me levanté bruscamente, me puse la cazadora sobre el traje de entrenamiento y

me puse el gorro.

—¿Adónde vas? —preguntó sobresaltada mi madre—, el grupo más fuerte no ha intervenido todavía.

—Al instituto.

—¿Al instituto? ¿A las diez de la noche? ¿Para qué?

Yo mismo no sabía para qué. Lo único que sabía era que en este instante debía encontrarme al lado del Morenito y del Bis. ¿Por qué les hice caso y me fui? Soy un egoísta abúlico. ¡Cuánta razón tendrá mi madre si se pone ahora a telefonar a sus amigas! ¡Y que en vez de un simple teléfono disponga de comunicación por selector! ¡Atención, queridas amigas! Os pongo al corriente de unos hechos nuevos que confirman el bestial egoísmo del energúmeno que he criado.

El trecho desde la parada del autobús hasta nuestro instituto lo atravesé casi corriendo. Y cuanto más de prisa andaba, haciendo saltar bajo mis pisadas salpicaduras de húmeda y fangosa nieve, tanto más la angustia me roía el alma. ¿Cómo, cómo pude dejar solo al Morenito? ¿Qué deberá pensar él, allá, en su soledad? ¿Cuál será la reacción de este indefenso genio electrónico ante la violenta reyerta desatada en el despacho del director?

Los hombres no se parecen unos a otros. Y la cosa no radica solamente en la clasificación esquemática, infantil, en conservadores e innovadores. Incluso desde el punto de vista biológico mis colegas se diferencian entre sí: unos son más cautelosos y poco confiados ante todo lo inusitado, insólito; otros son más arrojados, con aire de aventureros. Pero ni siquiera mi mente, avezada en las pequeñas refriegas cotidianas, puede avenirse a esta circunstancia. ¿Y qué decir, entonces, del Morenito?

Procuré poner freno a mi agitada imaginación. Con un esfuerzo desesperado borraba una escena horripilante tras otra. Atravesé la puerta de entrada en un estado casi histérico.

—¿Qué te pasa? —alzó la cabeza Nikolái Gavrílovich—. ¿Has olvidado algo, o qué? Fíjate mejor en lo que escriben aquí sobre esta... espera... cómo se llama... frigidéz de las mujeres. ¿Oíste hablar de esto alguna vez? Y yo que viví toda una vida con mi mujercita y ni jota sabía sobre esto. ¿Quieres té?

Por mucho que me esforzaba la llave no quería entrar en la cerradura. Me parecía que nunca más podría ver al Morenito. De súbito, en el silencio nocturno del desierto instituto oí resonar una risa. Una risa extraña, chirriante, pero, a pesar de todo, una risa.

Irrumpí en la habitación.

—¡Morenito! —grité—, ¿estás vivo?

—Pero, Tolia, ¿qué modales son estos? —dijo el Morenito—. ¿A qué vienen estos gritos?

—¿Estás... vivo?

—Absolutamente. Hemos recordado aquí, junto con Bis, el consejo científico.

En este momento también yo me puse a reír. ¡Dios mío, qué temores más

absurdos me desgarraban el alma! La conducta del Morenito en lo que concernía a las discusiones científicas resultó ser más sensata que la mía. Él pasó su examen de mayoría de edad.

Dos viejos

Ilya Varshavski

Semako metió los papeles en la carpeta.

—¿Ha terminado? —preguntó Gólikov.

—Me queda todavía un problema, Nikolái Petróvich. Este mes no podremos cumplir el encargo del Comité para la Astronáutica.

—¿Por qué?

—No nos dará tiempo.

—Hay que cumplirlo. El plan debe cumplirse a cualquier precio. En caso de extrema necesidad le mandaré un programador.

—No se trata de un programador. Hace tiempo que le vengo pidiendo una calculadora más.

—Y yo hace tiempo que le pido que se deshaga de su «Torbellino». Usted se da cuenta que este trasto viejo figura en nuestro balance. Tenga presente que allí entienden poco de detalles. Tiene una máquina, y basta. Por segunda vez me recortan los pedidos. ¡«Torbellino»! ¡Vaya nombrecito que le han inventado!

—Usted olvida que...

—No olvido nada —le interrumpió Gólikov—. Hace mucho que han fracasado estas absurdas tentativas de simular el cerebro en las máquinas calculadoras. Nuestra entidad es un Centro de Cómputo y no un museo. Nos visitan comisiones, delegaciones extranjeras. Sencillamente, da vergüenza mostrarles su laboratorio. No puedo comprender, en absoluto, ¿qué ha hallado en este «Torbellino»?

Semako vaciló un instante:

—Verá usted, Nikolái Petróvich, ya son treinta años los que trabajo con el «Torbellino». En su tiempo era la más perfecta de nuestras máquinas. Puede parecer sentimental, estúpido, pero, simplemente, no tengo valor para...

—¡Tonterías! Todo tiene su fin. Algún día, a usted y a mí, estimado Yuri Alexándrovich, también nos van a echar a un lado. No hay nada que hacer, ¡así es la vida!

—Vaya, para usted, al menos, todavía es temprano hablar de eso.

—No —se desconcertó Gólikov—. No me ha entendido. No se trata de la edad. Quince años más o quince años menos de todos modos, el fin es el mismo. Mas nosotros, usted y yo, somos personas, *homo sapiens*, por decirlo así, y este «Torbellino» suyo, este —perdóneme la expresión— trasto desvencijado, no es sino un frustrado intento de simulación.

—Y, sin embargo...

—Y, sin embargo, tírelo al diablo y en el próximo trimestre yo le prometo una máquina de lo más moderno, del último modelo. Piense en ello.

—Bien, lo pensaré.

—Pero el plan debe cumplirse cueste lo que cueste.

—Lo intentaré.

* * *

Este enorme y fragoroso armario rodeado de bajas máquinas con elementos moleculares y elegantes como panteras, parecía un monstruo prehistórico.

—¿En qué estás ocupado? —preguntó Semako.

El autómatas interrumpió la marcha de sus cálculos.

—Sabe, estoy comprobando la solución del problema que resolvió esta... la molecular. Hay que vigilarlas con cien ojos. Realizan los cálculos sin pensar. Aunque con rapidez, pero sin pensar.

Semako levantó el panel y echó una mirada a los datos de entrada. Problema número veinticuatro. Para repetir todos los cálculos el «Torbellino» necesitará por lo menos tres semanas. ¿A santo de qué se le ocurrió hacer esto?

—No vale la pena —dijo él cerrando la tapa... El problema se ha resuelto paralelamente en la segunda máquina y la convergencia es bastante satisfactoria.

—No se preocupe, lo voy a hacer muy pronto —el zumbido de la máquina se transformó en un ensordecedor rechinar. Las lamparillas del panel comenzaron a parpadear a una loca velocidad. ¡Si yo sé trabajar tan de prisa!

«¡Crac!» —funcionó el relé de protección térmica. El tabulador borró las cifras del contador.

El autómatas, avergonzado, guardaba silencio.

—No hace falta —le dijo Semako—, descansa por ahora. Mañana voy a preparar para ti un problema.

—Sí... ya ves, mi circuito no sirve... de lo contrario yo...

—No te preocupes, viejo. Todo estará en orden. Deja que tus circuitos se enfríen.

—¿Has visto al jefe? —preguntó el «Torbellino».

—Sí, le he visto.

—Y él, ¿habló de mí?

—¿Por qué lo preguntas?

—Estos días pasó por nuestro laboratorio junto con el jefe de la sección administrativa. Y dispuso. A este monstruo hay que tirarlo a la basura, por lo inútil que es. Se refería a mí.

—¡Tonterías! Nadie te va a arrojar a la basura.

—Si se hubiera podido arreglar un poco mi circuito y sustituir las lámparas, entonces, yo, ¿sabe cómo?

—Bueno, algo inventaremos.

—Si por lo menos se hubieran podido sustituir las lámparas, pero ¿dónde ahora las consigues? De seguro, hará unos buenos veinte años que ya no se fabrican.

—No importa. Ten paciencia. En cuanto nos desembaracemos del plan te montaré un nuevo circuito a base de semiconductores. Ya esboqué algunas cosas.

—¿De veras?

—Te repararemos un poco y podremos utilizarte para enseñar a los estudiantes, ya que tu trabajo se basa en un principio completamente distinto al de estas, modernas.

—¡Se sobrentiende! Y tú, ¿recuerdas qué problemas solucionábamos cuando preparabas tu primer informe para el congreso internacional?

—Vaya si lo recuerdo.

—Y cuando reñiste con Liúda, te recomendé la táctica óptima de conducta. ¿Te acuerdas? Sucedió en el año mil novecientos... ¿qué año?

—En mil novecientos sesenta y siete. Acabábamos de casarnos.

—Dime... ahora, ¿la echas mucho de menos?

—Muchísimo.

—¡Cómo lo envidio!

—¿Qué es lo que envidias?

—Sabes... —el autómatas se calló.

—No te calles. Dilo.

—No sé cómo explicártelo mejor... Es que yo no temo, en absoluto... ese... fin. Únicamente, quisiera que alguien me eche de menos, y no simplemente, así... a la basura, por inútil. ¿Me comprendes?

—Claro que te comprendo. Sentiré mucho tu ausencia.

—¿Es verdad?

—Palabra de honor.

—Déjame calcular algo para ti.

—Mañana por la mañana. Y, mientras tanto, descansa.

—Te lo pido, ¡por favor!

Semako suspiró.

—Ayer ya te ofrecí un problema.

—Yo... yo lo recuerdo mal. Algo pasa con mi línea de retención de la memoria. Y a ti, ¿no te ocurren estas cosas?

—¿Qué cosas?

—Que quieres evocar algo en la memoria y no puedes.

—A veces me sucede.

—A mí ahora esto me pasa muy a menudo.

—No es nada, pronto te repararemos.

—¡Gracias! Entonces repíteme el problema.

—Ya es tarde, de todos modos, hoy no tendrás tiempo de hacer nada.

—Entonces, no me desconectes para la noche. Vendrás por la mañana y el problema ya estará resuelto.

—Está prohibido —dijo Semako—, el servicio contra incendios no permite dejar las máquinas enchufadas.

El «Torbellino» soltó un «hum».

—Tú y yo en nuestra juventud hacíamos cosas mucho más arriesgadas. ¿Te acuerdas cómo trabajábamos sobre tu tesis? Cinco días y cinco noches sin tregua.

—Aquellos eran otros tiempos. Y ahora a descansar. Desconecto la corriente.

—Bueno, ¡hasta mañana!

* * *

Por la mañana, al llegar al laboratorio, Semako vio a tres robustos mozos que sacaban al «Torbellino».

—¿A dónde se lo llevan? —bramó él—. ¿Quién os ha dado permiso?

—Nicolái Petróvich lo dispuso así —sonrió ampliamente el jefe de la sección administrativa que dirigía la operación—. A la basura, por inútil.

—¡Espere! Ahora mismo voy a llamar...

El panel del «Torbellino» chocó contra la jamba de la puerta y sobre el suelo se derramó una lluvia de fragmentos de cristal.

—¡Ay, qué brutos...! —Semako se sentó a la mesa y cerró los ojos con las manos. Arrastraron la máquina al pasillo.

—¡Zina!

—¡Le escucho, Yuri Alexándrovich!

—Llame a la mujer de la limpieza. Que barra esto. Si preguntan por mí, diga que me marché a casa.

La auxiliar de laboratorio le miró sobresaltada.

—¿Qué le pasa, Yuri Alexándrovich? Está más pálido que un muerto. Ahora mismo llamaré al puesto médico.

—No hace falta. —Semako, con dificultad, se levantó de la silla—. Es que hoy he perdido a mi mejor amigo... Treinta años... Sabe que yo... incluso... hablaba a veces con él... mentalmente... Esa estúpida costumbre de viejos.

Operación «Dios cósmico»

Dmitri Bilenkin

1. Una nave en peligro

Polynov, sin vacilar hizo avanzar a la brecha la torre. Era como una puñalada certeramente al plexo solar de la defensa enemiga.

Huysmans frunció el ceño. Sus dedos, amarillos como los de una momia, tocaron con pena el rey. Después miró de soslayo el reloj.

—¿Y si damos la vuelta al tablero? —propuso.

—¿No le parece que hoy se entrega con demasiada premura, querido padre?

Polynov volaba hacia Marte como pasajero abrigando la esperanza de descansar durante el viaje de las agotadoras obligaciones del psicólogo cósmico, pero nunca llegó a imaginarse cuán exhaustiva resultaría para él la ociosidad en una nave como el «Antino». Si no hubiera sido por el ajedrez, se sentiría completamente extraño en medio del bullicio y diversiones que servían para matar el tiempo.

—Oh, esta rendición no es definitiva. No olvide: el que empuña la espada, por espada perecerá. Por ahora le gusta semejante dialéctica, ¿no es cierto?

El huesudo rostro del padre se ensanchó en una sonrisa. Era una sonrisa-invitación agazapada en las comisuras de los labios. En Polynov se avivó el interés profesional.

—¿De modo que usted me considera un hombre con espada?

—A usted también. El que construye, destruye, ¿no es así? Pero la dialéctica a la que sois adeptos, como nosotros lo somos a dios, esta dialéctica os destruirá.

—¿Usted está tan seguro?

Polynov se puso de buen humor. «Esto en su persona también son cosas de la profesión —pensó—. Habrá predicado durante unos buenos treinta años, y claro que ahora no puede aguantar, le atrae el ambón o como se llame ese sitio...».

Acomodó mejor las piernas, dirigió una mirada a la muchacha que atravesaba el salón —vaya si es linda— y, mentalmente, le hizo un guiño al padre.

—Sin duda alguna, os destruirá —proseguía Huysmans sin apartar la vista—, ya que la ley de vuestra dialéctica reza que el que niega está condenado a la negación. Vosotros negáis lo nuestro, vendrá alguien o algo y se portará con vosotros de la misma manera.

—Solo puedo compadecerle —asintió con la cabeza Polynov—. Los feligreses no van al templo, ¿no es así? ¿Qué le vas a hacer? La historia no es una partida de ajedrez. No puede volverse a jugar.

—Pero es una espiral, y por lo tanto el caminante puede retornar al punto de donde partió.

—Hoy, usted necesita que le consue...

Una suave sacudida hizo tambalearse la mesita. Algunas figuras cayeron, tras la puerta de vidrio del salón alguien se echó a un lado, pero el estruendo del *jazz* lo absorbía todo y las sombras angulosas de los danzantes volvieron a deslizarse por el cristal.

—Necesita que le consuelen —finalizó Polynov, agachándose para recoger las figuras del suelo—. Pero los sofismas nunca...

Levantó la cabeza. Su interlocutor había desaparecido. Huysmans se había esfumado sin ruido, como un murciélago.

El rey blanco que había caído sobre la mesita rodó lentamente hacia el borde, por lo visto, la nave frenaba inadvertidamente para los pasajeros. Polynov se encogió de hombros, cogió el rey, colocó las figuras en la caja y salió del saloncito.

Se paró vacilando junto a una puerta con la inscripción en cinco idiomas: «Caseta de derrota. Prohibida la entrada». La música penetraba también aquí, algo velada, pero igualmente frenética e intermitente.

—Todo les importa un bledo —dijo Polynov—. Andamos en jaranas...

Polynov estaba hasta la coronilla de los ritmos sincopados de la música y por enésima vez lamentó haberse metido en esta elegante nave de línea con su interminable fiesta artificiosa.

En la caseta de derrota reinaba la penumbra. Las piezas fluorescentes de las escalas centelleaban como luciérnagas y sobre el óvalo sin fondo de la pantalla panorámica temblaba la telaraña azul de los nemográficos diseminada por el tablero.

—¿Quién es? —preguntó con enfado una voz, y Polynov vio a Berger. El piloto de guardia tenía desabrochada la camisa del uniforme con cohetes dorados y del cuello le colgaba un radiófono. —Ah, es usted, camarada... Sospecho cuál es la causa que le ha traído aquí. No, no es un flujo meteorítico.

—¿Y, entonces, qué?

Berger señaló con la cabeza a la pantalla. El segundo piloto se apartó un poco. En la negra profundidad, entre las estrellas inmóviles titilaban las luces de posición de las señales de socorro.

—¿Qué naves?

—Una tal «Van Euk». ¿Ha oído este nombre?

—No, ahora hay demasiadas naves. Pero vosotros, en todo caso, deberíais estar al corriente de las travesías...

—No es una nave de línea.

—Parece que tiene usted razón —se fijó Polynov—. Es una nave exploradora. ¿Pero qué le pasa? ¡Apaga las luces!

En la pantalla quedó solo una estrellita roja.

—Una avería. Ahorran energía.

—¿Y la radio?

—Es una zona de silencio. Entramos en ella hace media hora.

—Muy mal. ¿Hasta tal punto economizan la energía que ni pueden enviar señales sobre el carácter de la avería?

—Se les estropeó el retrobloqueo.

—Es algo serio.

—Más no puede ser. Dicen que comunicarán los pormenores al entrar en contacto directo.

—¿Necesitarán ni asistencia? Antes he sido médico.

—No nos comunicaron si hay víctimas. Ajá, otra vez envían señales. Ahora va a despegar su lancha.

—¿No sería mejor mandar la nuestra...?

—¡No falta más! El despegue de nuestra lancha no pasará inadvertido por nuestros pasajeros.

—Bueno, ¿y qué importa?

—¡Hum! ¿Ha olvidado usted qué pasajeros viajan en nuestra nave? —Berger sonrió sarcásticamente—. Cuando vienes a ver, las señoras, al enterarse del accidente, empezarán a pedir gotas de valeriana.

—Eh, eh, Berger, cállate la boca —le advirtió el segundo piloto— o volarás de este trabajo.

—A mí me importa un comino. No debemos ocultar nuestras convicciones políticas. El compañero Polynov me comprenderá.

En la pantalla apareció por un instante un brillante destello.

—Han despegado —señaló el segundo piloto.

La franja de color naranja pálido expulsada de las toberas de la lancha iba creciendo lentamente, a medida que se aproximaba.

Tan solo una persona experta podía percibir el empujón.

—Un amarre de alta clase —hizo constar Berger—. Sería interesante ver a los huéspedes.

—Una demora de treinta horas como mínimo —gruñó el segundo piloto. Su perfil ceñudo eclipsó la pantalla.

—Es una nimiedad, lo recuperaremos —contestó Berger—. ¿Quiere cerveza, camarada?

Polynov asintió con la cabeza. Berger abrió una lata.

Sin embargo, no le dio tiempo de dar un trago. La puerta, con estrépito, se abrió de par en par. En el vano aparecieron dos sombras. Por los ojos, hiriéndolos, se deslizó el rayo cegador de una linterna.

—¡Qué diablos! —entornando fuertemente los ojos y apretando contra el pecho la lata de cerveza, gritó Berger.

—Calma —pronunció fríamente la sombra—. ¡Manos arriba!

Al nivel de su pecho Polynov vio la boca piramidal de una pistola de rayo fulminador, el llamado *lighting*. La lata cayó de las manos de Berger, vertiendo al suelo un surtidor espumoso. Es segundo piloto saltó de su asiento. El *lighting* se estremeció con nerviosismo. De su cañón salió un rayo violáceo. El segundo piloto se desplomó, su crispada boca trataba de captar aire.

—¡Las manos! —vociferó la sombra—. ¡Sin tonterías!

Polynov y Berger obedecieron. Sus manos le parecieron a Polynov de plomo cuando las levantaba.

—¿Qué significa todo esto?... —susurró Berger.

—¡Callaos! ¡Media vuelta! ¡Al pasillo!

—¿Y el herido? —exclamó Polynov.

El cañón del *lighting* le empujó hacia la salida.

Los temblorosos pasajeros y los miembros de la tripulación fueron alineados apresuradamente a lo largo de la pared del pasillo. Al aturdido Polynov le daba la impresión de que todo esto no era sino una pesadilla, y en ella, como descendidos de las páginas de la historia, habían irrumpido los miembros de la S.S. dejando a sus víctimas ateridas de espanto.

A la salida, con el *lighting* terciado se plantó un guardia. Este llevaba un lustroso mono gris. La persona en que clavaba su mirada se encogía y palidecía.

Pasaron cinco minutos, diez, quince. El temblor se transmitía de hombro en hombro como la corriente eléctrica. Los elegantes trajes colgaban como unos globos pinchados. Los rostros quedaron yertos, formando una fila de máscaras blancas. A alguien le sacudía un hipo nervioso.

De pronto el guardia se apartó dejando pasar a un gigantón de cabeza desproporcionadamente grande que parecía un cuadrilátero tajado a hachazos. El gigantón hurgó con la mirada las caras, esbozó una sonrisa socarrona y se acercó meneando el cuerpo al último de la fila. Con un gesto de amo registró sus bolsillos, agarró la cartera y los documentos y sin prestarles atención los echó en una bolsa. El registrado, un anciano acicalado de bigotes canos, se enderezó contrayéndose con aire de mártir y tratando de sonreír.

El Cabezudo pasó al siguiente de la fila, un brasileño rechoncho que voluntariamente le mostró sus bolsillos. Después pasó hacia el tercero, el cuarto. El comportamiento del bandido se caracterizaba por un automatismo adquirido. Se movía sin prisa a lo largo de la fila, parpadeando; su bolsa iba hinchándose.

A Polynov se le nublaba la vista de furia. El guardia se apoyó contra la jamba y

puso el *lighting* entre los pies; unos carneros seguramente le infundirían mayor preocupación que estos hombres paralizados por el miedo. Ni siquiera se molestó en subir al descansillo de la escalera de caracol, sino que quedó a dos pasos de sus víctimas. Un buen golpe a la mandíbula del Cabezudo —ahora, precisamente, está frente a Berger—; los de los extremos de la fila se lanzan contra el centinela; a este, claro está, no le da tiempo de alzar el arma; y ya disponemos de dos *lighting* s y hemos acabado con dos bandidos. ¿Cuántos bandidos habrá en la nave? En la lancha caben cinco, pueden ser, seis...

Idiotas. La liberación está tan cerca, se necesita tan poco para triunfar: ¡un poco de decisión, de entendimiento silencioso y de seguridad en el vecino! No, es desahuciante. Aquí no hay ni pizca de esperanza. Estos bandidos conocen la psicología de la turba, de otro modo no se sentirían tan despreocupados...

—¡Yo protesto-o-o!

Todos se estremecieron.

—¡Soy esposa de un senador! ¡Un senador de los Estados Unidos! Vosotros... ¡A-a-a!

El Cabezudo miró torpemente a la vociferante señora —esta contorsionaba todo su cuerpo, en su sombrerete oscilaban las plumas de ave del Paraíso— y muy tranquilo le atizó una bofetada. Después otra y otra más, saboreándolo. La senadora, boquiabierta, movía convulsivamente la cabeza. El Cabezudo encendió un cigarrillo, inhaló profundamente y, con satisfacción, dirigió un espeso chorro de humo a la cara de la mujer. La senadora sollozaba sin atreverse a bajar las manos para secarse las lágrimas.

—¡Dios mío! ¿Qué es esto? ¿Por qué? —oyó Polynov un susurro entrecortado. Volvió ligeramente la cabeza y topó con el desamparo infantil, la súplica y el dolor en la mirada de una muchacha. Estaba a su lado. El Cabezudo ya se había detenido frente a ella. Su inexpresiva cara se animó algo. Examinó atentamente la figura pueril de la joven —en el entrecejo de esta asomaron unas gotitas de sudor— y movió los labios. Sus gruesos dedos con uñas sucias tocaron el hombro de la muchacha —esta se estremeció y sus ojos se oscurecieron de cólera— y bajaron rozándola. Comenzó a resollar.

—¡Déjala, canalla! —exhaló Polynov.

El Cabezudo, apartándose de un salto, alzó el *lighting*; sus ojos se hicieron completamente transparentes. Adelantándose al disparo, Polynov le asestó un frenético golpe con la derecha bajo la barbilla. Esta acción le llenó de inefable placer. Acompañado del rechinar de su arma, el Cabezudo chocó contra la pared como un fardo de ropa sucia. El guardia disparó por encima de las cabezas el rayo fulminador. Como por una orden todos se lanzaron al suelo. Salvo Polynov y la muchacha. Esta se aferró a él tratando de protegerlo con su cuerpo del tiro y con ello obstaculizó el salto de Polynov hacia el arma del Cabezudo. El guardia con esmero trataba de captar a Polynov en la ranura del alza. Este apenas logró librarse de la

muchacha. «De rodillas, todo el mundo de rodillas...» —le dio tiempo de pensar con angustia.

—¡Alto! —tronó de pronto la voz de alguien.

El *lighting* del centinela dio un golpe contra el suelo. En el descansillo de la escalera de caracol, con las manos cruzadas, estaba Huysmans.

2. Un problema moral

El bandido como una centolla semiplastada se retorció a los pies de Polynov. Meneaba la cabeza salpicando saliva y sangre. Sus dedos retorcidos buscaban el *lighting* que había salido despedido hacia un lado.

Huysmans con paso solemne atravesó el pasillo, se inclinó sobre el Cabezudo y dijo sin alzar la voz:

—Levántate tú, imbécil.

En respuesta sonó un rugido.

—¡En pie, te digo! —Huysmans gritó tan alto que hasta Polynov se estremeció.

El Cabezudo quedó acallado. Estando a cuatro patas se esforzaba por levantarse, pero las rodillas le resbalaban.

Reteniendo la respiración, todos con secreta esperanza miraban a Huysmans. Este advirtió las miradas y sonrió con frialdad.

—¡De cara a la pared! —lanzó desdeñosamente.

E inmediatamente se volvió hacia Polynov.

—No le atañe a usted, señor mío. Todavía no me tomé el desquite por la partida perdida, ¿no es así?

La calma de este hombre enjuto vestido de negro y su instantánea transformación de un pacífico misionero en caudillo de bandidos era más horrorosa que los disparos y la violencia.

Dio un imperioso grito. Entraron corriendo dos hombres con monos grises. Uno agarró al Cabezudo y le ayudó a levantarse. Al otro Huysmans le susurró algo al oído señalando a Polynov.

Agarraron al psicólogo y se lo llevaron.

... Cuando tras sus espaldas chasqueó la cerradura, Polynov no estaba en condiciones de reflexionar ni tampoco de alegrarse de su inesperada salvación. El camarote al que lo empujaron parecía revolotear ante sus ojos. Más tarde, con asombro, apreció el lujo de este camarote. Una elegante mesita de plástico

remedando malaquita, una mullida alfombra bajo los pies, dos fastuosas camas y la acogedora luz de una lámpara de mesa. Olía a perfume y cigarros. Tras un tabique había una auténtica bañera.

Polynov se sentó esforzándose por comprender qué podía significar todo lo que le pasó y por qué lo encerraron en un camarote que parecía más bien un tocador de señora que un calabozo. Pero no encontró la explicación.

Tambaleándose se puso de pie y oprimió con el hombro la puerta. ¿Para qué? Sabía perfectamente lo sólidos que eran los cerrojos de la nave.

—No hagas tonterías —dijo para sí.

Del cenicero asomaba el extremo de un cigarrillo que no había sido fumado hasta el fin. En la boquilla quedaron marcadas las huellas de la pintura de labios. De la mesita de noche semiabierta llegaba el brillo de botellas de vino. Una hora atrás aquí no solo se vivía, sino se gozaba de la vida. ¿Qué es, entonces, una mala intención, una burla?

Pero en el camarote faltaba algo. Algo esencial. Sí, por supuesto, faltaban sillas. Sillas que podían ser utilizadas como porras.

Automáticamente, Polynov le dio al enchufe del televisor. Por muy extraño que parezca, el aparato funcionaba. Del fondo estereoscópico de la pantalla salpicó una ola marina y la cresta espumosa sacó a un niño montado sobre un delfín.

Polynov le miraba como a un foráneo llegado de otros mundos. El niño, entusiasmado, golpeaba el dorso del delfín con los talones y por detrás de sus hombros aparecía el arco iris de las salpicaduras. El camarote se llenó de risa infantil.

Después de lo sufrido esto parecía tan absurdo que Polynov se apresuró a desconectar el televisor. La risa se cortó.

Calma, y solo calma —se dijo—. Cualquier pesadilla contiene su lógica, hay que llegar a descifrarla. Por cuanto el televisor funciona, la nave ha salido de la zona de silencio, por consiguiente... ¿Ha salido? No hay que hacerse ilusiones: no hubo ninguna «zona de silencio». Está más claro que el agua, los asaltantes aplicaron el «efecto de Bagrov» para que la nave no pueda comunicarse con la Tierra. Y nada más.

¿Pero con qué fin? ¿Qué objetivo se plantean? ¿Puede haber mayor disparate que la piratería en el espacio cósmico?

El mayor deseo de Polynov era acostarse y no discurrir en nada. Sus pensamientos se confundían.

La aceleración crecía notablemente. El suelo parecía correr bajo los pies. Está claro que los piratas tienen prisa por alejarse de las rutas habituales. ¿A dónde?

Polynov pasó al otro lado del tabique. Del espejo le miró un rostro totalmente blanco y desconocido. Durante un minuto, más o menos observó inmóvil su reflejo. Luego, cogió en las manos un poco de agua y se mojó la frente y las sienes, se peinó y se arregló la corbata. Los sencillos y ordinarios movimientos le tranquilizaron.

Comenzó a reflexionar si se podría esperar socorro de la Tierra. Por ahora, allí

nadie sospecha que pudo haber ocurrido una catástrofe. Bueno... Las estaciones de seguimiento perdieron el radioimpulso del «Antinoo». Esto a veces sucede. Los operadores, echando bocanadas de humo de sus cigarrillos y contando chistes esperan que se restablezca de nuevo. Pero no se restablecerá. Al espacio cósmico se enviarán señales pidiendo información. Pero el espacio guardará silencio. Entonces comenzará el pánico.

No, entonces no. La compañía dará largas al asunto esperando que la alarma sea infundada... Por cuanto sobre el tapete se han puesto el prestigio y la ganancia: ¿cómo es posible? ¡Un accidente en nuestra compañía! El mundo con gran retraso se enterará de la desaparición misteriosa del «Antinoo». Entonces al supuesto lugar del accidente enviarán precipitadamente a los exploradores. Pero ya será tarde.

Pero, ni siquiera entonces la alarmante noticia borrarán de las pantallas de los televisores las caritas sonrientes. La información sobre la desaparición de la nave se ofrecerá siguiendo las mejores tradiciones del optimismo oficial. Inmediatamente después de la comunicación unas bonitas muchachas cantarán una bonita canción. Para que se tranquilicen. No se inquieten, señores televidentes, en el mundo, igual que antes, todo sigue de maravilla, ahuyenten los malos pensamientos, el optimismo prolonga la vida, ya se han tomado medidas, en adelante, no se repetirá nada semejante, la catástrofe no les concierne, no son ustedes los que han perecido, ni lo son sus parientes: claro, una avería es algo horrible, pero recuerden cuánta alegría nos espera en la vida que nos rodea...

Y a nadie se le ocurrirá que ha tenido lugar una acción malintencionada. ¿Piratas? ¿En el espacio cósmico? ¡Ja, ja! No nos hagan reír...

He aquí una cosa más con la que cuentan los bandidos.

Desde la Tierra no llegará el socorro.

En este instante Polynov oyó el chirrido de la llave. Cerró apresuradamente el grifo y echó una rápida mirada al espejo para ver su cara: ya parece normal, está preparado.

Aún le dio tiempo de recibir a Huysmans en el umbral con una pregunta violenta como un golpe:

—¿Envidia los laureles de Flint?

Huysmans frunció el ceño disgustado por el tono tan alto de la voz y cerró fuertemente tras sí la puerta. Un instante más se contemplaron el uno al otro.

—Estoy contento de que le haya vuelto el sentido del humor —dijo por fin Huysmans sentándose en el borde de la cama.

—Sencillamente, me acordé que los piratas solían terminar su vida en la verga. Lástima que una nave cósmica no esté equipada de este aparejo tan útil.

—No todos los piratas, querido Polynov, no todos —Huysmans meneó la cabeza—. Algunos llegaron a ser gobernadores.

—No estamos en el siglo diecisiete.

—Tiene razón. Ahora la escala es otra. Sin embargo, la esencia del hombre no ha

cambiado. ¿Mas no parece preocuparle su propio destino?

—¿Es que usted quiere darme la absolución de pecados? No la admitiré, téngalo en cuenta.

Huysmans exhaló un suspiro de resignación.

—¿A qué viene esta bravata? Yo sé que la amenaza de muerte no es algo nuevo para usted. Pero no puede negar que no será muy agradable morir de manos de su amigo Cabezudo a quien, con torpeza, ha roto la mandíbula.

«Cuidado —pensó Polynov— no te acalores».

—Usted ha olvidado, Huysmans, que puedo escapar de sus garras en cuanto lo desee. No es tan difícil aguantar la respiración.

Huysmans quedó pensativo cerrando ligeramente sus arrugados párpados.

—Somos personas serias —se enderezó—. Le propongo un negocio mutuamente ventajoso.

—Primero, conteste mis preguntas.

—No soy mezquino. Haga sus preguntas.

—En primer término: ¿qué será de los pasajeros? En segundo término: ¿a dónde nos dirigimos? Tercero: ¿cuál es su objetivo?

Huysmans sacó un puro, lo encendió sin prisas («Absolutamente igual que el Cabezudo» —pasó fugaz por la mente de Polynov), exhaló uno tras otro, cinco anillos, y los atravesó con un chorro de humo.

—Es sorprendente —dijo—. Es sorprendente cómo los nobles sentimientos molestan vivir a los hombres. ¿No le parece que el bien no puede triunfar sobre el mal, porque sus métodos de lucha son impotentes, mientras que impugnar el mal con el arma del mal significa convertir el propio bien en mal? ¿Y que por esta razón el bien, de antemano, está condenado a fracasar? Piénselo. Recuerde la historia, esta confirma mi conclusión.

—No es una respuesta.

—La respuesta le decepcionará. ¿Quiénes somos? Usted lo ha dicho: somos piratas. ¿Para qué necesitamos esto? La segunda respuesta se deriva de la primera. ¿Qué será de los pasajeros? Todo depende de su sentido común, de ello puede convencerse por su propia experiencia. ¿A dónde nos dirigimos? Al cinturón de asteroides.

—¿Para qué?

No me haga dudar de su capacidad analítica. Pero si usted es psicólogo.

Polynov juró para su fuero interno.

—Bueno, entonces, ¿qué quiere de mí?

Se puso de pie con aire del anfitrión que da a comprender al invitado que su ulterior permanencia es indeseable.

—Tiene mucha arrogancia, Polynov, mucha arrogancia —Huysmans suspiró con aflicción, admirando cómo se esfuman, lentamente, en el aire los anillos de humo—. Usted, desde la infancia está convencido de que la verdad está de su lado.

—¡Sí, estoy convencido y me enorgullezco de ello! —contestó desafiante Polynov.

Huysmans se rió con malicia.

—Una vez más veo cuánta razón tenía su maestro Engels al escribir que cualquier progreso es al mismo tiempo regreso.

«¿Qué me querrá dar a entender este zorro? —se preguntó perplejo Polynov—. ¿A qué vienen estas conversaciones edificantes?».

—Aún tendremos tiempo de filosofar —como contestando a esos pensamientos, dijo Huysmans—. Por supuesto, si admite mi propuesta. Hace poco nos quedamos sin nuestro médico y su ayudante es un estúpido. Usted practicó la medicina durante muchos años. Y esto es todo.

—Así pues... ¿Usted me propone tomar parte en sus sucios negocios?

—El hombre sigue siendo hombre dondequiera que se encuentre, y es deber moral del médico prestar ayuda a los sufrientes. ¿Sucios negocios, dice usted? No me hieren sus injurias. No juzguéis y no seréis juzgados, pues los caminos del hombre también son inescrutables, al igual que los de Nuestro Señor. Si nos ponemos de acuerdo, abrigo la esperanza de convencerle de que nuestros designios están dirigidos, a fin de cuentas, al bien.

Polynov hasta se estremeció de repulsión.

—¡No!

—Piénselo mejor, recapacite. Esto no corre prisa. Quedaremos en que no he oído su respuesta. Reflexione y, si así lo desea, pruebe cuán agradable es... aguantar la respiración.

Huysmans se levantó y, con el puro en la boca, hizo una reverencia.

—Le deseo que goce meditando.

Y salió, dejando a Polynov aún más turbado que antes.

Pero esta vez el psicólogo se recobró rápidamente.

A un observador extraño le podría parecer que lo que más preocupaba a Polynov eran las tijeras de manicura a las que daba vueltas en sus manos. Pero no era sino una manera de concentrarse, inherente a él: a la mayoría en semejantes ocasiones les ayuda un cigarrillo, pero Polynov se servía para esto de cualquier bagatela.

Los piratas...

Chasqueó con las tijeras.

Bueno, así que son piratas. Es algo estúpido, absurdo, pero es un hecho. Y le necesitan a él, a Polynov. Por consiguiente, existe la posibilidad de conservar la vida. Dispondré de tiempo y, en consecuencia, tendré la oportunidad de entrar con ellos en combate.

Polynov hizo un movimiento de satisfacción con la cabeza. Esta deducción suya era incontrovertible.

Está bien, pero ¿curar a los bandidos? ¿Ver todas sus atrocidades, y callar? Sí, pero esto será superior a mis fuerzas...

¿Y si es preciso? Un simple problema lógico. Primera variante: otra vez gritar «¡no!». Cuán sencillo, patético y orgulloso... Y absolutamente inútil.

Segunda variante: «sí». Sin emociones. «Sí», para comenzar el combate. ¿Y si lo pierdo? Será un fin miserable. ¿Pero quién pierde en este caso? Nadie.

También hay una tercera variante: lo mismo, pero al final, la victoria. Entonces, mi proceder estaría justificado.

En el caso de vencer.

En el caso de vencer. Por esta razón, precisamente, el esquema lleva implícito el error. Su derrota afectará a muchos. La humanidad, a la corta o a la larga, se enterará de los piratas. Entonces, su proceder será interpretado de la siguiente manera: un cobarde pusilánime que, tal vez, realmente, quería luchar, pero, quizá, simplemente salvaba su pellejo. Una suposición completamente lógica. ¡Qué júbilo para los huysmans de la Tierra! De esto no hay la menor duda.

Polynov entornó los ojos. Solo en este instante se le reveló la terrible realidad de la situación.

Miró alrededor buscando, por costumbre, el estante con libros. Pero no los había aquí, y, además, ¿en qué le podían ayudar los libros? No es un problema científico, sino ético, y en este caso los manuales son impotentes.

Sin embargo, Polynov hojeó maquinalmente el único libro que había en el camarote: una biblia que se encontraba en la mesita de noche. «En el día del bien goza del bien, en el día del mal reflexiona» —le saltó a la vista. Con enojo Polynov volvió la página y leyó: «Una cosa de la que dicen: “Mira esto, esto es nuevo”, aún esa fue ya en los siglos anteriores a nosotros».

Polynov arrojó el panzudo volumen. Pareció escuchar la insinuante voz de Huysmans recitando las últimas líneas. La biblia cayó sobre la mesa y el sonido de la caída se confundió con el ruido tras la puerta. «Aquí» —se oyó una tosca voz. La puerta se abrió con violencia y de un empujón en la espalda hicieron caer en el interior de la habitación a una muchacha. Polynov apenas si tuvo tiempo de evitar su caída. La puerta se cerró con fuerza.

3. Cris

—¿Usted?

—Sí.

Polynov abrió las manos. En los ojos de la muchacha se alternaban la alarma y la

alegría. En la barbilla se le cuajó un chorrito de sangre que una hora atrás no tenía.

—¿A usted... la pegaron? —fue lo único que se le ocurrió preguntar a la muchacha.

—¿A mí? ¿Y qué...? —tocó con la mano su barbilla—. ¿Sangre? Ah, es porque me mordí el labio. Tenía miedo de prorrumpir en llanto... No es nada. ¿Y usted... a usted...?

Todo en orden, como ve —masculló Polynov, sin tener siquiera una idea de qué hacer en estas circunstancias—. ¿Y qué sucedió con los demás?

—Se los llevaron uno a uno. Yo era la última. Ya pensaba...

—La metieron aquí por equivocación —y Polynov dio un paso hacia la puerta para llamar.

—¡No, no lo haga! —la muchacha le agarró de la mano.

—¿Por qué?

—¿Acaso no lo entiende? —su voz sonó con desesperación—. Otra vez el pasillo y estos...

No se necesitaban más explicaciones, bastaba con ver su cara, pero Polynov vacilaba: ¿qué objetivo perseguiría Huysmans dejándolos a solas en este camarote? Aquí había gato encerrado.

—Pero a usted le será mejor encontrarse con...

Ella captó su mirada involuntaria.

—¿Es que hay alguna diferencia? Y usted... —ella frunció el ceño—. Sí, sí hay diferencia... Es mejor estar con usted. Usted no se pondrá a lloriquear como los nuestros... —ella alzó bruscamente la cabeza—. ¿Quiere que me ponga de rodillas?

—¿Pero qué tonterías dices, criatura? —preguntó atónito Polynov.

—¡No me llame criatura! Ya soy mayor y, en general... —dio una patada—. Figúrese que soy su hermana. Y nada más...

—«Sí—í —pensó Polynov— esto ya es demasiado; por otra parte, la chiquita tiene razón, ahora no es momento de futilidades, y ella, al parecer, posee carácter; tonta, se lanzó a taparme; bueno, no importa, de una u otra forma todo se arreglará; más quisiera saber, ¿para qué la metieron aquí? Es absurdo... Aunque... cuantas más absurdidades, tanto más difícil es comprender lo que pasa, y en esto también se ve el cálculo... Bueno, veremos quién vencerá...».

—Está bien... —otra vez Polynov no sabía qué decir—. ¿Cómo se llama usted?

—Cris. Y puede hablarme de «tú». Y decir palabrotas, si le da la gana.

¿Y por qué eso de decir palabrotas?

—No lo sé —paseó alrededor una mirada distraída—. Por si acaso.

Se quitó los zapatos —ahora ya no llegaba al hombro de Polynov— saltó a la cama, con un brusco movimiento de la cabeza aparto de la frente el flequillo y se arrellanó cómodamente. Una cualidad puramente femenil, en cualesquiera circunstancias saber crear en su torno, de una forma espontánea, una especie de nido confortable.

La muchacha quedó muy calladita. Polynov estaba de plantón en medio del camarote sin saber qué hacer.

—¿Qué será de nosotros? —de pronto preguntó ella con rapidez. En sus muy abiertos ojos volvió a asomar el miedo. Pero ya mitigado, como si hubiera dejado de leer un libro de horror.

—Yo mismo quisiera saberlo —refunfuñó Polynov.

—Nunca pude imaginar que caería prisionera en manos de unos piratas. Y usted, ¿quién es? ¿Un hombre de negocios, un ingeniero?

Polynov le explicó.

—¡Oh! —los ojos de Cris irradian entusiasmo—. Entonces estamos a salvo.

—Pero ¿por qué?

—Muy simple. Usted sabe hipnotizar, ¿no es cierto? Entra un bandido, digamos el que nos trae la comida, usted lo adormece, el *lighting* será para usted, y para mí, la pistola (¡yo sé manejarla!), tomamos por asalto la caseta de derrota y...

Polynov se echó a reír.

—¿Por qué se ríe usted? ¿He dicho alguna tontería?

Polynov sintió de pronto alivio y desahogo. Aunque raras veces, pero se dan personas cuyas palabras —las más corrientes— siempre son naturales y carentes de trivialidad. Y el secreto no radica en las palabras, ni siquiera en la entonación: se encierra en la espontaneidad de los sentimientos, cuando no hay nada que les impida reflejarse inmediatamente en la mirada, en la mímica del rostro y en los movimientos.

—No, Cris, no es por eso. Sencillamente, tienes una idea hiperbolizada acerca de las aptitudes de un psicólogo común y corriente.

... No se iba a poner a explicarle la teoría del hipnotismo. Es verdad que él había oído hablar sobre ciertos investigadores quienes, al parecer, sabían hipnotizar en un abrir y cerrar de ojos. Ojalá estuvieran aquí... Pero las aptitudes de él, de Polynov, por desgracia son limitadas. ¿Quién hubiera podido siquiera imaginar algo semejante? Por lo demás, ella tiene razón: también tal y como son pueden servirle algún día...

—¡Qué lástima! De lo contrario ¡qué bien sería!... Pero trataremos de encontrar otra salida, ¿no es cierto?

—No lo dudes, Cris.

Al cabo de media hora Polynov ya conocía todo o casi todo lo referente a la muchacha. Cómo se cansó de la universidad y de la tranquila ciudad de Santa Clara; cómo instó a su padre para que la invitase a Marte donde él residía; cuánto miedo experimentó en el momento del despegue; y que admirable amigo era su perro pastor Nait; por qué no le gustan los transistores y los muchachos y por qué no puede vivir sin dulces; que según la común opinión tiene un genio insoportable; que sueña con hacerse zoólogo; que sus escritores favoritos son Hemingway, Chéjov y Saint-Exupery, y en cuanto a la política la aborrece porque todo en ella es un engaño; que le da lástima de los tontos porque son menesterosos; que odia a las personas que

presumen ser el «ombligo encantador de la tierra» (abreviadamente: OET); que todavía no ha leído la última obra de Gordon (¿cómo, usted no ha oído hablar de Gordon?) y no teme a la muerte por cuanto, aunque no sabe la causa, está segura de que no le podrá ocurrir nada semejante...

No se afanaba por desahogar el alma; le preguntaban y ella contaba. A Polynov le asombraba cada vez más su entereza; parecía que el reciente choque no había dejado rastro en ella, ella seguía fiel a sí misma: natural, decidida, impetuosa. Polynov descansaba escuchándola, sonreía de sus cándidos juicios y pensaba que poseía un carácter feliz. Le empezó a parecer que la conocía desde hace muchísimo tiempo y sintió lástima de que no fuera su hermana. Y que una cosa era indudable: Cris no podía ser un instrumento de Huysmans, porque era imposible, en un plazo tan breve, convertir a esta criatura en espía.

Muy pronto notó su error: el choque, de ningún modo, pasó sin dejar en Cris su huella. Ella sintió frío, se envolvió en la frazada, todo su cuerpo tiritaba. Su entereza espiritual, a todas luces, era muy superior a sus fuerzas físicas. ¿Qué se podía esperar de Cris si incluso él, Polynov, se sentía demolido?...

—A dormir —la interrumpió—. Tú y yo tenemos que descansar.

—¡Pero si todavía no hemos formado el plan de nuestra liberación! Además, no estoy cansada, en absoluto —sacó con terquedad su pequeña barbilla.

—En cambio, yo sí estoy fatigado —dijo Polynov.

—Bueno, en este caso... yo también estoy cansada.

Se acurrucó y cerró os ojos.

Durante largo rato Polynov permaneció acostado de espaldas, prestando oído a la soñolienta pero irregular respiración de la muchacha que varias, veces gritó en sueños, y pensó que ahora respondía también por la vida de otro ser y que esto era mucho más pesado y, al mismo tiempo, más fácil, porque significaba tener un aliado. Y que de tener aquí por lo menos a Berger, un buen mozo a pesar de su fanfarronería, los bandidos las pasarían duras, por cuanto tres personas inteligentes y unidas por un fin común son más fuertes que una decena de bandidos. Pero no tiene sentido lamentar lo que no se ha realizado, hay que pensar cómo hacer uso de la única arma: los conocimientos, para llegar a ser más fuerte que los rayos fulminadores, más fuerte que Huysmans, quien, de ningún modo, es un tonto y también posee conocimientos psicológicos.

El camarote temblaba ligeramente a causa del zumbido de los motores. Los piratas no forzaban el funcionamiento de los reactores lo que se advertía por el tono del zumbido. Al parecer, no tenían duda de que la búsqueda tardaría en comenzar y que les daría tiempo esconderse en la zona de asteroides, donde podían rastrear diez años sin encontrar pista alguna. Estos tienen una enorme ventaja frente a los piratas de antaño, porque los vastos espacios de los océanos del planeta Tierra no son nada en comparación con los del Universo. Y su bandolerismo no es tan necio y arriesgado como puede parecer. Podrán cometer impunemente dos o tres abordajes más de esta

índole. ¿Y, después, qué? Después deberán retornar inadvertidamente a la Tierra. Existen mil formas de arreglar este asunto. En el Cosmos, por los siglos de los siglos, flotarán en retahíla cadáveres, mientras que los criminales desaparecerán sin dejar rastro. Señores respetables con millones en el bolsillo se tumbarán a la bartola bajo el caluroso sol de los balnearios a orillas del mar y nadie se enterará, nadie gritará que a su lado, en una misma mesa con él toma asiento un asesino.

«Basta, no pierdas el sentido de la medida —se dijo Polynov. No será así y tú lo sabes bien. No se contentarán con solo los cadáveres de los pasajeros, habrá más víctimas. ¿Será posible que estos imbéciles no se den cuenta de que hace su tictac junto a cada uno de ellos? Los hay que lo entienden y los hay que no, en ello, precisamente, reside el quid de la cuestión... Excelente, hay que saber aprovechar esta circunstancia. Cueste lo que cueste hay que aprovecharla».

Magnífico, y ahora, a dormir. El concentrarse en los recuerdos de la infancia ayuda a dormirse más rápido. Una casita de troncos, la tibieza de la tierra caliente bajo los pies descalzos... El polvo mullido como una almohada. El chirrido del lento carro... Si en aquel tiempo alguien le hubiera susurrado, insinuándole lo que le esperaba en el futuro a él, al Andriusha Polynov de entonces, a aquel moreno zagal lleno de arañazos, simplemente no lo hubiera comprendido... Al diablo, no pienses en eso, piensa en algo agradable. En cómo salían a captar las estrellas fugaces... ¡No se debe! No debe recordar el cielo tal como era en aquellos tiempos. En la tierra no quedan más isbas, no hay carros ni chicos descalzos que no sospechan que su futuro está vinculado a las estrellas. Está interceptado por el tiempo y es algo que no puede volver atrás. Ellos son la primera generación a la que no está dado ya volver al país de su infancia y encontrarlo invariable. Han nacido en un mundo que cambiaba con demasiada celeridad. Ellos mismos, en la medida de sus fuerzas, han contribuido a ello, perdiendo el aliento en su correr, soñando en el futuro y alcanzándolo. Y es una tontería lamentar que su corta vida ha abarcado épocas enteras y unas transformaciones que, anteriormente, caían en el lote de varios siglos que se arrastraban lentamente. Han edificado un nuevo mundo y, además, bastante bueno, y no hay por qué sentir pena, no se debe, no se puede.

Otra vez Cris gritó en sueños... No, no se despertó. La juventud. ¿Cuál es ahora? No siempre comprende a los jóvenes, aunque él mismo no es viejo. Lo extraño es que la juventud de Cris sea comprensible para él. Pero a ellos les separan los años, la educación, la nacionalidad, la concepción del mundo. ¿O tal vez las circunstancias barrieran la cáscara y se haya revelado aquello eterno y constante que aún a las generaciones de todos los confines de la Tierra? Parece que así es.

¿Y él? ¡Vaya tipo! Los luchadores y héroes en semejantes situaciones no se comportan así. Si damos crédito a las correspondientes novelas, claro está. Aquellos son de hierro; no se fatigan, actúan, disparan, vencen. No les atormenta el insomnio, no reflexionan sobre el nexo existente entre las generaciones, y en cuanto a los problemas morales los resuelven con una envidiable ligereza. Ahora quisiera

asemejarse a tales personajes. Aunque sea para conciliar el sueño.

El día siguiente, sin embargo, no trajo a los reclusos nada nuevo. Ni tampoco el que le siguió. Parecía como si se hubieran olvidado de ellos. Tres veces al día aparecía alguien de los bandidos para traerles el desayuno, la comida o la cena. Siempre iban en pareja y sin despegar los labios en respuesta a los intentos de Polynov de hacerles entrar en conversación. Les desconectaron la televisión y los dos presos parecían haber ido a parar a una isla inhabitada. La plena ignorancia, silencio e inacción, teniendo tensados los nervios, les agobiaba, y Polynov sospechaba de que este abandono era premeditado. Desde luego, esto no suscitaba en él demasiada inquietud: si bien el Cosmos le enseñó algo, fue el saber esperar sin relajarse. Solo se preocupaba por Cris, pero esta adivinó el peligro antes de lo que él esperaba y de una forma que él ni siquiera podía prever.

—Parece que decidieron sacarnos de quicio con la ociosidad —dijo ella de sopetón después de haber discutido en vano, durante toda una hora, las probabilidades de salvación, comenzando ya a repetirse—. Y yo tengo la sensación de... No quiero oír más sobre los piratas. No existen. Es necesario inventar algo para olvidarnos de ellos. Y nada más.

De pronto se puso ceñuda. Polynov ya se había acostumbrado a los instantáneos cambios de expresión de su rostro y a las rápidas alteraciones de su estado de ánimo, pero en ese momento le miraba de hito en hito una desconocida, tensa, como un animalito acosado, y asustada por la idea que acababa de concebir.

—Por supuesto... —pronunció ella con dificultad— he oído hablar que lo más sencillo es cuando nosotros... cuando los dos... Bueno, que yo le abrace. Pero no puedo... Me entiende... sin... sin sentir nada... Qué tonta, yo sé que mañana, tal vez, no tenga ni siquiera esta posibilidad, que muchas lo hacen sin más ni más, porque sí; mis amigas me ponían en ridículo ya allí, en la Tierra, pero... pero...

—Tontita —dijo Polynov en voz baja—, tontita... —Tenía ganas de acariciar a la muchacha como se acaricia a un niño que llora, pero temía levantarse para no asustarla—. Sácate de la cabeza esta necedad. Nunca, jamás se debe hacer lo que no se desea, nunca, ni siquiera en el caso de que parezca indispensable, ni cuando las circunstancias te pongan entre la espada y la pared, ni siquiera si uno se persuade a sí mismo... Resulta detestable. Pero nosotros viviremos aún mucho tiempo, a despecho de todo. Yo lo sé, me sucedió una vez, cuando...

E, inesperadamente para sí mismo, Polynov comenzó a referirle aquello que no había contarle a nadie: lo que le sucediera en una ocasión cuando dos personas estaban en espera de la muerte que les parecía inminente, siendo él joven; le contó aquello que en su tiempo recordaba con vergüenza aunque nadie hubiera podido inculparle de nada, aún en el caso de que lo deseara. Nadie, excepto su propia conciencia.

Cris escuchaba atenta y con alivio y de cuando en cuando acompañaba su relato con un movimiento afirmativo en la cabeza. Después dijo, como si se le hubiera

quitado un peso de encima:

—Yo creía que solo a mí me pasaban estas cosas... Tenía miedo de que no me comprendieses y me dijeras: «vaya una tonta».

—Todos piensan que son los únicos a quien suceden estas cosas —suspiró Polynov, tranquilizándose—, pero no todos reaccionan de la misma manera. Algunos admiten cobre en vez de oro, temiendo que el oro no llegue. Pero llega la hora y uno cae en la cuenta de que ya es tarde. Y yo también he gastado así una partícula de mí ser... Sabes, Cris —se le escapó a él—, cuando yo, a tu edad, leía a los grandes escritores, a los verdaderamente grandes, los sufrimientos del alma que estos pintaban me espantaban a veces, a veces me dejaban perplejo y a veces me entretenían. Pero no me sentía identificado con ellos. Hamlet sufre. Es interesante, ¿pero qué tienen que ver sus sufrimientos conmigo? Lo de Hamlet sucedió hace mucho tiempo y con otras gentes, y hoy vivimos en una época distinta y, además, yo no soy Hamlet. Estas elucubraciones mías eran absolutamente sinceras y, sabes, la sensación de encontrarme apartado de los tormentos anímicos de otras personas me ensalzaba. Miraba de arriba abajo a todos estos Hamlet, Don Quijote y Karamázov. Ignoro qué es lo que prevalecía en ello el instinto de protección contra las conmociones, la ceguera espiritual o el deseo de permanecer invulnerable, ¿me entiendes?

—Me parece que sí —Cris quedó meditabunda, dando distraídamente tirones a un mechón de su cabellera—. No, no le entiendo del todo. No quiero que la vida sea como se presenta en estos libros. ¡Es espantoso sufrir tanto!

—Nuestra situación no es menos espantosa.

—Pero no sufrimos tanto como... digamos, los protagonistas de Dostoyevski...

—Tal vez porque somos más simples, más primitivos, más insensibles que los personajes de Dostoyevski. ¿O más íntegros?

—No lo sé... Todas estas cosas son tan complejas y difíciles. Yo no hubiera podido soportar eso. Cuando leo a Dostoyevski me alegro de que no me concierna a mí. ¿Soy egoísta?

—No, creo que aquí se trata de otra cosa.

—¿De qué, precisamente?

—Yo mismo me lo pregunto: ¿de qué se trata? Yo, por ejemplo, casi estoy seguro de que el caudillo de nuestros piratas ha leído a los grandes escritores. No obstante, es un canalla y asesino. Y no es humano, porque no ve en otros a sí mismo.

—¿Posiblemente, él considere la literatura como una fantasía?

—Quizá esta idea resulte salvadora para muchos. La idea de que no es la literatura la que va en pos de la vida, sino la vida sigue tras la literatura. Pensar así es más simple y cómodo. Lo único que se necesita es prohibir, aniquilar, quemar los libros perniciosos y, en el acto, la vida se tornará sencilla y despejada...

—E inhumana.

—E inhumana. Pero la causa prístina no radica en ello, sino en la orientación general de la educación. En el hecho de cuál es el nexo que aúna a los hombres. En

las relaciones de clase. Este es el fundamento.

—¿Relaciones de clase? No lo comprendo bien. Hay personas buenas y las hay malas. Existen tontos y también inteligentes. Se dan hombres con conciencia y carentes de ella. ¿Ricos y pobres? ¿Pero ricos en qué? ¿De corazón, en inteligencia, en dinero? Esto es lo importante.

—Claro que tiene importancia. Pero mientras existan amos existirán también esclavos, ¿no es verdad? Mientras uno pueda ordenar a otro «piensa así y no de otra manera, proceda tal y como quiero yo», la psicología de esclavo será inexpugnable, ¿no es cierto?

—No me gustan los dogmas, y vosotros todo lo tenéis en su respectiva gaveta: esto es correcto y esto incorrecto; aquí está el amo y este es el esclavo; esta cosa hay que exterminarla, y aquella, que subsista...

—Cris, he olvidado que en vuestros colegios se enseña el curso de «comunismo».

—¿Cómo puedes pensar que yo doy crédito a sandeces de cualquier índole? —los ojos de Cris brillaron con furia—. ¡Soy yo misma la que opina así! ¡Una persona no equivale a otra, esto no existe en la vida, no, ni tampoco hay gavetas, y basta de hablar sobre estas cosas, todo el mundo se ha vuelto loco en esta materia! ¡Estoy bien harta!

«Si —pensó Polynov—, lo más difícil es que te comprendan correctamente. Cuando el hombre se oye tan solo a sí mismo, aparecen gavetas, anaqueles y marbetes. Como en la farmacia: aquí está el veneno y allí, el medicamento... No, en la farmacia saben que cualquier fármaco es veneno y que el veneno puede curar, todo depende de cómo, cuándo y en qué dosis se suministra. Mientras tanto él, Polynov, dijo una cosa evidente, una verdad, y obtuvo en respuesta una descarga de indignación, la rebeldía de un alma, al parecer, tan próxima a él. Sí, él es un mal psicólogo, todos somos psicólogos de poca valía, tenemos que aprender y volver a aprender, y en vez de ello nosotros nos apresuramos a enseñar. Porque falta tiempo, porque es necesario darse prisa, porque otros profesores no aguardan; por consiguiente, véte a la lid tal como eres, no hay otro remedio. Y aunque dudes de tus fuerzas, lucha como si te fuese ajena cualquier incertidumbre, porque de no ser así todo el mundo advertirá tu debilidad, y este será tu fin».

—Erizo, guárdate tus púas —dijo con aire rogatorio Polynov.

Cris resopló, sonrió, otra vez resopló y, por fin, comenzó a reír.

—Ya he dicho que tengo mal carácter —en su voz se oyó cierto orgullo. Pero, en adelante, dejaré de portarme como un erizo, seré una niña obediente. Cuéntame algo sobre tu vida.

Ella apoyó la mejilla sobre su pequeño puño.

«No quiero educarla —se dijo Polynov—. Quiero ver cómo se amohína y cómo ríe, cómo se arrellana, cuán joven es en sus movimientos, cuán natural y hermoso resulta todo lo que hace. Porque, por lo visto, en mi vida no habrá nada mejor. En general, no habrá nada. Absolutamente».

Acostado de espaldas y con los ojos cerrados Polynov comenzó a recordar en voz alta. De nuevo surgía ante él la infausta resaca de las arenas de Marte, le abrasaban los flagrantes huracanes de Venus, otra vez tras los cristales del todoterreno danzaban los espectros de Mercurio y volvía a ahogarse en el terrible pantano de Terra Crochi. A él mismo le asombraba aquello que había vivido, parecía inverosímil, pues muchas veces debió haber sucumbido, y, sin embargo, por muy extraño que pareciese, seguía sano y salvo.

Entreabrió los ojos y miró de soslayo a Cris. Esta le atendía como los niños escuchan un cuento de hadas: con la boca abierta, y era difícil creer que hacía poco discutía sobre problemas que provocaban dolor de cabeza a tantos sabios. Polynov sintió cómo renacía en él la seguridad.

Los días de reclusión se arrastraban con lentitud pero pasaron inadvertidamente. Y cuando el guardia entró y sin gastar palabras, con un movimiento de cabeza señaló a Polynov a la puerta, a este y a Cris les pareció que no habían tenido tiempo de decirse cosa alguna. Ambos se estremecieron sorprendidos, aunque esperaban esta llamada cada instante.

Cris saltó descalza, apretó la frente contra su pecho, le abrazó convulsivamente y, con poca habilidad, rozó con sus labios la mejilla de él.

—Volverás —le dijo sordamente—. Volverás.

Polynov la arrimó por los hombros hacia sí.

—Sí, volveré.

El guardia soltó una cínica carcajada.

Polynov marchaba con la cabeza alta por el pasillo que, al igual que el salón que atravesaron, estaba vacío. En el salón ya no tronaba la música y las sombras de la gente bailando ya no se deslizaban por los espejos. Allí, entre las sillas arrimadas con negligencia, estableció su morada el silencio. Del mostrador del bar desaparecieron las botellas y los anaqueles parecían barridos, tan solo una policroma etiqueta de licor se agitaba en el chorro de aire sobre la tabla pelada, como una mariposa tratando de levantar el vuelo. El sonido de las ventosas magnéticas se convertía en susurro alarmado que se extinguía a cada paso.

—¡A la izquierda! —hasta el carcelero daba sus órdenes a media voz.

Polynov giró hacia la caseta de derrota. De esta salió un hombre.

—¡Berger! —Polynov reconoció al piloto.

Aquel dio un traspié. Polynov vio cómo se enrojeció su cuello.

—¡Berger!

—Eh, eh, está prohibido —dijo perezosamente el guardia, pero Polynov ya había alcanzado a Berger.

El piloto apartó la mirada y comenzó a susurrar apresuradamente.

—La táctica lo exige... Dé su consentimiento, póngase de acuerdo... Están llenos de resolución, pero se muestran objetivos... Debemos mantenernos juntos.

Apresuró el paso, hundiendo la cabeza entre los hombros. Esta conducta parecía

tan impropia del energético suizo que Polynov frenó su andar.

Un empujón en la espalda le hizo volver en sí.

Al igual que la última vez, en la puerta de la caseta de derrota estaba encendida con luz rubí la inscripción «Prohibida la entrada». Polynov traspasó el umbral.

Como entonces, la caseta de derrota estaba sumergida en la penumbra, solo centelleaban las escalas fosforescentes de los aparatos. La pantalla panorámica se ha llevado al límite de su potencia y a la caseta asomaban miríadas de estrellas no titilantes que en el centro se congregaban en el chispeante cordón de la Vía Láctea.

El sillón del primer piloto dio media vuelta y Polynov vio a Huysmans. La luz proyectada por las estrellas hacía perfilarse su larga y huesuda frente, la fina nariz y las mejillas hundidas, dejando en la sombra las cuencas de los ojos. El segundo sillón estaba sin ocupar, pero el asiento guardaba todavía la huella de un pesado cuerpo. «¿Será posible que sea Berger?» —pensó Polynov.

En el rincón se movió levemente una figura vestida de negro y refulgió la boca del *lighting*.

—Siéntese, Polynov. ¿Se ha consolado, por fin? —la pregunta encerraba una burla.

Polynov se sentó y echó una mirada a hurtadillas al tablero de mando.

La palanca del frenado de emergencia está demasiado lejos, no se puede alcanzar de un tirón. Además, sería una necesidad. Doce «g» no son mortales, en cambio, un disparo por la espalda...

—Sus proyectos —Polynov tomó la firme decisión de apoderarse de la iniciativa — tienen una incongruencia preñada de peligro para mí... y para usted.

—Es curioso, muy curioso —profirió irónicamente Huysmans. Sus ojos brillaron desde la sombra de las cuencas—. Dilucidámelo.

—Tarde o temprano usted tendrá que regresar a la Tierra, por cuanto en el Cosmos no le sirven para nada las riquezas saqueadas. ¿No es así?

—Supongamos.

—Entonces, usted se verá forzado a eliminar a uno que otro de su pandilla. Probablemente a aquel —y Polynov señaló con la cabeza al guardaespaldas acurrucado en el rincón.

¡Vaya una ocurrencia! ¿Por qué?

—¿No lo comprende? Es muy extraño. A alguien, obligatoriamente, se le irá la lengua acerca de sus aventuras. Y entonces, terminado el baile. No tendrán más remedio que eliminar a los de poca confianza para que esto no ocurra. Y a mí, por supuesto, me quitarán de en medio. Y, probablemente, a usted también lo den la puntilla, pues no podrá evitar una gresca.

Polynov echó a Huysmans una mirada escudriñadora, esperando su reacción.

—Muy lógico —Huysmans inclinó afirmativamente la cabeza y abrazó con las manos la rodilla—. Pero usted hizo caso omiso de una circunstancia que reduce a la nada todos sus irreprochables cálculos.

—¿De qué circunstancia? —la pregunta sonó despreocupadamente.

—Hablaemos del particular si usted me dice «sí».

Polynov sintió inquietud. Su golpe no acertó en el blanco. ¿Pero, por qué? ¿Un fingimiento? No. Polynov podía jurar que no.

—Que sea así —dijo Polynov—. Pero por cuanto usted me propone un acuerdo, tengo el derecho de plantear mis condiciones.

—Qué gracia. Le he prometido la vida, ¿qué más quiere?

—En primer término, necesito que se garantice la seguridad de todos los pasajeros y de todos los miembros de la tripulación. En segundo término, ¡juguemos las cartas vistas!

Huysmans se rió mordazmente.

—¡Usted, Polynov, es un humorista! ¡Usted es un humanista abstracto! La seguridad de sus adversarios, ja-ja... Pero la esposa del senador, los tres millonarios y demás gentuza le son hostiles a usted, comunista, ¿acaso no es así?

—Eso es asunto mío. ¿Admite mis condiciones?

—No me haga reír. En verdad, ya me he entretenido bastante. Mire. Yo soy realista. ¿Jugar las cartas vistas? Quién sabe, puede ser que esto dependa de usted. Los pasajeros no le atañen, recuerde que lo único que le puedo prometer es la seguridad de la muchachita. ¿Lo entiende?

Polynov se estremeció. Esto es lo que él esperaba. Una trampa. Por lo visto, le necesitan mucho. Y Cris. Cris quedó como rehén.

—Vamos a poner todo en su sitio —Huysmans se inclinó hacia Polynov tratando de observar la expresión de su rostro—. Debo prevenirle que esta muchachita —es muy linda, ¿no es verdad?— es botín legítimo del Cabezudo. Este es el pago por su participación en nuestros asuntos. Y el Cabezudo tiene una costumbre estúpida de hacer el amor a las muchachas martirizándolas. Es un esnob y trata de prolongar el goce. En la Tierra la ley, no se sabe por qué, más de una vez ya se las tomó con él por esta inocente debilidad. Por lo tanto usted debe comprender que no se trata solo de una vida, la vuestra, sino de dos. Y hasta de algo mayor que la vida. ¿Le conviene esta condición?

A Polynov se le cortó el aliento. Huysmans sonreía con autosuficiencia, acercando cada vez más su cara a Polynov. Este, en un esfuerzo desesperado, ahogó su deseo de estrangular aquel delgado y nudoso cuello.

—¿Hace falta amoníaco? —musitó Huysmans.

Hay que apartar la vista, de lo contrario no podré aguantar. Las estrellas. Miríadas de estrellas, entrañables y cercanas, la naturaleza sempiterna, ¿y qué inmundicia engendras tú? Relajarme. Hay que mostrarle más desesperación. Que piense que me aplastó.

Bueno... Yo admito... Me veo obligado...

—¿Da su consentimiento para ser nuestro médico? —preguntó rápidamente Huysmans.

—Sí.

—¿Y no quiere aprovechar la ocasión para renunciar también a sus convicciones políticas? ¿Eh? Bueno, bueno, fue una broma —Huysmans agitó las manos comprendiendo por la expresión del rostro de Polynov que se había pasado de la raya—. También así todo se ha quedado muy bien arreglado. ¿Qué le parece si por tal motivo nos tomamos un coñac?

—No.

—¿Entonces, una partida de ajedrez, como en otro tiempo?

—De acuerdo.

—¡Magnífico!

Huysmans chasqueó los dedos. El guardaespaldas desapareció. Huysmans se apartó de Polynov, metió la mano en el bolsillo y tensó todo su cuerpo.

—No se preocupe —dijo Polynov—. No le voy a estrangular si cumple su palabra.

—Mi palabra es ley y no soy yo quien le debe temer —expresó con arrogancia Huysmans, sin sacar la mano del bolsillo.

Trajeron el ajedrez y se sentaron a jugar. Polynov movía las figuras distraídamente, perdió por descuido la reina y entregó la partida, lo que definitivamente mejoró el estado de ánimo de Huysmans.

—A propósito —dijo él por último— ¿ve usted esto?

Extrajo del bolsillo una pequeña caja y la meneó en el aire.

—Usted se da cuenta de que es un magnetófono. Después de la correspondiente preparación, nuestra conversación se grabará en la bobina general de información. La única que la humanidad podrá conseguir en caso de que fracasemos. Si usted recuerda, algunos pasajes de nuestra conversación son simplemente espléndidos. Por ejemplo: «¿Da su consentimiento para ser nuestro médico?». —«Sí». —«¿Entonces, una partida de ajedrez, como en otro tiempo?». —«De acuerdo». Soy completamente franco con usted y le pido que me corresponda.

Cuando Polynov volvió al camarote, Cris se lanzó a su encuentro y dando un salto se le echó al cuello, llorando y murmurando:

—¡Estás vivo! ¡Vivo!

«¿Comprenderá ella mi proceder?» —se preguntó con miedo, esquivando la racha de alegría que se desplomaba sobre él.

4. La base de los piratas

Le contó todo lisa y llanamente, callando tan solo lo del Cabezudo y de la invisible participación de ella en el negocio. Cris le escuchaba frunciendo el entrecejo y apoyando su pequeña y terca barbilla sobre los dedos entrelazados, y Polynov no podía adivinar nada en sus ojos: ni reproche ni aprobación. Solamente una confiada atención. Pero, poco a poco, esta iba sustituyéndose por el enajenamiento.

Polynov hasta dio un gemido. Dios mío, si tú fueras un hombre, yo sabría por adelantado todos tus pensamientos. Pero una niña así es un enigma...

Al principio no quería justificarse, pero no pudo contenerse.

—He leído que en la historia de mi patria —comenzó Polynov, tratando de no mirar a Cris, en una ocasión tuvo lugar el siguiente acontecimiento—: En aquella época sobre Rusia se cernió una fuerza, poderosa e implacable, los tártaros. Aplastaron todo y a todos. Luego, el Kan mandó presentarse ante él simultáneamente a dos príncipes rusos. Antes de la audiencia de la cual tanto dependía, ambos debían pasar entre hogueras purificadoras. No era una vejación imaginada especialmente para humillar a los príncipes, sino un rito tradicional. El primer príncipe pasó entre las llamas. El segundo se negó y lo decapitaron. La memoria humana no guardó su nombre. Sin embargo, al que pasó por el fuego y, negociando con el Kan, consiguió una paz aceptable, no lo han olvidado hasta la fecha. Era Alejandro Nevski, vencedor de los suecos y de los caballeros teutones, nuestro héroe nacional. Él procedió como...

—Yo comprendo que él obró como un hombre sensato —le interrumpió Cris—. ¿Y si su concesión hubiera sido hecha en balde, cómo se le consideraría en este caso?

—Es fácil juzgar quedándose al margen —Polynov apartó la vista—. Sí, muy fácil.

Pasó sin mirar a Cris, al cuarto de baño. «Debo lavarme la cara —se dijo—, me sentiré mejor». Le daba asco verse en el espejo. Grita de impotencia, grita, qué ocurrencia: buscar justificación en la juventud, carente de compromisos. Eres un baldragas. ¡Y él que pensaba que su vigor siempre le acompaña! Resulta que una parte leonina de este se la tomaba prestada a otros. ¿Acaso él, por sí solo, vale tan poco cuando a su lado no se encuentran sus amigos? Esta es una buena lección para él, una lección justa.

En el espejo Polynov vio a Cris. La muchacha se había acercado silenciosamente. Polynov se obligó a sonreír como era debido. Una sonrisa varonil de una persona mayor segura en sí, que sabe cómo actuar y qué hacer. Una sonrisa tranquila y alentadora.

—¡No lo haga! —dijo de pronto Cris—. Yo... Yo no quería... no quería ofenderle...

Ella bajó los ojos.

—No te pongas contrita, niña —le dijo despreocupadamente Polynov.

—Solo quería... —Cris alzó bruscamente la cabeza y miró con aire desafiante a Polynov—. Quería decir que no tenemos otra alternativa, tenemos que vencer. Eso es

todo...

Polynov pensó en contestarle algo, pero a tiempo comprendió que las palabras no eran necesarias. Le tendió la mano y Cris, con confianza, escondió en ella la suya.

La reclusión continuaba. Nadie molestaba a Polynov ni como preso, ni tampoco como médico. Únicamente, los vigilantes que les traían la comida se mostraban más parlanchines, ya sea debido al aburrimiento, o a la suspensión de la orden de callar.

Las más de las veces venían dos que parecían elegidos especialmente por lo mucho que contrastaban. Primero entraba, atrancando con su figura el vano de la puerta, un anglosajón de pelo pajizo y dentadura blanca: la experta mirada de sus insolentes ojos grises registraba el camarote, y solo entonces dejaba pasar a un hombre de baja estatura, de rostro moreno como el barro cocido e igualmente impasible, cargado de fiambreras. Las tupidas cejas unidas en el entrecejo le daban un aspecto sombrío. Mientras ponía sobre la mesa los platos y las fiambreras, Gregory —así se llamaba el gigantón blanco— permanecía a la entrada casi rozando con la cabeza el techo. Con las piernas separadas, jugaba negligentemente con el *lighting* y como al desaire apuntaba el cañón ora contra Polynov ora contra Cris. Con un desdén que ni siquiera trataba de disimular miraba al moreno Amín que trajinaba junto a la mesa y en una ocasión, cuando a este se le cayó un tenedor y se agachó para recogerlo, le propinó por detrás, como a desgana, una patada, de modo que Amín rodó bajo la mesa. Esto produjo en Gregory un regocijo indecible, pero, por lo visto, no ofendió, en modo alguno, a su víctima.

Polynov aprovechaba cualquier ocasión para hacer hablar a esta extraña pareja. En cuanto a Amín apenas logró éxito. Al parecer, no había cosa que preocupase o inquietase a este campesino analfabeto y amedrantado, como arrancado de la época medieval y trasladado por ensalmo a un nave cósmica ultramoderna. Nada, excepto el cumplimiento exacto y sin objeción de la orden recibida.

El mundo de Gregory era mucho más amplio. Soltando risitas este recordaba con placer las guerras neocoloniales en que había participado y las innumerables tabernas en las cuales había bebido, embaulado y hecho el amor. Lo único en el mundo que despertaba su admiración era su propia persona. Se enorgullecía tanto de sus músculos, de sus aventuras, de su intrepidez y crueldad que Cris ardía de indignación. Ella no podía comprender por qué Polynov escuchaba de buena gana toda esta inmundicia.

—Esto suscita mi interés profesional —respondía bromeando esto—. Es un curioso ejemplar de homo sapiens, ¿no es así?

—Es simplemente un bandido.

—El otro, ese Amín, también es un bandido. Sin embargo, ¡qué diferencia! ¡Y qué similitud!

—No creo que Amín sea un bandido. ¡Es tan infeliz!

—Si le dan la orden de estrangular a un niño, lo hará, este infeliz.

—¡No lo creo!

—Quisiera equivocarme... Tú tienes razón, él no lo hará por su propia voluntad. Como no lo hará un autómatas mientras no se introduzca en él el correspondiente programa.

—Él es un hombre y no autómatas.

—La persona que se muestra indiferente ante una ofensa, no es una persona.

—Me repugna que les hagas preguntas a esos... Me molesta cuando hablas de los hombres como si fuesen máquinas...

—No, Cris, te da asco el que yo, en tu presencia, me meta en la mierda. Pero seguiré haciéndolo. Procuraré que Gregory me cuente, saboreándolo, cómo quemaba poblados junto con los viejos y las mujeres. Y voy a concentrar mi atención en el mutismo de Amín que me preocupa no menos que la jactanciosa franqueza de Gregory. Debo hacerlo.

—Entonces, permíteme tapar en este momento los oídos.

Pero Cris era incapaz de enfadarse por mucho tiempo y la intimidad espiritual que a momento se desvanecía retornaba otra vez a ellos, ayudándoles a resistir día tras día, mientras duraba su reclusión y soledad, sin perder el dominio de sí mismos, sin rendirse a los vanos pensamientos en las horas de acoso del silencio, interrumpido rara vez por el sonido de los pasos que se aproximaban.

Por fin, la nave comenzó a frenar. Suaves golpes se sentían, alternativamente, en todas las direcciones. El zarandeo de la astronave duró unas tres horas. Luego, el zumbido de los motores cesó. Polynov lanzó al aire el cenicero, pero este no se mantuvo en vilo, sino se posó lentamente sobre la mesa.

Polynov y Cris intercambiaron miradas. Ambos pensaron en lo mismo: ¿qué les espera en el nido de los piratas?

Aguardaban prestando oído al ruido, al pataleo y a las confusas voces que llenaban la nave. Daba la impresión de que se habían olvidado de ellos. Solo cuando todo se calmó, al camarote asomó la cabeza de toro de Gregory.

—Salgan.

—¿Cómo se denomina el asteroide? —Polynov se puso de pie.

—Paraíso de dios nuestro Señor —el guardia sombríamente soltó unos tacos.

Polynov todavía no había perdido la esperanza de ver, aunque sea de paso, a alguien de los pasajeros. Pero en vano: les conducían por la nave vacía. En la cámara de esclusa, acompañados por Gregory y Amín se pusieron las escafandras. Los guardias también se las pusieron. Aprovechando el instante en que Gregory cerraba el casco de su escafandra Polynov preguntó rápidamente a Amín:

—¿Y los demás?

—Alá guarda a todos —contestó Amín sin despegar casi los labios.

Las puertas de la esclusa se abrieron lentamente. Ni siquiera Polynov había visto nada semejante: en el abismo estelar se movían tres pequeñas lunas parecidas a fragmentos de un espejo roto. Inmediatamente detrás de la escotilla se alzaba la negra mole del asteroide, perfilada por una dentada corona de rocas fulgurantes. Unas luces

saltaban de pico en pico como si se encendieran velas pétreas. Cuando de detrás de las rocas asomó el fulminante segmento del Sol, Polynov, presuroso, bajó el filtro de luz y volvió la cara. Le dio tiempo cerrar con la palma de su mano los ojos de Cris. En los auriculares retumbó la carcajada de Gregory: el inexperto Amín olvidó bajar el filtro de luz y ahora se contorsionaba a causa del punzante dolor en los ojos.

Mientras bajaban, la superficie del asteroide iluminada por el Sol ascendente se transformó en un caos de planos relucientes y negros, de líneas y manchas quebradas, de facetas incandescentes y sombras de los abismos. Pero Polynov tenía una mirada entrenada y en la aparente deformación del paisaje atisbo con asombro señales de ciertas construcciones ciclópeas manifiestamente edificadas por el hombre. Más aún, no se sabe de dónde salían violentamente chorritos de gas que ceñían el asteroide como un velo refulgente.

Quería examinar más atentamente estas extrañas construcciones que, por lo visto, tenían cierta relación con la química, pero el descenso por la escalera duró solo unos segundos y después tuvieron que seguir por un camino cercado por ambos lados con bloques, de modo que solo podía observar las mechas de gas a través de las cuales se vislumbraban las lunas melladas.

El camino les condujo al pie de una alta roca y se internó en el seno de la piedra. Inmediatamente, en la bóveda se encendieron unas lámparas apenas discernibles después de la furiosa refulgencia del Sol. El túnel, descendiendo abruptamente, terminaba ante unas macizas puertas. Gregory alzó las manos.

—¡En nombre del Altísimo!

Las hojas de las puertas se corrieron, ocultándose en la pared.

«¡Vaya una contraseña!» —pensó Polynov.

La esclusa recordaba una cueva, únicamente, el suelo era metaloplástico. Las herraduras magnéticas de los zapatos en el acto se adhirieron a este dando a los hombres la sensación de adquirir otra vez algo parecido al peso.

—¿Es frecuente aquí la caída de meteoritos? —preguntó Polynov quitándose el casco.

—Es suficiente —gruñó Gregory saliéndose de su escafandra.

—En tal caso procedieron insensatamente, al sacar su hacienda a la superficie.

—¿Qué hacienda? Ah, se refiere a la planta... No es asunto mío.

—¿De quién, entonces?

—Deje, doc —Gregory miró con escrutinio al psicólogo y de pronto, sin transición alguna preguntó—: ¿Tiene alcohol en su botica?

—¿Alcohol? No lo sé... ¿Y qué le interesa?

—Yo sé que tiene. ¿Me lo dará?

—¿Con permiso o sin él?

—Una persona inteligente, doc, no hace tales preguntas.

En los claros ojos del guardia no asomó ni pizca de embarazo. La presencia de Amín no le inquietaba ni en lo más mínimo. Pero era evidente que se apresuraba a

concluir la conversación precisamente en la esclusa.

—¿Entonces, de acuerdo o cómo?

—Venga al consultorio y hablaremos.

Gregory meneó enérgicamente la cabeza.

Allí no podremos charlar. Pongámonos de acuerdo aquí.

—¿Por qué no podremos?

El guardia esbozó una sonrisa enigmática.

—Usted mismo lo comprenderá. Decídase, doc.

Le he dicho que hablaremos más tarde.

Gregory miró a Polynov como a un tonto.

Terminado el esclusaje, siguieron el descenso por una escalera entallada en la roca. Se veía a las claras que se economizaba en la instalación del subterráneo. Dondequiera que se ofrecía la posibilidad la piedra permanecía vista, lo que proporcionaba al local cierto parecido con un castillo feudal. Si no fuera por la sorprendente ligereza del cuerpo, la brillante luz de las lámparas y la insólita geometría de los peldaños, se podría pensar que el tiempo se volvió hacia atrás y que se está interpretando una escena de la época medieval.

Polynov pensaba ver mucho por el camino, pero todas las puertas estaban cerradas, no tropezó con nadie y la base parecía inhabitada. Se pararon varias veces ante unos tabiques herméticos que cortaban el paso y cada vez las losas se corrían hacia un lado o se alzaban apenas Gregory, arrimándose a la pared, susurraba unas palabras. La inquietud de Polynov incrementaba. Esto no era una base de piratas. Ni siquiera una decena de saqueos podrían cubrir los gastos de edificación de semejante base. ¿Y para qué necesitan los piratas una planta, cualquiera que sea su producción? Aquí se ha invertido un dineral fabuloso. Pero ¿para qué? ¿Con qué finalidad? ¿Qué siniestros propósitos se ocultaban tras estas cosas diabólicas? ¿Quién sería el autor de la criminal idea que engendró este cubil capaz de resistir un ataque nuclear, a estos bandidos y este espectacular disparate con el saqueo de una nave pacífica y el rapto de sus tripulantes?

En la cámara a la que les empujaron había dos sillas hechas de tubos de duraluminio, lámparas de luz diurna bajo el techo y allí mismo la rejilla del aparato de aire acondicionado; también había colchones sobre el suelo metaloplástico. No había mesa. Además, difícilmente podía caber en un cubículo tan minúsculo.

Cris miraba perpleja a todos los lados. Todo el camino se mantuvo aferrada a Polynov, patentemente abatida por la novedad del paisaje cósmico, el carácter misterioso de la base y lo lúgubre de sus muros.

—De aquí será todavía más difícil...

Polynov le echó una mirada furiosa y ella se atajó. Con un movimiento de las cejas él le señaló hacia el techo. Tras la rejilla del aparato de aire acondicionado se vislumbraba un débil brillo y Polynov no dudaba que desde aquí les observaba un telejo y los aparatos escondidos captaban cada susurro.

Cris sonrió tristemente y Polynov la comprendió: a partir de este instante tendrían que adivinar mutuamente los pensamientos, si querían hablar de algo serio.

Se sentaron uno frente al otro en un melancólico silencio. Les privaron de la última libertad. La libertad de comunicarse que poseían incluso los reclusos de los campos de concentración.

El cerrojo electromagnético lanzó un débil chirrido. Ambos se estremecieron.

—Vamos, doc.

Con un movimiento de la cabeza Polynov se despidió de Cris. Esta estuvo a punto de prorrumpir en lágrimas.

Gregory acompañó al psicólogo al final de un largo pasillo con paredes de hormigón. Junto a un recodo se pararon frente a la puerta con el número once.

—Me han encomendado darle instrucciones, doc —dijo el guardia—. Este es su local. Esta puerta se abre al pronunciar la palabra «botica», recuérdelo. Las medicinas más valiosas —Gregory miró con especial expresión— se encuentran en la caja fuerte. La cerradura está sintonizada con su voz y responde a la palabra «sésamo», ¿entendido? La puerta de su cámara se abre en respuesta a la frase «buenas noches»

...

—¿De modo que yo puedo salir de la cárcel?

—Sí, está permitido. La comida es de 13.00 a 13.30 en el local número siete. El desayuno, allí mismo a las ...

—¿También se abre con una seña?

—No, a la hora indicada usted entrará sin obstáculo alguno. Y ahora a su establecimiento vendrá un chiflado...

Y Gregory giró con el dedo varias veces junto a su frente.

Apenas Polynov comenzó a hacer el examen de sus pertenencias, se oyeron los pasos de alguien que arrastraba los pies por el pasillo y el umbral del consultorio lo atravesó un hombre huraño y enjuto con una bata de laboratorio arrugada; del bolsillo de pecho asomaba un destornillador-comprobador. En el vano de la puerta.

Polynov vio alejarse la figura de Gregory. El guardia cantaba en voz alta:

La lejana luz, la lejana luz, la lejana luz de los poblados ardientes y de las estrellas.

Extínguela con vino, extínguela con vino, extínguela con vino la ardiente luz de los lejanos poblados y de las estrellas.

El hombre que acababa de entrar centró su mirada en Polynov, dijo sombríamente «eso es», pero permaneció quieto, brillando con las lentes de sus gafas. Sus ojos de hombre inteligente casi tapados por los párpados escudriñaban desempachadamente al psicólogo. El pelo negro y tieso de sus mejillas sin afeitar, su mugrienta corbata, así como la sucia camisa hacían juego con todo su aspecto.

—Eso es —repitió con el mismo aire sombrío—. Soy Eriberto, el electricista. ¡Jefe de los electricistas! Así me llamo. Aquí, no hay canalla que me entienda, ¿y usted?

—Siéntese —dijo Polynov—. ¿De qué se queja?

Eriberto sonrió enigmáticamente.

—Insomnio, mi insomnio... Una píldora, no duermo, pienso. Dos píldoras, no duermo, me martirizo. Tres píldoras... Así, poco me falta hasta la tumba, ¿no es cierto? Nadie puede comprender mi enfermedad, nadie...

—Tranquílcese, yo trataré de comprenderla. Dormirá como un bebé.

—¿Sí? ¿Acaso aquí uno puede dormir como un bebé? —los labios del enfermo se retorcieron sarcásticamente.

Se sentó como lo suelen hacer las personas cansadas, corcovándose. Sus ojos — tras las lentes de las gafas— dejaron de parpadear, lo cual daba a su mirada una apariencia desagradable.

—Cuénteme todo por orden de sucesión —le exhortó Polynov, acercando el aparato diagnosticador.

—No tengo nada que referir, nada. Había una vez un tonto inteligente. Se reclutó. Llegó. Insomnio. Muy pronto. No hay quien lo cure. Oí hablar de usted, y vine a verle. Abrigo la esperanza sin creer en ella.

Su monótona voz, a pesar de todo, estaba llena de expresión, y Polynov, ávidamente, prestaba gran atención a las entonaciones: su experiencia de psicólogo le sugería que el enfermo que tenía frente a sí estaba muy lejos de ser un simple, al igual que tampoco era simple su enfermedad.

—¿Estuvo antes en el espacio cósmico?

—No.

—¿Hace mucho que padece de insomnio?

—Pronto harán tres meses, y se mantendrá infinitamente. Si fuera posible tumbarse en la hierbecita verde...

—¿Se dirigió antes al doctor?

—No. Tenía miedo. Quería arreglármelas yo mismo.

—Usted mismo tiene la culpa de descuidar la enfermedad.

—Por supuesto, que la tengo. Confiaba, tenía la esperanza... Un fracaso rotundo.

Polynov fijó los captadores en sus sienes y muñecas y ajustó la sintonización. El resultado le pareció muy interesante.

—¿Está pensando en la Tierra? —preguntó afablemente.

—La Tierra...

Las comisuras de los labios de Eriberto se extendieron hacia abajo y su rostro tomó una expresión soñadora.

—La Tierra... Y en la Tierra la hierbecita... la estropearán.

—No —objetó categóricamente Polynov.

—¿Usted piensa? —Eriberto se animó—. ¿Usted me lo promete? Estos últimos

días me encuentro muy mal, malísimo, algunos creen que estoy a punto de perder la razón... Pero no es así, yo soy normal, ¿verdad que sí? Solamente el insomnio...

—Solamente el insomnio —como el eco respondió Polynov—. No tenga miedo, su psiquis está casi en orden. Tiene una rara enfermedad. No obstante, puede trabajar.

—Así y todo, yo trabajo. Aquí los especialistas son insustituibles. ¿Usted me ayudará?

—Claro que le ayudaré. Para esto estoy.

—Gracias. ¿Y el tratamiento, cómo me va a curar?

—Ya le he dicho: el caso no es común y corriente. No se puede hacer todo de una vez. Mientras tanto le voy a prescribir una medicina. Venga a verme mañana, necesito comprobar la reacción.

—Quiero creerle... —el enfermo, por primera vez, miró a Polynov con esperanza.

—Hay que creer —dijo Polynov con rigor—. De lo contrario, no le garantizo que vuelva a ver la hierbecita.

—Hierbecita... Hierbecita verde... Yo quiero, quiero...

La animación pasó. Eriberto proseguía melancólicamente su melopeya. Parecía que estaba delirando.

—¡Alto ahí! —Polynov se puso de pie—. El enfermo debe ayudar al médico y no solo el médico al enfermo. Domínese.

Eriberto también se levantó.

—No me grite. Me dominaré. Me encuentro muy mal. En usted deposito toda mi esperanza. En el caso de que exista.

—Sí, existe, no lo dude.

Pero el propio Polynov no estaba seguro de ello... Ahora, por fin, pudo pasar revista a su «hacienda». El surtido de medicamentos era enorme, los aparatos eran excelentes. Esta circunstancia le infundió esperanza. En la gaveta de su escritorio encontró la grabación magnética hecha por su antecesor y la escuchó. Nada más que futilidades: en la base raras veces se enfermaban. Una cuchillada en una riña, una mandíbula dislocada... Y esto, ¿qué es? «Intoxicación aguda causada por el disunol...» —oyó el diagnóstico.

Disunol... Disunol... No había oído decir que en el Cosmos se aplicase una sustancia con este nombre.

Polynov se precipitó a la guía médica. Muy interesante. La guía no contenía ni una palabra sobre el particular. Pero entre sus páginas encontró una cuartilla en la que se enumeraban los síntomas de la intoxicación con disunol y las medidas de curación. Una chuleta típica. ¿No habrá aquí algún manual de química? No.

A pesar de todo, este nombre le recordaba algo. Algo conocido. Cierta término especial, bien conocido.

Por supuesto: disán.

¡Disán!

Polynov se sentó, tratando de calmar las palpitaciones del corazón. Basta, parece que está perdiendo el juicio. ¿Quién podría necesitar aquí el disán? Es un absurdo. Probablemente la equivocación se deba al parecido de las palabras, y lo que se produce aquí no es, en modo alguno, el disán. En realidad, ¿de dónde habrá sacado él que el disunol es un producto de la reacción intermedia de la obtención del disán? Él no es químico. Sin embargo, ¡algo raro sí se produce en esta maldita planta! Y si es el disán, entonces es algo terrible.

Concentrarse ahora era superior a sus fuerzas, los pensamientos le desbandaban. Demasiadas cosas inesperadas. Los abrumadores calabozos, los espías electrónicos, la penosa conversación con Eriberto y, al fin, el disunol... Hay que ir a dar un paseo, aprovechando que los carceleros le ofrecieron tal posibilidad. Tal y como lo esperaba Polynov, el angosto pasillo por ambos extremos estaba bloqueado por unas compuertas macizas que aislaban el pasillo y, por consiguiente, también a él, a Polynov, del resto de la base. Seguía siendo, al igual que antes, un prisionero al que vigilaban cada paso (Polynov se fijó en que tanto en el consultorio, como en el pasillo había mirillas de los aparatos televisivos, con la particularidad de que ni siquiera trataron de ocultarlas).

A Polynov le pareció que su situación se asemejaba a la de una mosca bajo una campana de vidrio. Además, ignoraba tanto el esquema de la base y el número de personas que en ella trabajaban, como señas y contraseñas mágicas que permitían desplazarse por la base sin obstáculos. Indudablemente, Cris tenía razón: en esta situación era difícil emprender algo, y, en opinión de los carceleros, casi imposible. Aunque, la verdad es, que de tener estos tal convicción, no todo estaba perdido.

De repente, vio una puerta entreabierta. Después de un momento de vacilación la empujó. Bruscamente se echó hacia atrás: de la habitación, clavando en él sus ojos horripilantes, le miraba un monstruo, el engendro aterrador de una pesadilla.

Polynov se recostó contra la pared aguardando la aparición ya sea de los centinelas, o bien, del monstruo. Pero no sucedió nada. En torno suyo reinaba el silencio, como en un sepulcro, y solo parpadeaba, produciendo cierto chasquido, una lámpara. La curiosidad pudo más que el miedo incitando a Polynov a echar otra mirada al interior de la habitación. Y hasta se tapó la boca para contener la risa.

El cuarto estaba lleno de figuras de cera de diferentes monstruos, nacidos de una fantasía delirante, y, también, de personas, sí, de personas reales. Indudablemente, el desconocido artista tenía talento y había logrado producir un efecto formidable. Cada figura humana simbolizaba determinada imagen como si la colección hubiera sido llamada a expresar las manifestaciones más altas y más bajas del carácter. Aquí se hallaban la Santidad y la Bajeza, el Amor y la Crueldad, la Nobleza y la Vileza... Tampoco faltaba la figura del Hombre Ordinario: lo suficientemente bondadoso, lo suficientemente agradable, con la suficiente trastienda, desmesuradamente optimista y desmesuradamente regular. Precisamente así representaban al Hombre Ordinario la televisión, los periódicos, las revistas y la

radio. Las imitaciones, sin duda alguna, resultaron acertadas. Y no una, sino tres: el Hombre Blanco Ordinario, el Hombre Amarillo y el Hombre Negro. El Hombre Ordinario de cera, independientemente de su pertenencia racial, tenía una amplia y radiante sonrisa.

A Polynov le embargó un sentimiento de pavor y no pudo comprender en el acto el porqué de este sentimiento. Más tarde se percató de la razón: el panóptico —y en ello había algo diabólico— parecía animado. La expresión de los rostros cambiaba según el escorzo y la iluminación. Los ojos de las figuras le miraban fija e inexpresivamente. Polynov hasta se decidió a palpar las figuras para cerciorarse de su origen artificial.

El psicólogo no sabía si debía reír, llorar o admirar esta imitación genial del ser humano. No podía concebir solo una cosa: ¿quién y para qué fines necesitaba semejante museo? Y si era una casualidad el que la única puerta sin cerrar era la que daba acceso al cuartucho de mascarada.

—¡Polynov, el tiempo de su comida expira! ¡Dése prisa si no quiere quedar en ayunas!

La voz retumbó desde lo alto. Polynov hizo un gesto de disgusto. Qué métodos tan estúpidos: dejar a uno aturdido, desconcertado, aterrado. Pero surten efecto, hay que reconocerlo.

5. Con las cartas al descubierto

Con la cabeza gacha Polynov, cansado y arrastrando los pies, se dirigió al comedor. El juego del gato y el ratón continuaba y él respondió con la única jugada posible. Que Huysmans se alegre al ver su perplejidad. Que todo el mundo vea cómo Polynov se arrastra hacia el tugurio que le han señalado.

En una de las mesitas tenía servida la comida. En el comedor no había nadie más. Este tenía otras dos salidas, pero ambas resultaron cerradas herméticamente. Lo principal en el comedor consistía en el ascensor para los platos. Una especie de bandeja con articulaciones se desplazaba de arriba abajo. Polynov comprobó el mecanismo, desviando hacia abajo la «bandeja» hasta el tope, pero no sucedió nada. Seguramente, la cocina se encontraba sobre el comedor y los platos bajaban por una escotilla directamente a la «bandeja», de modo que los comensales pudieran servirse ellos mismos. Una automatización rudimentaria, que testimoniaba, sin embargo, que no estaba destinada únicamente para él. Por lo visto, existían causas serias para

limitar el tiempo de su comida; al parecer, los carceleros estaban muy lejos de tener el deseo vehemente de ofrecerle la oportunidad para encontrarse con alguien en horas de la comida. No obstante, los pacientes podían visitarlo sin impedimentos, y en el pasillo, tarde o temprano toparía con alguno de los vigilantes. Esto significa que aquí traían a los reclusos. Y se tomaban todas las medidas para que no se vieran unos a otros.

Polynov estaba tan ocupado con sus pensamientos que no percibía el sabor de la comida. Cada persona, en una u otra medida, se concibe como el centro del Universo. No hay que caer en el error, no. Es poco probable que todas estas artimañas estén dirigidas tan solo contra él. Esto, simplemente, sería poco eficiente. No, aquí funciona un sistema creado de antemano y destinado a ejercer presión sobre la personalidad. De discurrir tranquilamente, se pueden destacar sus peculiaridades primordiales. La apariencia de una fuerza demoledora e irresistible, obligatoriamente; el misterio que envuelve la acción de esta fuerza, indispensablemente; y, por supuesto, la aplicación de la política del látigo y la añagaza. Hay que amedrentar a la víctima, nublarle los sesos, hacerla perder la cabeza, aplastarla, y, acto seguido, echarle un cebo. Que, de entrada, se decida a una pequeña transacción con su conciencia. A continuación se le exigirá una traición a mayor escala. Y este será el fin: el sistema ha funcionado.

Lo primero, al parecer, se ha hecho: dio su consentimiento de prestar asistencia médica a los bandidos. Y se ha hecho de una forma muy hábil. El adversario se aprovechó del propio plan de lucha de Polynov. Como se dice: «El comer y el rascar, todo es empezar». ¡Es tan viejo como el mundo!

Y ahora procuran que él se desespere a causa de la incomprensión, que tome conciencia de su propia impotencia, que se embrolle en conjeturas. Pronto, le deberán ofrecer una nueva transacción con su conciencia, más espantosa que la primera. Y si se niega, desaparecerá la última posibilidad de continuar la lucha, los piratas se ocuparán de ello. Y por cuanto no existe un linde nítido entre un compromiso sensato, un efugio táctico y una pusilánime traición, a fin de cuentas le llevarán hasta la traición. ¡Qué endemoniada sencillez, qué sistema más armonioso que funciona sin fallos durante milenios, desde los faraones hasta Huysmans! Solo cambia el atavío.

Pero, si el esquema no es nuevo, si sus inventores han vivido en los albores de la sociedad de clases, debe existir otro esquema, también comprobado durante miles de años, para contrarrestar la acción del primero.

Sí, por supuesto que el antiesquema existe. Y, además, no solo uno. Existe el esquema seguido por Giordano Bruno. No traicionó, no aceptó el compromiso, no transigió —y murió en la hoguera. Pero su ejemplo a través de los siglos hizo palpitar los corazones llenos de valentía y cólera. Y la esclavitud impuesta por la iglesia, al fin y al cabo, se derrumbó. Eso es, precisamente: al fin y al cabo. Él, Polynov, no dispone de una perspectiva histórica, no tiene muchedumbre ante cuyas miradas podría subir al patíbulo. A propósito, en una ocasión ya lo hizo, allá, en la nave,

cuando descargó el golpe al Cabezudo. ¿Es que encendió el corazón de alguien?

Otro camino es el de Galileo, si se quiere. ¡Una abjuración falsa, una resignación falsa —y la lucha! Pero también en este caso se requiere tiempo... ¿Es que la historia no conoce otros esquemas de lucha? Qué absurdo, claro que conoce.

A toda costa debo averiguar cuál es la finalidad del sistema que funciona aquí. Debo escudriñar la anatomía de la base. Sondear el plexo nervioso.

Algo chasqueó en uno de los rincones del comedor. Seguidamente irrumpió la voz sarcástica de Huysmans.

—Ahora, una vez saciado el hambre, es el preciso momento de platicar, ¿no es así? Yo cumplo honradamente las condiciones de nuestro convenio. He prometido darle información, y le informo. ¿No tendrá inconveniente en visitarme?

—En mi situación sería ridículo rechazar la invitación.

—Muy bien que usted lo haya comprendido. A la puerta le espera Gregory. Una cosa más, tenga en cuenta que él tiene un punto flaco. La bebida. No le dé alcohol, bajo ningún pretexto.

El altoparlante se calló.

«De este modo —pensó Polynov— una de mis previsiones se ha confirmado».

Gregory se encontraba a la entrada con las manos metidas en los bolsillos y silbando melancólicamente.

—¿Qué, le aburre esta vida? —comentó con negligencia Polynov.

Gregory se encogió de hombros.

—Claro que está aburrido —concluyó Polynov—. Habrá que hablar con Huysmans y organizarles algún entretenimiento.

El guardia miró perplejo al psicólogo, pero no objetó.

Junto a la puerta número 13 Gregory se inclinó y susurró la contraseña. Detrás de la puerta una empinada escalera conducía hacia arriba. Gregory dejó pasar primero a Polynov. Una espira tras otra: parecía como si se encaramasen a un campanario.

Por fin, la escalera terminó en un descansillo al que daba una sola puerta. Gregory llamó y la puerta se abrió de par en par, automáticamente. Gregory quedó fuera.

—Entre, entre, mi querido Polynov.

Una campana de doble cristal, que hacía las veces de una de las paredes abría una vista al caos negro y plateado de las rocas, desbrozado aquí y allá para despejar el terreno a unos cubos ciclópeos en los que Polynov ya se había fijado a su llegada. En este momento de ellos no emanaba gas, pero en algunos lugares sobre las rocas se extendía cierto velo nacarado. Y a través de este titilaban con luz iridiscente las estrellas. Dos lunas, con dignidad, hacían su recorrido alcanzado la una a la otra.

—¿Verdad que es hermoso?

Huysmans, arrellanándose en un sillón, se encontraba tras una mesa maciza. A su izquierda, brillando con sus pantallas y botones, se encontraba un tablero de mando. Este Huysmans no se parecía ni al melifluido padre ni al feroz caudillo de los piratas. Este rebosaba autosuficiencia. Con un ademán solemne señaló a Polynov un sillón. El

psicólogo tomó asiento.

—¿De modo que usted, según he oído, piensa distraer a nuestros muchachos? —comenzó Huysmans con un sarcasmo mal disimulado.

—Por cuanto di mi consentimiento de trabajar para vosotros como médico, mi deber es vigilar por la salud de la gente. Y hay que señalar que existen síntomas de neurastenia, lo cual, desde luego, es muy natural en esta guarida cósmica.

—Ah, son nimiedades. Pero me alegro que usted empiece a tomar a pechos las preocupaciones de los... piratas.

Soltó una corta risita.

—El hombre sigue siendo hombre y es necesario atenderle por doquier —replicó Polynov.

—Sí, es justo, es justo... Bueno, piense cómo entretener a los muchachos. En general, usted tiene razón: este es un lugar algo aburrido.

Huysmans, meditabundo, se rascó el entrecejo.

—Vayamos al grano —dijo tajante— inclinándose hacia Polynov. Usted, sin duda, se habrá dado cuenta de que la planta que se observa a través de la ventana, es de suponer que no les sirve para nada a los simples piratas. Y, por supuesto, usted está devanándose los sesos para descifrar este enigma. Y no intente disuadirme, diciendo que no es así: en materia de psicología le daré todavía cien puntos de ventaja, usted ya ha podido convencerse de ello.

—Ni siquiera lo intento.

—Magnífico. Sí... Entonces, escuche, pues en ninguna parte oírás nada semejante. Desde las gélidas alturas cósmicas echemos una mirada a nuestra entrañable y querida Tierra. ¿Qué vemos? Riñas, contradicciones, decaimiento de la moral y un descontento e inquietud universales. Verdad es que se ha amainado la amenaza de una guerra termonuclear...

—Gracias a nuestros esfuerzos y no a los vuestros —a Polynov le complació interrumpir este discurso grandilocuente. Huysmans, con disgusto, alzó las cejas.

No me interrumpa. Sí, ahora ya son pocos los países que no se tiñen de socialistas. Pero esta circunstancia no significa nada. El fuego aún no se ha extinguido y se conservan los rescoldos, las contradicciones no se han superado, sobre la vida de los hombres se ciernen amenazas cuyo origen se remonta al futuro. Inquietud, preocupaciones, hambre...

—Un desempleo sin precedentes provocado por la automatización...

—Ya le he dicho, ¡no me interrumpa! ¡De lo contrario no diré nada!

—Perdone, yo pensaba que estábamos conversando.

—Conversaremos más adelante. ¡Aquí hablo yo! ¡Y tengo derecho de hacerlo porque el destino de la humanidad está en mis manos! Pues bien, prosigo. Las contradicciones no se han superado, el mundo, al igual que miles cientos y decenas de años atrás, necesita un salvador. Los necesita incluso más que antes, ya que el endemoniado carro del progreso nos arrastra, a ciegas, acelerando cada vez más su

correr. ¡La bomba atómica, tras ella la de hidrógeno, cohetes, venenos genéticos, láseres y, finalmente, el arma geofísica! ¿Dónde está el límite? ¡El hombre, embargado por el pánico, pierda su yo, se agita como un azogado, y en vano busca su salvación clamando a los ídolos palustres del socialismo!

Huysmans tomó aliento y bajó la voz.

—Le ruego que preste especial atención al arma geofísica. La Tierra está envuelta en una capa de ozono. Basta romperla para que el poderoso flujo ultravioleta del Sol abraza todo lo vivo. En este momento aparece la funesta invención del vanaglorioso pensamiento humano: ¡el disán! Un minúsculo cohete lleno de disán que absorbe el ozono como una esponja absorbe el agua, ¡y el cielo sobre un país como Inglaterra queda rajado! Un arma barata, portátil e inatrapable, accesible incluso para Haití. Precisamente por esta razón no se emplea. No ofrece gran ventaja quemar un país enemigo, si este te paga con la misma moneda. He aquí por qué ningún Estado puede sacar provecho de la posesión de dicha arma.

Ningún Estado, note estas palabras Polynov, ¡Estado! ¿Y si los cohetes con disán se encuentran en manos de particulares? ¿De personas valientes y enérgicas? ¿Si estas personas tienen su morada fuera de la Tierra y se ignora de dónde vuelan los cohetes? ¿Ah? ¿Usted se da cuenta? Claro que se da cuenta. Estas personas pueden imponer a la Tierra su voluntad. ¡A toda la Tierra! ¡E impunemente!

Polynov quedó aterido. Afortunadamente. Huysmans no veía ni oía nada. Se puso en pie estirando las manos y parecía que sus huesudos dedos ya tenían sujeto al mundo por la garganta.

—¡Oh, sí, usted ha comprendido cuán real y terrífico es nuestro poder! Es dialéctica, dialéctica pura. Cuando se acumula demasiado armamento absoluto, este, tarde o temprano, se convierte en moneda de cambio. Y va a parar a manos de hombres libres de cualquier control y exentos de prejuicios y conciencia dogmática. Y si estos hombres, además, están inspirados por una idea, si están organizados, son inteligentes e intrépidos, en este caso pueden imponerse sobre la humanidad. ¡Y esta ocasión sobrevino! ¡Yo, yo me alcé sobre la humanidad!

—¿Usted quiere regir sobre una Tierra en cenizas? —Polynov abrigaba la esperanza de que su voz no temblaba.

Huysmans, con aire majestuoso, alzó la cabeza.

—Esta arma Dios la puso en manos de sus fieles hijos. ¿Quemar la Tierra? No, de ningún modo. Salvarla. Llegará la hora —ya está cerca— y nosotros proclamaremos nuestro Poder. Los hombres comprenderán que no lo decimos en broma. Y a los cretinos tendremos que mostrarles un pequeño experimento. Les mostraremos palmariamente nuestro poderío. Pero yo confío que no tengamos que recurrir a tal medida. No somos malvados, anhelamos el bien.

—Si se aspira a lograr un objetivo recurriendo a la intimidación y la violencia, este objetivo —podemos decirlo a ciencia cierta— es un objetivo ignominioso.

—En la teoría de los idealistas como vuestro Carlos Marx. No hacemos uso de

nuestro Poder para el terror. ¡Instauraremos en la Tierra un socialismo conservador!

—¿Cómo? —Polynov por poco se cae del sillón.

—¿Usted está asombrado? Magnífico. Contamos firmemente con que personas como usted en los primeros tiempos queden igualmente pasmadas. Sea como fuere, continuaré el análisis. Por la fuerza se puede conseguir todo, pero por la fuerza no se puede consolidar nada. Aquí tenéis razón, la historia tiene razón. No, será de otro modo. La humanidad, por su propia iniciativa, nos prestará su apoyo. ¡Por su propia iniciativa! Escúcheme. En primer término exigiremos la destrucción de las armas. Cualesquiera que sean. Por doquier. Realizaremos vuestro programa, ja-ja... ¿No cree usted que la humanidad cobre apego por quiénes le han traído la paz eterna y la han liberado del terror? ¡Y su amor multiplicará también por otra razón, porque le diremos: el dinero que antes se invertía en armamento se destinará a la producción de pan!

Usted puede objetar que sus amigos muy pronto hallarán un modo de atacarnos. No les dará tiempo. Puesto que nuestra tercera consigna es ¡detener el progreso! ¿Usted está conmovido, está espantado? Pero millones de personas humildes nos respaldarán. Es que para ellos el progreso significa, en primer lugar, el armamento: el arma nuclear, arma geofísica y todo género de armas atroces. También significa la creación de autómatas que les privan de los puestos de trabajo. Y están hartos de este progreso. Los hombres, por sí mismos —nótese, ¡por sí mismos!— comenzarán a destruir los laboratorios, quemar los libros y apalear a los científicos, porque en su fuero interno les temen y les odian. Y nosotros levantaremos la prohibición impuesta por el miedo, les ayudaremos a organizarse y daremos salida a su energía, desesperación y odio. Oh, y lo harán con tanto mayor gusto porque no tocaremos su progreso: toda clase de medicinas, confección de ropa, producción de televisores, etc. Somos organizadores e inspiradores y nada más. Nosotros aunamos los deseos de los hombres humildes, les indicamos al enemigo y les exoneramos de la responsabilidad. ¡Con qué esplendor lo arrasarán todo en su camino!

Huysmans cobró aliento.

Por tanto el progreso ha sido detenido, y los disconformes, atados de pies y manos. Esto no es táctica, es estrategia. ¡Conservadurismo! ¡Qué palabra más imponente! El siglo pasado los hombres miraban sin miedo al cielo. ¡Precisamente el progreso lo pobló de bombarderos y cohetes! Antes los hombres no temblaban por el futuro de la humanidad y no les martirizaban pesadillas de los desiertos radiactivos. ¡Fue el progreso el que atemorizó a la humanidad! Por eso, ¡viva el conservadurismo! Vamos a cosechar los frutos que ya existen y no aspiremos a los nuevos, pues no en vano la biblia reza que «donde hay mucha ciencia hay mucha molestia, y creciendo el saber crece el dolor».

¿Socialismo? Esta palabra se hizo atractiva porque tras ella se barrunta una salida del atolladero, porque cada uno cifra en ella sus ensueños sobre el futuro. Y nosotros la utilizaremos. Pues la palabra es como el papel de envolver del que se sirve para

empaquetar cualquier cosa.

Ahora Polynov ya no interrumpía a Huysmans. Le escuchaba con atención a la expectativa de que este, embelesado de su propia arenga, se vaya de la lengua. Hacia eso, al parecer, se encaminaba. Las mejillas de Huysmans se cubrieron de manchas rojas, las fosas nasales se le hincharon y sus ojos fulguraban con apenas contenida exaltación.

Pero, de pronto, Huysmans se dominó. Se calló, echó una mirada a Polynov, acto seguido acercó hacia sí una cajita que había sobre la mesa, le dio varias vueltas, la abrió y se metió en la boca un caramelo.

—Una filosofía muy interesante, aunque no es nueva —dijo Polynov, al ver que Huysmans se tranquiliza. Pero no veo aquí ningún programa positivo. Quemar, destruir, detener... ¿Y dónde está el bien?

Huysmans seguía masticando el caramelo. Inclino la cabeza en señal de satisfacción.

—Su pregunta demuestra que el vuelo del pensamiento de un genio es inaccesible al hombre común y corriente. ¿Cuáles son los anhelos de la gente humilde? La tranquilidad. El pan. La seguridad. Quieren creer en algo. Quieren tener perspectiva. He aquí nuestro programa positivo.

—¿Crear en dios?

—Sí Pero en un dios moderno, en un dios cósmico. Usted ha destacado con acierto lo principal. La fe, he aquí el cemento de nuestro programa. Cuanto más se estudia al hombre tanto mejor se revela que para este la fe es lo mismo que el aliento. No es tan importante en qué: la negación de la fe también deviene en fe. La religión fue una cosa excelente, pero está anticuada. ¿Sabe qué tiene de malo? El que cualquier imbécil pueda decir ahora: «dios no existe». Pero nosotros tendremos un dios, un dios real, tangible, creador de pan, de tranquilidad, de seguridad y de perspectiva.

—¿No será usted, por casualidad?

—Oh, no. Claro está que el ejemplo de Hitler y de otros por el estilo demuestra que en nuestro siglo ilustrado no es tan difícil para un hombre ocupar el lugar de dios. Pero un dios así, a la par de cualidades positivas, acusa también serios defectos. En primer lugar, tiene nacionalidad, y esta circunstancia sirve de fuente de irritación para otros pueblos. En segundo lugar, es mortal, lo cual, lo mires como lo mires, es malo. En tercer lugar, semejante dios no es nuevo, los hombres poseen ya cierta experiencia y es preciso contar con ello. Nuestro dios carecerá de todos estos defectos. Por cuanto es ¡un dios cósmico!

Apoyando las manos en la mesa Huysmans se inclinó hacia Polynov.

—¿Usted no entiende? Veo que no. Precisamente esta circunstancia es lo admirable. No me he equivocado. En usted se puede comprobar la reacción de aquella ínfima minoría la cual, por la lógica de los hechos, nos opondrá la mayor resistencia. ¿De modo que no ha comprendido? Maravilloso. Nuestro dios son

¡Foráneos Cósmicos!

«Pero si ha perdido el juicio» —pasó fugaz por la mente de Polynov un pensamiento salvador.

—¡Ahá! —exclamó triunfante Huysmans—. Usted está pasmado hasta tal grado que piensa si, por casualidad, no me habré vuelto loco. En modo alguno. Solo vosotros, los comunistas, cantáis «Basta ya de tutela odiosa», pero la masa, en su fuero interno, ha soñado y sueña con un hombre fuerte que piense por ella, que la dirija y la libere de la necesidad de decidir por su propia cuenta. ¡Así es! Y en cuanto a cómo se denominará este símbolo: dios, führer, foráneo cósmico, ¡lo da igual! ¿Qué diferencia puede haber?

—¿Usted piensa que el mundo admitirá esta ingenua conseja? —sonrió Polynov—. Las personas inteligentes no son pocas. Y hasta el pequeño-burgués, el pancista, en el que pone usted la mira, es difícil de zarandear.

—Usted ha estudiado mal la psicología social. ¡La psicología de las masas! («Lamentablemente —pensó Polynov— en general no la he estudiado»). ¡Expóngame una realidad que tan profundamente y durante tanto tiempo se haya adueñado de los hombres como la leyenda sobre Jesucristo, Mahoma o Buda. Indíquemela, ¡y yo renunciaré al dios cósmico!

—Renuncie, Huysmans, ¡renuncie! El odio hacia los opresores, uno; la aspiración a la libertad, dos; la búsqueda de la verdad, tres... ¿Le es suficiente? ¡Estas son las realidades que regían la humanidad mucho antes de que aparecieran sus leyendas! O quiere que le recuerde la interminable cadena de sublevaciones y revoluciones que barrieron la esclavitud, barrieron a los feudales y barrerán de la faz de la Tierra a los reyes del carbón, del acero, del petróleo, a los racistas, a los fanáticos y a los fascistas... ¿No será la razón de tanta prisa el que el gallo ya haya cantado y vosotros tengáis que Caer en la nada? Su causa no la pudieron salvar ni las hogueras, ni los dictadores, ni el engaño, ni la estupidez del hombre mediocre... ¿El dios cósmico? No, una aventura cósmica, una intentona, y espero que sea la última en cambiar la marcha de la historia. No lo logrará. El cálculo fundado en el chantaje, en el obscurantismo, en el susto ante las dificultades deparadas por el siglo: ¡todo esto es muy viejo, viejo, viejo!

Huysmans quedó suspendido en el aire. Por lo visto, no quería sino acercarse con aire amenazador a Polynov, pero se olvidó de la insignificante fuerza de gravedad. Y como un globo de juguete ascendió hacia el techo.

Polynov, con dificultad, contuvo la risa. El patiseo candidato a dictador se revolcaba temeroso sobre la mesa tratando de acelerar el descenso. Los faldones de su negra chaqueta batían como las alas de un pájaro.

Por fin, Huysmans se afincó en el sillón. Respiraba con dificultad.

—No comprendo —dijo, esquivando la mirada del psicólogo— cómo dejó escapar la oportunidad de acabar conmigo...

—La cosa no estriba en usted —le atajó con repulsión Polynov—. Radica en los

que están detrás de usted.

—Entonces, usted se ha equivocado —Huysmans empezaba a recobrar el dominio de sí mismo. Sacó otro caramelo y se puso a masticarlo, mirando de soslayo a Polynov—. Pero dejemos esta materia, nos estamos acalorando demasiado. Esperaba su crítica, la necesito para comprobar una vez más todos los eslabones de mi idea. Siga con su diatriba. Hágame solo el favor de hacerlo sin palabras vanas. Aquí no estamos ante una multitud obrera, nos encontramos solos. Desde luego, un tropel de obreros no es otra cosa que una congregación de carneros. Cualquier muchedumbre es una grey de carneros, lo he estudiado. Pero dejemos de explayarnos, vayamos al grano. Por ahora, usted ha expuesto la más general objeción y —¡que el diablo me lleve!— usted tiene razón. Sí, puede que sea nuestro último envite. Como puede ver, yo soy franco. Pero usted no ha tomado en consideración una pequeñez. El poderío de los mitos es todavía fuerte, mucho más fuerte que el poderío de los — como gustan ustedes denominar— explotadores. No necesito que el mito cósmico reine por siglos. Bastará con unos años. Ya en tiempos inmemoriales, cierto filósofo Han-Fei —¡que en paz descanse!— escribió un tratado erudito en el cual demostraba que el hombre en manos del poder supremo es lo mismo que un pedazo de madera en manos del artesano. Al poco tiempo, el emperador Tsin-Chi-Hoang-Ti tomó esta tesis para servirse de ella. Y, a propósito, logró detener el progreso. ¿Un pasado oscuro, verdad? Hitler no necesitó de siglos para implantar en la conciencia de millones el principio de Han-Fei. ¿Y de qué disponía Hitler? De periódicos, cine, micrófonos, Gestapo, campos de concentración. ¡Qué chapucería! En nuestro tiempo disponemos de un surtido menos tosco y, lo que es mucho más importante, inconmensurablemente más eficiente. Espionaje electrónico, detectores de mentiras, cañones auditivos para los cuales no existen muros ni paredes, sustancias psicotrópicas, operaciones sobre la memoria para los inconformes y, finalmente, el control de la psiquis por medio de ondas electromagnéticas. ¿Se imagina usted qué posibilidades nos abre todo esto? El Gobierno de cierto país ya realizó algunos experimentos con todos estos medios. Independientemente de nosotros, sea dicho de paso. Los resultados fueron atolondradores. Y en el mundo, ¡ni asomo de algarabía! Esas tenemos. Pasará un año, como máximo dos, ¡y será aquí donde tendremos a los habitantes de la Tierra!

Huysmans, lentamente, juntó los dedos.

—Y los hombres —continuó Huysmans— nos ofrecerán esa posibilidad. Es que yo no he revelado todavía a usted otro de nuestros principios: el principio de la Perspectiva. En nombre de los foráneos cósmicos vamos a declarar que si la humanidad sigue nuestras indicaciones, construirá en la Tierra el paraíso. Al principio, pensé dar a este paraíso el nombre de comunismo... ¿Qué, le choca? Sí, comunismo, por cuanto la mayoría aplastante de la población terrestre está ocupada en su construcción. Pero, en este caso, algunos norteamericanos pueden interpretar mal nuestros actos. No, tendremos que anunciar el advenimiento de cierto «futuro armonioso», «sociedad de abundancia», «comunismo cibernético». ¿Cuál de los

símbolos le gusta más?

—¿Y por qué no quiere llamar su Perspectiva, sinceramente, «neofascismo»?

—No sirve, el término está demasiado comprometido. Bueno, espero su crítica, su crítica demoledora, mi amigo-enemigo.

—¿Es interesante saber cómo se las ingeniarán técnicamente para llevar a cabo su truco con los foráneos cósmicos?

—No es difícil. Ellos, es decir, nosotros, o más bien, ellos por intermedio de... Todavía retornaremos a este particular. Bueno, anunciarán que llevan mucho tiempo observando los acontecimientos de la Tierra (en seguida, todo el mundo se acordará de los platillos volantes, las misteriosas desapariciones, las pinturas rupestres de Tassili y otras simplezas por el estilo). Declararán que su ingerencia se convirtió en una necesidad. Mas son humanitarios, pero muy humanitarios. Ningún atentado contra los sistemas políticos existentes, contra el modo de vida, contra la ideología: ninguna intromisión en la lucha de clases y entre naciones. Darán una sola orden: desarmarse. Desarmarse porque el arma reviste un peligro mortal para la humanidad. ¿Es un modo humanitario de obrar? Plenamente. Absolutamente en el espíritu de los cuentos sobre civilizaciones con un alto nivel de desarrollo. Reforzarán su orden con la amenaza de destruir la capa de ozono (aquí se verterá la mar de lágrimas a causa de la gravísima responsabilidad, de la aversión a aplicar la fuerza, del amor por los insensatos hombres y que solo en aras de este...). Lo garantizo que los oyentes se desharán en sollozos de tanto enternecimiento. ¿Por qué el arma de ozono y no ciertos superrayos, más idóneos para una civilización altamente desarrollada? Precisamente en virtud de ese mismo humanismo, ¡diantre! Ellos no quieren aplastar con su poderío, no quieren más víctimas y por esta razón recurren a un arma puramente terrestre... También en este caso todo se tramará a las mil maravillas.

Y a continuación solo darán recomendaciones. Recomendaciones, y nada más que recomendaciones. La recomendación de frenar temporalmente (nosotros sí sabemos que será para siempre) el progreso. La recomendación de seguir sus consejos para construir el paraíso en la Tierra...

—Un dios cósmico que se hace pasar por anónimo. Un anzuelo sin cebo.

—Tonterías. Si es necesario nosotros los mostraremos por la televisión. Y los espectadores verán —¡ja-ja!— una nube electromagnética. Mostraremos sus animales, los paisajes de su planeta... ¿Y sabe quién hablará en su nombre? ¿Usted piensa que yo? ¿O la base? Nada de eso. Descubrir la base significa poner al descubierto el embuste. No. En su nombre hablará... Sujétese fuerte. ¡Usted!

—¿Yo?

—Claro está que no solo usted. Será toda la tripulación de la nave a la cual los foráneos invitaron para esclarecer una serie de detalles. Todos recordarán la inexplicable desaparición del «Antinoo» (esta circunstancia convencerá de algo incluso a los científicos). Los foráneos decidieron conocer más de cerca a los representantes de la humanidad y estos últimos se entusiasmaron por la sabiduría y el

humanismo de sus hermanos de raciocinio. Y por su propia iniciativa —téngalo en cuenta, por su propia iniciativa— les persuadieron a terciar en los asuntos de la Tierra. Y, claro está, se convirtieron en sus apóstoles. ¿No está mal ideado, eh?

—¿Y si los pasajeros no dan su conformidad?

—En primer lugar, entre ellos gente nuestra. En segundo lugar, la mayoría ha dado ya su consentimiento. En tercer lugar, tenemos la posibilidad de convencer al resto. En fin de cuentas, podremos pasar sin algunos. Pero su participación es muy, es sumamente deseable. ¿Por qué? Porque usted es la única persona de aquella parte. Es cierto que tenemos también a otro comunista, a Berger. Es un hombre muy decente, capta rápidamente los argumentos. Pero usted... Su nombre significa algo. Además, necesitamos aliados inteligentes. Mas yo ardo en deseos de oír su crítica.

—¿Qué hay aquí de criticable? Su empresa simplemente está condenada al fracaso.

—No obstante, es interesante saber por qué.

—Por mil causas. Se darán cuenta de sus intenciones. Y muy pronto.

—No importa. También se dieron cuenta de las intenciones de Hitler, pero él no se molestó por ello.

—Usted olvida también tales futilidades como nuestras estaciones extraterrestres, asentamientos en otros planetas y la flota espacial. En efecto, es difícil de localizar su base, y esta es su ventaja. Pero igualmente difícil será descubrir a los que les buscarán y aniquilarán.

—Todo ello se ha tomado ya en consideración. No tendrán éxito.

—Finalmente, olvidan lo principal. Ustedes ponen sus miras en el pequeñoburgués asustado, en el pancista, en las particularidades de su psicología. Y estas no tienen nada de complejo. Solamente es dolor el que experimento yo; solamente es certero el gusto que poseo yo; es bueno aquello que me conviene a mí; las palabras sublimes no son más que embuste pero cómodas para encubrirse; tan solo mis concepciones del mundo son justas; el hombre es un lobo para el hombre. Pero los pequeñoburgueses no constituyen la humanidad, no son obreros, no son intelectuales, no son campesinos, aunque entre ellos también los hay. Estos son portadores de una determinada psicología que fue madurando durante siglos de violencia, de obscurantismo y de aplastamiento de lo humano en el hombre. En mi patria la mayoría absoluta son personas libres de esta psicología. Creo que aún en los países capitalistas que quedan, su número ha disminuido mucho. De modo que su —por decirlo así— base espiritual se redujo considerablemente desde los tiempos de Hitler.

Pero ni siquiera en esto radica la cuestión. Esta psicología está exenta totalmente de principios creativos. Presenta peligro solamente conjuntada con un poder incontrolado, con ustedes, sus progenitores, educadores y guardianes. Su época ya ha pasado y ustedes se dan cuenta perfecta de ello. ¿Acaso es poder aquello de que usted habla? Es chantaje, es desesperación. Aquel que le ha enviado aquí —y a usted le han

enviado, no se haga el desentendido— razonaba de una forma necia. Que sean ellos, es decir, usted y su pandilla, los que se rompan la crisma. Su derrota no me amenaza con nada, mientras que si tienen suerte... Esta gente supone que vuestro éxito les salvará a ellos. No les salvará. Es imposible suprimir la contradicción entre los que blanden en sus manos el palo y aquellos sobre quienes este palo descarga los golpes. La prisión nunca fue capaz de vencer el ansia de libertad, la ignorancia no pudo ahogar la creación y la aspiración del hombre a ser hombre jamás se reconcilió con el sistema que mataba lo humano en el hombre. Hálleme en la historia el ejemplo de una tiranía longeva, entonces reconoceré que me he equivocado. Pero no hallará, ni un solo ejemplo. Y no se imagine que su nuevo campo de concentración electrónico-biológico será más fuerte que los anteriores. La humanidad no ha tenido y no tiene un ideal mejor que el expuesto por Marx y Lenin. Millones lo han hecho suyo, y este ideal pasó por todo tipo de pruebas, de ahí el pavor que le embarga, de ahí sus interminables aventuras.

A propósito, su última aventura representa una amenaza no solo para usted. Todo secreto, tarde o temprano, salta a la luz pública. ¿Usted se ha dado cuenta de lo que ocurrirá cuando la humanidad se entere de su conspiración?

Huysmans escuchaba con una sonrisa arrogante. Sin embargo, por primera vez este sofista avezado en las luchas no se lanzó al ataque cuando Polynov terminó de hablar.

—Sus necesidades me causaron una enorme consternación —dijo después de un corto silencio—. Pero, gracias a dios, yo no soy rencoroso. Entonces, ¿usted se niega a colaborar con nosotros?

Obra con demasiada rectitud, notó para sí Polynov, Tiene prisa.

—Por ahora no digo que sí, pero tampoco digo que no —esta vez fue Polynov el que se arrellanó en el sillón como si no le inquietase nada más—. ¿Usted está sorprendido? No siempre debe ser usted el que me sorprenda a mí... Yo estoy acostumbrado a reflexionar sobre mi proceder. Ahora carezco de tal posibilidad. ¿Se acuerda usted de las dos conversaciones anteriores? Después de sopesar los pros y los contras cambié mi decisión tomada en un arrebato de cólera. También ahora necesito recapacitar sobre todas las circunstancias y analizar sus argumentos ya que contienen muchas cosas serias. ¿Cuánto tiempo puede concederme?

Huysmans acarició su cabello ralo y quedó meditabundo. Tras la ventana, los rayos del Sol, saltando de cima en cima, dieron en la campana de cristal. Por este se derramó una opaca oscuridad. Se encendieron lámparas adicionales y su blanquecina luz ahuyentó las sombras. El rostro cansado de Huysmans palideció y sus párpados temblaron. Entornó los ojos y, por enésima vez, tendió la mano hacia la cajita de caramelos, escogió uno, lo chupó y arrugó la cara.

—¿Le duele una muela? —preguntó de pronto Polynov.

Huysmans asintió con la cabeza. Su lengua hacía rodar tras la mejilla el caramelo. Frente a sí Polynov tenía simplemente a un hombre cansado entrado en años y

vestido con un patriarcal terno negro. Un hombre del montón, de los que se ven a millares en la Tierra.

Después de haber masticado el caramelo, Huysmans se enderezó, sus labios se apretaron.

—No le daré mucho tiempo. Piénselo rápido. Quiero que usted se ponga de nuestro lado por su propia voluntad. Y si no lo hace, igualmente se convertirá en apóstol del dios cósmico. Pero usted ya no será Polynov. No, espera. Haga el favor de fijarse bien.

Huysmans oprimió un botón. En el tablero se iluminó la pantalla del extremo. La eclipsaron hileras de cohetes de puntas afiladas. Sus cabezales brillaban contentos de sí mismos, eran muy bonitos y estaban muy limpios estos cohetes. Eran muchos.

—¿Y qué tal le parece este cuadro?

Huysmans conmutó la imagen. Junto a una cadena de montaje trabajaban hombres. Polynov reconoció a algunos: eran los pasajeros del «Antinoo». A la izquierda estaba Berger, el intrépido librepensador Berger. Con un movimiento monótono encajaba en los cabezales de los cohetes unas cápsulas semitransparentes amarillas.

—Los demás, Polynov, no son mejor.

Polynov paseó la mirada por el despacho. Si se hubiesen reunido aquí todos sus amigos, para Huysmans, simplemente, no quedaría sitio, no habría necesidad siquiera de mancharse las manos. Pero sus amigos están lejos y no saben nada. Ellos trabajan, leen, ríen, aman y no sospechan del peligro que les amenaza. Eramos demasiado despreocupados, pensábamos muy poco, mucho menos de lo necesario, en los hongos venenosos que nos acechaban en el futuro. Estábamos demasiado enfrascados en nuestros propios asuntos y en nosotros mismos.

—Yo voy a pensar —dijo Polynov—. Voy a pensarlo profundamente.

Gregory lo condujo a su cámara. La luz se encendió apenas Polynov traspasó el umbral. Cris no estaba.

6. El dueño y el esclavo

No se sabe por qué, pero a la vida no le gusta la monotonía. Los acontecimientos, o ejercen tanta presión que al hombre se le corta el aliento, o bien, sin ninguna causa patente, todo se amaina y el tiempo transcurre de una manera uniforme y regular.

Aparentemente, Polynov ya no interesaba a nadie. Podía salir de la cámara

cuando le daba la gana, podía ir y venir o pasar horas enteras en su consultorio: parecía como si para los conspiradores él dejase de existir. Pero Polynov no se engañaba. No era sino un nuevo ardid. Martirizar al hombre con la inacción, con una espera desgarradora y, seguidamente, atizarle un golpe repentino.

La muchacha desapareció sin dejar huella. Los micrófonos escondidos en el pasillo ignoraban sus preguntas. Un capirotazo más para su amor propio, un recordatorio más para que no olvide que está fuertemente cogido por unas garras. Una pequeña venganza de Huysmans por la resistencia que le oponía.

El extraño paciente lo visitó una vez más. Todo iba bien pero en vano esperaba Polynov su tercera visita. El electricista no volvió a aparecer, lo cual inquietó a Polynov.

Por el consultorio pasaron también dos vigilantes. Estos se quejaban de unos achaques insignificantes, se mantenían alerta, y Polynov no supo sacar ningún provecho de su visita.

A pesar de todo, no logró ver a nadie de los prisioneros. Tampoco podía intercambiar aunque sea unas palabras con los vigilantes que encontraba casualmente en el pasillo. Estos, en el acto, se ponían en guardia y sus manazas, involuntariamente, agarraban el arma. Pobres diablos, hasta transpiraban de tan embarazosa perplejidad: ¿por qué a este tipo se le permite vagar de aquí para allá?

De seguro que Huysmans se intranquilizaría si supiese qué fin perseguía Polynov esmerándose tanto en poner orden en el consultorio. Pero el psicólogo todo el tiempo estaba a la vista, con una diligencia meticulosa limpiaba el polvo, alineaba los frasquitos con los preparados medicinales para no tener que buscar cosa alguna, comprobaba durante largo rato el ajuste de los aparatos, en una palabra, se comportaba como un hombre que se disponía a trabajar aquí durante muchísimo tiempo. Y el hecho de que de sus bolsillos desaparecieran algunos fármacos, el observador no lo podía advertir por cuanto el local se vigilaba desde dos puntos y Polynov, claro está, cuidaba de que en el momento necesario sus manos no cayesen en el campo visual del acechador.

Y era preciso ser especialista para comprender lo valiosas que eran las ampollas de mixonal, varias bolitas de algodón, un frasco con solución de cloruro de plata y el microanalizador de gas. Cuando Polynov se hizo de todos estos objetos, en seguida realizó un pequeño experimento. Decantando el amoníaco dejó caer al suelo por descuido tres gotas de este líquido; un rato después se dirigió a su cámara. Allí, acostado boca abajo en su jergón, miró sigilosamente al analizador. Las indicaciones del instrumento le alegraron sobremanera: tal y como él esperaba, la base poseía un esquema estandarizado de ventilación y purificación de aire.

Polynov no tenía ni la menor duda de que los carceleros ni siquiera sospechaban qué diabólicas posibilidades ofrecía el mixonal que él había hurtado. De lo contrario este medicamento se encontraría tras siete cerrojos. Pero se hallaba al alcance de la mano y a Polynov no le costó ningún trabajo tomarlo. Una demostración más de la

vieja verdad de que es imposible preverlo todo. A nadie y en ninguna parte. El error de todos los carceleros radica en la subestimación de la inteligencia y de los conocimientos. De otra manera, desde luego, no podía ser. Quienesquiera que fuesen los carceleros estos no se tomaban el trabajo de pensar por qué desde la época de los faraones la fuerza brutal e inhumana aunque vencía a menudo no logró triunfar ni una sola vez. Claro que si lo hubiesen comprendido, en el mundo hace tiempo que no quedarían carceleros.

Sin embargo, era prematuro entregarse a júbilo. Ahora Polynov tenía un arma, pero no podía hacer uso de esta, por cuanto el sistema de corredores, cerrojos y contraseñas de la base seguía siendo para él un enigma. También ignoraba si tenía entre los reclusos aliados dispuestos a todo. Mientras tanto, en cualquier instante podían venir a por él. Y, por supuesto, Huysmans no exageraba al decir que existían métodos de convertirlo en el hombre que ellos requerían. Polynov estaba enterado de los últimos alcances de la psicotecnia. Es cierto que después de someter al hombre a semejante operación lo único que conservaba de lo que fue era su aspecto exterior, sin embargo, en el peor de los casos, podían, en fin de cuentas, servirse también de ese Polynov, con la memoria barrida, movimientos mecánicos y sonrisa de niño de un año de edad. Y de seguro que no les faltaría un experto director de escena; de alguna manera se las ingeniarían para representar una función televisiva con su participación.

Sea como fuere, Polynov logró idear un plan de cómo, en el momento oportuno, neutralizar en el consultorio al espía electrónico sin despertar sospechas. Pero no le dio tiempo valerse de este plan...

En cierta ocasión, al entrar en el comedor, Polynov captó un leve olor a muguete. Ahogando su emoción, se paseó por el cuarto procurando determinar de dónde procedía este. Ya no le servían la mesa y él mismo tomaba los platos de la «bandeja». Esta circunstancia resultaba muy a propósito. Sujetando las articulaciones bajó el distribuidor y, como por casualidad, palpó la ranura de la junta. ¡Aquí está! Su dedo, rebuscando, rozó con una bolita de papel introducida en la ranura. A partir de este momento su dedo también despedía olor a muguete, el perfume predilecto de Cris.

Como si tal cosa terminó su comida, a pesar de que cada minuto de demora le costaba increíbles esfuerzos. Solo en el consultorio desenrolló la bolita. Para hacerlo tuvo que evocar en la memoria las habilidades escolares en la lectura de las chuletas bajo las miradas cruzadas de los maestros.

«¡Andréi! —las letras, apresuradamente escritas, se adelantaban una a otra—. Estoy sana y salva. Me encuentro junto con la senadora (¿la recuerdas?) y con otras señoras. Tratan de persuadirme a que me resigüe, pero yo no quiero; es ignominioso lo que nos proponen. Trabajar en la planta como verdaderos esclavos. No exigen que tomemos parte en la operación “Dios cósmico” (estoy segura de que tú estás al tanto). Pero no todos están de acuerdo; entonces se los llevan y es horrible el aspecto que tienen al volver. A mí todavía no me han llevado, pero tengo miedo...».

A continuación seguían unos garabatos incomprensibles, pero Polynov los descifró sin dificultad. Ya antes, en la nave, convinieron en emplear escritura cifrada y Polynov enseñó a Cris cómo utilizarla.

La nota despedía un frenético olor a muguets, sin duda. Cris vertió sobre ella todo el frasco. Con mucho pesar, Polynov quemó la nota en la lámpara de alcohol. Y de repente se fijó que sus dedos temblaban. Les clavó una mirada rigurosa y el temblor cesó. Furtivamente, se le coló una idea: cuán maravilloso sería si el mixonal pudiera difundirse por todos los locales de la base. Si este preparado pudiera matar. Cuánto bien aportaría a Cris, a la Tierra. Desafortunadamente, el mixonal no podía ni lo uno ni lo otro.

Oyó entrar a alguien, oyó pasos pesados pero no volvió la cabeza.

—Eh, doc, ¿parece que está triste? —Gregory se dejó caer en una silla, de modo que esta chirrió—. No haga caso. Si usted, como yo, hubiera estado en la guerra por nada se afligiría.

—¿Qué quiere usted? —le preguntó cansado Polynov.

—Un poco de alegría, doc, alegría. ¿Ha olvidado nuestra conversación?

Polynov todavía no había visto al guardia tan descarado. Sentado, sin sacar las manos de los bolsillos y con las piernas extendidas negligentemente, guiñaba con insolencia el ojo y se hinchaba, literalmente, de autosuficiencia. Con un movimiento de cejas Polynov le indicó a los dispositivos de televisión.

Gregory soltó una alegre carcajada.

—¡Los escuchas tienen un pequeño desarreglo técnico, doc! Se han vuelto ciegos y sordos. Tendremos tiempo para ponernos de acuerdo.

—Esas tenemos... ¿Y cuánto durará el desarreglo? —Polynov de nuevo estaba listo para el combate.

—Por lo menos estarán atareados una hora.

Como dos y dos son cuatro. Los muchachos también quieren tomar un traguito, de modo que se las arreglaron para que pidiéramos charlar como hombres. Imagínese, una botella de *whisky* para tres días, estoy seguro que nuestro jefe es un impotente. ¿Entonces, qué? ¿Habría alcohol?

«En cambio, vuestro jefe comprende el peligro que supone la borrachera en el cosmos —pensó Polynov—. De modo que quieres emborracharte a tus anchas... Esto le costará muy caro a tu cuidado cuerpo».

—Bueno —dijo en voz alta—. Pero el negocio es el negocio. Nada se da de balde.

—Por supuesto, ¿cuánto?

—No me hace falta el dinero. Necesito saber las contraseñas, necesito saber el emplazamiento de los locales, necesito saber cuántos sois.

Gregory palideció.

—Esto es una traición... yo...

Instintivamente agarró la pistola. Polynov sonreía ampliamente.

—¿Qué cree, querido amigo? ¿Para qué necesito esta información?

Gregory se encogió como quien quiere dar un salto. El no daba pie con bola.

—¡Para largarse! —gritó por fin jubiloso—. ¡No lo conseguirá!

Se levantó de un tirón, sacando la pistola.

—Dime, Gregory —Polynov seguía sonriendo—, ¿puede un hombre solo y desarmado escaparse de la base? ¿No? Sabes perfectamente que no. Entonces, repito, ¿para qué necesito, según tu parecer, esta información?

El guardia no quitaba los ojos de Polynov. Se veía cuánto le costaba el intento de adivinarlo.

—Y todo resulta muy sencillo —continuó Polynov—. En el juego lo mejor es conocer las cartas del adversario, ¿no es así?

—No hay quien lo dude...

—Yo tengo con tu jefe mi juego, mi negocio. Sin embargo, él conoce mis cartas, mientras que yo ignoro las tuyas. Y esto no me gusta. El negocio es el negocio.

—¡Ajá! Es sensato —Gregory volvió a sentarse pero sin soltar la pistola—. Pero a mí no me conviene este asunto. Yo mismo por cositas como estas llevaba a quien sea al paredón.

En lugar de responder Polynov se inclinó hacia la caja fuerte, la abrió, sacó un matraz con alcohol y lo agitó.

—No, doc —Gregory hasta lanzó un suspiro—, ni hablar.

—Nadie se enterará.

Gregory asintió con la cabeza. Súbitamente su rostro se iluminó.

—¡Me lo darás de balde! De lo contrario, informaré que querías sobornarme.

—Y recibirás una bala en la frente. Por el alcohol y por... —el psicólogo hizo una pausa— por el pequeño desarreglo técnico.

Con aire amenazador Gregory sacó la mandíbula hacia adelante. Esto sí que lo sabía hacer, le salía a la perfección.

—Se te ocurrió amenazarme...

Apretando sus puños de plomo avanzó hacia Polynov.

—Cuidado, que nos están escuchando detrás de la puerta —le advirtió en voz baja el psicólogo.

Esta vez Gregory reaccionó momentáneamente... De un salto se desplazó hasta la puerta y la tiró con violencia. En el umbral estaba Amín.

Rugiendo Gregory lo arrastró por las solapas a la habitación, cerró fuertemente la puerta y lo arrojó sobre las rodillas.

—Carroña, carroña... —resollaba señudo Gregory—. Andar escuchando detrás de las puertas... Ya verás, me conoces mal...

Propinó a Amín una pernada, pero este ni siquiera trató de justificarse: miraba a Gregory sin disimular su odio. En respuesta al golpe que le hubiera podido hacer saltar al techo de no agarrarse al pie de la mesa, Amín se rió lenta y malvadamente.

—Lo voy a contar y a ti te...

Gregory, por un instante, quedó como petrificado.

—Con que esas tenemos —dijo con aire amenazador—. —Esas tenemos. ¿Piensas amedrentarme? Por centenas aplastaba yo a las caras amarillas y tú vas a completar la lista.

Agarró a Amín del brazo y se lo retorció bruscamente. El rostro moreno de Amín palideció. Ni siquiera fue capaz de lanzar un grito, de su garganta salían ronquidos entrecortados. Sí, Gregory era un maestro en su oficio.

—¡Te lo prohíbo! —gritó Polynov.

—No te entrometas, doc, te romperé la crisma —aseveró Gregory—. Y contigo, Amín, ya hablaremos. ¿Qué, estás mal, perro? Esto aún no es nada. ¿Con quién te atreves, carroña mocosa?... A ver, jura por tu dios que callarás, venga...

Amín se arrodilló. Gregory le aflojó un poco el brazo.

—¿Has vuelto en tí? Jura, de lo contrario...

Amín murmuró algo.

—¡No es eso!... —Gregory, de nuevo, le retorció la mano. Amín gimió—. Conozco vuestro juramento, dílo como es debido...

Polynov no comprendió lo que murmuró la presa. Pero Gregory, al parecer, quedó satisfecho. Soltó a Amín y, después, como si este fuese un cachorro asqueroso, lo levantó por el cuello y lo arrojó al pasillo desierto.

—Todos estos canallas son así, doc —Gregory, con asco, se limpió las manos en su uniforme—. Yaya qué oídos tienes...

Miró con respeto al psicólogo.

—¿Piensas que no se irá de la lengua? —preguntó Polynov.

—¡Ja! ¡El cree fervorosamente en su dios! Da gusto tratar con los aldeanos, lo único que se necesita es saber tratarlos. ¡Y yo sí que lo sé! Bueno, ¿dónde está el alcohol?

—Las contraseñas.

—Oye, no me hagas rabiar. Yo acabaré contigo antes de que te dé tiempo a decir pío. Por el intento de fuga. ¿Te das cuenta?

—Totalmente. Y a Amín, ¿le has lesionado seriamente el brazo?

—¿Por qué te interesa?

—Envíamelo.

—¿Para qué?

—Para reducirle la luxación.

—¡Fu! Tratas de hablar sobre el asunto y tú...

—El alcohol te lo daré si me envías a Amín.

—¡Caray! Como veo, eres una persona compasiva... sentimental. Vete al diablo, dame el alcohol y te lo enviaré. Ponele en su sitio el alcohol y te lo enviaré. Ponle en su sitio el.

—¿Cómo?

—Nada. Con los soplones llevo mi cuenta, de soldado, a ti no te importa.

Cuando el alcohol fue a parar al frasco de Gregory, este, ya junto a la puerta, se volvió de repente.

—Óyeme, doc, soy una persona honesta. Tú me diste alcohol y yo, en caso de necesidad, te aseguraré una muerte rápida. Y así estaremos en paz.

—Gracias aunque sea por eso.

La puerta se cerró.

«He aquí la honestidad del verdugo —sonrió amargamente Polynov—. Y lo peor del caso es que se marchó orgulloso de su noble conducta».

Gregory cumplió su promesa. No transcurrieron ni quince minutos y Amín se encontraba ya frente a Polynov.

El pequeño aldeano, como antes, seguía impasible, como si no hubiera sucedido nada. Con sumisión permitió que le examinaran el brazo, no se estremeció ni gimió cuando Polynov le redujo la luxación y no pronunció ni una palabra de gratitud. Quería levantarse y marchar, pero Polynov lo detuvo.

—¿Sabe que Gregory le liquidará?

Solo le temblaron los párpados.

—¿No me cree?

—Yo he jurado.

Eso no le salvará.

A Polynov, de hito en hito, le miraban unos ojos oscuros e indiferentes como los de un pez. Polynov quedó desconcertado.

—¿Usted sabe para qué se encuentra aquí, en esta base?

—Me pagarán mucho dinero y compraré tierras.

—¿Para qué?

—Mucha tierra, gran dueño.

Polynov vio que se le escapaba la última posibilidad.

—Gregory le matará por haber escuchado a hurtadillas nuestra conversación. Y no tendrá tierras —dijo delectándose.

En respuesta, silencio.

«¿Lo entenderá o no lo entenderá?» —pensaba con perplejidad Polynov.

—Él es el señor —dijo, de pronto, Amín.

—¡Pero usted le espiaba!

Otra vez silencio.

—Además, que señor puede ser para usted, si ambos sois soldados.

—El fuerte siempre es el señor.

—¿Y yo también?

—Tú eres débil.

—Y si yo resulto ser más fuerte que todos los demás, ¿también me convertiré en señor?

—Sí.

—¿Y si tú llegas a ser el más fuerte...

—Sí, también yo seré señor.

—¿Para qué?

—Así sucede siempre.

—En nuestro país no es así, ¿no lo has oído?

—Siempre es así.

—¿Y si yo te convierto en el señor de Gregory, de todos?

—No lo podrás hacer.

¿Si me ayudas, sí podré.

—No.

—Haz una prueba.

—No te creo. No tienes nada sagrado.

—Yo creo en el hombre, y esto para mí es lo sagrado.

—¿En mí?

—Mientras eres un esclavo, no creo en ti.

—¿Qué yo soy esclavo? Hablas como Gregory, como todos los demás.

—Eres un esclavo porque reconoces sobre sí al dueño. Quítatelo de encima, y te convertirás en un hombre. Y para Gregory siempre seguirás siendo un esclavo.

—¿Siendo yo dueño, seré tu dios?

—El hombre no es esclavo ni señor. ¿Lo comprendes?

—No. Tú quieres matar a Gregory, matar a todos, lo comprendo. A tu dios no le comprendo.

—¿Y tú quieres que yo mate a Gregory y a todos los demás?

—Sí, menos a mí. Pero no lo podrás hacer. Eres débil.

—¿Eso es lo que piensas? ¡No, yo soy más fuerte que nadie! ¿Lo ves?

Cuanto más pobre es el cerebro, cuanto más rígidos son los hábitos y estrechos los horizontes, con tanta mayor facilidad el hombre se somete a la sugestión. Polynov se puso de pie y tocó solemnemente el hombro de Amín.

—Tú no puedes mover los brazos —le dijo él con seguridad—. No puedes. Ni lo intentes. Ellos quedaron petrificados.

Amín se estremeció. Trató de levantar los brazos; estos no le obedecieron. En sus ojos palpité el miedo. El pobre diablo estaba demasiado acostumbrado a encontrarse bajo influencia ajena y ahora era indefenso.

Polynov le sacó la pistola y la balanceó en la palma de la mano.

—¿Ves esto?

De pronto, Amín se tiró de la silla arrodillándose en el suelo.

—¡Eres poderoso, eres poderoso! —gritó él—. ¡Eres el más poderoso, nadie todavía supo convertir a Amín en piedra! ¡Tú matarás a Gregory y me salvarás a mí, mi señor! Amín conoce lo que tú necesitas, y Amín te lo dirá todo...

—¡Habla!

—Amín tiene razón, eres un buen señor. ¡Deshaz el embrujo, deshazlo, Amín te contará todo! Una vez Gregory muerto, me salvarás, me darás dinero, mucho dinero,

yo compraré tierras, compraré al hijo de Gregory, le escupiré...

A los diez minutos Polynov ya estaba enterado de todo.

Ya solo, tardó mucho en tranquilizarse. No esperaba tal cosa. ¡Cuán fervorosamente creen en el milagro, cómo lo ansían, cuán ciegamente siguen al que les promete el milagro! No importa quién, no importa con qué objetivo... Les enseñaron a obedecer ante la fuerza, obedecer sumisamente, sin reflexionar, y tras el milagro ven una fuerza enorme, sobrenatural.

Polynov se estremeció de repugnancia.

7. «¡Infierno verde!»

Le faltó tiempo para emprender algo. Chacolotearon las ventosas magnéticas, se oyeron pasos y la puerta se abrió con violencia: ante Polynov, implacable como la suerte, se encontraba Huysmans. Detrás de sus espaldas se divisaba un guardia.

—¡Basta! —bruscamente, sin dar a Polynov tiempo para recobrase, dijo Huysmans—. El plazo para conversaciones y discurrecimientos expiró. ¿Sí o no?

—¿Tan pronto? —se le escapó de los labios a Polynov—. No tuve tiempo... Una hora más, dos horas...

Reflexionaba febrilmente. ¿Traición? ¿Casualidad? ¿O, quizá, una jugada descifrada?

—Es extraño, la indecisión no es inherente a su carácter —Huysmans cruzó las manos a la manera de Napoleón—. ¡Ni un segundo! ¡La gran hora ha llegado! ¿Sí o no?

—¡No!

Un instante antes Polynov quiso decir «sí» para ganar tiempo. No pudo contenerse, sus nervios le traicionaron, incapaces de vencer el odio y la repulsión...

—Lástima. ¡Gunter!

El guardia se puso firme.

—¡Arréstelo! ¡Llévelo a la cámara de torturas! Y la muchacha, ¿ya está allí?

—¡Así es!

—Querido mío —Huysmans se volvió hacia Polynov—, para comenzar, le van a mostrar un espectáculo excepcional. ¿Acaso tampoco de ella le da pena?

A Huysmans no le dio tiempo de esquivar el golpe. Pero la furia cegó a Polynov y no acertó como quería. El guardaespaldas se tiró contra Polynov retorciéndole los brazos y Huysmans, arrojándose a la pared, sujetaba su mejilla.

—Si usted piensa... Si usted piensa que yo le mataré de un tiro... No. Yo esperaré la hora en que me implore, se arrastre de rodillas... ¡Y usted lo hará! Entonces será cuando yo le mire. Llévanselo.

Polynov marchaba ardiendo de ira. ¡Hasta tal grado perder el control! En ese momento él se despreciaba.

Sin embargo, automáticamente advirtió que no oía en pos de sí los pasos de Huysmans. Echó de soslayo una mirada tras el hombro. A dos metros de distancia, como correspondía a un convoy, según el reglamento en el planeta Tierra, marcaba el paso un vigilante con su *lighting* terciado. En el pasillo no había nadie más. La decisión le llegó de súbito. Por cuanto a este imbécil no se le ocurre que existe cierta diferencia entre la Tierra y un asteroide...

Cuando pasaron junto a la habitación con las figuras de cera, a Polynov, de pronto, se le torció el pie. En su caída, con todas sus fuerzas se descostó de la pared. Antes de que al convoy le diera tiempo de comprender, Polynov, como un cohete, salvó la distancia que les separaba. Una terrible patada en el vientre arrojó a aquel al suelo. Lanzó un salvaje aullido, entornando los ojos. Dando una vuelta en el aire Polynov recogió al vuelo el *lighting*. Un culatazo en la cabeza puso fin al aullar del convoy.

Rompiendo el silencio con su eco, vociferó una sirena; claro que les vigilaban. Polynov penetró en la habitación con las figuras de cera. Con el rayo fulminador demolió los dispositivos de televisión y con la culata destrozó el interruptor. La luz se apagó, en la oscuridad comenzó a fosforecer el siniestro morro de un monstruo.

Polynov sacó rápidamente del bolsillo las ampollas con mixonal, el frasco con sal y el algodón. Mojó el algodón y se tapó las ventanas de la nariz. Crujió el vidrio roto de las ampollas. Polynov se apostó en un rincón, apuntando a la puerta. El corazón le latía febrilmente. Del pasillo le llegaba el ruido de las pisadas de los guardias.

—¡Aquí está!, ¡vengan aquí!

Se amontonaron detrás de la puerta.

—¡Eh! ¡Sal!

Polynov no contestaba. Contaba los segundos.

—¡Sal por las buenas! ¡De todos modos te haremos salir!

Sí, me harán salir, comprendió Polynov. No son tan tontos como para irrumpir exponiéndose a los tiros. Arrojarán alguna porquería. Una granada de gas. Solo esperan a que las traigan.

Polynov, a tientas, se deslizó hacia la puerta y lo empujó bruscamente, para que el mixonal saliera lo más rápidamente posible al pasillo. Y, en el acto, saltó atrás. En el exterior también se apartaron. A través de la puerta abierta de par en par irrumpió un rayo violáceo, algo cayó con estruendo, desprendiendo chispas al caer.

—¡Dejadlo! —vociferó sañudamente el altoparlante del pasillo—. ¡Cretinos!

Polynov apenas pudo contener la risa. Ellos disparaban contra el Hombre Ordinario. De la figura de cera no quedó más que vapor. También a ellos les fallan los

nervios, notó con satisfacción Polynov.

Un instante largo, a Polynov le pareció insoportablemente largo, de tenso silencio. Y de repente...

El pasillo parecía haber estallado.

—¡Alas, alas, estoy volando!...

—¡Cuántos pasillos, cuantos pasillos, espléndidos pasillos azules!

—Pero si os habéis vuelto locos... Retiren la serpiente-e-e...

Polynov recobró el aliento. Eso es, señores, todavía no sabéis qué cosa es el mixonal. Ahora os enteraréis. Respirad, respirad profundamente, soñad despiertos, soñad unos sueños que nunca habéis visto.

Sus ojos se encontraron con los del monstruo fosforescente. No estará de más. Cogiendo debajo del brazo el cuerpo del monstruo, cubierto de púas, lo arrojó al pasillo y, en este mismo instante, levantando rápidamente su arma, envió un rayo contra un telejo. Primero a uno, acto seguido, al otro. Del techo cayó una lluvia de fragmentos.

—¡A-a-a...!

Un aullido infrahumano viró altamente y se cortó.

Polynov salió disparado. Cinco guardias, tambaleándose, chocaban contra las paredes como ciegos. Las mandíbulas les colgaban como en un bostezo interrumpido. Por la barbilla se les escurría la saliva. Un talludo fortachón se afanaba en meterse en la boca el morro del *lighting*. Inconscientemente apretó el gatillo. Se oyó un chasquido velado. Polynov tapó con la mano los ojos. Algo tibio salpicó sus manos y el rostro. Un cuerpo se desplomó produciendo un sordo ruido. Polynov echó a correr, resbaló, manteniendo con dificultad el equilibrio. El algodón impregnado un especial reactivo químico le tapaba la nariz y le dificultaba la respiración.

Tras él corría un siseante murmullo.

—El c-celes-s-stial reino lo v-v-veo.

—Una manz-z-zana as-s-sí...

—Dónde-e-e...

La losa que cerraba el pasillo, obedeciendo a la contraseña comenzó a subir. Un guardia que corría al encuentro por poco tumba a Polynov. En cada mano sujetaba una granada de gas. Sin darle tiempo para percatarse de lo que sucedía, Polynov le asestó un golpe en la garganta con el canto de la mano.

Con las dos granadas en los bolsillos, Polynov bajó casi rodando la escalera escasamente iluminada. No había tiempo para buscar dónde estaba escondido el telejo. Detrás se desgañitaba la sirena. Ahora todo dependía de cuánto tiempo tardarían sus enemigos en comprender que el veneno se les colaba sigilosamente por los conductos de aire, de cuánto tiempo tardarían en conectar los filtros.

De la escalera un pasillo estrecho conducía a izquierda y a derecha. Polynov, recapacitando febrilmente, se echó a un lado, después al otro, y en este instante vio un pozo. Los empinados peldaños que bajaban al pozo terminaban junto a una puerta

de hierro. Un salto, y con el peso de su cuerpo Polynov la abrió.

Una luz brillante le azotó el rostro. En el centro de la cámara se alzaba una mesa de construcción extraña. Sobre la mesa, desde una polea, colgaban cuerdas. En un rincón junto a un vertedero de metal galvanizado resoplaba un quemador de gas y las barras incandescentes reverberaban con un color guinda. Sobre el brasero, arreglando algo, se inclinó, luciendo su amplio trasero, un hombre parecido a un sapo. Junto a este, encadenada a la pared, se encontraba Cris.

El hombre dio una rápida vuelta. Llevaba puesto un mandil de carnicero. Polynov disparó antes de haberlo reconocido. El Cabezudo, cuya cara no perdió ni siquiera la expresión de estúpida perplejidad, cayó, derribando en su caída el brasero.

Cris se lanzó hacia adelante tratando de soltarse. Su boca estaba abierta en un mudo grito.

Polynov, Con todas sus fuerzas, tiró del anillo que sujetaba las cadenas. Este ni siquiera se movió. Polynov echó a su alrededor una mirada desconcertada, agarró de la mesa uno de los instrumentos de tortura parecido a unas tenazas —eran precisamente unas tenazas— y cortó los eslabones de la cadena junto a las muñecas de Cris. La muchacha cayó de rodillas. Intentó ponerse de pie, pero no pudo. Polynov la levantó de un tirón.

—¿Qué? —gritó él, mirando su rostro anegado en lágrimas y que al mismo tiempo reía.

Cris se agitaba en sus brazos. No era hora de ceremonias. Polynov levantó la mano para cesar el ataque de histeria con una bofetada, pero Cris la esquivó.

—Ya está... No es necesario... ¡Yo sola!

Su vestido estaba roto en el hombro y ella trató de ajustar el jirón. Inclinandose, deslizó la otra mano bajo el mandil del Cabezudo y sacó la pistola de la funda. Polynov se fijó en dos profundos arañazos que cruzaban la carga del Cabezudo.

—¡Date prisa, Cris!

Algo chirrió detrás de sus espaldas. Polynov dio una brusca vuelta; le pareció que otra vez está viendo un horrible sueño: la maciza puerta de la cámara se movió perezosamente de su sitio y se cerró.

—Los pajaritos piensan emprender el vuelo —sonó en el rincón una risita.

Polynov se precipitó hacia la puerta.

—¡Ya es tarde, ya es tarde! —oyó por el altoparlante la conocida voz sarcástica—. Tu trastada con el mixonal no está mal hecha, pero yo he vaticinado que tus nobles sentimientos te echarán a perder. Estás en una trampa, Polynov, ja-ja... No entiendo qué te pasó que olvidaste que las puertas con cerradura electromagnética se cierran por sí mismas. Y ahora quédate allí y espera... Te recomiendo examinar con mucha atención nuestros instrumentos de trabajo.

La voz se calló.

Cris, lentamente, volvió hacia su rostro la boca de la pistola, su mirada se clavó como hipnotizada en la negra pupila. El rostro se le afiló y los ojos se le hundieron en

los oscuros semicírculos.

—Tranquilidad, Cris...

Polynov desvió la pistola que temblaba en las manos de la muchacha y le abrió los dedos.

—Nunca es tarde hacerlo. —Él hasta pudo sonreírle.

Elevando el *lighting*, apuntó cuidadosamente, y, con esmero, como si se tratara de una colonia de chinches, abrasó en el rincón las células de escucha. Después sacó una bolita de algodón, la mojó y se la tendió a Cris.

—Toma. Parece que Huysmans no advirtió un error suyo.

Se apoyó sobre una rodilla, aseguró el *lighting* y, como por una regla, hizo pasar el rayo por la línea de empalme entre la puerta y la pared. Se encendió, rajándose, la pintura y la recta juntura brilló purpúrea. Se levantó un humo mordiente y sobre el suelo comenzó a gotear el metal. Polynov, sin dejar de apretar el gatillo, desplazaba rápidamente el rayo.

—El fuego no lo traspasa —Cris apretó los puños.

—Pues no hace falta. Estas cerraduras no aguantan el calentamiento.

La puerta tembló, emitió un sonido carraspeante y se entreabrió. Polynov se echó a un lado arrojando consigo a Cris. Esperaba que se produjeran disparos. No los había. Sobre el pozo no asomaban los cañones de los *lighting* s. Desde lejos, llegaba un ruido sordo y gritos ininteligibles. A todas luces se notaba que el mixonal ya había afectado sensiblemente la base.

Polynov subió la escalera corriendo. Cris a duras penas podía seguirle. El psicólogo gritó la contraseña, pero la compuerta permanecía como clavada.

Sucedió aquello que tanto temía Polynov. El enemigo consiguió cortar todos los accesos a los puntos vitales de la base. Ahora, habiendo salido de una ratonera, simplemente cayeron en otra, más espaciosa. Polynov, con aire pesimista, miró el indicador de la carga del *lighting*. Tal y como él pensaba: suficiente para una batalla, pero no para romper otra compuerta.

—Oye, Cris —dijo embargado por la desesperación— aquí tendremos que librar nuestra última batalla con esta pandilla. Ahora, atrás, ¡al pozo! No está mal como trinchera.

A pesar de todo logró localizar dónde estaba escondido el teleojo y, por el camino al pozo, lo destruyó, al mismo tiempo que la lámpara de techo. Ahora ellos podían ver al enemigo, mientras que este carecía de tal posibilidad.

—¿Será posible que este sea el fin? —dejó escapar Cris cuando se apostaron.

—Sí, es el fin. Apunta al pasillo izquierdo. Y tranquilízate, te tiembla la pistola.

—La voy a sujetar con ambas manos. ¿Cuánto tardarán en venir?

—No lo sé. Seguramente que ahora no están para pensar en nosotros, tienen que desembarazarse de la maraña. Tal vez, dentro de diez o quince minutos.

—Entonces, me dará tiempo a tranquilizarme.

—Por supuesto. Eres una muchacha brava. No olvides que la pistola es a

reacción, sin retroceso.

—Lo tendré presente. Sabes, siempre he soñado con una muerte como esta.

—¿Qué-é?

—Sí, en el combate y no en la cama. Que todo llegue rápidamente, sin esperar, sin pensar en ello. Lástima que sea tan pronto. No he tenido tiempo para vivir lo suficiente.

—Ah, de eso se trata... Esto siempre llega demasiado pronto.

—No. Yo quisiera amar, mientras pueda. Y tener seis hijos. No tengo mayores pretensiones.

—Yo tuve todas estas cosas. Menos hijos. Y muchas cosas más. Pero es poco.

—Es posible. Ves, mi mano dejó de temblar.

—Así debe ser.

Ellos esperaban. Pasaba un minuto tras otro, el confuso ruido a lo lejos no cesaba.

—Que comience cuanto antes —no se contuvo Cris. Apretó su hombro contra Polynov, y susurró precipitadamente—: Bésame, pronto... Si no, romperé a llorar.

Polynov se inclinó y la besó en sus secos y rajados labios. Ella contestó tímidamente, después se apartó y quedó inmóvil, como un ratoncito. A Polynov el corazón le dio un vuelco de ternura.

No, se ordenó a sí mismo. Piensa en las sombras que muy pronto invadirán el pasillo, piensa en cómo evitar el caer vivos en sus garras. No hay que martirizarse en vano. La idea no era mala, la suerte meramente les traicionó. Los cohetes se dirigirán hacia la Tierra. Estos bonitos cohetes de punta afilada.

Le pareció que a lo lejos emergió, por fin, una silueta. Afinó la puntería. El *lighting* todavía no se había enfriado y le quemaba la mejilla.

De pronto quedó ciego. De golpe se apagaron todas las lámparas. La oscuridad se desplomó sobre ellos como una avalancha.

—¡Ay!

—¡Calla! —Polynov se puso de pie. La desesperación se esfumó como si no existiera—. ¡Estamos ganando la partida!

A tientas encontró en la oscuridad la mano de Cris y tiró de ella tras de sí.

—¿Pero, qué es esto?... ¿Una avería?

—Es la ayuda, Cris, la ayuda... Ten cuidado con los peldaños...

—No veo nada...

—Pero yo veo. ¡Agárrate... son las puertas! No hay corriente, por eso podemos pasar por dondequiera...

Polynov no exageraba: la experiencia de trabajo en el cosmos le enseñó a orientarse hasta en los sitios donde esto parecía inconcebible. Así pues, la primera compuerta que palparon a tientas cedió ante sus esfuerzos mancomunados.

Tropezando contra los salientes y puertas abiertas, haciendo desollones en los dedos hasta sangrar, bajaron sin saber adonde y corrieron sin rumbo. Pasaban fugaces las luces de las linternas de los guardias vestidos con sus escafandras aunque la

acción del mixonal ya debía haberse extinguido. Alguien llamaba a alguien y daba órdenes a alguien; gritos, injurias y el delirio de los que ya habían inhalado la ponzoña producían una confusión general.

Polynov y Cris se echaban al suelo apenas veían acercarse a ellos algún rayo de luz; un guardia hasta dio un traspie con las piernas tendidas de Polynov y en un arrebato de cólera le propinó un culatazo. De pronto, lanzó un chillido histérico, pues frente a él emergió, disparando locamente su *lighting*, un colega suyo que ya había sorbido su porción de mixonal. Polynov y Cris se apresuraron a alejarse de allí a rastras. Al loco lo remataron rápidamente. Valiéndose de la barahúnda, Polynov tiró allí una granada de gas. Esta reventó provocando un nuevo estallido de horror. De la cavernosa oscuridad, rebotando, volaron balas lanzadas por alguien.

De repente, Polynov tropezó contra algo blando. El objeto hizo un movimiento convulsivo y dijo:

—El infierno es verde, ¿quién dice que es fuego eterno?

—Sí, sí, por supuesto —asintió Polynov esquivando los tanteantes dedos.

El movimiento de las luces de las linternas y los tiros le ayudaban a buscar el camino. En el más bajo de los pasillos reinaba una relativa calma y los fugitivos recobraron el aliento.

—Protégeme por atrás, Cris dijo Polynov.

—¿Y dónde nos encontramos?

—Aquí debe estar la entrada al taller. ¡Ajá, aquí está!

—¡Cuidado, allí están los capataces!

—No te preocupes. Pero quisiera yo saber...

Entreabrió ligeramente la puerta. Surgió una franja pálida de luz. Polynov respiró con alivio: la red de emergencia de la planta, tal como él esperaba, resultó ser autónoma.

Aguardó un instante, para que los ojos se adaptasen a la luz, e irrumpió adentro.

El taller era pequeño, y en todas las direcciones, proyectando anchas sombras, lo cruzaban tuberías. A lo largo del eje, alineados en una fila, había unos aparatos que se asemejaban a gigantescas aceiteras octaédricas. La nave estaba cubierta por una cúpula transparente con una sombrilla antimeteorítica. A través de esta se veían las irisadas estrellas.

En el centro, junto a la base del aparato se apretujaba un puñado de hombres. En este momento era difícil reconocer en ellos a los elegantes pasajeros del «Antinoo». Con las manos puestas en la nuca, se encontraban de espaldas a los cuatro vigilantes que les apuntaban. El quinto vigilante estaba en una garita de vidrio ubicada bajo la cúpula. Desde este punto podía observar todo el taller.

Polynov disparó a la garita. Saltaron los cascos de vidrio. Detrás chasqueó la pistola de Cris. No se jactaba de saber disparar: uno de los capataces cayó sin lanzar siquiera un grito.

—¡Manos arriba! —vociferó Polynov, saltando sobre la base de la «aceitera» más

cercana.

Si los centinelas no se hubieran quedado pasmados de sorpresa, aquí hubiera encontrado su fin, ya que no podía disparar su *lighting* contra el enemigo: la línea de reclusos se había alterado y el rayo fulminador podía dar a alguno de ellos. Advirtió el arma levantada, pero en ese mismo instante el centinela desapareció bajo un montón de cuerpos. Los demás guardias, con obediencia, estiraban las manos hacia arriba. A estos también los rodearon, tumbándolos al suelo.

Alguien como una rata corrió precipitadamente hacia la sombra. Polynov no sabía si era un amigo o enemigo de modo que no disparó. Pero Cris, por lo visto, no lo ignoraba: la pistola chasqueó otra vez y el hombre dio un traspié. Por un instante se vio su cara contraída: Polynov, por última vez, se encontró con la mirada de Berger. Este se desplomó. «Vaya resultado», —le dio tiempo de pensar a Polynov.

No todos los reclusos se comportaban de la misma manera. Unos cayeron y así quedaron acostados, protegiendo la cabeza. Pero el núcleo principal actuó con rapidez y organización. Hacia Polynov se lanzó un muchacho alto y moreno con el uniforme desgarrado de la tripulación del «Antinoo».

—¡Soy Mauricio! —se puso firme, como preparándose para dar el parte—. ¡El grupo clandestino de Resistencia está listo para el combate! Como en los campos de concentración...

No pudo contenerse y guiñó bizarramente el ojo. Su segundo ojo lo tenía hinchado, por lo visto había pasado por la cámara de torturas.

—Le conozco por la nota de Cris —Polynov estrechó apresuradamente la mano tendida—. ¿Cuál es su plan?

—Planeamos obstruir la marcha del proceso y aumentar la presión en las tuberías. En este caso la planta volará. ¿Su opinión?

—Solo atacar. Si no, aquí nos aplastarán como moscas.

—¡Son muchos! ¿No sería mejor volar la planta?

—Ya han sido volados, allí se dará cuenta.

Atacar con tres grupos. He aquí el esquema del combate...

—¿Y los que no tienen armas?

—Que vayan también. Tomarán las armas de los muertos. Y que griten lo más alto posible. Pero no «hurra». Cualquier tontería. Cuanta más algarabía, mejor.

—No lo comprendo.

—Lo comprenderá en el lugar de acción. No olvide: cada uno debe gritar siempre «¡infierno verde!». De este modo reconoceremos a los nuestros. La victoria está cercana. ¡Adelante!

Los grupos de asalto de los reclusos se zambulleron en la oscuridad y comenzó el combate, un combate absurdo, desesperado y extraño. Era una pelea en la más profunda oscuridad, desgarrada por las fulguraciones de los *lightings*, alaridos y rayos de las linternas. Una pelea en la cual el enemigo disparaba al enemigo y el amigo perdía a los amigos, en la cual no había ni frente ni retaguardia y todo se decidía en

fracciones de segundo, en la cual la desesperación luchaba contra la destreza y el miedo contra la resolución. Los atacantes tenían a su favor el factor sorpresa, la acción del mixonal que aún no se había extinguido, la comprensión de lo que acontecía y un conocimiento preciso de la finalidad. En el campo enemigo cada uno luchaba por sí mismo, apenas dándose cuenta de quiénes eran los asaltantes, de dónde aparecieron y cuántos eran. Pero, por su parte, los guardias poseían una rica experiencia de refriegas y su número era mayor... E inconmensurablemente mejor conocían su base. Allí donde los guardias tuvieron tiempo de agruparse y organizar el mando su respuesta resultó terrible. Los rayos de sus *lightings* segaron a todos los que tenían en frente, a los suyos y a los ajenos, sin hacer diferencias.

Polynov y Cris ya tenían cierta experiencia de errar a ciegas. Esquivando grescas, se colaron arriba, al compartimiento energético. A Polynov le instigaba una desesperada premura: comprendía perfectamente que si se daba la luz a la base, exterminarían a los reclusos en un dos por tres.

Miró cautelosamente de detrás de una esquina. Por el compartimiento se deslizaban dos rayos de luz procedentes de unas linternas iluminando ora los planos de las paredes de hormigón, ora la blancura marmórea del tablero de distribución, ora las destrozadas entrañas del pupitre de mando. En silencio y nerviosamente se realizaba un trabajo apresurado, brillaban las herramientas y unas gigantescas sombras se agitaban tras las espaldas de los hombres agachados sobre el pupitre.

Cris, por descuido, enganchó algo con el codo. Las linternas se apagaron al instante. Un brillo insoportable cegó a Polynov. Un rayo fulminador lanzado casi a quemarropa le chamuscó el cabello, pero a Cris le dio tiempo disparar al tercer guardia que estaba al acecho, al ojo que vomitaba fuego, y este se apagó.

En fracción de segundo el estruendo y el ruido de los fragmentos de hormigón fue sustituido por un silencio perturbado tan solo por el eco del lejano combate. Los adversarios, habiéndose perdido de vista unos a otros, se agazaparon. Los *lightings*, a tientas, buscaban en la lóbreguez el blanco. Cada uno contenía la respiración comprendiendo que el primer susurro podía tornarse el último.

De repente, algo tintineó sobre la cabeza de Polynov. Instintivamente levantó el *lighting* y, en seguida, un ruido detrás del pupitre reveló el ardid del adversario. Arrojaron una herramienta para distraer la atención y escapar. Polynov, apresuradamente, apretó el gatillo. Demasiado tarde: el rayo dio en la puerta que se cerraba con violencia, haciendo brotar de esta un chorro purpúreo. Los enemigos huyeron dejando a Polynov y Cris el campo de batalla.

Polynov encendió la linterna que por el camino quitó a un guardia muerto y adosó a la segunda puerta una mesa.

—¡Vigila la entrada, Cris!

Se inclinó sobre el pupitre. Los instrumentos habían sido destruidos con entendimiento. El autor de la avería no solo estropeó las transferencias del bloque de mando del sistema energético: se las ingenió conectar a estas una tensión tal que estos

se pegaron entre sí formando una masa verdosa homogénea y adhiriéndose a los paneles cerámicos. No se podían sacar ni sustituir sin extraer previamente el monolito formado, así como sin limpiar y poner en orden los contactos. Los guardias cogidos por sorpresa estaban ocupados precisamente en este trabajo. Aquí mismo, en el pupitre, se hallaban las transferencias de repuesto.

Polynov pasó el círculo de luz hacia el bloque autónomo del alumbrado de emergencia. Una mano hábil también había trabajado aquí, sin embargo, ya sea que le estorbaron, o bien, deliberadamente, las transferencias solo estaban rotas y los cables cortados y enredados. Este ya estaba casi restablecido. Polynov y Cris llegaron a tiempo. Diez minutos más y por todas partes se hubieran encendido las lámparas de emergencia.

Polynov, mientras fijaba en las células los monocristales de las transferencias, con ansia trataba de captar los sonidos extenuantes de la batalla. De vez en cuando hasta él llegaba el grito de «¡infierno verde!». ¿Pero quién vencía? Si vencían los suyos, era necesario conectar la luz. Y si vencían los enemigos... No era posible formarse una idea de quién ganaba.

—Oye, Cris...

Polynov trasladó la luz de la linterna. La muchacha estaba de pie apoyada contra una de las jambas, manteniendo con ambas manos la pistola delante de sí. En su hombro derecho se esparció una mancha oscura.

—¿Te han herido?

—Una futilidad... Solo me rozó.

Polynov examinó rápidamente el hombro y suspiró con alivio. Nada grave. Pero había perdido mucha sangre y Polynov se asombró de cómo podía aguantar habiendo sido herida y pasando por tantos sufrimientos. Se arrancó la manga de la camisa y le vendó fuertemente el hombro. Lo que tenía que hacer ahora aterraba a Polynov, pero no veía otra salida.

—óyeme, pequeña... —procuraba que la voz no revelase su zozobra—. Tendrás que aguantar un poco más. Una media hora...

—¿Sola?

—Todo depende de ello. Yo iré a la estación de radio. Fíjate en este contacto. En cuanto lo enchufes habrá luz... Tú debes, comprendes, debes resistir, y conectar la corriente dentro de quince minutos, conectar la corriente... En este caso, sea quien sea el vencedor, podré enviar la comunicación al cosmos. ¿Lo comprendes?

Sí, ella lo comprendía todo, ella asentía con la cabeza, trataba de no caer, daba su palabra de honor que no tenía miedo, que aguantaría.

Polynov le tomó a uno de los guardias muertos el *lighting* y la linterna. «No me hacen falta» —susurró Cris—. No los podré sostener... La pistola... Y sentarme... Polynov proyectó el círculo luminoso en varias direcciones buscando una silla. El foco de la linterna deslizó por un cuerpo caído de bruces. Polynov puso el cadáver de espaldas y levantó lentamente la mano como si descubriera la cabeza.

—Hierbecita, hierbecita verde —susurró—. Sí...

—¿Quién es? —preguntó Cris sin interés.

—El que nos salvó.

—¿Quién?

—Más tarde, Cris. Siéntate, Y...

—Vuelve...

—Yo volveré.

No miró a Cris al cerrar la puerta. Se sentía traidor. Pero no había otra salida, era necesario...

Para su gran asombro, nada ni nadie se le interpuso en su camino. Olía a chamuscado, bajo los pies crujía algo, a cada paso tropezaba con cadáveres, pero los vivos no se veían por ninguna parte. Solamente el eco del lejano tiroteo evidenciaba que no todo se había acabado.

La estación de radio estaba en orden, a excepción de las puertecillas de un armario de hierro abiertas de par en par y varios papeles esparcidos por el suelo. Por si acaso Polynov se metió en el bolsillo estas tiras estrechas rellenas de no se sabía qué signos convencionales. El armario estaba vacío, por lo visto, su contenido, durante la alarma había sido escondido en Un lugar más seguro. O bien, destruido. Polynov no tenía tiempo para averiguarlo.

Polynov conectó las etapas amplificadoras, puso la selección de onda en la posición «a todos, a todos, a todos» y se puso a esperar. Si ellos fracasaron, el destino de la Tierra depende, en sumo grado, de la firmeza de Cris, una muchacha que nadie conocía.

Pero alguien debe cerrar con su pecho la tronera.

Alguien debe parar las ruedas de la máquina misantrópica. Y estas todavía seguirán girando. Si no lo hace Huysmans, serán otros quienes intenten conseguir que estas ruedas aplasten la Tierra en el preciso instante en que a la humanidad le parezca que está a punto de despedirse irrevocablemente de la odiosa herencia del pasado. En pos de una aventura van otras, cada vez más encarnizadas, más desesperadas y pérfidas. Los fascistas tienen prisa por ponerse atavíos ajenos, por encubrirse con consignas que odian con el fin de colarse subrepticamente al corazón palpitante. Se dan prisa, mientras hay armas en los arsenales, dinero en las cajas fuertes, mientras tienen el garrote en las manos y en las imprentas trabajan las obedientes multicopistas. Mientras no se hayan agotado los pozos de esclavitud espiritual, de ignorancia y ceguera. Se aprovechan de cualquier error, de cualquier frase, obstruyen donde pueden los canales de los sentimientos humanitarios, enmasillan cualquier rendija para que no penetre el viento fresco y empañan el pensamiento para que los hombres no vean, no oigan, no atinen de dónde se arrastra hacia ellos la máquina.

A las futuras generaciones les será fácil ponderar los desaciertos y agarrarse con desesperación de la cabeza: como es que sus antecesores mirando no veían, pensando no concebían y luchando no advertían al enemigo tras la espalda. Ellos —pobladores

inteligentes y humanos del comunismo— vendrán y juzgarán, esto es ineludible. El propio Polynov pensaba sin temor en el juicio venidero. El fallo lo pronunciarán a la esencia y no a la apariencia, a los hechos y no a las palabras, y debido a ello será justo. No obstante, preocupa el saber que cada proceder tuyo, con el tiempo, recibirá una evaluación exacta; inquieta e impone gran responsabilidad.

Es como para envidiar la miseria de aquellos a quienes preocupa tan solo la condena que se dicte en vida. Pero eso es lo mismo que envidiar a la ameba, pues para esta no existe futuro y, por lo tanto, no existe la responsabilidad ante ese futuro. Y si uno no quiere convertirse en hombre-ameba, el temor por el mañana existirá y le acompañará hasta el fin de sus días.

Quince minutos expiraron. Quince minutos que, posiblemente, decidieran el destino de millones. La luz no se encendió.

Inesperadamente para sí, Polynov no sintió desesperación, sino indiferencia. Demasiadas pruebas para una sola persona. Demasiadas. Para él era el límite. Se sentía cansado.

No obstante, se obligó a atrancar mejor la puerta. No todo se ha perdido con la muerte de Cris, trató de darse ánimo a sí mismo. Tarde o temprano alguien conectará la corriente. Y entonces, si antes no le descubren y no le matan, tendrá tiempo para poner en alerta a la Tierra. No importa ya lo que ocurra después.

No dudaba de que Cris no existía ya.

A pesar de todo, la luz se encendió. Una luz parpadeante, opaca, débil. Polynov observó aturdido la palpitación de las lucecitas de neón de los aparatos conectados. Se percataba de que este era el fin. Con esa tensión en la red alimentadora era imposible mandar el radiograma.

Un golpe ensordecedor estremeció la puerta.

—¡¡¡Ríndanse!!!

La barricada erigida con mesas y sillas crujió.

Polynov se sentó y levantó el *lighting* que le pareció más pesado. Evaluó automáticamente el espesor de la puerta, apuntó y apretó con suavidad el gatillo.

El rayo no salió.

Todo se nubló ante los ojos de Polynov. Sacudía sañudamente la inútil arma, como si pudiera corregir su falta y devolver al *lighting* la carga gastada en la batalla. La puerta, con crujido, se entreabría, haciendo cederá la barricada.

Blandiendo el *lighting* a guisa de garrote Polynov se lanzó al encuentro del cañón que asomaba por la rendija, para derribarlo antes de que este escupiese muerte.

En el último instante el psicólogo vio ante sí el pálido rostro de su enemigo...

—¡Polynov! —gritó desesperadamente este.

Polynov sintió cómo se le aflojaban las manos.

—Mauricio...

Un segundo después, riéndose nerviosamente, se estrecharon en un fuerte abrazo.

—Y yo que por poco te...

—Pues yo también...

—Ay, ¡dios mío!, Polynov.

El psicólogo fue el primero en volver en sí.

—¿De modo que hemos vencido?

Mauricio, desconcertado, miró a Polynov.

—Quisiera yo saberlo... Mi grupo pereció. Todos.

—Entonces —Polynov volvió a tensarse como el muelle—. Está claro. ¿Conoces de radio?

—¡Cómo no! Soy el radiotelegrafista del «Antinoo».

—Quédate aquí. Y yo iré al compartimiento energético. Procuraré arreglar la alimentación de la corriente. Si lo consigo, manda un radiograma a la Tierra, ¡sin demoras!

—Entendido. El *lighting*, ¡has olvidado tu *lighting*!

—¿Este recuerdo de mi estupidez?

Mauricio lo comprendió todo.

Polynov cogió el arma del primer muerto que encontró.

Las paredes, el suelo y los techos de los pasillos estaban surcados por los rayos fulminadores. En la luz centelleante brillaban los cascos de vidrio. Lo que más extrañó a Polynov fue un botón que se había fundido en el hormigón del techo.

El silencio aturdía. No se percibía ni sonido, ni gemidos, no movimiento alguno. Ahora que la luz se había encendido, todo lo vivo se ocultó, permaneciendo al acecho, pues nadie sabía quién era el vencedor y quién el vencido.

Pero apenas Polynov dobló la esquina dirigiéndose al compartimiento energético, de un nicho emergió una sombra. El guardia cayó de rodillas y el precipitado disparo de Polynov atravesó el vacío.

—¡No me castigues, señor, no me castigues!

—¿Amín? —Polynov bajó el *lighting*.

—¡Sí, soy yo, yo! Me has prometido...

—¡En pie! ¡Coge el arma! ¡No dejes acercarse a nadie! ¡Dispara solo contra los guardias!

—A sus órdenes... Yo sirvo a... Gregory —¡puf!—. Está muerto. ¡Le maté! ¡Maté a muchos!

—Está bien, está bien, más tarde...

A la entrada del compartimiento, abrazados como hermanos, yacían dos: el majestuoso profesor de cosmología Jerry Clarke, de cabellera blanca, pasajero del «Antinoo», y Gregory. Fueron derribados por un mismo rayo.

Polynov, apresuradamente, pasó por encima de los muertos. Abrió de un tirón la puerta.

Vio a Cris recostada sobre el pupitre, vio la pistola que temblaba en sus manos, vio la boca del cañón que le apuntaba...

—¡Ay!...

El grito de la muchacha fue lo último que oyó antes de desplomarse en una resonante oscuridad. En seguida, el sonido se extinguió y todo se sumió en el silencio.

8. Knock-out

Como si el viento trajese de la lontananza un susurro de voces confusas. Entonces llegó el dolor. Se asombró: ¿de dónde podía surgir el dolor, si él no tenía cuerpo? ¿De la oscuridad?

Pero, de pronto, sintió resurgir su cuerpo. Y entonces obtuvo la respuesta: que el dolor estaba en él mismo, que él se encontraba acostado y su muñeca apretada por los dedos de alguien, mientras que los sonidos, estos realmente provenían de las tinieblas.

Se apresuró a dar a su cuerpo la orden despabilarse, de sentirse a sí mismo, para que no se disuelva otra vez, para que no le abandone.

Sintió un agudo zumbido en la cabeza, le pareció que caía, y desde abajo, a su encuentro, haciendo retroceder las tinieblas, se infiltraba una luz y se deslizaba un paisaje de peñascos primigenios. La imagen de más abajo: más abajo, el selector de comunicación, una mesa que por algunas señas le era muy familiar; la imagen se estremeció, emergieron unos rostros... ¡Cris! Reconoció a Cris. Puesta de rodillas susurraba algo, cerrando los ojos. Como si rezara. Tenía los labios de color negro y sus ojos hundidos también estaban rodeados de negror. Sí, efectivamente, estaba rezando, él distinguía las palabras.

Todo se puso en su debido lugar. Había habido un combate, un infierno, el ojo de una pistola apuntando contra él, y ahora yacía en el despacho de Huysmans y Cris estaba junto a él...

—¿Hemos vencido?...

Cris se contrajo como afectada por una descarga eléctrica. Una exultación radiante y extática transformó su rostro.

—Está vivo, vivo, vivo...

Hundió la cara en su mano. En la palma de su mano sintió calor y humedad. Los hombros de la muchacha se estremecían.

—Claro que está vivo —sintió una voz desconocida y al mismo tiempo vio aproximarse a él una cara desconocida, una cara ancha, de aspecto venerable y de mejillas flojas—. ¿Cómo se siente usted, Polynov?

—Muy bien —contestó Polynov, sin faltar mucho a la verdad. Recobraba rápidamente las fuerzas.

Trató de levantarse un poco.

—No importa, no importa, ya puede —el de la cara venerable comenzó a ajetrear, metiéndole una almohada por debajo de la espalda—. Un pequeño *shock*, y nada más... La señorita por suerte falló el tiro.

Polynov palpó la venda en la cabeza. Con un esfuerzo de voluntad entrenado hizo mitigarse el dolor que sentía en la parte derecha de la frente.

—La culpable soy yo, yo... —sollozaba Cris, apretando convulsivamente la mano de Polynov, como si este pudiera desaparecer repentinamente.

—Deja ya, Cris, déjalo... —Polynov, confuso, acarició su suelta cabellera—. ¿Y Mauricio... está vivo?

—¡Aquí estoy!

El francés se deslizó hacia la cabecera. Tenía un aspecto desgarrado, pero, igual que antes, se mantenía con bravura.

—¿Se permite? —preguntó despacito al de la cara venerable.

—Se permite o no —dijo ya con bastante fírmela Polynov—, hable.

—Sí, sí —asintió apresuradamente con la cabeza el de la cara venerable, mirando de soslayo y hasta con cierto susto a Polynov—, se puede. Con mi permiso, por supuesto —se dio prisa en añadir.

—Entonces, le informo —Mauricio hizo una pausa—. Entonces, las cosas van así. Hemos quedado vivos seis. El enemigo, en su mayor parte, ha sido exterminado.

—Más exactamente.

—Diecinueve muertos, siete heridos, delirando cinco y se escaparon tres. Todavía no nos ha dado tiempo a registrar toda la base.

—De todos modos, es una victoria... ¿Y Huysmans?

—Se escondió.

—¡Ah, diablo!

—¿Qué puede hacer él estando solo?

—Hum... Está bien. ¿Han comunicado a la Tierra?

Mauricio, desconcertado, apartó la vista.

—Yo esperé largo rato, pero...

—Pero el voltaje no mejoró. Siga.

—Corrí a buscarle a usted. Fue entonces que Cris... Le trasladamos aquí, por cuanto este es el centro de mando, y...

—Está claro. Cuando regresó a la estación de radio ya había sido destrozada.

—Sí.

—No podía ser de otra manera. Yo, encontrándome en la situación de Huysmans, hubiera hecho lo mismo. ¿Y han aclarado por qué centelleaba la luz?

—Una casualidad desafortunada. Cris se había debilitado mucho, se desmayó, al cabo de cierto tiempo, a pesar de todo, conectó la corriente, pero...

—Me di un golpe en el hombro...

—Ella estropeó...

¡No importa, Cris! Perdona, Mauricio... Cris, pequeña —Polynov obligó a la muchacha a levantar la cabeza—, pequeña, yo... Debí haberte preguntado inmediatamente cómo te...

—Me duele... —Cris sonrió tímidamente—. ¡No, no, me he repuesto totalmente! No fui yo quien disparó contra ti, fue el miedo...

—Olvídalo, Cris. Todo está bien lo que termina bien, como dice el proverbio. Mauricio, ¿cómo se han colocado centinelas?

—Nosotros cuatro, estamos aquí. El quinto monta la guardia en el compartimiento energético, el sexto cuida de nuestra seguridad. Ah, sí, aquí hay un guardia que se entregó por su propia voluntad y dijo que usted...

—Es Amín. Un caso muy difícil... No importa, devolvedle el arma, ahora incluso un aliado así no está de más. Pero a mí no me gusta cómo se han colocado los centinelas. Cualquiera de los bandidos que escaparon, si le queda aunque sea un poco de osadía, está en condiciones de...

—A mí tampoco me gusta. Y hay, además, gente que...

—¿Quiénes son?

—Los exreclusos —Mauricio sonrió con desdén. Aquellos que inmediatamente después de su liberación se agazaparon en las grietas.

—¡Excelente! Halladlos, distribuid las armas y que vayan a la captura de los guardias que aún quedan.

—¡Entregar armas a esa basura! ¡No olvide que admitieron con regocijo en Huysmans a su führer!

—No tiene importancia. Ahora que la fuerza está de nuestra parte, simplemente, no tienen más salida que ayudarnos. A partir de ahora, con la lengua fuera, se lanzarán a cumplir cualquier orden nuestra con tal de conseguir su rehabilitación.

—Como quiera, Polynov, pero confiar en estos cobardes, en estas prostitutas...

—Justamente por esta razón podemos confiar en ellos ahora. Sabes que el temor por su propio pellejo contribuye enormemente a la comprensión justa y cabal de las cosas.

Mauricio refunfuñó algo, pero se dejó de altercados.

—¿Puedo irme? —preguntó.

—Sí.

Mauricio se marchó.

—Cris —dijo en seguida Polynov—, vigila la entrada. Y a usted, doctor, le quiero hacer varias preguntas por cuanto por ahora no sirvo para más.

En los ojos del de la cara venerable asomó el susto de antes. Con la mano temblorosa sacó del bolsillo unas gafas con los lentes rajados, pero no se las pudo ajustar de la primera.

—¿Usted... usted me conoce? ¿A mí, a Lee Berg?

—¿Al médico cuyo lugar he ocupado en la base? Claro que sí. ¿Quién más hubiera podido decirle a Mauricio el número de bandidos que quedaron vivos?

—Ah, sí, es cierto. ¿Qué deseaba preguntarme? Yo...

—Tranquílcese, yo sé que usted ha expiado su crimen o su estupidez, llámelo como le dé la gana. ¿Quién, concretamente, está tras Huysmans?

—No lo sé... ¡Palabra de honor!

—Le creo. Lástima que no lo sepa.

—Yo, yo no soy como ellos. No quiero ocultar que mis conceptos...

—Intelectuales por su forma, pero fascistas por su esencia...

—¡No! Es decir, sí... Usted tiene razón —el facultativo bajó la voz. No, no, diga lo que quiera, pero no fascistas, ¡lo que quiera, salvo esta palabra! Y, además, yo...

—Nadie tiene el propósito de procesarlo —dijo Polynov con inesperada suavidad. Cris que estaba junto a la puerta seguía con perplejidad la conversación.

—Pero yo no entiendo nada —se decidió a terciar, por fin—. El doctor Lee Berg es un recluso, igual que nosotros, y combatió junto con todos...

—Es igual mas no del todo —la interrumpió Polynov—. ¿No es verdad, doctor?

—Sí, es verdad —susurró Lee Berg. La excitación se le pasó y junto con esta le abandonaron también las fuerzas. Cayó pesadamente sobre una silla—. Pregúnteme, le voy a contar todo, no tengo derecho de ocultar nada.

—Querido Lee, si ya le he dicho que aquí no estamos ante un tribunal, y usted no es el acusado. Le repito otra vez, tranquilícese. Ya me he repuesto lo suficiente como para exonerarle de un relato penoso. Voy a contarle todo por usted, me corregirá si algo no encaja. ¿De acuerdo?

Lee Berg, automáticamente, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Pues bien —Polynov entornó los ojos. Usted era un buen especialista y, al mismo tiempo, una persona de convicciones muy, pero muy reaccionarias. Y no lo ocultaba, por el contrario, estaba orgulloso de ello. Además, tenía experiencia de trabajo en el cosmos. ¿No es así?

—Es verdad, pero ¿cómo? ¡Usted no podía conocer mi pasado!

—Y un buen día —continuó Polynov— le hicieron una proposición muy seductora. Un año...

—Un año y medio.

—Un año y medio de trabajo en una base de investigación en la zona de asteroides. Por una suma exorbitante. Usted hasta se asombró del dineral que le ofrecían.

—Sí, me asombré y...

—Y usted asintió, aunque había cosas que le inquietaban. Por ejemplo, cierto velo misterioso.

—Es verdad.

—Pero de una forma o de otra, usted vino a parar aquí y en el acto se dio cuenta de que esta no era, en modo alguno, una estación científica...

—¡Lo comprendí antes, sí, antes! A nosotros, los especialistas, nos trasladaron a todos juntos. ¡Dios mío! ¡Estos sí que eran fascistas! Pero, definitivamente, todo el intríngulis se puso en claro aquí.

—Con usted hablaron. Circunstanciada y amigablemente. Dentro del espíritu de sus teorías le explicaron el objetivo de su presencia en la base. Y, al principio, el proyecto incluso le gustó...

—¡No!

—Sí.

—Usted tiene razón... —durante varios segundos los labios de Lee Berg se movieron sin que este emitiese sonido alguno—. Usted tiene razón, por fin recobró el habla. Algunos aspectos de este proyecto contenían un grano racional. Un poder único sobre todos los pueblos, un espíritu único y un objetivo único... ¡Pero los métodos, los métodos!

—Esto precisamente fue lo que lo causó repulsión. Cuando usted se percató del precio que habría que pagar por el triunfo de sus ideas...

—¡Expresé mi más categórica protesta! Estoy en contra...

—Durante mucho tiempo trataron de persuadirle utilizando todas las formas posibles. Pero usted...

—¡Yo me mantenía firme! ¡Estaba indignado por la profanación de las ideas filosóficas sublimes y lo declaré abiertamente!

—Y le mandaron a la fábrica. A trabajar bajo la amenaza del cañón de una pistola.

—Y el látigo... —susurró Lee Berg.

—Antes de nuestra llegada junto a usted trabajaban soldados, ignorantes, analfabetos y apocados, reclutados en legiones extranjeras de toda laya.

—¿De dónde conoce también estas cosas?

—Muy sencillo. ¿A quién necesitaban para realizar la primera etapa de la operación «Dios cósmico»? En primer lugar, a los constructores de la base. Estos ya están muertos. Temo que en la Tierra les consideran ejecutados... en ciertas prisiones terrestres. En segundo lugar, se requerían tipos sin honra ni escrúpulos, los guardias. Fundamentalmente fueron reclutados en las legiones blancas: es difícil encontrar otra fuente mejor. Además, se necesitaban obreros, que al mismo tiempo hicieran las veces de soldados, para trabajar en la planta. Pues los legionarios blancos no son grandes entusiastas del trabajo duro. Los soldados-esclavos, como ya he dicho, también fueron extraídos de la misma cloaca de las guerras neocoloniales. Y esta tarea se facilitó mucho porque el oficio de asesinos se hizo muy peligroso en nuestros tiempos. En tercer lugar, hacían falta especialistas. Semejantes a usted. Se escogía a aquellos quienes de mente y corazón se mostraban partidarios del neofascismo de Huysmans. Por supuesto, en una empresa tan complicada y desapacible era imposible pasárselas sin llevarse chasco alguno. Por ejemplo, usted. Y también otro. Un electricista.

—¡Eriberto! —exclamó Lee Berg—. Es imposible. Este rematado...

—Resultó más hábil que usted. Se avino, admitió, prestó juramento... Y... el primer día, precisamente, me visitó para sondear el terreno. Tanto la primera como la segunda vez se anduvo por las ramas dando vueltas en torno mío como un gato hambriento alrededor de un bocado sabroso. Y ya estábamos a punto de ponernos de acuerdo, mas algo le impidió acudir a nuestra última cita. Es posible que hayan sospechado de él. Pero sea como fuere, todos nosotros le debemos nuestra salvación. Fue él quien en el momento crítico dejó sin luz la base. Y pereció como un héroe. Era un hombre inteligentísimo, hasta concibió que en la planta sería mejor dejar la luz.

—Diga lo que quiera, pero tuvimos suerte —Cris suspiró muy bajito. La puerta estaba entreabierta y la muchacha con el rabillo del ojo vigilaba la escalera, pero el diálogo acaparaba toda su atención—. Tuvimos suerte, por cuanto los acontecimientos tomaron precisamente este cariz y no se desarrollaron de otra forma —repitió ella.

—¿Tuvimos suerte? —Polynov se rió, notando con satisfacción que la risa no repercutió en la cabeza con un resonante dolor—. Claro que tuvimos suerte. Pero no es solo eso. El error general reside en pensar que la fuerza bruta es invencible. En realidad es débil, muy débil. Y la razón de ello radica en que esta fuerza no se apoya en seres humanos, sino en autómatas faltos de reflexión que aparentan ser hombres. Esta es, precisamente, la causa por la que hemos vencido. Figúrense ustedes: con estrechez, en las condiciones cósmicas alguien reunió varias decenas de bandidos que se odian mutuamente. Un ambiente agobiante de espionaje; los nervios tensos hasta el límite por cuanto hasta para un estúpido está claro que la confrontación con el resto de la humanidad es un riesgo descabellado.

Para destruir un «colectivo» de esta índole que se encuentra al borde del histerismo no hacen falta bombas, basta con infundir el pánico. Organizarles a ellos tal pánico y saber aprovecharlo, este sí que era un problema. Y es aquí donde tuvimos suerte.

—¡¡¡Pero no la tendréis más!!!

Lee Berg quedó con la mandíbula caída. Cris lanzó un grito. Ya era tarde. Una parte de la pared viró sin el menor ruido. Huysmans ya los tenía bajo el alza de su arma.

Con una mirada ordenó a Cris que se levante. Esta, como hipnotizada, se puso en pie. El *lighting* le resbaló de sus rodillas.

—El juego está perdido —profirió Huysmans con aire de júbilo—. He bloqueado a los vuestros en la planta y el traidor ya no vive. No consiguieron enviar el radiograma... ¡Y sanseacabó!

—Tú, Huysmans, eres un estúpido. —Polynov, como si tal cosa, arreglaba la almohada. Ni siquiera se dignó de mirar al enemigo—. ¿Y sabes por qué?

Huysmans quedó estupefacto. Sus labios se contrajeron en un tic nervioso.

—Aún te atreves a... —se le escapó una especie de ronquido.

—Meramente, quiero señalarte un error tuyo, ¡oh, malhadado candidato a dictador!

Huysmans tenía un aspecto terrible, todo su cuerpo se estremecía.

—No hay más errores, ¡no! —vociferó él—. ¡Te he aplastado!

—A pesar de todo, hay un error. Una formidable patada al trasero, he aquí lo que te espera después de lo sucedido.

En la frente de Huysmans se hincharon las venas.

—Y has cometido un error más —pronunció delectando Polynov—, y, además, fatal...

Esperó un momento, clavando su fija mirada en los ojos de Huysmans, y prosiguió:

—Tú no ves lo que está pasando en este preciso instante... ¡tras tus espaldas! ¡¡¡Dale!!! —soltó a grito pelado.

Huysmans dio media vuelta, como alma que lleva el diablo. En ese mismo instante, por detrás, le cayó el almohadón lanzado por la mano certera del psicólogo. Y el grito salvaje y triunfante de Polynov estremeció los nervios.

De pronto, Huysmans levantó las manos, tiró convulsivamente del cuello de su camisa, desgarrándola y arañando su garganta y se desplomó al suelo.

Lee Berg con las manos sobre el corazón comenzó a deslizarse de la silla. Cris se apresuró a recoger el *lighting*.

—No hace falta —dijo Polynov—. Ha muerto.

Lee Berg, a quien apenas le había vuelto el dominio de sí mismo, se arrastró hacia Huysmans. Alzando la cabeza dirigió una larga y atenta mirada al pasillo secreto donde, como es natural, no había nadie. Luego pasó su mirada a Huysmans.

—Está muerto —susurró atónito—. Es un milagro...

—No —replicó Polynov con voz apenas audible y luchando contra la debilidad que le invadió—. Había solo una posibilidad y la aproveché. Le mató el susto.

—Dios mío, fue un *shock* psicológico y está muerto, muerto... —Lee Berg no podía aún volver totalmente en sí—. ¿Pero, por qué, por qué no acabó con nosotros de una vez?

—¿Por qué? ¿Qué pregunta más extraña?... Le echó a perder un rasgo de su carácter inherente a todos los dictadores. Todos ellos son presuntuosos.

Quiosco de periódicos

Vítor Kolupaiev

1

A veinte pasos de distancia nada podía distinguirse, la niebla lo absorbía todo. Solo las bombillas eléctricas y los empañados faros de los automóviles proyectaban una opaca luz, transluciéndose como borrosas manchas amarillas. ¡Medio centenar de grados bajo cero! De vez en cuando, el crujir de unos pasos, el agudo sonido de las bocinas, y el frío, un frío inmenso... En Ust-Mansk, y en sus alrededores, y a miles de kilómetros a la redonda.

Del hotel yo me dirigía corriendo hacia el club de la planta electromecánica donde a las doce debía inaugurarse la conferencia. Nadie me tomaba la delantera, porque yo corría muy de prisa, porque llevaba puestos unos zapatos ligeros y un abrigo de entretiempos, porque el vaho de mi aliento al instante se congelaba en mi rostro, y mi nariz estaba completamente entumecida y yo quisiera poder ocultarla bajo el brazo. Y anhelaba también otra cosa: que el frío se mitigase, que yo pudiese ver mi Ust-Mansk, deambular por sus nuevos barrios, visitar a alguno de mis viejos amigos, tomar un vaso de vino e ir al parque urbano y, después, como en otros tiempos, como muchos años atrás, divertirme allí deslizándome en esquís de las colinas, perder el gorro y encontrarlo luego lleno de nieve, y regocijarme, y reír a carcajadas, y arrojar bolas de nieve, y retozar. Tenía ganas de todo. Porque hacía dos lustros que había abandonado Ust-Mansk y antes había vivido aquí veinte años.

Disponía aún de hora y media. Quería llegar el primero y calentarme. Para luego poder observar cómo las gentes heladas hasta parecer témpanos y acompañadas de nubes de vapor irrumpen en el vestíbulo, pataleando y restregándose unas a otras las mejillas.

—En este quiosco nunca se puede comprar el periódico del día —dijo con tono irritado alguien, arropado de pies a cabeza, y por poco me tumba—. Perdone.

Me aparté de un salto y de pronto advertí ante mí un quiosco de periódicos hecho

de cristal y plástico y cubierto de encajes de chispeante escarcha. Resplandecía por dentro y parecía haber salido de un cuento de hadas. Pero ¿cómo podía permanecer en él la viejecita que vende los periódicos? Supongamos que en el interior la temperatura sea diez grados más alta. De todos modos son cuarenta bajo cero. ¡Br-r! ¿Cómo demonios puede estar sentada allí? ¿Y si ya está congelada?

Decidí comprar un periódico para no perder el tiempo escuchando algunos informes. Respondiendo a mi febril golpeteo, la ventanilla del quiosco se abrió inmediatamente.

—¡Abuelita! —grité yo—, cinco periódicos del día. Uno local.

—No soy una abuelita. Soy Katia-Katiusha —me contestó una voz de muchacha.

—¿Katia-Katiusha? ¡Formidable, Katia-Katiusha! ¿Y qué me dices, Katia-Katiusha, acerca de los periódicos? —Mis labios pronunciaban con dificultad la palabra «Katiusha», pero, intencionadamente, la repetí varias veces.

—Nunca tengo periódicos del día.

—Esto ya lo he oído. ¿Mas, para qué me sirven los de ayer? Ya los he leído.

—Tampoco tengo los de ayer.

—¿Entonces, para qué esta sentada aquí?

—Solamente vendo los periódicos de mañana —contestó la muchacha, y en la ventanilla apareció su rostro y su gorrito de lana—. ¡Dios mío! ¡Si tiene Usted heladas las mejillas! ¡Hay que restregarlas! ¿Ha de ir lejos?

—Hasta el club de la planta electromecánica...

—Será tarde, se congelará —y, vacilando un poco dijo—: Pase al quiosco. Aquí no hace frío.

—¿Y se puede?

—Entre. No hay de qué hablar...

Tiré de la puertecilla del quiosco, pero de seguro que lo hice débilmente, porque no se abrió, y comencé a dar saltos, golpeándome las mejillas, los codos y las rodillas. Los dedos de mis pies ya habían perdido la sensibilidad.

—¡Más fuerte! —gritó la muchacha.

Tiré con todas mis fuerzas, penetré, junto con una nube de vapor que se formó en ese mismo instante, al interior del quiosco —allí apenas si había espacio para una sola persona— y me paré indeciso, encorvándome a guisa de signo de interrogación.

—Siéntese —la muchacha me señaló a una pila de periódicos.

Me senté e inmediatamente acerqué los pies a dos calentadores eléctricos.

El interior del quiosco estaba bien alumbrado, seco y limpio. En él no hacía frío y se estaba cómodo.

—Si se le ennegrecen las mejillas, las chicas no le amarán —dijo Katia y se rió—. Frótese bien.

Con los dientes tiré de los guantes quitándomelos y traté de enderezar los dedos. Todo en vano.

Sí que le van mal las cosas —dijo la joven, se quitó las manoplas y sus calientes

palmas tocaron con cuidado mis mejillas. Yo no me opuse. Ella preguntó: —¿Es Usted forastero o de aquellos lechuguinos que especialmente no se ponen ropa de invierno y después, durante años, guardan cama en los hospitales?

—Yo soy forastero, Katia-Katiusha. Y me dirijo del hotel al club donde se celebra la conferencia... Dedicada a la propagación de ondas radioeléctricas.

—Ah..., sí. Ya lo he leído en el periódico —volvió a pasar sus calientes palmas por mis mejillas—. Ahora se le descongelarán.

—Gracias, Katia. Vamos a presentarnos —le tendí mi manaza todavía fría—. Dmitri Egórov.

Ella me tendió su mano, y, al hacerlo, no se sabe por qué, comenzó a reír tan alegremente que yo tampoco pude contenerme.

—Entonces, ¿es a Usted a quien han criticado tan severamente en la conferencia? Tardé en comprender el sentido de las palabras que pronunció.

—Y yo todavía vacilaba qué periódico iba a dejar. Pero es igual, todos traen lo mismo. Bueno, ¿entonces, usted es, precisamente, Dmitri Egórov, fantaseador que construye castillos en el aire?

—Katia, yo no hago castillos en el aire. Todo lo contrario, me siento muy apegado a la tierra. ¿Se figura usted cómo penetran en la tierra las ondas radioeléctricas?

Ella, con la cabeza, dio a entender que no.

—Entonces, se lo explicaré en pocas palabras. Busco minerales y agua utilizando ondas radioeléctricas que penetran en la tierra. Sin necesidad de torres de sondeo ni muestras del suelo. Y no son fantasías, en modo alguno. ¿Es interesante? —le pregunté yo.

—Sí, es interesante —me respondió—. Cuénteme algo más, pues, de todos modos, la conferencia, solo comienza a las doce.

Y yo le conté cómo este verano, nuestra expedición trabajó en los pantanos de Vasiugán al norte de la región de Tomsk, cómo nos devoraban las moscas y los mosquitos, cómo nos fallaban los instrumentos y equipos, cómo los muchachos se hacían irascibles y huraños y cómo, entonces, Igor, nuestro jefe, comenzaba a cantar a voz en grito. Los muchachos le pedían que cerrase la boca, le mandaban al diablo, le amenazaban con los puños, pero él seguía cantando, escupiendo los ubicuos mosquitos que le penetraban hasta en la garganta, y nos motejaba «gachas». Lo de «gachas» no nos conmovía. Pero su cantar, nadie podía soportarlo. Uno que otro, sollozando, comenzaba a reír a carcajadas. Y tras un rato los demás le seguían, desternillándose de risa.

—¿Qué, os canto algo más? —preguntaba Igor y añadía—: Ahí está la cosa, «gachas».

Los mosquitos nos acribillaban igual que antes y los aparatos seguían sin funcionar, pero en nosotros nacía una furia contra nosotros mismos, contra nuestra impotencia. Ya no queríamos ser «gachas» y permanecíamos obstinadamente en la

taiga, a pesar de que nos reclamaron tres veces. Nuestros aparatos e instrumentos, a pesar de todo, no funcionaron como es debido. Esto, hablando con propiedad, a pocos sorprendió. Existen métodos de prospección eléctricos, magnéticos, de radiación y gravimétricos. Pero nosotros teníamos por objeto algo completamente distinto. Deseábamos ver a través de la tierra como a través de un vidrio transparente. Nuestra expedición fracasó.

—Y a pesar de todo es muy interesante terminé yo. —Es necesario...

Me pareció que sus ojos, por un instante, brillaron con envidia. A fin de cuentas, yo realizaba algo, aspiraba a alcanzar un objetivo, me caía y me levantaba, y seguía mi camino. ¿Y ella?

Seguramente, lleva varios años encerrada en este pequeño quiosco, vendiendo periódicos y tarjetas, contando la calderilla y viendo solamente las manos de la gente en su ventanilla, y ni siquiera hace intentos de cambiar algo en su destino. Desencogí los hombros y propuse:

—¿Katia-Katiusha, ven con nosotros a la expedición?

—¿De cocinera? —me preguntó con absoluta seriedad.

—¿Por qué, precisamente, de cocinera? —pregunté yo extrañado.

—¿Y de qué más puedo trabajar?

—Bueno, por ejemplo...

—De acuerdo —me contestó.

—¿De veras?

—Claro que de veras. Pero, sea como sea, no me admitirá. Usted bromea. Además, vender periódicos también es interesante.

—¡No me diga! —dije sarcástico (por lo menos así me pareció)—. ¿Es que piensa pasar aquí sentada toda su vida?

Ella no se enfadó, solo volvieron a brillar sus grandes ojos, esta vez risueños e irónicos, sin dejo alguno de envidia.

—Ah... sí —articulé desconcertado.

Ya me sentía completamente repuesto del frío, mas no tenía ganas de marchar. En todo este tiempo nadie, ni una sola vez, llamó a la ventanilla. De seguro que con tanto frío no había quien quisiera comprar periódicos.

Furtivamente observé a Katia. Era de pequeña estatura, con negros cabellos que asomaban por debajo del gorrito. Los ojos también eran negros y las mejillas un poco abultadas como si las insuflase ligeramente. Usaba botas de cuero de tacón alto, pero en el rincón, detrás de la silla advertí unas botas de fieltro. Su ligero abrigo de invierno con un pequeño cuello, lo tenía medio desabrochado, dejando ver una bufanda afelpada de color azul celeste.

—¿Y ahora, otra vez, Usted se lanza al combate? —preguntó riéndose Katia—. ¿Quiere demostrar que tenía razón?

—Sí, quiero —respondí yo.

—No lo conseguirá. Y le volverán a llamar fantaseador sin base.

—Ah, Katia-Katiusha —dije yo afligido, ¿Para qué dice Usted esto? ¿Acaso Usted puede saberlo con seguridad? Todavía no se sabe quién...

No terminé la frase, ya que, de súbito, Katia metió en mis manos un periódico y dijo:

—Lea.

Repasé rápidamente la primera página. No advertí nada especial. Todo como debía ser. Gigantescas plantas foréstaes, ordeñadoras, iniciativas, emulación.

—En la tercera página —sugirió Katia.

Abrí el periódico y leí: «En Ust-Mansk se celebra la conferencia nacional de propagación de ondas radioeléctricas».

Katia soltó una risita, tapándose la boca con la manga. Seguramente, que mi cara reflejaba una sorpresa demasiado patente. «El 24 de diciembre, a las doce, en la Casa de la Cultura de la planta electromecánica se inauguró la conferencia nacional...».

—¿A cuántos estamos hoy? —pregunté con voz ronca, al tiempo que pensaba horrorizado dónde pude haber perdido un día entero.

—Estamos a veinticuatro —contestó Katia muy seriamente.

—Entonces, ¿por qué se habla en pasado sobre la inauguración de la conferencia? ¡Si se inaugura tan solo dentro de una hora!

—Pero es que este es el periódico de mañana.

Volví a leer en la primera página. Diario «Bandera Roja», 25 de diciembre.

—No comprendo nada... A fin de cuentas, ¿qué día es hoy?

—Hoy es veinticuatro. ¿Cuál si no?

—Escúcheme, Katia. Dispéñeme. No sé qué pasa con mi cabeza. Por lo visto, me enfié.

—No es así y su cabeza está a salvo. Este es el periódico de mañana. Siempre vendo los de mañana. Solo que la gente los compra poco. Todo el mundo pide los de hoy. Y los de hoy no me los traen.

—¡Tal cosa no puede ser!

No obstante, el artículo se refería a nuestra conferencia. Y mi informe fue considerado como lleno de proyectos irrealizables.

—Muy extraño —expresé yo—. Ahora sé qué sucederá conmigo en las próximas horas. ¿Y sí me da la gana hacerlo todo de otro modo y no como está apuntado aquí? ¿Y si no voy a la conferencia?

—No puede ser así —replicó Katia—. No tiene motivos para ello. Ese informe, ¿no es solamente de Usted?

—Sí, en efecto —por un instante me imaginé la furibunda fisonomía de Igor y sentí escalofríos—. Parece que no se puede cambiar nada. A no ser en detalles insignificantes que, de todos modos, no se dan en el periódico. ¡Qué ingenioso, Katia! Vender los periódicos de mañana es mucho mejor que vender los de hoy. Es interesante.

—¿Entonces que, no me llevará a la expedición? —me preguntó burlona.

—Escuche, Katia —lo dije, haciendo caso omiso de su pregunta—. ¿Cuándo cierra?

—A las ocho.

—Vendré a buscarla a las siete y media. ¿De acuerdo?

—Está bien. Pero ¿qué vamos a hacer? Usted no debe andar por las calles durante mucho tiempo. Se congelará.

—Algo inventaremos. Ahora me voy, Katia-Katiusha, tengo prisa. Quiero hacer todo para que me llamen fantaseador sin fundamento. ¡Lo deseo!

—¡Que le vaya bien! —se despidió de mí con un movimiento de la cabeza—. Y yo quiero esperarle.

Me quedé plantado en el umbral de la puerta sin saber qué decir. ¡Otra vez se ríe de mí!

—Váyase, váyase. Que se escapa el calor. ¡Yo le voy a esperar!

2

Salí precipitadamente al intenso frío de la calle, y, envuelto en una columna de vaho, corrí avenida arriba, pasé de largo la residencia estudiantil de la Universidad, el monumento a Kírov esculpido con el brazo en alto, y los edificios del Instituto Politécnico.

El espacioso pero chabacano vestíbulo del Palacio de la cultura, con candelabros, arañas y divanes de cuero, estaba lleno de gente. Dejé mi puramente simbólico abrigo en el guardarropa, subí rápidamente la escalera y allí, desde el balcón, dirigí mi atenta mirada hacia abajo abrigando la esperanza de hallar entre la muchedumbre alguna cara conocida.

Tuve suerte y a los diez minutos ya charlaba con uno de mis antiguos compañeros de estudios. Y comenzaron las preguntas: ¿dónde?, ¿cómo?, ¿cuándo?, ¿casado?, ¿hijos?, ¿cuántos?, ¿tesis de doctorado?, ¿recuerdas a Semión Fiódorov? ¡Claro, cómo no! ¡Qué frío más intenso! Aquí, en esta temporada siempre hace un frío de mil demonios.

No encontré a nadie más de mis conocidos y mi condiscípulo pronto me dejó solo. Era uno de los organizadores de la conferencia y yo le entendía. Digan lo que digan, estas conferencias son una comisión muy ajetreada.

A las doce en punto sonó el timbre del presidente. El discurso de inauguración lo pronunció un famoso académico. Después se anunció el orden del día de las

secciones y subsecciones, de los comités y las comisiones. La conferencia comenzó sus labores.

No compré el periódico en el quiosco de Katia. ¿Por qué? Yo mismo no lo sé. Seguramente porque me azoró, me apresuré. Y ahora me veo obligado a escuchar largos informes de temas generales.

Durante el receso todos se apresuraron al bar a tomar cerveza y engullir bocadillos.

Más tarde comenzaron su labor las secciones, y en la nuestra, para mi asombro, participaban unas cuarenta personas. Y yo que pensaba que todos los radiofísicos se habrían lanzado a investigar la ionosfera, el plasma y otras cosas más cercanas a la cosmonáutica.

La mitad de las ponencias se podía catalogar entre aquellas que son necesarias a los futuros candidatos al grado de doctor para tener los seis trabajos impresos requeridos para ello. Puesto que cualquier informe, aun el más anodino, se considera como un trabajo publicado. Los propios informantes procuraban pronunciarlos lo más rápidamente posible, para luego soltar un suspiro de alivio y sentarse modestamente en su sitio. Como regla, tales informes no suscitan preguntas ni intervenciones.

Después se oyeron informes más serios. Algunos eran verdaderamente brillantes. A eso de las seis llegó mi turno. Hablé con comedimiento y seguridad, y me escucharon sin interrumpir. Me pareció incluso que no aparecería al día siguiente el artículo sobre el «fantaseador que construye castillos en el aire». Las preguntas que me hicieron eran de lo más simple y ya acariciaba la esperanza de salir con vida, pero no era sino el primer reconocimiento del terreno. A la media hora, de mi informe no dejaron piedra sobre piedra. Y los que más se afanaban eran los «bisontes» del Instituto Politécnico de Ust-Mansk. Y para colmo en el aula entró inesperadamente un corresponsal y varias veces nos deslumbró con su «*flash*».

No sé por qué, pero no me sentí muy apenado. Se sobrentiende que hasta Igor no llegaría. Además, para la expedición de verano nos darían tres veces menos dinero del que necesitábamos. Más yo hice todo lo que podía. Traté de cambiar la información en el periódico de mañana. Me afané con todas mis fuerzas. Pero todo en vano. En ese momento ya comprendía que en el periódico todo aparecería tal y como lo había leído. Por consiguiente, la muchacha del quiosco de vidrio, efectivamente, ¡vende periódicos del día siguiente!

Fui a buscarla a las ocho menos veinte. No pude librarme antes. Los veinte minutos que quedaban hasta el cierre del quiosco me sobraron para calentarme un poco.

—¿Qué tal? —me preguntó Katia, mientras sus ojos reían con picardía.

—Todo resultó como lo presagió el periódico —le contesté—. Mi informe no es sino pura fantasía. Mas, de todos modos, estas cosas son muy extrañas. ¿De dónde te traen los periódicos de mañana?

—De la imprenta —me contestó.

—¿Y qué? ¿Todos en Ust-Mansk admiten con tranquilidad el hecho de que vendas los periódicos de mañana?

Tuve la impresión de que se sintió abatida.

—Es que hay poca gente que sepa que estos son los periódicos de mañana. Para todo el mundo son de hoy.

—Un momento. Entonces, ¿resulta que para ti este periódico es de mañana y para todos los demás es un periódico ordinario, el de hoy?

—Para ti también es el de mañana —replicó Katia.

—Bueno. Para mí también. ¿Y para los demás?

—Para los demás es el de hoy.

—¿Se encuentran con frecuencia personas para las cuales el periódico es el de mañana?

—No muy frecuentemente.

—De todos modos, dime.

—Tú eres el primero —se sonrió, arrugando la nariz—. Yo al instante pensé que tú lo advertirías.

Era la hora de cerrar el quiosco. Katia se cambió de calzado, poniéndose las botas de fieltro, apagó la luz y cerró el quiosco. Tuvimos suerte y literalmente al cabo de un minuto paramos un taxi. Con tanto frío era imposible pasear por las calles, sobre todo para mí. La invité a visitar a mi condiscípulo del instituto y ella me dio su conformidad.

En el apartamento de este nos recibió su mujer que acababa de llegar del trabajo. Mientras ella freía patatas, sus tres niños, de seis a nueve años de edad, entablaron con nosotros una conversación sobre Tom Sawyer.

Es costumbre que cuando se ven viejos amigos aparece una botella de vino y nosotros, claro está, la vaciamos. A eso de las once nos marchamos. Acompañé a Katia a su residencia y hasta entré en el pasillo. Platicamos cerca de una hora, pero ya no le invitaba a tomar parte con nosotros en la expedición. Yo mismo, de buen grado, me conformaría con vender los periódicos de mañana.

Siempre tuve deseos de conocer todo hasta el fin y pregunté a Katia:

—Al fin y al cabo, ¿qué sentido se encierra en estos periódicos de mañana si nadie se da cuenta de ello?

—Pero, yo sí que estoy al tanto —me contestó.

—Pero, sea lo que fuere, ¡tú no puedes hacer nada!

—¡Quién sabe! —me respondió con aire misterioso. —Los periódicos de mañana no son absolutamente idénticos. En estos hay diferencias, aunque, desde luego, muy sutiles. El tiempo un poco más templado o más frío. La enfermedad o convalecencia de alguien, la alegría o tristeza de una persona. De estos periódicos ligeramente desiguales yo elijo uno. Y este es ya el auténtico.

Con un ademán brusco inclinó mi cabeza, me besó en los labios y se fue rápida.

Me quedé azorado y feliz, a la vez que en mis oídos sonaba su voz:

—¡Mañana a las nueve!

4

Por la mañana me levanté a eso de las siete. Mi vecino de habitación todavía dormía y sus portentosos ronquidos llegaban, seguramente, a todos los confines del universo. No me dejó dormir en toda la noche, pero incluso ahora, despierto, era superior a mis fuerzas escuchar sus trinos artísticos. Me vestí y me dirigí a la cafetería, para comer unas salchichas calientes. Después volví a la habitación, tomé mi cartera y abrigo y bajé al vestíbulo. Igual que antes no podía permanecer en mi habitación. En el vestíbulo pasé cerca de una hora. Tenía que ir a buscar a Katia a las nueve, pero solo eran las ocho.

A las ocho y media no pude soportar más y me lancé de cabeza al frío matutino. Este no se había mitigado, en absoluto, y, aleccionado por mi amarga experiencia de ayer, no me desplazaba por las calles sino corriendo.

Igual que ayer el quiosco de periódicos resplandecía como incrustado de diamantes. Llamé a la ventanilla gritando en vez de saludar:

—¡Katia-Katiusha, estoy congelado!

Ella no me contestó, solo oí dentro del quiosco cómo arrugaba un periódico, abrí de un tirón la puerta y me introduje en su interior.

Katia estaba sentada frente a la puerta, apretando contra su pecho un fajo de periódicos que olían aún a tinta de imprenta.

—¿Llego a tiempo? ¿No he tardado?

—No lo sé, puede ser que sí —dijo ella con voz apenas distinguible.

Sus palabras hasta cierto punto me causaron asombro y desconcierto. Algo la desoló y parecía como si no deseara hablar conmigo. La pregunte:

—¿Ha sucedido algo?

—Sí, ha sucedido —me respondió. Tengo que marcharme.

No comprendía nada.

—Perdóname, Dmitri. A las diez de la mañana se incendió... se incendiará el orfanato en la calle Vershinin. Tengo que advertirles.

Eché una mirada al reloj. Aún quedaba más de una hora. Pero yo sabía que hasta la calle Vershinin donde se encontraba el orfanato no había más de diez minutos de camino.

—¿Hay aquí, cerca, algún teléfono? Simplemente, hay que llamarles.

—Hay un teléfono en el Instituto de Radioelectrónica. Pero pueden desconfiar de una llamada telefónica. Es preciso ir.

—Todavía hay tiempo —dije yo—. ¿Cuánto hace que lo has leído?

—Hace un momento, precisamente cuando llamaste a la ventanilla.

—Entonces, démonos prisa.

—No me acompañes. Debo ir yo sola.

—Tonterías. ¿Se conocen los pormenores?

—Sí, se conocen —me contestó, pero lo hizo como a duras penas, con desgana, como si mintiese.

—Y los niños, ¿todos sanos y salvos?

—Todos... Uno por poco se quema.

Salí precipitadamente, Katia me siguió, cerró el quiosco y metió la llave en mi bolsillo. Me sentía un poco excitado y no percibía el frío tan agudamente como cinco minutos atrás.

Katia me agarró de la mano y echamos a correr. Los primeros cien metros guardamos silencio, después Katia volvió la cabeza y me dirigió una escrutadora mirada. Traté de sonreír, más mis labios, a pesar de todo, ya se habían entumecido de frío.

—Yo me iría contigo a la expedición, aunque fuese de cocinera —me dijo.

—¡Entonces, convenido! ¡Decídete! —mis palabras eran animosas, pero pronunciadas en voz alta sonaron muy poco heroicas.

—¡Ojalá así sea! —me contestó.

—Vayamos yo frené por un instante su rápido andar. —No hace falta esperar hasta el verano. Nos iremos dentro de tres días, una vez terminada la conferencia. ¿Quieres?

Arrugó graciosamente su naricita, inclinó en señal de consentimiento la cabeza y de nuevo tiró de mí hacia adelante. Pasamos corriendo por la avenida Kírov. Cerca del cine «Octubre» atajamos una esquina y fuimos a parar a la calle Vershinin, justo en frente del orfanato. El edificio era nuevo, de ladrillo, de dos plantas, en el interior había luz y nada presagiaba un próximo incendio. Por un instante me pareció incluso que Katia me estaba gastando una broma, que de alguna forma y no sé por qué me sometía a una prueba. Tiró con tanta decisión de la cancela de la baja, no mayor de un metro, cerca de madera, que todas mis dudas se desvanecieron. La cancela al momento se abrió con un fuerte chirrido, pero junto a la entrada principal no tuvimos

suerte. Ya sea porque el timbre no funcionaba, o bien, porque nadie oía su retintín. Solo cuando se nos ocurrió dar la vuelta a la casa, comprendimos que, de seguro, la entrada principal estaría atascada con toda clase de trastos viejos y se debía entrar por la puerta de servicio.

La puerta estaba abierta y la luz —se sobrentiende que con fines de ahorro— estaba apagada. Chocando uno con otro y tropezando en los peldaños llegamos al pasillo. Este estaba bien alumbrado. Enfrente se podía adivinar la existencia de la puerta principal que apenas se veía, y aún así solo por su parte superior, tras montones de los más diversos objetos. A la izquierda se encontraba la cocina. De allí se difundían olores agradables. Al lado había una habitación, una especie de comedor, donde listos para comer estaban sentados niños y niñas: unos con cabelleras hirsutas y otros pelados al rape, unas con trenzas y otras con peinados cortos. Dos educadoras con bandejas iban de mesa en mesa. A la derecha se encontraban los dormitorios. Claro que yo no sabía, qué había en el piso superior.

Katia, inmediatamente, se dirigió a la puerta de la habitación en que se encontraban los niños y dijo a las mujeres, al mismo tiempo que les invitaba a acercarse con un gesto de la mano: ¿Pueden concederme un minuto?

Las educadoras la miraron con asombro, una de ellas puso la bandeja sobre una mesita y se acercó a la puerta.

—Buenos días —dijo Katia invitando a esta salir al pasillo.

—Buenos días —le contestó la señora y traspasó el umbral.

—No me pregunte cómo me he enterado de lo que le voy a comunicar —comenzó diciendo Katia—. No puedo explicárselo de una manera convincente... Aproximadamente a las diez en este edificio estallará un incendio.

—¡Oy! —la señora apretó las manos contra el pecho.

—Hay que vestir a los niños y ponerse de acuerdo con los vecinos de las casas próximas para que les acojan.

—¡Oy! —exclamó de nuevo la señora y llamó a otra educadora—: ¡María Pávlovna!

Mientras tanto, los niños observaban con interés esta escena y ya empezaban a retozar y alborotar.

—María Pavlovna, en nuestra casa, un incendio —empezó a gimotear la primera.

—¿Qué sucede? —preguntó severamente María Pávlovna. —¿Quiénes son ustedes?

—Yo vendo periódicos y él es ingeniero. A las diez en su casa se producirá un incendio. Hay que evacuar a los niños.

—¿Evacuarlos haciendo en la calle tanto frío? —dijo otra vez con severidad María Pávlovna.

—Pero se trata de un incendio —susurró la primera educadora.

—Es preciso actuar —me atreví a terciar en la conversación—. ¿Tienen aquí teléfono?

—Sí —contestó María Pávlovna y me lo enseñó con la mano. El teléfono estaba a mis espaldas.

—Mi compañero llamará al servicio de contra incendios y ustedes vistan a los niños —Katia hablaba tranquila y quedamente. Procuraba que sus palabras fuesen convincentes para que le dieran crédito.

La primera educadora, asustada, lanzando ayes subió apresuradamente a la planta superior. De la cocina salió la cocinera y se unió a nosotros. De la calle llegó el portero, envuelto casi hasta la frente en una bufanda y dio un golpe en el suelo con su pala de madera que utilizaba para limpiar la nieve y que, precisamente, en un día como este no servía para nada.

Yo marqué el número y cuando oí la respuesta al otro extremo del hilo, dije:

—Envíen un vehículo del servicio contra incendios al orfanato en la calle Vershinin.

—¿Hace mucho que comenzó el incendio? —me preguntó una voz diligente, al tiempo que gritaba a un interlocutor invisible para mí—: ¡Prepare el vehículo número siete! ¿Qué es lo que arde? —esto ya iba conmigo.

—Por ahora nada, pero a las diez comenzará el fuego.

—Otra vez un bromista —dijo con disgusto la voz y colgaron el auricular.

Marqué el número por segunda vez, pero mi conversación tuvo el mismo infeliz desenlace. No me creyeron.

Del piso superior bajaron tres mujeres. Una de ellas era la directora del orfanato.

—Los medios de seguridad contra incendios los tenemos en orden —nos aseguró—. ¿Ustedes han venido a revisar?

De nuevo Katia tuvo que dar explicaciones, no obstante, la directora nos hizo acercar a la pared y leer las «reglas y orden de evacuación de los niños en caso de incendio». El «orden» de por sí era una maravilla, solo que —lamentablemente— era irrealizable en este edificio, cualesquiera que fuesen las circunstancias.

—¿Tienen, por lo menos, extintores? —pregunté yo, mirando el reloj. Ya eran cerca de las diez.

—Sí —contestó la directora—. Es decir, los teníamos. Estaban colgados aquí —y nos enseñó tres manchas más oscuras que el resto de la pared—. Pero uno cayó, y por poco mata a Tániechka Sóltseva. Tuvimos que llevarlos al cobertizo.

Mientras tanto el tiempo transcurría. Era imprescindible emprender algo.

—¿Por qué los apagafuegos no se hallan en su debido lugar? —bramé yo.

La directora se acobardó. ¿Quién sabe? ¿Puede que realmente sea una comisión revisora?

—¡Anikeich! —gritó—. ¡Traiga rápidamente los extintores!

El portero se precipitó a la calle, pero regresó, al darse cuenta de que no tenía las llaves. Las mujeres, nerviosas, comenzaron a dilucidar quién podría tenerlas. Por fin, Anikeich las encontró en su bolsillo y de nuevo se lanzó a la calle.

—¡Vistan a los niños! —ordenó Katia.

Le obedecieron a medias. Levantaron a los niños de sus mesas y se los llevaron por el pasillo. Pero todo esto se hacía con incertidumbre, como si esperaran de un momento a otro la suspensión de la falsa alarma.

Eran unos cincuenta niños. Y, como comprendí más tarde, en el piso superior se encontraban otros ciento veinte. Yo empecé a deshacer la pila de objetos formada junto a la entrada principal. Tiraba los trineos directamente al dormitorio y los toneletes con restos de col agria los hacía rodar a la cocina. Alguien intentó ayudarme, pero le grité que se apresurase a vestir a los niños y conducirlos inmediatamente a la calle.

Katia volvió a llamar al servicio contra incendios y, al parecer, a ella le creyeron. Despejé medio montón y solo restaba abrir el camino hacia la puerta para arrojar todo lo demás directamente a la calle. Llegó el turno de no sé qué rastrillos, palas, esteras viejas y cubos con los fondos acribillados.

La cocinera apagó el fogón con agua. Empezaron a desenchufar los calentadores eléctricos, pero estos estaban conectados en los lugares más inadecuados, de modo que en algunos casos ni siquiera se podían directamente alcanzar los enchufes. Una de las educadoras se dirigió al cine para pedir que permitiesen alojar a los niños en el vestíbulo. La directora seguía sin creernos. ¡Quién sabe qué hubiera hecho si estos preparativos, aunque caóticos, hubieran sido vanos!

Se abrió la puerta de servicio y en el pasillo apareció el portero con dos extintores en las manos. Estornudó varias veces tratando de pronunciar algo. Por fin, lo consiguió:

—¡Fuego! —gritó, soltando varias palabrotas y golpeó uno de los extintores contra el suelo. ¿Pero qué se podía esperar de bueno de estos congelados extintores? Un vaho que irrumpió en el pasillo junto con el portero no se desvanecía. No era vaho. Era humo. Yo sentía escozor en los ojos. El portero se precipitó a ayudarme. Cuando la puerta principal finalmente quedó libre, ya ardía el tabique de madera.

Al cabo de veinte minutos llegó al vehículo del servicio contra incendios. Para este momento los niños ya habían sido trasladados al vestíbulo del cine. Los jefes de los bomberos se detuvieron para esclarecer las causas del incendio. Las educadoras todavía no habían vuelto en sí después de esta experiencia. Y yo en eso momento me encontraba en una ambulancia que iba a toda velocidad, sujetando en la mía la fría y húmeda mano de Katia. Katia intentó sujetar el tabique de madera que separaba dos habitaciones el cual comenzaba a derrumbarse, para que alcanzáramos a evacuar a los últimos niños. Los sacaron por la salida de emergencia, por una escalera metálica que conducía desde el piso superior al patio. Fueron evacuados todos los niños, pero a ella no le dio tiempo apartarse y el ardiente tabique la aplastó contra el suelo. Un minuto antes de suceder esto me echó en los brazos a una niña a medio vestir y me pidió que me acercase por la calle a la ventana, ya que, posiblemente, a través de esta habría que evacuar a los niños.

Yo no tenía ni la más pequeña quemadura mientras que las de ella eran tantas que

hasta me prohibieron mirar su rostro, lo tenía cubierto con algo blanco.

5

Me encontraba sentado en el vestíbulo de la clínica, desconcertado y deprimido. Los médicos dijeron que harían todo lo que estaba a su alcance. Yo me figuraba en qué casos dicen tales palabras.

Tres veces me pidieron que me marchara, puesto que no podía ayudar en nada a los médicos y solo les irritaba con mis preguntas. Cuando me expulsaban por cuarta vez y yo exponía argumentos para quedarme, uno de los jóvenes médicos dijo de pronto:

—Que lo intente, si quiere ayudar. Mañana los periódicos hablarán de esto, hoy por la noche lo dirán por la radio, sin embargo, podrá ya ser tarde. ¿Dónde vive usted?

Meneé la cabeza.

—Soy forastero.

—Lástima. ¿Entonces, usted no tiene conocidos aquí?

—Tengo, pero pocos.

—Es preciso recurrir al trasplante cutáneo. Necesitamos voluntarios. Unas cincuenta personas, o más.

—¡Lo haré! —exclamé yo y salí corriendo a la calle.

La conferencia ya había comenzado su trabajo.

Tuve el suficiente sentido común como para no dejarme llevar por el pánico y buscar a mi amigo del instituto. Me escuchó en silencio y después dijo:

—¿Quién lo hubiera podido pensar? Aún ayer estaba tan alegre —y añadió—: Has hecho bien en comunicármelo. Lo arreglaremos. Enviaremos primero, precisamente, a vuestra sección.

Junto con él entré en el local en que conferenciaban los radiofísicos-edafólogos y tomé asiento en la primera silla que vi. Mi amigo susurró algo al presidente de la sección, este esperó a que el informante de turno terminara su intervención y anunció:

—¡Camaradas! En la ciudad tuvo lugar un accidente. Se necesita cutis para el trasplante. Pienso que haremos un receso y juntos iremos a la clínica. Está aquí cerca, tan solo a dos manzanas... La muchacha puede morir.

Todos los participantes en la conferencia, en sendos grupos y a determinados intervalos de tiempo, pasaron por la clínica.

A la una del día, aproximadamente, a pesar de todo, me dejaron entrar en la sala donde se encontraba Katia. Una almohada blanca, una sábana blanca que cubría su cuerpo y un rollo de vendas en lugar del rostro. Solo se veían los negros circulitos de los ojos con las pestañas quemadas y los labios apenas perfilados. Me senté en un taburete junto a su cama. Katia me miraba inmóvil, sin pestañear, y yo no sabía que decirle en ese momento. Todas las palabras se me atascaron en la garganta. Lo único que anhelaba era acariciar su mejilla, sus cabellos, mas esto estaba prohibido. Sencillamente la saludé con un movimiento de la cabeza e intenté esbozar una sonrisa alentadora. No sé qué leyó ella en mi sonrisa, pero por sus labios pasó un leve temblor y por su movimiento comprendí lo que ella dijo.

—Si se me ennegrecen las mejillas no me amarás...

—Siempre te amaré —prorrumpí yo—. Katia, te llevaré de Ust-Mansk. Y en verano iremos a los pantanos de Vasiugán a que nos coman los mosquitos.

Me hicieron salir de la sala. El estado de Katia otra vez había empeorado.

—Aquí no puede ayudar en nada —me dijeron—. Váyase al hotel. Visite la oficina donde trabaja Katia, comuníqueles lo sucedido. Y, en general, emprenda algo, actúe. Mañana por la mañana puede volver.

Salí a la calle y me encaminé avenida abajo.

6

Me sentí embargado por un extraño estupor, mi cabeza parecía vacía, sin ningún pensamiento. No percibía ni el frío. En este estado llegué hasta el quiosco y recordé que la llave se hallaba en mi bolsillo. Lo abrí, entré en el interior y enchufé la luz. El periódico estaba abierto en la cuarta página. Encontré inmediatamente la pequeña nota en la sección de sucesos. Esta decía que ayer, a las diez de la mañana, debido a unos desperfectos en la instalación eléctrica se produjo un incendio en el orfanato situado en la calle Vershinin. Salvando a los niños pereció Ekaterina Smirnova.

Katia Smirnova. Ni siquiera sabía que ese era su apellido. Simplemente Katia-Katiusha.

¡Pero lo que publicó el periódico no era verdad! Katia no pereció salvando a los niños. ¡Está viva!

Casualmente eché una mirada a la arrugada hoja del periódico que se encontraba allí mismo y recordé que cuando por la mañana fui a buscar a Katia ella lo estrujó, miró el ejemplar que ahora yo tenía ante mí y solo después me dijo que habría un

incendio. Se daba cuenta de lo que le ocurriría, y a pesar de todo fue.

Desplegué el periódico arrugado. Era también un periódico de mañana. Y también traía la noticia sobre el incendio. Únicamente que en él se decía que pereció Dmitri Egórov.

Sentí un sordo palpar en mis sienes. En este instante percibí con todo mi ser lo que ella tenía en cuenta al decir que por las mañanas elige el periódico. Siempre disponía de varios ejemplares disímiles. Y hoy optó por su muerte tan solo porque existía yo. Era yo quien debía sujetar el ardiente tabique que se venía abajo, pero ella me envió a la calle con un encargo que podía cumplir cualquier otra persona. Era yo quien debería yacer aplastado por las tablas en fuego.

Saqué del fajo otro periódico... Pereció Dmitri Egórov... Uno más... Lo mismo. Yo buscaba con tenacidad el periódico que me era tan imprescindible. Debía existir una tercera variante. ¡Obligatoriamente! Katia no lo encontró por falta de tiempo. Tenía tanta prisa. Y experimentó tanta alegría al bailar la segunda variante, según la cual yo quedaba con vida...

Hoy seré yo quien elija el periódico de mañana.

Por fin hallé el ejemplar que buscaba. Era el correcto, pues centenares de personas hicieron todo lo posible para que ella viviese, centenares de personas, sin saberlo, se afanaban por cambiar el contenido de la nota.

Decidí escoger y vender precisamente este periódico, para que todo el mundo se entere de que Katia sigue con vida, que sufrió unas quemaduras espantosas, pero, a despecho de ello, vivirá, indiscutiblemente vivirá. Lo voy a inculcar a todas las personas que se asomen al quiosco.

Mas el frío era demasiado intenso y nadie tenía ganas de detenerse ante el quiosco. Entonces, salí a la acera con el fajo de periódicos y comencé a distribuirlos a los transeúntes.

—¡Lean, por favor, sobre Katia Smirnova! ¡Ella vivirá! ¡Léanlo! ¡Katia vivirá! ¡Deséenlo!

Al principio pensé que me tomarían por loco. Pero no sucedió nada semejante. Los transeúntes tomaban el periódico, se paraban, me preguntaban sobre los pormenores, me compadecían y expresaban su convicción de que Katia, sin duda alguna, viviría.

Ustedes tienen que desearlo con vehemencia —les decía yo—. Es ella, Katia, la que les proporciona las pequeñas y grandes alegrías. Ustedes no saben esto porque ignoran que a no ser por Katia no existirían sus alegrías. Ella quiere que haga buen tiempo y de esa manera ustedes pueden ir al bosque. Y sienten placer y regocijo. Ella previene los accidentes en las calles. Fue ella la que ayudó a noventa muchachas a encontrar novio. Y sin ella, probablemente, no se hubieran conocido. Es cierto que Katia no puede cumplir el plan ni siquiera de una pequeña planta o fábrica. ¡Qué importa! Esto lo pueden hacer otros. Lean el periódico. ¡Qué Katia quede con vida!

—Si es la reina de Ust-Mansk observó alguien.

A mí me dieron crédito y ahora yo sabía: Katia vivirá, porque todos lo desean.

Fui al Correo Central y entregué la llave del quiosco de periódicos. Luego volví a la conferencia y los «bisontes» del Instituto Politécnico de Ust-Mansk me invitaron a trabajar temporalmente en uno de sus laboratorios y me dijeron que en mis fantasías había algo racional y que ya enviaron un telegrama a mi instituto para que me prolongasen la comisión de servicio. Comprendían que en estas circunstancias de ningún modo podía abandonar esta ciudad.

Yo permaneceré aquí, en Ust-Mansk, mientras no logre demostrarles que se puede ver a través de la tierra, mientras Katia no se reponga, mientras no comiencen los preparativos para la expedición, mientras juntos con ella no tomemos el avión que nos lleve al Norte, donde nos esperan los pantanos y los mosquitos, los días lluviosos y las canciones.

Corrí a la clínica. A veinte pasos de distancia nada podía distinguirse, la niebla lo absorbía todo. ¡Medio centenar de grados bajo cero! De vez en cuando, el crujir de unos pasos, el agudo sonido de las bocinas, y el frío, un frío inmenso... En Ust-Mansk, y en sus alrededores, y a miles de kilómetros a la redonda ...

Corría para ver a Katia. Porque ella me esperaba.

El «Asilo de los sabios»

Anatoli Dnieprov

1

Esta aventura comenzó un sábado por la tarde cuando yo, rendido de cansancio después de finalizar un trabajo matemático, hojeaba el vespertino de nuestra ciudad. Atrajo mi atención un anuncio insertado en su última página:

«La compañía Kraftstuds admite encargos de organizaciones y particulares para la realización de toda clase de cálculos, así como de trabajos analíticos y de cómputo matemático. Garantizamos una alta calidad. Diríjense a la Compañía Kraftstuds, Weltstrasse, 12».

Era precisamente lo que yo tanto necesitaba. Durante varias semanas me devané los sesos tratando de resolver unas ecuaciones de Maxwell que definían el comportamiento de las ondas electromagnéticas en un medio heterogéneo de estructura especial. Por fin, recurriendo a una serie de aproximaciones y simplificaciones, logré dar a estas ecuaciones una forma idónea para que una computadora electrónica pudiese resolverlas. En mi imaginación ya me veía viajando a la capital para rogar a la administración del centro de cálculos que me realizaran los cálculos necesarios. Hoy día el centro de cálculos está sobrecargado de pedidos militares, y a nadie le importan los ejercicios teóricos de un físico provinciano que se interesa por las leyes de propagación de las ondas hertzianas.

Y de pronto emergió en nuestra villa un centro de cálculos que por intermedio de los periódicos clamaba a los clientes.

Me levanté de la mesa y me dirigí al teléfono para, inmediatamente, ponerme en contacto con la compañía Kraftstuds. Pero, en seguida, descubrí que, salvo la dirección, el periódico no daba más información sobre dicho centro. Un respetable centro de cálculos y ¿sin teléfono? No puede ser. Llamé entonces a la redacción del

periódico.

Lo lamento —me dijo el secretario—, pero Kraftstuds no nos dio más información. El anuncio no contenía el número del teléfono.

En la guía telefónica, la compañía Kraftstuds tampoco figuraba.

Ardiendo de impaciencia, esperaba yo la llegada del lunes para obtener, lo más pronto posible, la solución de mis ecuaciones. Alguna que otra vez mi mente se abstraía de la hoja de papel con unos cálculos, escritos cuidadosamente, tras cuyos símbolos se ocultaban unos complejos procesos físicos, para discurrir sobre la compañía Kraftstuds. «Su orientación es justamente aquello que se necesita hoy día —pensaba yo—. En nuestro siglo, cuando se trata de plasmar en forma matemática cualquier idea humana, difícilmente se puede elegir una empresa más ventajosa». A propósito, ¿quién es este Kraftstuds? Llevo ya muchos años en esta ciudad, pero el apellido Kraftstuds me suena casi desconocido. Digo «casi» porque guardo un vago recuerdo de que en cierta ocasión ya topé con él. Pero ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿en qué circunstancias? Por mucho que me esforcé, no pude evocarlo en la memoria.

Al fin, llegó el tan esperado lunes. Me metí en el bolsillo la cuartilla de papel con los cálculos y emprendí la búsqueda de la Weltstrasse, 12. Del cielo caía una menudita lluvia primaveral por lo que tuve que tomar un taxi.

—Es bastante lejos —dijo el chófer—, en la otra ribera del río, junto al hospital psiquiátrico.

Yo asentí, silenciosamente, con la cabeza.

Tardamos en llegar unos cuarenta minutos. Dejamos atrás las puertas de la ciudad, el puente sobre el río, bordeamos el lago y nos internamos en una campiña accidentada cubierta de secas matas del año pasado entre las cuales, en algunas partes, ya comenzaban a verdear los tempranos brotes. Era un camino vecinal, sin pavimento, y el coche, con frecuencia, se atascaba entre las colinas, patinando furiosamente sus ruedas traseras en el espeso lodo arcilloso.

Finalmente, aparecieron los tejados y los rojos muros de ladrillo del hospital psiquiátrico situado en un bajío. En nuestra ciudad, en broma, llamaban este hospital «Asilo de los sabios».

A lo largo del alto muro de ladrillo, con cristales rotos por encima, había un camino solado con escoria. El chófer, después de dar varias vueltas entre los muros del laberinto, paró el coche frente a una pequeña puerta.

—Este es el número doce. Experimenté una desagradable sorpresa al ver que la puerta que, por lo visto, daba acceso a las oficinas de la compañía Kraftstuds, formaba parte del conjunto arquitectónico del «Asilo de los sabios». ¿No habrá reclutado Kraftstuds a los locos para realizar «toda clase de trabajos matemáticos»? —reí para mis adentros.

Me acerqué a la puerta y oprimí el botón. Tuve que esperar un largo rato. Por fin la puerta se abrió y apareció un hombre pálido de espesa cabellera desgreñada, entornando los ojos molestos por la luz del día.

—Diga —se dirigió a mí el recién aparecido.

—¿Es aquí dónde se encuentra la compañía matemática Kraftstuds? —inquirí yo.

—Sí, señor.

—Su compañía puso un anuncio en el periódico...

—Sí.

—Quisiera hacerles un encargo.

—Entre, por favor.

Me volví hacia el taxista, le dije que me esperase y, agachándome, traspasé el umbral. La puerta se cerró dejándome en la más absoluta oscuridad.

—Sígame, por favor. Cuidado, aquí hay unos peldaños. Ahora a la izquierda... Otra vez peldaños. Ahora subiremos una escalera...

Al tiempo que pronunciaba estas palabras, mi cicerone, sujetándome de la mano, me arrastraba por unos oscuros y tortuosos pasillos que subían y bajaban.

Por fin, sobre nuestras cabezas se dejó vislumbrar una opaca luz amarillenta; subí una empinada escalera de piedra y me vi en un pequeño recibidor de paredes acristaladas.

El joven, apresuradamente, desapareció tras un tabique, abrió una ancha ventanilla empotrada en él y se dirigió a mí:

—Le escucho.

Tenía la sensación de haberme equivocado de lugar. Esta penumbra, este laberinto subterráneo y, finalmente, esta cerrada habitación sin ventanas, con una sola bombilla eléctrica apenas discernible bajo el techo, no cuadraba, ni en lo más mínimo, con la idea que me había formado sobre un moderno centro de cálculos cuando emprendí su búsqueda.

Yo seguía inmóvil echando a mi alrededor miradas perplejas.

—Le escucho —repitió el joven asomando a la ventanilla.

—¡Ah, sí! ¿De modo que aquí, precisamente, se encuentra el centro de cálculos de la compañía Kraftstuds?...

—Sí, sí —me interrumpió el joven con cierto tono de enfado en su voz—. Ya le he dicho que aquí se encuentra el centro de cálculos de la compañía Kraftstuds. ¿En qué consiste su problema?

Saqué del bolsillo la cuartilla de papel con las ecuaciones escritas y la tendí en la ventanilla.

—Es una aproximación lineal de estas ecuaciones en derivadas parciales —comencé a explicar con vacilación—. Quisiera que las resolviesen, aunque sea en forma numérica, digamos, directamente en la superficie de separación de dos medios... Comprende, es una ecuación de dispersión y aquí la velocidad de propagación de las ondas hertzianas varía de punto en punto.

Arrugando mi cuartilla, el joven profirió de repente:

—Está claro. ¿Para cuándo necesita la solución?

—¿Cómo que para cuándo? —dije asombrado—. Es usted quien me debe decir

cuándo puede darme la solución.

—¿Le conviene mañana? —me inquirió, mirándome con sus profundos ojos negros.

—¿Mañana?

—Sí, mañana. Digamos hacia el mediodía o, lo más tarde, a la una...

—¡Dios mío! ¿Pero qué calculadora tienen ustedes? ¡Tal rapidez en el trabajo!

—Bueno, entonces, mañana a las doce tendrá usted la solución. El precio es de cuatrocientos cincuenta marcos. Cobramos al contado.

El precio era bastante alto. Pero, teniendo en cuenta el carácter complejísimo de las ecuaciones a resolver en un día, no me pareció exorbitante. Por eso, sin decir palabra, le entregué el dinero junto con mi tarjeta de visita en la cual venía impreso mi apellido y dirección.

Acompañándome por el laberinto subterráneo hacia la salida el joven me preguntó:

—¿De modo que usted es el profesor Rauch?

—Sí, ¿y por qué me lo pregunta?

—Nada especial. Simplemente que cuando organizamos este centro matemático contábamos con que tarde o temprano usted recurriría a nosotros.

—¿Por qué estaban tan seguros? —le pregunté asombrado.

—¿Y qué otros clientes podíamos esperar en este lugar donde, como se dice, Cristo dio las tres voces?

Su respuesta me pareció bastante convincente.

Apenas tuve tiempo de despedirme del joven cuando la puerta, con violencia, se cerró tras de mí.

Todo el camino de vuelta a casa pensé en este extraño centro de cálculos junto al «Asilo de los sabios». ¿Dónde y cuándo topé yo con el apellido Kraftstude?

2

A la mañana siguiente esperaba con impaciencia el correo. Cuando a las once y media oí el timbre de la puerta de mi piso, me levanté de un tirón y me lancé para recibir al cartero. Cuál fue mi asombro al ver ante mí una muchacha delgada, de rostro pálido, con un voluminoso paquete azul en las manos.

—¿Es usted el profesor Rauch? —me preguntó.

—Sí, soy yo.

—Le traigo un paquete de la compañía Kraftstude. Haga el favor de firmar aquí.

Sus finas manos hurgaron un instante por los bolsillos del abrigo, y me alargó un librito.

En la primera página de este figuraba un solo apellido, el mío. Yo puse mi firma y le tendí una moneda.

—¡Oh, no, no lo haga! —su rostro se encendió, y después de pronunciar casi inaudiblemente «hasta luego» la muchacha se marchó.

Con el paquete volví a mi despacho.

Al ver la menuda letra del manuscrito cuyas fotocopias me entregaron, en el primer momento no entendí nada. De la computadora electrónica esperaba un material completamente distinto: largas columnas de guarismos conteniendo por un lado los valores del argumento y por el otro los de las ecuaciones ya resueltas.

Aquí no había nada que se le pareciera.

¡Tenía en mis manos la solución exacta de mis ecuaciones! La mano de alguien, guiada por un preclaro intelecto matemático, resolvía mis ecuaciones en una forma absolutamente estricta, sin ningún tipo de aproximaciones.

Recorría con la vista una página tras otra, profundizando cada vez más en los cálculos que me sorprendían por su belleza, ingenio e inventiva. La persona que había resuelto estas ecuaciones poseía enormes conocimientos matemáticos a los cuales podían envidiar los más destacados matemáticos. Para la resolución fue empleado casi todo el aparato matemático: teoría de las ecuaciones diferenciales e integrales lineales y no lineales, teoría de las funciones de variable compleja, teoría de grupos, teoría de conjuntos y hasta disciplinas matemáticas tales como topología, teoría de números y lógica matemática que, al parecer, no tenían nada que ver con el problema dado.

Estuve a punto de lanzar un grito de entusiasmo cuando, como resultado de la síntesis de un gran número de teoremas, cálculos intermedios, fórmulas y ecuaciones, al fin apareció la solución: una fórmula matemática tan larga que ocupaba tres renglones.

Pero lo más elegante era el hecho de que el para mí desconocido matemático se preocupó por añadir a esta larga fórmula lo que en nuestra ciencia se llama «forma patente». Halló una anotación matemática, aunque aproximada, pero muy precisa, breve y clara, formada tan solo por elementales expresiones algebraicas y trigonométricas.

Al final, en una pequeña hoja aparte, encontré la resolución gráfica de las ecuaciones.

No se podía desear más. La ecuación que —como yo consideraba— era imposible de resolver en forma finita se encontraba solucionada.

Recobrado, hasta cierto punto, de tanta sorpresa y emoción, comencé a leer por segunda vez las fotocopias llenas de fórmulas. En este momento me fijé que el que resolvió mi problema escribía muy de prisa, con caracteres menudos, como si

economizara cada milímetro de papel y cada segundo de tiempo. En total, habían sido escritas veintiocho páginas y yo calculé mentalmente lo titánica que fue la labor de este matemático. Procure escribir en un día, a mano, una carta de veintiocho páginas a algún conocido, o escriba en veintiocho páginas su biografía, o por fin, pruebe copiar, simplemente, veintiocho páginas de cualquier libro sin pensar en el sentido, sin entender palabra alguna, y usted reconocerá que es un trabajo infernal.

Pero lo que tenía ante mí era la solución de un complejísimo problema matemático. ¡Y esta tarea fue realizada en un día!

Varias horas dediqué al estudio de estas páginas y con cada hora que pasaba mi asombro se acrecentaba.

¿Dónde encontró Kraftstuds a este matemático? ¿Cuáles son las condiciones en que trabaja en su compañía? ¿Quién es? ¿Algún genio desconocido? ¿O puede que sea una de esas maravillas de la naturaleza humana que, a veces, se encuentran en la divisoria entre lo normal y lo anormal? ¿O es que se trata de uno de esos prodigios que Kraftstuds supo descubrir en el «Asilo de los sabios»? La historia conoce casos en que geniales matemáticos terminaban, a fin de cuentas, en hospitales para alienados. ¿Tal vez el matemático, que con tanto esplendor resolvió mi problema, también pertenezca a esta categoría de personas?

Estas cuestiones no dejaron de atormentarme durante todo el día.

Sea como fuere, los hechos, hechos son. El problema fue resuelto no por un ordenador, sino por un hombre, relevante genio matemático del cual el mundo no sabe nada.

Al día siguiente, ya más tranquilo, volví a estudiar la solución, experimentando esta vez un placer semejante al que se siente al escuchar una buena música. Esta solución era tan bella, tan rigurosa y clara que decidí... repetir el experimento. Decidí encargar a la compañía Kraftstuds la solución de otro problema.

Elegí una ecuación que siempre me pareció no solo absolutamente imposible de resolver, sino incluso inadecuada de darle la forma necesaria para poderla resolver en una máquina calculadora.

Dicha ecuación también estaba relacionada con la teoría de propagación de las ondas hertzianas, pero el caso era muy complicado y especial, teniendo que ver con emisores móviles y con un medio cuyas propiedades variaban en el espacio y en el tiempo. Era una de esas ecuaciones que los físicos teóricos escriben a menudo con el único fin de admirarlas un rato para después dejarlas en el olvido, pues a raíz de su complejidad nadie puede valerse de ellas.

3

... Cuando la puerta en el muro de ladrillo se abrió, vi al mismo joven con los ojos entornados. Me reconoció y sonrió con desgana.

—Tengo otro problema... —procedí yo a dar explicaciones.

En lugar de responder asintió con la cabeza y, como la vez pasada, me condujo por los oscuros pasillos a su lóbrego recibidor sin ventanas.

Yo ya estaba al corriente de los trámites y, acercándome a la ventanilla en el tabique acristalado, le tendí la hoja con la ecuación:

—¿De modo que no son ordenadores los que resuelven aquí estas cosas?

—Como ve —me contestó sin retirar la vista de la ecuación.

—El que resolvió mi primer problema es un matemático de talento —dije yo.

El joven no me contestó nada, absorbido por mi manuscrito.

—¿Es el único que tiene o...? —le pregunté.

—¿Es que esto tiene algo que ver con lo que usted necesita? La compañía le garantiza...

No le dio tiempo para terminar la frase cuando el profundo silencio del sótano fue interrumpido por un estridente aullido. Me estremecí y agudicé el oído. El grito llegaba de algún lugar situado detrás del tabique acristalado. Alguien gritaba o, más exactamente, vociferaba como si lo sometiesen a torturas inhumanas. Estrujando las cuartillas con mi problema, el joven echó una rápida mirada hacia la pared, luego me miró a mí, salió rápidamente de detrás del tabique me agarró de la mano y me arrastró hacia la salida.

—¿Qué es esto? —le pregunté cobrando con dificultad el aliento solo junto a la salida.

En vez de contestar soltó apresurado:

—La solución la obtendrá pasado mañana a las doce. El dinero se lo entrega a la persona que le traiga el trabajo terminado.

Con estas palabras me dejó solo junto al taxi. Ni que decir tiene que después de este incidente no tuve ni un momento tranquilo. En primer lugar, me sentía constantemente perseguido por el horrendo grito que parecía estremecer las bóvedas de piedra del centro de cálculos de la compañía Kraftstuds. En segundo lugar, seguía impresionado por el hecho de que una persona pudiese resolver en un día un problema matemático tan difícil. Y, en tercer lugar, como afectado por la fiebre, esperaba resolución de mi segundo problema. Si este es resuelto, entonces...

A los dos días, con manos temblorosas tomaba yo el paquete que me trajo la muchacha de la compañía Kraftstuds. Por el volumen del mismo comprendí que en él se encontraba la solución del segundo problema matemático, también de monstruosa complejidad. Con miedo miraba yo a la grácil criatura que tenía frente a mí. De pronto me vino a la imaginación una idea.

—Entre, por favor, mientras yo preparo el dinero.

—No, no se preocupe —se apresuró a contestarme, al parecer, amedrantada— esperaré aquí...

—Pero entre, ¿qué necesidad tiene de soportar el frío? —dije yo y casi a la fuerza la introduje en la habitación—. Tengo que mirar el trabajo para ver si merece que se pague.

La muchacha se pegó de espaldas contra la puerta y me seguía con los ojos muy abiertos:

—Lo tenemos prohibido... —susurró ella.

—¿Qué es lo que tenéis prohibido?

—Entrar en los apartamentos privados de los clientes... Tal es la instrucción, señor.

—Al diablo la instrucción. Aquí el amo soy yo y nadie se enterará que usted ha entrado.

—Usted se equivoca, señor... Se enterarán de todo y entonces...

—¿Entonces, qué? —pregunté, acercándome a ella.

—¡Oh, es tan horrible!...

Súbitamente, ella prorrumpió en llanto.

Le puse la mano sobre el hombro, pero ella se estremeció y precipitadamente salió fuera.

—Entrégueme inmediatamente setecientos marcos y me iré.

Le tendí el dinero y ella, literalmente, me lo arrebató de la mano.

Cuando abrí el paquete poco me faltó para lanzar un grito de sorpresa. Durante varios minutos contemplé el montón de fotocopias sin dar crédito a mis ojos. Lo que me dejó estupefacto ahora no era el hecho de que, unas ecuaciones que yo dejé por imposibles, por lo visto hubieran sido resueltas. Lo más sorprendente era que los cálculos habían sido escritos con otra letra.

¡Un segundo matemático genial! Pero este, si se puede decir así, era aún más genial que el primero, por cuanto en cincuenta y tres páginas resolvió analíticamente unas ecuaciones centenares de veces más complicadas que la primera. Recorriendo con la vista las líneas escritas con una letra enérgica y suelta, fijándome en las integrales, sumas, variaciones y otros símbolos de los más altos apartados de las ciencias matemáticas, me imaginé dentro de un extraño e ignoto mundo matemático donde lo complejo había perdido toda su importancia. Simplemente no existía aquí.

Daba la impresión que el matemático que resolvió mi segundo problema lo hizo con la misma facilidad con que nosotros sumamos o restamos en columna números de dos cifras.

Mientras leía el manuscrito, interrumpí varias veces mi lectura para consultar guías y manuales de matemática, y para mi gran asombro descubrí que este segundo genio matemático, además de saber y recordar perfectamente todo aquello que sabía y recordaba yo, poseía otros muchos conocimientos. Me sorprendió la habilidad con que se valía de los más complejos teoremas y demostraciones matemáticos. Su lógica

matemática era inverosímil, la profundidad de su pensamiento no tenía límites y el método de resolución era intachable. Yo estaba seguro de que si los más geniales matemáticos de todas las épocas y de todos los pueblos, tales como Newton, Leibniz, Gauss, Euler, Lobachevski, Weierstrass, Hilbert y muchos otros, hubieran visto la resolución de este problema, se sorprenderían no menos que yo.

De todos modos, el hecho, hecho estaba: el segundo problema había sido resuelto de una forma todavía más hermosa y elegante que el primero. Una vez terminada la lectura del manuscrito yo, totalmente rendido e incapaz de percibir la realidad, quedé meditando un largo rato.

¿De dónde sacó Kraftstuds a estos matemáticos? Ahora estaba seguro de que no se trataba de dos o tres, sino de todo un equipo. ¿Es que hubiera podido fundar un serio negocio explotando solamente a dos o tres personas? ¿Cómo pudo haberlo conseguido? ¿Por qué su compañía se encuentra junto a un manicomio? ¿Quién y por qué gritó con voz inhumana tras la pared?

«Kraftstuds, Kraftstuds...» —se repetía obstinadamente en mi conciencia—. ¿Dónde y cuándo pude tropezar con este apellido? ¿Qué se oculta tras él? Daba vueltas por mi despacho presionándome la cabeza con las manos y esforzándome por recordar lo que sabía de Kraftstuds.

Luego me senté para complacerme una vez más con la lectura del genial manuscrito matemático; me deleitaba su contenido, lo releía por partes, profundizando en la demostración de los teoremas y fórmulas intermedios. De súbito, salté de la silla. Lo hice porque recordé otra vez el terrible grito inhumano y junto con él en mi memoria emergió el apellido de Kraftstuds.

Esta asociación no era casual. Precisamente así tenía que suceder. ¡El grito infrahumano de una persona torturada y Kraftstuds! Es un todo inseparable. Durante la segunda guerra mundial un tal Kraftstuds fue juez de instrucción del campo de concentración hitleriano en Graz. En el segundo turno del proceso de Nüremberg le juzgaron por los crímenes cometidos contra la humanidad. Por las torturas y asesinatos le condenaron a cadena perpetua. Después, no se volvió a oír nada de él por ninguna parte.

Recordé el retrato de este hombre publicado en todos los periódicos, con uniforme de Obersturmführer de las S.S., con lentes y unos ojos muy abiertos y hasta asombrados en una cara rolliza y bonachona. Nadie quería creer que un hombre con estas facciones hubiera podido ser un verdugo de los calabozos hitlerianos. Sin embargo, el retrato venía acompañado de pormenorizadas declaraciones de testigos y del sumario judicial. Sí, Kraftstuds, incuestionablemente, era un verdugo.

¿Qué fue de él después del proceso? ¿No lo habrán puesto en libertad, como a otros tantos criminales de guerra?

¿Mas a qué viene en este caso la matemática? ¿Qué relación puede existir entre un juez de instrucción verdugo y unas soluciones geniales de ecuaciones diferenciales e integrales?

Llegando a este punto, la cadena de mis reflexiones se interrumpió, me sentía incapaz de conectar en un todo único estos dos eslabones. Me faltaba algo, existía un secreto que no podía descubrir por vía abstracta.

Por mucho que me devanaba los sesos, por mucho que me afanaba en combinar a Kraftstuds, el «Asilo de los sabios» y el equipo de matemáticos talentosos, no podía de ninguna manera conseguirlo. Y, además esta muchacha que me dijo que ellos «de todos modos se enterarían...». ¡Cuán amedrentada y pávida estaba!

A los pocos días de atormentadoras meditaciones llegué por fin a la conclusión de que si yo no descubría este misterio me volvería loco.

Ante todo, decidí convencerme de que el Kraftstuds de la compañía matemática y el Kraftstuds criminal de guerra, juez de instrucción del campo de concentración en Graz, eran una misma persona.

4

Cuando por tercera vez me vi ante la baja puertecilla de la compañía Kraftstuds tuve el presentimiento de que ahora me iba a suceder algo que ejercería una enorme influencia sobre toda mi vida posterior. No sé por qué, pero dejé marchar el taxi y solo cuando el coche se perdió tras el recodo del camino, oprimí el botón.

Me pareció que el joven con su ajada fisonomía de viejo me estaba esperando... Esta vez, sin formular pregunta alguna me cogió inmediatamente de la mano y me condujo a través del tenebroso subterráneo a aquel mismo recibidor donde estuve las otras dos veces.

—Bueno, ¿con qué objeto vino usted esta vez? —me preguntó con aire burlón.

—Quiero ver al señor Kraftstuds personalmente —mascullé yo.

—¿Es que nuestra compañía no le satisface en algún aspecto, profesor? —me preguntó.

—Yo quiero ver al señor Kraftstuds —repetí obstinadamente, procurando evitar la mirada de sus grandes ojos negros en cuyo fondo brillaba ahora una lucecita maliciosa y burlona.

—Es asunto suyo. A mí me atañe poco —profirió él después de examinarme durante un minuto con su mirada escrutadora—. Espere aquí.

Luego desapareció tras una de las puertas que se encontraban al otro lado del tabique acristalado y no apareció hasta pasada más de media hora.

Ya dormitaba cuando en un rincón se oyó un confuso ruido y de la semioscuridad

apareció de repente la figura de un hombre vestido de bata blanca con un estetoscopio en las manos. «Un médico —pasó raudo por mi mente—. Ahora me van a examinar y auscultar. ¿Acaso este procedimiento es necesario para ver al señor Kraftstuds?».

—Sígame —dijo imperiosamente el médico.

Y yo le seguí sin barruntar siquiera qué sería de mí y para qué armé todo este lío.

Traspasada la puerta en el tabique acristalado fui en pos del hombre de bata blanca por un largo pasillo al que la luz diurna penetraba desde arriba. El pasillo terminaba con una puerta alta y maciza.

El médico se detuvo.

—Espere aquí. El señor Kraftstuds le recibirá en seguida.

El médico volvió al cabo de cinco minutos. Abrió de par en par la puerta y permaneció inmóvil varios segundos como una silueta negra en la difusa luz del día.

—Bueno, vamos —dijo con voz de persona que lamenta lo que pueda suceder después.

Le seguí sumisamente. Entramos en un pabellón con anchas ventanas, yo permanecí varios minutos sin moverme del sitio, tratando de examinar el espacioso y claro local. Una penetrante voz me sacó de mi estupor.

—Haga el favor de acercarse, profesor Rauch.

Me volví a la derecha y vi a Kraftstuds sentado en un profundo sillón de mimbre, sí, aquel mismo Kraftstuds a quien conocía por numerosas fotografías en los periódicos.

—¿Usted deseaba verme? —me inquirió sin saludar y sin levantarse de la mesa—. ¿En qué puedo servirle?

Me recobré en el acto y, deshaciéndome del nudo en la garganta, me aproximé parándome junto a la mesa a la cual estaba sentado.

—¿De modo que usted va cambiando sus ocupaciones? —le pregunté, mirándole de hito en hito.

En los quince años había envejecido, grandes arrugas atravesaban sus rollizas mejillas formando pliegues lasos junto a los pronunciados pómulos.

—¿Qué quiere usted decir con ello, profesor? —se interesó examinándome atentamente.

—Señor Kraftstuds, yo pensé, mejor dicho, esperaba que usted todavía...

—Ah, sí, ahora comprendo —y Kraftstuds soltó una carcajada—. Los tiempos son otros, Rauch. Son otros.

—¿Y la ley?

—Mi querido profesor, la ley se necesita solo en el caso y solo a aquellos quienes pueden sacar de esta algún provecho. Ahora son otros tiempos igual que lo son las fuentes de provecho. Por consiguiente, las leyes también son otras. A propósito, lo que a mí me interesa no son sus consideraciones respecto a las leyes, sino los motivos que le han traído aquí.

—Señor Kraftstuds, como usted ya habrá adivinado, yo entiendo algo de

matemática, me refiero a matemática moderna. Pues bien, al principio yo pensé que usted había organizado un centro de cálculos común y corriente, equipado con máquinas calculadoras electrónicas. Sin embargo, dos ejemplos me convencieron de que no era así. En su centro los problemas matemáticos los resuelven personas. Y los resuelven de una forma genial. Y lo más extraño es que lo hacen con una celeridad monstruosa, yo diría, sobrehumana. Si le interesa, yo me atreví a venir aquí para conocer a sus matemáticos que, sin duda alguna, son personas extraordinarias.

Primeramente, Kraftstuds esbozó una sonrisa, luego comenzó a reírse, al principio muy bajito y después cada vez más fuerte.

—¿De qué se ríe, señor Kraftstuds? —pregunté yo indignado. ¿Es mi deseo acaso tan ridículo y estúpido? ¿Acaso no se asombraría cualquier persona sensata y, más aún, un matemático, al analizar detenidamente las soluciones que su compañía puso a mi disposición?

—Yo me río de otra cosa, Rauch. Yo me río de su limitación provinciana. Me río de ver cómo usted, profesor, persona que goza de tanto respeto en la ciudad, cuya erudición siempre pasmó la imaginación de inexpertas jovencitas y viejas solteras, ¡cómo se ha atrasado, sin remedio, de la impetuosa marcha de la ciencia moderna!

El descaro del exjefe de instrucción hitleriano despertó mi indignación.

—¡Escuche usted! —exclamé yo—. Tan solo quince años atrás su ocupación era torturar con hierro incandescente a personas inocentes. ¿Qué derecho tiene de explayarse sobre la ciencia moderna? Si quiere saber, he venido aquí para enterarme de los métodos coactivos de que se vale para obligar a sus geniales subalternos a realizar en un solo día un trabajo que el genio humano puede abarcar únicamente después de una asidua labor durante varios años o, incluso, en el curso de toda su vida. Estoy muy contento de haberle encontrado aquí. No creo que le resulta grato el conocerme.

Kraftstuds se levantó y frunciendo el ceño se acercó a mí.

—Escúcheme, Rauch, le aconsejo no sacarme de quicio. Yo estaba seguro de que tarde o temprano usted vendría a verme. Pero no contaba, de ningún modo, con encontrarme en mi despacho con un científico imbécil haciendo de detective aficionado. Esperaba hallar en usted, y lo reconozco, más bien a un aliado y ayudante.

—¿Qué-é-é? —grité yo—. Primero, explíqueme qué hace usted con las personas que le proporcionan beneficios.

Los ojos azul pálido de Kraftstuds, ocultos tras los cristales de los lentes, se tornaron dos estrechas rendijas. Por un instante me pareció que me examinaba como a un objeto que quería adquirir en propiedad.

—¿De modo que usted quiere que le explique cómo trabaja nuestra compañía? Entonces, ¿no le es suficiente que sus dos estúpidos problemas se hayan resuelto tal y como deben hacerse en el siglo veinte? Entonces, ¿usted quiere experimentar en su propio pellejo qué significa resolver semejantes problemas? —profirió casi silbando.

—No creo que una sola persona, por muy lista que sea, pueda realizar este penoso trabajo en unas decenas de horas por su propia voluntad. Su reputación es testimonio de ello. Además, tuve la desgracia de oír cómo se desgañitaba uno de sus colaboradores...

—¡Basta ya! —vociferó Kraftstuds—. Al fin y al cabo, no fui yo quien lo invitó venir aquí. Mas si ha venido, y, además, con semejantes intenciones, nos servirá, quiera usted esto o no lo quiera.

No advertí que el médico que me había acompañado a este despacho todo este tiempo se encontraba detrás de mí. El jefe de la compañía le hizo una señal y en un dos por tres su fuerte mano me cubrió el rostro, cerrándome con fuerza la boca, mientras que su otra mano me acercó a la nariz un trozo de algodón impregnado en una sustancia de olor penetrante; lo inhalé y en el acto perdí el conocimiento.

5

Recobré el sentido, pero durante mucho tiempo no me atrevía a abrir los ojos. Oía a mi alrededor las voces de unas personas que discutían acaloradamente. La discusión giraba alrededor de determinadas materias prácticas de la ciencia, pero durante cierto lapso mi conciencia no podía captar su contenido. Solo después de que mi mente se despejara un poco, comencé a percatarme del sentido de las frases.

—Hienrich no tiene razón. A fin de cuentas, el código de los impulsos que excitan las neuronas de los centros de voluntad no se compone de cincuenta sobreoscilaciones con intervalos idénticos y de cinco factores de relación entre el período y la duración del impulso entre grupos iguales. Ayer se lo demostraron con absoluta certeza en los experimentos con Nicols.

—Vaya, tu Nicols no puede servir de ejemplo. Para tu conocimiento, la codificación de la excitación es sumamente individual. Lo que excita los centros de voluntad en una persona, en otra puede afectar a unos centros completamente distintos. Por ejemplo, la excitación eléctrica que provoca la sensación de placer en Nicols, a mí me ensordece. Cuando me someten a esta excitación siento como si en mis oídos hubieran introducido dos tubos por los cuales soplan al cerebro el rugido de los motores de un avión.

—No obstante, el ritmo de actividad de los grupos de neuronas del cerebro de muchas personas tiene numerosos rasgos comunes. Hablando con propiedad, nuestro maestro parte precisamente de esta circunstancia.

—Sí, parte, pero sin grandes progresos —replicó alguien con voz cansada—. Por ahora el asunto no va más allá del análisis matemático.

—Es cuestión de tiempo. En el caso dado los experimentos indirectos tienen mayor importancia que los directos. Nadie se atreverá a introducir en tu cerebro un electrodo para ver qué impulsos se mueven en él por cuanto esto afectaría tu cerebro y, en consecuencia, los propios impulsos. Otra cosa es si se dispone de un generador que permite modificar dentro de amplios límites la modulación por impulsos codificados. Esto permite realizar experimentos sin alterar, en absoluto, la integridad del cerebro.

—Eso todavía hay que verlo —pronunció la misma voz cansada—. El caso de Gorin y Void refuta lo que tú afirmas. El primero murió diez segundos después de haberlo ubicado en un campo de frecuencia modulada en el cual diez sobreoscilaciones consecutivas de la intensidad se producían a una frecuencia de setecientos hertzios, siendo la relación entre el período y la duración del impulso igual a cinco décimas. El segundo vociferaba tanto de dolor que se vieron obligados a desconectar inmediatamente el generador. Muchachos, vosotros olvidáis la tesis fundamental de la neurocibernética de que en las mallas de neuronas que existen en el organismo humano se produce una enorme cantidad de bucles. Los impulsos que circulan por estos se caracterizan por tener una frecuencia y código específicos. Basta acertar con la resonancia de cualquiera de estas circulaciones para que el circuito se excite hasta un estado increíble. Si se puede decir así, el médico experimenta a ciegas. Y el hecho de que todavía salgamos con vida es pura casualidad.

Abrí los ojos. La habitación en la que me encontraba se asemejaba algo a una gran sala de hospital con camas ubicadas a lo largo de las paredes. En el centro se encontraba una gran mesa de madera llena de restos de comida, latas vacías de conservas, colillas y pedazos de papel. Este cuadro estaba iluminado por una opaca luz eléctrica. Me levanté sobre los codos y miró a mi alrededor. En ese instante la conversación se interrumpió.

—¿Dónde me encuentro? —susurré yo paseando la vista por los rostros de los circunstantes que me observaban con los ojos fijos en mí.

Oí que alguien murmuró a mis espaldas:

—El novato volvió en sí...

—¿Dónde me encuentro? —repetí yo la pregunta dirigiéndome a todos a la vez.

—¿Acaso no lo sabe? —me devolvió la pregunta un joven que, en ropas menores, se encontraba sentado en una cama a la derecha de la mía—. Esta es la compañía de Kraftstuds, nuestro creador y maestro.

—¿Creador y maestro? —mascullé yo frotándome la frente—. ¿Qué maestro puede ser si, en realidad, es un criminal de guerra?

—El crimen es un concepto relativo. Todo depende del objetivo en cuyas aras se realiza la acción. Si el objetivo es noble, cualquier acción es buena —espetó el vecino a mi derecha.

Pasmado por este espécimen de maquiavelismo vulgar le miré con curiosidad.

—¿Dónde adquirió usted esa sapiencia, joven? —le pregunté sentándome frente a él.

—El señor Kraftstuddt es nuestro creador y maestro —se pusieron a repetir de pronto, a porfía, todos los presentes en la habitación.

«Resulta que, efectivamente, fui a parar al “Asilo de los sabios” —pensé yo angustiado».

—Sí-í, muchachos, mal van sus asuntos si hablan de esta forma —dije yo recorriendo a todos con la mirada.

—¡Apuesto que el novato tiene la matemática en la banda de frecuencias de noventa a noventa y cinco hertzios! —exclamó un muchacho corpulento levantándose ligeramente de la cama de al lado.

—¡Y el dolor puede suscitarse en él a una frecuencia no mayor de ciento cuarenta hertzios del código de impulsos uniformemente acelerados! —exclamó otro.

—¡Y se le puede hacer dormir mediante envíos codificados a razón de ocho impulsos por segundo con pausas de dos segundos entre ellos!

—¡Estoy seguro de que el novato sentirá hambre si se le excita por medio de impulsos a una frecuencia de ciento tres hertzios con incremento logarítmico de la intensidad de los impulsos!

Ocurrió lo peor de lo que yo habría podido figurarme. Era evidente que me encontraba entre locos. Me sorprendía solo una circunstancia: todos ellos repetían lo mismo, haciendo mención de ciertos códigos e impulsos que relacionaban con mis sensaciones y mi mundo interno. Me rodearon, y mirándome de hito en hito, proferían a grito pelado unas cifras, sacando a colación modulaciones e intensidades y presagiando cómo será mi comportamiento si me someten a la «acción del generador» o me meten «entre las paredes», así como la potencia que yo iba a consumir.

Por cuanto de los libros me había formado la idea de que en el trato con los locos es necesario asentir a todo lo que dicen, decidí no entrar en discusiones sino hablar como si yo fuera igual que ellos. Y en esta disposición de ánimo, en la forma más suave posible, me dirigí a mi vecino que se encontraba sentado en la cama a mi derecha y parecía más cuerdo que los demás.

—Dígame, por favor, ¿de qué habláis aquí sin cesar? Yo soy un profano absoluto en estas materias. Unos códigos, impulsos, neuronas, excitaciones...

La habitación pareció estremecerse de las carcajadas. Estas no cesaron ni siquiera cuando yo, indignado, me levanté deseoso de hacerles callar.

—Circuito catorce. Frecuencia, ochenta y cinco hertzios. Excitación de cólera —gritó alguien y las carcajadas pasaron a risa homérica.

Entonces, volví a sentarme en mi cama en espera de que se tranquilizaran.

Mi vecino de la derecha fue el primero en volver en sí. Se acercó a mi cama, se sentó a mi lado y me miró directamente a los ojos.

—¿De modo que, de veras, no sabes nada?

—Palabra de honor que no sé nada. Y no entiendo ni palabra de lo que habláis.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

—Bueno, confiamos en ti, aunque es un caso muy raro. Deinis, levántate y pónle al corriente de la finalidad de nuestra estancia aquí.

—Sí Deinis, levántate y cuéntaselo para que él goce también de felicidad.

—¿Gozar de felicidad? —pregunté asombrado. ¿Acaso vosotros sois felices?

—¡Por supuesto, por supuesto! —gritaron todos—. Pues hemos adquirido conciencia de nosotros mismos. El mayor placer del hombre consiste en conocerse a sí mismo.

—¿Es que antes no teníais conciencia de vosotros mismos? —me asombré yo.

—Claro que no. Las personas no se conocen. Solamente aquellos que tienen noción de la neurocibernética adquieren conciencia de sí mismos.

—¡Gloria a nuestro maestro! —gritó alguien.

—¡Gloria a nuestro maestro! —repitieron automáticamente los demás.

Se me acercó el hombre a quien llamaban Deinis. Se sentó en la cama frente a mí y con voz sorda y cansada me preguntó:

—¿Qué instrucción tienes?

—Soy profesor de física.

—¿Conoces la biología?

—Muy someramente.

—¿Y la psicología?

—Menos aún.

—¿Y la neuropsicología?

—La ignoro por completo.

—¿Y la cibernética?

—Confusamente.

—¿Y qué sabes de la neurocibernética y la teoría general de la regulación biológica?

—No tengo ni la más mínima idea.

En la habitación sonaron voces de sorpresa.

—Muy mal —masculló sordamente Deinis—. No lo comprenderá.

—Pero usted comience a contar y yo me esforzaré por comprenderle.

—¡Él lo comprenderá después de los veinte primeros tratamientos con el generador! —exclamó alguien.

—¡Yo lo entendí después de cinco! —replicó otro.

—Mejor será si le meten dos veces entre las paredes.

—De todos modos, Deinis, póngame al tanto —insistí. No sé por qué, me embargaba una sensación de algo horripilante.

—Bueno, novato, ¿tú entiendes qué cosa es la vida?

Mirando a Deinis, guardé silencio durante largo rato.

—La vida es un fenómeno muy complejo de la naturaleza —dije yo al fin.

Alguien soltó una sonora risilla. Le siguió alguien más. Luego la risa se hizo casi general. Los inquilinos de la sala me miraban como a una persona que acaba de decir una necesidad indecente. Y solo Deinis me miraba con reproche y meneaba la cabeza.

—Mal van tus asuntos. Tendrás que aprender muchas cosas —me dijo.

—Si me he equivocado, explícamelo.

—¡Explícaselo, Deinis, explícaselo! —gritaron a mi alrededor.

—Está bien. Escucha. La vida es una circulación continua de excitaciones electroquímicas por las neuronas de tu organismo.

Yo quedé pensativo. Circulación de excitaciones por las neuronas. No me acuerdo dónde, pero en cierta ocasión oí algo semejante.

—Sigue, Deinis, sigue.

—Todas tus sensaciones que constituyen la esencia de tu «yo» espiritual son impulsos electroquímicos que se desplazan desde los receptores hacia los reguladores superiores del cerebro y una vez elaborados retornan a los efectores.

—Bueno, prosigue con las explicaciones.

—Cada sensación llegada del mundo exterior se transmite por las fibras nerviosas al cerebro. Una sensación se diferencia de la otra por la forma del código y por su frecuencia, así como por la velocidad de propagación. Estos tres parámetros determinan la calidad, la intensidad y la duración de la sensación. ¿Has comprendido?

—Supongamos que lo entendí.

—Por consiguiente, la vida es precisamente el movimiento de la información codificada por tus nervios. Ni más ni menos. El pensamiento no es otra cosa que la circulación de la información, con modulación de frecuencia, por los bucles neurónicos en las regiones centrales del sistema nervioso, en el cerebro.

—Esto no lo entiendo —reconocí yo.

—El cerebro consta, aproximadamente, de diez mil millones de neuronas análogas a los relés eléctricos. Ellas se unen en grupos y anillos, mediante unas fibras que se denominan axones. Por estos las excitaciones se transmiten de una neurona a otra y de un grupo de neuronas a otro. La migración de excitaciones por las neuronas es el pensamiento.

—Mi terror se acrecentó.

—¡No entenderé nada mientras no haya sido sometido a la acción del generador o encerrado entre las paredes! —oí gritar a mi alrededor.

—Bueno, supongamos que tienes razón. ¿Pero qué se infiere de ello? —pregunté a Deinis.

—Se infiere que la vida puede transformarse como se quiera. Valiéndose de los generadores de impulsos que excitan los códigos necesarios en los bucles de neuronas. Este hecho tiene enorme importancia práctica.

—¿Cuál, precisamente? Explícame —susurré yo, presintiendo que ahora me iba a enterar de algo que me revelaría la esencia de la actividad de la compañía Kraftstuds.

—La mejor explicación de ello se puede dar en el ejemplo de la estimulación de la actividad matemática. Actualmente algunos países construyen las llamadas máquinas computadoras electrónicas. El número de *triggers* o relés de los cuales se componen estas máquinas no pasa de los cinco o diez mil. Mientras que las partes matemáticas del cerebro humano contienen cerca de mil millones de tales unidades. Nadie y nunca podrá construir una máquina con tal cantidad de *triggers*.

—Bueno, ¿y qué?

—Pues, que es mucho más ventajoso utilizar para resolver problemas matemáticos un aparato creado por la propia naturaleza y ubicado aquí —Deinis pasó la mano por encima de las cejas— que construir esas viles y costosas máquinas.

—Pero las máquinas trabajan con mayor rapidez —objeté yo—. Si no me equivoco, la neurona puede excitarse no más de doscientas veces por segundo, mientras que el *trigger* electrónico, millones de veces. Por esta razón las máquinas de acción rápida son más ventajosas.

La sala retumbó de la risa de los presentes. Solo Deinis permaneció serio.

—No es así. También las neuronas pueden hacerse excitar a cualquier frecuencia, si se les aplica una excitación con una frecuencia lo suficientemente alta. Este objetivo se puede alcanzar utilizando para ello un generador electrostático que trabaje en régimen de impulsos. Si situamos el cerebro en el campo de radiación de semejante generador es posible conseguir que trabaje con la rapidez que se desee.

—¡Entonces, este es el método empleado por la compañía Kraftstuds para obtener beneficios! —exclamé yo poniéndome bruscamente de pie.

—¡Él es nuestro maestro! —vociferaron de repente todos a una—. Repite, novato. ¡Él es el maestro!

—No le molesten asimilar —alzó de pronto la voz Deinis—. Llegará el momento y el novato comprenderá que el señor Kraftstuds es nuestro maestro. Él todavía no sabe nada. Escucha, novato, el relato. Cada sensación tiene su código, su intensidad y duración. La sensación de felicidad responde a la frecuencia de cincuenta y cinco hertzios con grupos codificados de a cien impulsos cada uno. La sensación de pena, a la frecuencia de sesenta y dos hertzios con una relación entre el período de impulsos y la duración de estos igual a una décima de segundo. La sensación de alegría responde a la frecuencia de cuarenta y siete hertzios, que aumenta según la intensidad de los impulsos. La sensación de tristeza está relacionada a la frecuencia de doscientos tres hertzios; de dolor, ciento veintitrés hertzios; de amor, catorce hertzios; estado de ánimo lírico, treinta y un hertzios; cólera, ochenta y cinco; cansancio, diecisiete; somnolencia, ocho, etc. Los impulsos codificados de estas frecuencias se desplazan por unos bucles específicos de las neuronas y gracias a esto tú percibes todo lo que yo he mencionado. Todas estas sensaciones pueden suscitarse por medio del generador de impulsos creado por nuestro maestro. Él nos abrió los ojos dándonos

a entender lo que es la vida. Antes de su llegada los hombres vivían en tinieblas e ignorancia de sí mismos...

Después de estas explicaciones sentí que la mente se me nublaba. Esto era o un delirio, o algo que, en efecto, abría una nueva página en la vida de la humanidad. En ese momento yo aún no llegaba a comprenderlo. La cabeza me zumbaba del narcótico inhalado en el despacho de Kraftstudt. De pronto, me sentí muy cansado, me acosté en la cama y cerré los ojos.

—En él predomina una frecuencia de siete a ocho hertzios. ¡Quiere dormir! — exclamó alguien.

—Que duerma un poco. Mañana comenzará a concebir el quid de la vida. Mañana le aplicarán el generador.

—No, mañana le tomarán el espectro. Y harán la correspondiente ficha. Puede ser que tenga algunas desviaciones de la norma.

Estas palabras fueron las últimas que oí. Después, caí en una modorra.

6

La persona con la que me encontré al día siguiente al principio me pareció simpática e inteligente. Cuando me condujeron a su despacho en el primer piso del edificio principal de la compañía Kraftstudt, se levantó y con una amplia sonrisa se dirigió a mí con la mano tendida.

—¡Ah, profesor Rauch, mucho gusto en verle!

—Buenos días —le contesté con reserva—. ¿Con quién tengo el honor de hablar?

—Llámeme simplemente Bolz, Hanz Bolz. Nuestro jefe me encomendó una tarea no muy agradable: presentarle en su nombre sus excusas.

—¿Presentar sus excusas? ¿Acaso a su jefe le puede atormentar el remordimiento?

—No lo sé. Créame que no lo sé, profesor. A pesar de todo, él le presenta sus más sinceras excusas por todo lo sucedido. Se exacerbó. No le gusta cuando le hacen recordar el pasado.

Sonreí recelosamente:

—Yo no vine a verle con el fin de recordarle su pasado, ni mucho menos. Si quiere saber, me interesaba otra cosa. Quería conocer a las personas que tan brillantemente resolvieron...

—Siéntese, profesor. Quisiera hablar con usted precisamente sobre este asunto.

Me senté en la silla que me ofreció y me puse a examinar la personalidad del sonriente señor Bolz que se encontraba sentado frente a mí tras un ancho escritorio. Era un típico representante del norte de Alemania, de cara alargada, cabellos claros y grandes ojos azules. Sus manos daban vueltas a una pitillera.

—Aquí, en esta entidad, yo soy jefe de la sección matemática —me dijo.

—¿Usted? ¿Usted es matemático?

—Si, hasta cierto punto. En todo caso entiendo algo de esta ciencia.

—Entonces, por intermedio de usted, puedo conocer a quienes han resuelto mis ecuaciones...

—Pero si los conoce ya, Rauch —notó Bolz.

Le miré sorprendido.

—Usted pasó con ellos todo el día de ayer y toda la noche.

Evoqué en la memoria la sala con los hombres que, como delirando, hablaban de impulsos y códigos.

—¿Y usted quiere hacerme creer que estos dementes son precisamente aquellos matemáticos geniales que resolvieron las ecuaciones de Maxwell que yo presenté? —sin esperar la respuesta me eché a reír.

—Piense lo que quiera, pero son precisamente ellos. Su último problema lo resolvió un tal Deinis. Al parecer, ayer por la tarde le dio una lección de neurocibernética.

Después de pensar un poco, dije:

—En este caso yo me niego a comprender cosa alguna. Puede ser que usted quiera aclarármelo.

—Con mucho gusto, Rauch. Pero solo después de que lea esto —y Bolz me tendió el periódico del día.

Lo desplegué lentamente y de pronto salté de la silla. De la primera página me miraba... mi propio rostro encerrado en un recuadro negro. Bajo mi retrato, una inscripción con enormes letras decía: «La trágica muerte del profesor de física, doctor Rauch».

—¿Qué significa esto, Bolz? ¿Qué comedia es esta? —exclamé yo.

—Tranquilícese, por favor. Todo es muy simple. Ayer por la tarde, cuando usted regresaba de un paseo al lago y atravesaba el río por el puente, le agredieron dos locos fugitivos del «Asilo de los sabios», le asesinaron, desfiguraron su cadáver y lo arrojaron al río. Hoy por la mañana su cadáver ha sido encontrado en las proximidades del dique. El traje, las prendas y documentos confirmaron que el hallado era usted. La policía realizó las investigaciones pertinentes en el «Asilo de los sabios» y de este modo se aclararon las circunstancias de su trágica muerte.

Al oír sus palabras, me fijé en mi traje, hurgué en los bolsillos y solo entonces comprendí que vestía un traje ajeno y que de los bolsillos habían desaparecido mis prendas personales y documentos.

—Pero si esto es una mentira descarada, un engaño y vileza...

—Sí, sí, sí. Estoy completamente de acuerdo con usted. Pero ¿qué le vamos a hacer, Rauch?, ¿qué le vamos a hacer? Sin su participación la compañía Kraftstutdt puede sufrir un serio contratiempo, si quiere, incluso hasta arruinarse. Hemos recibido un montón de pedidos. Y todos de carácter militar y a muy buen precio. Es necesario realizar cálculos y más cálculos, un enorme volumen de cálculos. Una vez resueltos los primeros problemas para el Ministerio de Defensa, nos invadieron, literalmente, de encargos.

—¿Y usted quiere que yo me convierta en uno más, como vuestro Deinis y los otros?

—No, por supuesto que no, Rauch.

—Entonces, ¿para qué inventaron todo esto?

—Le necesitamos como profesor de matemáticas.

—¿Profesor de matemáticas?

Salté nuevamente. Bolz encendió un cigarrillo y me indicó con la cabeza a la silla. Volví a tomar asiento sintiendo que perdía toda capacidad de reflexión.

—Necesitamos personal matemático, profesor Rauch. Sin este personal, nos iremos a pique.

Sin contestar, clavé los ojos en Bolz, el cual ya no me parecía tan simpático como antes. Comencé a advertir que en su cara de tez blanquecina, carente de cualquier rasgo particular asomaba, apenas perceptible, cierta bestialidad, que, imponiéndose poco a poco, borraba la primera impresión de sinceridad y franqueza.

—¿Y si yo me niego? —le pregunté.

—Muy mal. Temo que entonces tenga que convertirse en uno de nuestros... computistas.

—¿Acaso es algo tan malo? —le inquirí.

—Sí —contestó Bolz firmemente y se levantó—. Esto significaría que usted terminará sus días en el «Asilo de los sabios».

Dando varias vueltas por la habitación, Bolz profirió con tono aleccionador:

—La capacidad de cálculo del cerebro humano supera centenares de miles de veces la de una calculadora electrónica. Mil millones de células matemáticas de la corteza cerebral, más todo el aparato auxiliar, o sea, la memoria, las líneas de retención, la lógica, la intuición, etc., todo ello promueve al cerebro humano a una posición sobresaliente en comparación con cualquier máquina, aun la más perfecta. Sin embargo, la máquina posee una ventaja esencial.

—¿Qué ventaja? —le pregunté sin comprender a qué vienen sus palabras.

—Si en una máquina electrónica se estropea, digamos, una célula a base de *trigger* o, incluso, un registro entero, es posible sustituir las lámparas, o las resistencias, o bien las capacidades, y la máquina reiniciará su trabajo. En cambio, si en la cabeza deja de funcionar una sola célula o el grupo de estas que cumple las funciones calculadoras, lamentablemente, no hay posibilidad de sustituirlas. Por desgracia, nos vemos obligados a forzar los *triggers* del cerebro para que trabajen con

intensidad superelevada, por cuya razón, si me permite expresarlo así, la velocidad con que se produce su desgaste aumenta considerablemente. El aparato calculador vivo se consume con gran rapidez y...

—¿Y entonces, qué?

—Entonces el computista va a parar al «Asilo de los sabios».

—¡Pero esto que usted dice es inhumano! ¡Es un crimen! —grité yo.

Bolz se paró frente a mí, me puso la mano en el hombro y pronunció con una sonrisa amplia:

—Rauch, aquí usted debe olvidar estas palabras y conceptos. Si no los olvida por su propia cuenta, nosotros los arrancaremos de su memoria.

—¡Nunca, jamás conseguiré hacerlo! —le lancé, quitando con violencia su mano de mi hombro.

—Usted ha asimilado mal la conferencia que le leyó Deinis. Muy mal. Y debería prestarle mayor atención, pues él le habló de cosas muy importantes. A propósito, ¿sabe usted qué es la memoria?

—¿Pero qué tiene que ver eso con nuestra conversación? ¿Por qué diablos todo el mundo aquí se hace el mamarracho? ¿Para qué...?

—La memoria, profesor Rauch, es la existencia prolongada de la excitación en un grupo de neuronas debido a la retroacción positiva. La excitación electroquímica que circula en su cabeza por el grupo dado de células durante un largo periodo es, precisamente, la memoria. Usted es físico a quien interesan los procesos electromagnéticos en medios complejos, y no se da cuenta de que aplicando a su cabeza el correspondiente campo electromagnético, podemos inhibir la circulación de la excitación en cualquier grupo de células. ¡Pues no hay nada más simple! Estamos en condiciones no solo de hacerle olvidar todo lo que usted sabe, sino también hacerle recordar aquello que nunca supo. Sin embargo, no es nuestro interés recurrir a tales métodos... eh... artificiales. Confiamos en su buen juicio. La compañía le garantiza buenos dividendos.

—¿Y qué debo hacer? —le pregunté.

—Ya le he dicho: enseñar matemáticas. De entre los parados que, por fortuna, siempre tenemos en abundancia en nuestro país, reclutamos grupos de veinte a treinta personas de los más capacitados en matemáticas. Después, en el curso de dos o tres meses les impartimos la matemática superior...

—Esto es imposible —exclamé yo—, absolutamente imposible. En un plazo tan breve...

—Esto es posible, Rauch. Tenga presente que se encontrará con un auditorio muy comprensivo con una magnífica memoria matemática, que asimilará todo muy bien. Nosotros nos preocuparemos de ello. Estamos en condiciones de asegurarlo...

—¿También artificialmente? ¿Valiéndose del generador de impulsos? —inquirí yo.

Bolz asintió con la cabeza.

—¿De modo que usted está de acuerdo?

Cerré fuertemente los ojos y comencé a reflexionar. Entonces, resulta que Deinis y todos sus amigos de aquella habitación son personas normales y todo lo que me dijeron ayer era verdad. Por consiguiente, esta compañía, en efecto, descubrió el método de guiar los pensamientos, la voluntad y los sentimientos humanos por medio de campos electromagnéticos de impulsos y se vale de este método para lucrarse. Yo sentía la fija mirada de Bolz y comprendía que, inmediatamente, debo tomar una decisión. Era una tarea monstruosamente difícil. Si daba mi consentimiento, me vería obligado a dar clases de matemáticas a personas a las que más tarde, por vía artificial, forzarían a gastar intensivamente su capacidad mental hasta el pleno agotamiento, hasta el consumo absoluto de la materia viva de su cerebro, de modo que, al cabo de cierto tiempo, inminentemente, irán a parar, hasta el fin de sus días, al «Asilo de los sabios». Y si me niego, este destino me espera a mí.

—¿Entonces, usted acepta? —repitió Bolz, tocando mi hombro.

—No —le corté rotundamente—. No. No puedo ser cómplice de esta abominable empresa.

—Como usted quiera —suspiró Bolz—. Lo deploro.

Acto seguido, se levantó diligentemente de la mesa, se acercó a la puerta y, entreabriéndola, gritó:

—¡Eider, Schrank, vengan acá!

—¿Qué se propone hacer conmigo? —le pregunté, levantándome.

—Para comenzar, tomaremos el espectro codificado de impulsos de sistema nervioso.

—¿Qué quiere decir con ello?

—Quiero decir que compondremos una ficha en la cual se registrarán la forma, la intensidad y la frecuencia de los impulsos que responden por cada uno de sus estados anímico e intelectual.

—No lo permitiré. Voy a protestar. Voy a...

—Acompañen al profesor al laboratorio de ensayos —dijo con voz indiferente Bolz, me volvió las espaldas y se puso a mirar por la ventana.

7

Al entrar en el laboratorio de ensayos de la compañía Kraftstuds tomé la decisión que, a fin de cuentas, estaba predestinado a desempeñar un papel relevante en esta

asquerosa historia. Yo discurría de la siguiente manera. Ahora me van a someter a cierto ensayo que ofrecerá a Kraftstuddt y a su pandilla información concerniente a mi mundo espiritual interno. Intentarán establecer qué formas de acción electromagnética provocan en mi sistema nervioso tal o cual emoción, sentimiento o sensación. Si llegan a conseguirlo, me veré irremediablemente en poder de ellos. En cambio, si no lo logran, podré conservar en mi fuero interno cierta fracción de independencia fuera del alcance de su control. En adelante, esta circunstancia me puede ser de gran provecho. Por consiguiente, debo aplicar todas mis fuerzas para tratar de confundir a estos bandidos ultracientíficos, engañándoles cuanto lo permitan mis fuerzas. Y, según entiendo, esto es posible conseguirlo hasta cierto grado. No en vano ayer, en la sala, oí cómo uno de los esclavos de Kraftstuddt dijo que la característica de los impulsos codificados de un hombre es individual, excepto el pensamiento matemático.

Me hicieron pasar a una gran habitación. Sin embargo, parecía un tabuco, debido a los voluminosos aparatos que la abarrotaban. La estancia recordaba el puesto de mando de una pequeña central eléctrica. En el centro había un pupitre con tableros de instrumentos y escalas. A la izquierda, resguardado por una malla metálica, se encontraba un transformador grande y en sus paneles de porcelana brillaban con opaca luz rojiza varias lámparas osciladoras. La malla metálica, que servía de pantalla al generador, tenía insertados un voltímetro y un amperímetro. Por lo visto, sus indicaciones permitían determinar la potencia cedida por el generador. En medio de la habitación se alzaba una cabina cilíndrica compuesta de dos partes metálicas, la superior y la inferior, separadas por un elemento intermedio de un material transparente y aislante.

Mis dos acompañantes me condujeron hasta la cabina. De detrás del pupitre de mando se levantaron dos hombres. Uno de ellos era el médico que me había acompañado al despacho de Kraftstuddt y que me narcotizó. El segundo era un viejecito encorvado a quien yo desconocía, con un cabello alisado y ralo sobre su amarillento cráneo.

—Hay que tomarle el espectro —dijo uno de mis acompañantes.

—No lograron persuadirle —pronunció groseramente el médico—. Lo sabía de antemano. Desde el primer momento yo me di cuenta que Rauch pertenecía a la categoría de naturalezas fuertes. Eso era de esperar. Rauch, usted terminará mal —dijo dirigiéndose a mí.

—Usted también —le repliqué.

—Oh, eso todavía está por ver, pero en cuanto a usted, no hay lugar a dudas.

Me encogí de hombros.

—¿Se someterá voluntariamente a todos los ensayos o tendremos que recurrir a la fuerza? —preguntó echándome una insolente mirada.

—Lo haré voluntariamente. A mí, como físico, incluso me interesa.

—Formidable. En tal caso quítese los zapatos y desnúdese hasta la cintura. En

primer lugar, le debo examinar, auscultar y medir la presión arterial.

Me desnudé. La primera etapa de la «toma del espectro» era un examen médico corriente: «respire, no respire», etc. Yo sabía que ninguno de estos procedimientos podía revelarles mi estado anímico.

Cuando el examen terminó el médico me dijo:

—Entre en la cabina. Aquí tiene un micrófono. Conteste todas mis preguntas. Quiero prevenirle, a una de las frecuencias sentirá un dolor insoportable. Pero esta sensación cesará en cuanto lance un grito.

Con mis pies desnudos pisé el suelo de porcelana de la cabina y esta se cerró silenciosamente. Sobre mi cabeza se encendió una lamparilla eléctrica. Comenzó a zumbar el generador. Este trabajaba en un régimen impulsional de frecuencia muy baja. La intensidad del campo, por lo visto, alcanzó un nivel muy alto. Lo comprendí por los lentos aflujos y reflujos de calor que experimentaba en todo mi cuerpo. Cada impulso electromagnético suscitaba en mis articulaciones un extraño picor. Al compás de los impulsos mis músculos, ora se tensaban, ora se relajaban. No solo se contraían los músculos a flor de piel, sino también los más profundos de mi cuerpo.

El generador comenzó a funcionar más intensamente y aumentó la frecuencia de las ondas térmicas.

«Ya empieza —pensé yo—. ¡Ojalá pueda resistir!».

A la frecuencia de ocho hertzios me entraron ganas de dormir. ¿Acaso mi voluntad no será capaz de oponerse a esta acción? ¿Sería una pena si no logro engañar a estos «investigadores» en la primera banda de su «espectro»? La frecuencia aumentaba lentamente. Yo contaba en mis adentros la cantidad de aflujos térmicos por segundo. Uno por segundo, dos, tres, cuatro... El número de aflujos aumentaba, se hacía cada vez mayor. La somnolencia comenzó a embargarme, pero yo apreté los dientes tratando no sucumbir ante el deseo de dormir. El sueño avanzaba como una pesada y pegajosa mole, mis miembros se tornaron como de plomo, los ojos se me cerraban. Me parecía estar a punto de caer. Con todas mis fuerzas me mordí la lengua procurando ahuyentar con el dolor el pesado amodorramiento. En este instante, como desde lejos, oí una voz:

—Rauch, ¿cómo se siente?

—Gracias, me siento bien. Experimento un poco de frío —mentí yo. Mi propia voz me pareció desconocida. Seguía mordiendo con fuerza los labios y la lengua.

—¿Y no quiere dormir?

—No —respondí yo, mientras por mi mente pasaba: «Un poco más y quedaré dormido...».

De pronto la somnolencia desapareció como por ensalmo. Evidentemente, la frecuencia de los impulsos había subido, traspasando la primera barrera crítica. Súbitamente, me sentí animando y fresco, como sucede después de dormir bien. «Ahora tengo que fingir tener sueño» —decidí yo y, cerrando los ojos, comencé a resollar ruidosamente. Oí al médico decir a su ayudante:

—Un caso raro. En lugar de a ocho hertzios y medio, el sueño le comienza a los diez. Pfaff, anote estos datos —dijo refiriéndose al viejo—. Rauch, ¿cómo se siente ahora?

No le contesté y seguía resollando, relajando todos los músculos y apoyándome con las rodillas contra la pared de la cabina.

—Sigamos —pronunció por fin el médico—. Aumente la frecuencia, Pfaff.

Pasado un segundo, «me desperté». En la banda de frecuencias que atravesaba ahora tuve que experimentar una compleja gama de las más variadas sensaciones y cambios de estado de ánimo. Ora me sentía triste, ora alegre, y al regocijo le seguía un sentimiento de angustia.

«Ya es hora de gritar» —no sé por qué decidí yo.

Y en el instante en que el zumbido del generador se volvió más fuerte me puse a vociferar con todas mis fuerzas. No me acuerdo a qué frecuencia correspondía, pero, al oír mi grito, el médico ordenó alzando la voz:

—¡Retire la tensión! Es la primera vez que tropiezo con un loco así. Anote. El dolor lo experimenta a los setenta y cinco hertzios, mientras que las personas normales lo sienten a los ciento treinta. Continuemos.

«Aún tendré que pasar por la frecuencia de ciento treinta hertzios... Ojalá la pueda soportar...».

—Ahora, Pfaff, sométalo a la frecuencia de noventa y tres.

Cuando fijaron esta frecuencia me ocurrió algo completamente inesperado. De repente, recordé las ecuaciones que había entregado para su resolución a la compañía Kraftstutdt y vi con pasmosa claridad todo el curso de su solución. «Esta es, precisamente, la frecuencia que estimula el pensamiento matemático» —pasó raudo por mi mente.

—Rauch, méncioneme los primeros cinco términos de la función de Bessel de segundo género —oí la orden del médico.

Disparé la respuesta como si fuese una ametralladora. Sentí en mi cabeza una claridad cristalina, y mi cuerpo invadido por una jubilosa y espléndida sensación de que todo lo sabía y lo recordaba.

—Enumere las primeras diez cifras decimales de «pi».

También contesté a esta pregunta.

—Resuelva una ecuación cúbica.

El médico me dictó una ecuación con unos coeficientes fraccionarios inmanejables.

Encontré la respuesta en dos o tres segundos, enumerándole las tres raíces.

—Podemos seguir adelante. En esta banda todo lo tiene como las personas normales.

La frecuencia aumentaba lentamente. En cierto momento, de repente, me entraron ganas de llorar. Un nudo amargo me crispó la garganta y de los ojos me brotaron lágrimas. Fue entonces que yo solté una carcajada. Me desternillaba de risa como si

me cosquilleasen. Yo me reía, pero las lágrimas corrían y corrían...

—Otra imbecilidad... Distinto a los demás. En el acto determiné que este es un tipo nervioso, fuerte, propenso a las neurosis. Es interesante, ¿cuándo comenzará a llorar?

Comencé a «llorar a lágrima viva» cuando no tenía ninguna gana de hacerlo. Mi alma se sentía alegre y despejada como durante una ligera embriaguez. Sentía deseo de cantar y reír, de brincar de regocijo. Todo el mundo —y Kraftstuddt, y Bolz, y Deinis, y el médico— me parecían personas bondadosas. Y precisamente en este momento, por un esfuerzo de voluntad, me puse a sollozar y a sonarme ruidosamente. Sollozaba que daba asco, pero, al parecer, de una manera bastante convincente como para provocar los comentarios de turno del médico:

—Todo al revés. No hay nada parecido a un espectro normal. Este sí que nos dará qué hacer.

«¿Cuánto tardará en llegar la frecuencia de ciento treinta hertzios?» —pensé yo con horror cuando mi alegre y despreocupado estado de ánimo fue sustituido nuevamente por una preocupación e inquietud inconscientes, por una sensación de que estaba a punto de suceder algo horrible e inminente... En este instante me puse a canturrear una canción. Lo hacía mecánicamente, sin pensar, pero mi corazón latía cada vez con mayor fuerza, en aprensión de algo ineluctable, terrible y aciago.

Cuando la frecuencia del generador alcanzó unos valores próximos a los que provoca la sensación de dolor, lo percibí inmediatamente. Primero comenzaron a dolerme las articulaciones del dedo pulgar de la mano derecha, luego sentí un agudo dolor en la herida que había recibido en el frente. Un segundo más tarde un martirizante dolor, agudo y punzante, se difundió por todo mi cuerpo. Penetró en los ojos, en los dientes, en los músculos y, finalmente, en el cerebro. La sangre comenzó a pulsar febrilmente en los oídos. ¿Será posible que no lo soporte? ¿Será posible que me falte voluntad para dominar este terrible dolor sin mostrar cuánto padezco? Se conocen casos de personas que murieron torturadas sin soltar un solo lamento. La historia conoce a héroes que morían en la hoguera en el mutismo más absoluto...

El dolor se intensificaba cada vez más. Por fin, llegó a su apogeo; tenía la sensación de que mi organismo se convertía en una turgente madeja de nervios desgarrados en jirones. Ante mis ojos vi flotar anillos violáceos, me faltaba poco para perder el conocimiento, pero seguía guardando silencio.

—¿Sus sensaciones, Rauch? —otra vez me llegó, como de un subterráneo, la voz del médico.

—Siento una furia salvaje —prorrumpí entre dientes—, si usted cayera en este momento en mis manos...

—Prosigamos con el ensayo. Es una persona totalmente anormal. Todo lo tiene al revés —repitió su conclusión el médico.

Cuando estaba a punto de perder el conocimiento, dispuesto ya a gritar, a desgañitarme, el dolor, súbitamente, desapareció. Todo mi cuerpo se cubrió de un frío

y pegajoso sudor. Mis músculos temblaban.

Seguía el ensayo y alcanzada cierta frecuencia vi de pronto una luz inexistente de deslumbrante brillo que no desaparecía ni siquiera cuando cerraba fuertemente los ojos. Luego experimenté la sensación de hambre canina a la que siguió una gama compleja de sonidos ensordecedores, después sentí frío como si, en pleno invierno, me sacaran a la calle absolutamente desnudo.

Yo presentía que tendría que soportar todas estas sensaciones y por lo tanto contestaba de la manera más inconveniente a las preguntas del médico, con lo cual provoqué unos comentarios violentos por su parte.

Gracias a las conversaciones de ayer en la sala, estaba enterado de que tendría que experimentar otra sensación espantosa, la de la pérdida de voluntad. Precisamente la voluntad era la que me venía salvando hasta el momento. Este invisible poder del alma me ayudaba a impugnar todos aquellos sentimientos que mis verdugos procuraban provocar en mí artificialmente. Sin embargo, valiéndose de su infernal generador de impulsos tarde o temprano llegarían también a este lugar recóndito. ¿Cómo podrán establecer que perdí la voluntad? Esperaba inquieto esta etapa y, por fin, llegó.

No sé cómo, pero, de repente, me percaté de que todo en el mundo me era indiferente. Me daba igual encontrarme en las garras de la pandilla de Kraftstuds, me eran indiferentes todas las personas que rodeaban a este y hasta yo mismo. La cabeza quedó completamente vacía. Todos los músculos se relajaron. Las sensaciones desaparecieron. Viví un estado de total abatimiento, tanto físico como anímico. No me complacía ni me conmovía nada. No podía forzar mi mente a pensar en algo, me costaba trabajo obligarme a mí mismo a levantar el brazo, a mover la pierna o volver la cabeza. Era una terrible falta de voluntad, un estado en que se puede hacer con el hombre lo que se quiera.

Pero, a pesar de todo, en cierto lugar de mi cerebro, en el rincón más recatado de mi conciencia, todavía ardía una minúscula chispita de pensamiento que me repetía insistentemente: «Debes... Debes... Debes...».

«¿Qué debo? ¿Para qué? ¿Con qué fin?» —objetaba todo mi ser. «Debes... Debes... Debes...» —repetía, al parecer, la única célula de mi conciencia la cual, no se sabe de qué manera, resultó inaccesible a estos impulsos electromagnéticos todopoderosos que hacían de mis nervios todo lo que deseaban los verdugos de la compañía Kraftstuds.

Posteriormente, cuando me enteré de la existencia de la teoría del sistema de pensamiento encefálico central de acuerdo con la cual el propio pensamiento y todas las células de la corteza cerebral están, a su vez, profundamente centralizados, y subordinados en su actividad a un solo grupo de células, único y central, comprendí que este poder psíquico supremo se mantiene al margen de las acciones físicas y químicas externas, incluso las más fuertes. Por lo visto, precisamente este grupo de células fue el que me salvó, porque cuando el médico, de pronto, me dio la orden:

«Usted colaborará con Kraftstuds», yo le contesté:

—No.

—Usted hará todo lo que le ordenen.

—No.

—Golpéese con la cabeza contra la pared.

—No.

Prosigamos, Pfaff. Anote que es un tipo anómalo. Pero nosotros dominaremos también a este.

Simulé perder la voluntad al llegar a una frecuencia en que, en realidad, tenía la sensación de poseer una enorme fuerza de voluntad, me sentía listo a realizar cualquier cosa, me encontraba en condiciones de dominar mis actos y llevar a cabo todo lo que me propongiera. Me sentía rebosante de vigor anímico el cual me podía inspirar a las más grandes hazañas. Comprobando mis desviaciones con relación al espectro normal, el médico se detuvo también en esta frecuencia.

—Si tiene que sacrificar su vida en aras de la felicidad de los hombres, ¿lo hará?

—¿Para qué? —le pregunté con voz inexpresiva.

—¿Puede suicidarse?

—Sí, puedo.

—¿Tiene ganas de matar al criminal de guerra Obersturmführer Kraftstuds?

—¿Para qué?

—¿Va a colaborar con nosotros?

—Sí, voy a colaborar.

¡Dios sabe qué cosa es! Seguramente es la primera y última vez que tropiezo con un caso así. A la frecuencia de ciento setenta y cinco, pérdida de voluntad. Apúntelo. Ahora prosigamos.

Este «prosigamos» duró una media hora más, después de lo cual la composición del espectro de frecuencias de mi sistema nervioso se dio por terminada. Ahora el médico «estaba al corriente» de las frecuencias con cuya ayuda podía provocar en mí cualquier sensación y estado de ánimo. En todo caso, pensaba que estaba al corriente. En realidad, la única verídica era la frecuencia que estimulaba mis facultades matemáticas. Pero también yo tenía una acuciante necesidad de saberla. Todo radicaba en que yo me había trazado un plan para conseguir que la criminal compañía Kraftstuds volase por los aires. Y la matemática debía desempeñar un papel bastante importante en el cumplimiento de este plan.

Se sabe que las personas que mejor se someten a la hipnosis y sugestión son las que poseen una voluntad débil. Los colaboradores del centro de cálculos de Kraftstuddt aprovechaban precisamente esta circunstancia: se valían de esta cualidad para «educar» a los computistas en un espíritu de sumisión y temor devoto ante su «maestro».

Antes de hacerme trabajar debían educarme. Pero no podían abordar inmediatamente esta tarea, debido a la «anormalidad» de mi espectro. Yo requería un tratamiento individual.

Mientras en algún lugar preparaban para mí un puesto de trabajo especial, yo gozaba de relativa libertad de movimiento. Me permitían salir del dormitorio al pasillo y asomarme a las aulas donde estudiaban y trabajaban mis compañeros.

Yo no podía tomar parte en las oraciones colectivas entre las paredes del enorme condensador de aluminio, donde las víctimas de Kraftstuddt, cada mañana, durante treinta minutos loaban al jefe de la compañía. Privados de voluntad y razón repetían monótonamente las palabras que alguien les leía por radio.

—La alegría y la felicidad de la vida consisten en conocerse a sí mismos — recitaba una voz salida del altoparlante.

—La alegría y la felicidad de la vida consisten en conocerse a sí mismos — repetían a coro doce hombres puestos de rodillas, cuya voluntad había sido anulada por un campo electromagnético alterno creado entre las paredes.

—Al concebir los misterios de la circulación de los impulsos por los bucles de las fibras nerviosas, sentimos dicha y alegría.

—... dicha y alegría —hacía eco el coro.

—¡Qué maravilloso es saber que todo es tan simple! ¡Cuánto placer da el conocimiento de que el amor, el miedo, el dolor, el odio, el hambre, la angustia, la alegría no son sino el movimiento de impulsos electroquímicos en nuestro cuerpo!

—... en nuestro cuerpo...

—¡Cuán libre y ligero te sientes cuando sabes qué cosa es sentir!

—... sentir...

—¡Cuán miserable es el hombre que no posee esta magna verdad!

—... magna verdad... —repetían en coro cansino los esclavos privados de voluntad.

—¡Señor Kraftstuddt, nuestro maestro y salvador nos regaló esta felicidad!

—... felicidad...

—Nos dio la vida.

—Nos dio la vida.

—Nos descubrió la sencilla verdad sobre nosotros mismos. ¡Que viva eternamente nuestro maestro y salvador!

Escuché esta descabellada oración, mirando a través de la puerta de cristal del

aula.

Hombres postrados y atónicos, con ojos semicerrados repetían mecánicamente unas sentencias dementes. El generador eléctrico que se encontraba a diez pasos de ellos inculcaba por la fuerza en sus mentes, incapaces de oponer resistencia, la sumisión y el miedo. En esta actuación había algo infrahumano, algo mezquino hasta más no poder, algo bestial y al mismo tiempo rayano en una crueldad refinada. El deplorable aspecto de este rebaño de seres humanos, carentes de voluntad, evocaba espontáneamente en la memoria la imagen de personas emponzoñadas por el alcohol o los narcóticos. Los venenos químicos infiltrándose junto con la sangre por entre las células del cerebro mata a unas y deforma a otras, de modo que la persona deja de serlo, pierde su dignidad y grandeza, convirtiéndose en animal.

Aquí, entre dos resplandecientes paredes de aluminio las veces de veneno la hacían unas ondas electromagnéticas invisibles que penetraban hasta las células más recónditas del organismo, obligando a unas extinguirse y estimulando el trabajo de otras, imprescindibles para los planes de los verdugos...

Después de la oración las doce víctimas pasaban a una espaciosa sala a lo largo de cuyas paredes había mesas de escribir. Sobre cada mesa colgaba, suspendida del techo, una redonda placa de aluminio que formaba parte de un gigantesco condensador. La segunda placa, al parecer, se encontraba en el suelo.

Esta sala con las sombrillas de aluminio sobre las mesas se asemejaba en algo a un café al aire libre. Sin embargo, una sola mirada a los hombres sentados bajo estas sombrillas bastaba para ahuyentar esta impresión idílica.

Cada uno de ellos hallaba sobre su mesa una hoja de papel con las condiciones del problema a resolver. Al principio, los computistas echaban una mirada desprovista de sentido a las fórmulas y ecuaciones escritas en el papel, por cuanto en ese momento aún se encontraban bajo el efecto de la frecuencia que les privó de la voluntad. Pero inmediatamente se conectaba la frecuencia de noventa y tres hertzios y una voz por la radio les ordenaba:

—¡Ahora, a trabajar!

Y los doce hombres, agarraban sus libretas y lápices y, febrilmente, se lanzaban a escribir. Lo que hacían no se podía denominar trabajo. Más bien, parecía una especie de frenesí, de histerismo matemático, de ataque patológico de fiebre de cálculo. Se retorcían y se contorsionaban sobre las libretas. Sus manos volaban por las líneas con tanta velocidad que era imposible seguir lo que escribían. De la tensión sus caras se ruborizaban y los ojos salían de sus órbitas.

Así seguían cerca de una hora. Después, cuando los movimientos de sus manos se hacían torpes y espasmódicos, sus cabezas casi tocaban la superficie de la mesa y en sus cuellos estirados se hinchaban venas violáceas, el generador se conmutaba a la frecuencia de ocho hertzios y todos, al instante, se dormían.

¡Kraftstutd se preocupaba por el descanso de sus esclavos!

Luego, todo se repetía.

Observando este horripilante cuadro de frenesí matemático, fui testigo de cómo uno de los computistas perdió el autodomínio...

Observándole a través de una ventana me fijé de pronto que había dejado de escribir. De una forma extraña se volvió hacia su vecino que trabajaba a ritmo febril y durante varios segundos lo contempló con una mirada vacía como esforzándose por recordar algo. Parecía como si hubiera olvidado cierta cosa muy necesaria para seguir resolviendo el problema.

De pronto, comenzó a gritar lanzando horribles sonidos guturales, desgarrando sobre sí su traje y dándose golpes con la cabeza contra el ángulo de la mesa de escribir... Luego perdió el conocimiento y cayó al suelo.

Los demás computistas no le prestaban ni la más mínima atención y continuaban su febril escritura.

Este cuadro despertó en mí tanta furia que comencé a dar puñetazos en la puerta cerrada. Quería llamar a los infelices a dejar su trabajo, fugarse de esta maldita sala, rebelarse y aniquilar a sus torturadores...

—No merece la pena irritarse, señor Rauch —oí a mi lado una voz tranquila. Era Bolz.

—¡Sois unos verdugos! ¡Qué hacéis con estos hombres! ¿Qué derecho tenéis de escarneceros tanto de ellos?

Bolz esbozó su suave e inteligente sonrisa y me dijo:

—¿Usted recuerda el mito sobre Aquiles? Los dioses le propusieron elegir entre una vida larga, pero tranquila y una vida corta, pero tempestuosa. El escogió esta última. Estas personas también hicieron esta elección.

—No se les ofreció ninguna elección. Sois vosotros los que, valiéndose del generador de impulsos, obligáis a estos pobres derrochar sus vidas y correr a cierra ojos al encuentro de su autoaniquilación en aras de vuestras ganancias.

Bolz soltó una carcajada:

—¿Acaso no ha oído usted de ellos mismos que son felices? Y, en efecto, lo son. Mire cómo trabajan olvidándose de sí mismos. ¿No consiste la felicidad en una labor creativa?

—¡Sus elucubraciones me dan asco! Es de común conocimiento que existe un ritmo natural de la vida humana y todo intento de acelerarlo es un crimen.

Bolz volvió a reírse.

—Sus palabras, profesor, carecen de lógica. Antes los hombres se desplazaban a pie o a caballo, ahora lo hacen en aviones de propulsión a chorro. Antes, las noticias se difundían de boca en boca, de hombre a hombre, tardando años en divulgarse por el mundo, y ahora los hombres, en instantes contados, se ponen al corriente de los acontecimientos por medio de la radio o el teléfono. Estos son ejemplos de cómo la civilización moderna acelera el ritmo de la vida. Y usted no lo considera un crimen. Y el cine, la prensa, así como centenares de distracciones y alegrías artificiosas, ¿acaso no representan una aceleración del ritmo de vida? ¿Por qué, entonces, considera

como crimen la aceleración artificial de las funciones del organismo vivo? Estoy convencido de que estos hombres, en su vida normal, no habrían podido hacer ni la millonésima parte de aquello que realizan ahora. Y como se sabe, el sentido de toda la vida consiste en una labor creadora en bien del hombre. Usted mismo se convencerá de ello cuando se incorpore a sus filas. Pronto usted también comprenderá qué es lo que constituye la alegría y la felicidad. Dentro de unos dos días. Para usted se está preparando un local especial. Usted trabajará allí solo, por cuanto —y perdone— se diferencia en algo de las personas normales.

Bolz, familiarmente, me dio unos golpecitos en el hombro y me dejó a solas con mis pensamientos sobre su filosofía inhumana.

9

En correspondencia con mi «espectro» comenzaron a «educarme» utilizando la frecuencia a la cual mi voluntad podía movilizarme a realizar cualquier acto, incluso el más irreflexivo. Por esta razón, no me costó ningún trabajo realizar tal «hazaña» como la simulación de la pérdida de voluntad. Como un autómata, puesto de rodillas, repetía monótonamente siguiendo tras el altoparlante el galimatías oracional ensalzando a Kraftstuddt. Además de la oración, a mí, como novato, me inculcaron ciertas nociones básicas de la neurocibernética. Lo absurdo de esta doctrina consistía en que debía aprender de memoria las frecuencias de los impulsos que corresponden a tales o cuales sentimientos del hombre. En mis proyectos para el futuro una importancia decisiva pertenecía a la frecuencia que estimulaba la capacidad matemática; también me interesaba otra frecuencia que, por fortuna, era próxima a noventa y tres hertzios.

La educación duró una semana, y cuando adquirí un aspecto lo suficientemente sumiso me obligaron a comenzar el trabajo. El primer problema que me mandaron resolver consistía en analizar la posibilidad de derribar los cohetes balísticos intercontinentales en el espacio circunterrestre. Terminé el cálculo en dos horas. El segundo problema, también de carácter militar, se refería al cálculo de haces neutrónicos necesarios para la destrucción de las bombas atómicas del adversario.

Resolví estos problemas realmente con enorme goce, de modo que yo, seguramente también parecía a un poseído, como los demás, con la única diferencia de que el generador, en vez de convertirme en hombre apocado y abúlico me infundía, por el contrario, ánimo y entusiasmo. La jubilosa sensación de entereza y fe

en mis fuerzas no me abandonaba ni siquiera durante el descanso. Fingiendo dormir, en realidad, forjaba mis proyectos de punición.

Cuando acabé con los problemas del ministerio de Defensa, abordé la resolución mental (para que nadie se diese cuenta) del problema matemático que para mí era primordial: el de cómo hacer volar por dentro el centro de cálculos de Kraftstudt.

Por supuesto, que «hacer volar» es una expresión figurada. No disponía ni de dinamita, ni de trinitrotolueno, y hallándome encerrado entre los muros del «Asilo de los sabios» era imposible conseguirlo. Ideé una cosa completamente distinta.

Por cuanto el generador de impulsos del señor Pfaff puede engendrar en la persona cualesquiera sentimientos y emociones, ¿por qué no hacer uso de él con el fin de resucitar, en la conciencia de las desafortunadas víctimas de los hitlerianos, el sentimiento de justa cólera y rebeldía? Si se pudiera alcanzar dicho objetivo, estos hombres, por sí mismos podrían defenderse y ajustar las cuentas a esta pandilla de bandidos ultramodernos. Pero ¿cómo hacerlo? ¿De qué modo sustituir la frecuencia que estimula la labor matemática por la que provoca en el hombre los sentimientos de odio, de ira y de furia?

El funcionamiento del generador se encontraba a cargo de su creador, el anciano doctor Pfaff. Vi a este viejo el día en que tomaron el espectro de mi sistema nervioso. Por lo visto, pertenecía a ese tipo de ingenieros-fanáticos que se deleitaban de ver la creación perversa de su intelecto. La finalidad de su pensamiento ingenieril era mofarse de la dignidad humana. Claro que lo que menos podía esperar del señor Pfaff era que me ayudara en mis proyectos. El de ningún modo formaba parte de mis cálculos. El generador debía ponerse a trabajar en la frecuencia que yo necesitaba sin su intervención y a despecho de sus deseos. Cuando asimilé esta idea, me convencí una vez más de la grandeza de la física teórica. Operando con fórmulas y ecuaciones ella no solo presagia el curso de los distintos fenómenos físicos en la naturaleza, sino también permite salvar vidas humanas...

Efectivamente, el generador de impulsos del señor Pfaff, cualquiera que fuese su circuito, proporcionaba una energía de determinada potencia. Se sabe que, si se sobrecarga el generador de impulsos, es decir, si se le toma una potencia superior a la calculada, su frecuencia comenzará a bajar, al principio lenta y después rápidamente. Por consiguiente, si al generador se le conecta una carga adicional en forma de resistencia óhmica, se puede conseguir que trabaje no a la frecuencia indicada en su escala, sino a una más baja.

La capacidad matemática de los computistas de la compañía Kraftstudt se explotaba en la frecuencia de noventa y tres hertzios. La sensación de cólera y furia se excitaría en caso de que la persona se sometiera a la acción de un campo alterno con una frecuencia de ochenta y cinco hertzios. En consecuencia, tenía que encontrar el modo de deshacerse de ocho hertzios. Era necesario calcular la carga suplementaria que debía aplicar al generador.

Estando en el laboratorio de ensayos me fijé en las indicaciones del voltímetro y

del amperímetro en el generador. El producto de estas magnitudes me dio la potencia. Me quedaba por resolver el problema matemático sobre la carga suplementaria...

Mentalmente analicé el esquema de conexión al generador de los gigantescos condensadores en los cuales se encontraban los desdichados hombres. También mentalmente resolví las ecuaciones de Maxwell para la configuración de los condensadores y calculé los valores de las intensidades eléctrica y magnética del campo. Introduje en estas magnitudes la corrección para la energía absorbida por las personas encerradas en los condensadores y, de este modo, establecí el valor de la potencia que consumía el generador para instigar la capacidad intelectual de los computistas.

¡Resultó que el señor Pfaff tenía una reserva de potencia tan solo de un vatio y medio!

Estos datos me bastaban para resolver el problema de cómo transformar la frecuencia de noventa y tres hertzios en la de ochenta y cinco.

Para ello era necesario conectar a tierra una de las placas del condensador por medio de una resistencia de mil trescientos cincuenta ohmios.

Hallé mentalmente la solución de las ecuaciones de Maxwell para mi caso en unos cuarenta minutos y, cuando obtuve el resultado, sentí deseos de gritar de júbilo.

Pero ¿dónde puedo encontrar un trozo de alambre con tal resistencia? La resistencia debe ser calculada con gran precisión, pues, de lo contrario, la frecuencia cambiará de otra forma y no como yo necesito, de modo que no surtirá el efecto esperado.

Cuando me devanaba los sesos resolviendo este problema práctico, del que dependía el destino de todo mi plan, estuve a punto de golpear la cabeza contra el escritorio, como aquel computista que había visto momentos atrás. Consideraba y reconsideraba febrilmente en mi cerebro las distintas posibilidades de confeccionar la resistencia de la magnitud deseada y con una precisión o suficientemente alta, pero no podía idear nada. El reconocimiento de mi impotencia para encontrar una salida me sumía en una desesperación sin límites, aunque todo el tiempo tenía la impresión de que la solución se encontraba muy cerca, al alcance de la mano.

Y en este estado, cuando comprimiendo con las manos la cabeza me faltaba poco para lanzar un grito sobrehumano, mi mirada se clavó, de pronto, en un vaso de plástico negro que había en el borde de mi mesa de escribir. El vaso contenía lápices. Diez lápices, todos de diferente color y para distintos fines. Sin pensar, agarré al azar el primero que me cayó en la mano y dándole unas vueltas ante los ojos me fijé en la marca «2B», lo que significaba que el lápiz era muy blando. La mina de estos lápices contiene gran cantidad de grafito el cual conduce muy bien la electricidad. Luego vi los lápices «3B» y «5B», les siguieron los de la serie «H», o sea, los duros, que se utilizan especialmente para sacar copias por medio de papel carbón. Mientras mis manos cogían, uno tras otro, los lápices, mi mente realizaba un trabajo febril. Y de pronto, no se sabe de dónde emergió en mi memoria el valor de la resistencia

eléctrica de las minas de los lápices: «La mina del lápiz “5H” tiene una resistencia igual a dos mil ohmios». Un segundo más tarde mis manos sujetaban el lápiz «5H». Hallé no solo la solución matemática, sino también la solución práctica de las ecuaciones de Maxwell para mi caso. Tenía en mis manos un trozo de grafito incluido en un cilindro de madera con cuya ayuda me proponía acabar con esta banda de bárbaros neofascistas.

¡Qué cosa tan extraña! ¡Qué descubrimientos más maravillosos es capaz de hacer la ciencia matemática! ¡Al principio, una larga cadena de observaciones, razonamientos y análisis, luego, otra vez observaciones, esta vez de la situación real, después, cálculos abstractos y resolución de ecuaciones que el gran Maxwell dedujo el siglo pasado y, como resultado, un cálculo matemático preciso demostrando que para acabar con la compañía Kraftstudt era necesario... un lápiz «5H»! ¿No es, acaso, maravillosa esta ciencia, la física teórica?

Cogí en la mano el lápiz como la más preciosa de las joyas y con gran cuidado, casi con ternura, lo guardé en el bolsillo. Llegó el turno de pensar cómo y dónde conseguir dos trozos de alambre para conectar uno a la placa del condensador y el otro al radiador de la calefacción dispuesto en un rincón de la sala, fijando entre ellos el lápiz.

Tardé solo un minuto en encontrar la solución. Me acordé de la lámpara de mesa en la habitación donde vivía con los demás computistas. El cordón de la lámpara era flexible y, en consecuencia, polifilar. Hay que cortarlo y deshacerlo en hilos. La longitud del cordón era aproximadamente de metro y medio. Por consiguiente, se podía obtener de este más de diez metros de alambre fino. Esta cantidad me era suficiente.

Terminé mis cálculos en el preciso instante en que la voz del altoparlante anunció que para nosotros, es decir, para mí y para todos los computistas «normales» llegó la hora del almuerzo.

Animado, abandoné mi celda individual y me dirigí al dormitorio. En el pasillo miré hacia atrás y vi al médico que examinaba las hojas de papel con la solución de mis problemas.

Sin duda, él no sospechaba qué se podía hacer valiéndose tan solo de un lápiz «5H».

En nuestro dormitorio nadie usaba la lámpara de mesa. Estaba en un rincón sobre una mesita de noche, llena de polvo y ensuciada por las moscas, con el cordón arrollado alrededor de su pie.

Por la mañana temprano, cuando, de acuerdo con el reglamento, todos fueron a lavarse, arranqué el cordón de la lámpara y lo escondí en el bolsillo. Durante el desayuno guardé en el bolsillo un cuchillo de mesa y, cuando todos se fueron a remachar la oración, me retiré al cuarto de baño. En unos segundos corté el aislamiento del cordón dejando al descubierto diez finos hilos de un metro y medio de largo cada uno. Luego, partí cuidadosamente el cilindro de madera del lápiz, saqué la mina y separé de esta tres décimas partes, de modo que los siete restantes me aseguraban la resistencia necesaria. En los extremos de la mina hice unas pequeñas estrías y arrollé el alambre. La resistencia estaba confeccionada. Lo único que quedaba por hacer era conectarla a la placa del condensador y a tierra.

Tenía que hacerlo durante el trabajo, en el momento tácticamente más conveniente.

La jornada de trabajo de los computistas duraba ocho horas, con diez minutos de descanso después de cada hora de trabajo. Después del descanso para el almuerzo, a la una del día, por regla general, visitaban la sala en que trabajaban los computistas todos los copropietarios de la compañía Kraftstudt. A esta hora, el cabeza de la compañía, con un deleite no disimulado, observaba cómo se retorcían y crispaban sus víctimas sobre los problemas matemáticos. Este era un momento muy importante y yo decidí que era el instante preciso para conectar al circuito del generador la carga complementaria que variaría la frecuencia de los impulsos.

Cuando llegué a mi puesto de trabajo con la resistencia ya hecha en el bolsillo me sentí muy animado. A la entrada a mi celda tropecé con el médico. Este me trajo una cuartilla con un nuevo problema.

—Eh, galeno, un momento —le llamé.

El médico se paró y me echó una mirada de sorpresa.

—Quiero hablar con usted.

—Sí-í —masculló con asombro.

—Se trata de que durante el trabajo yo recapacité y llegué a la idea de volver a la conversación inicial con el señor Bolz —comencé yo mis explicaciones—. Pienso que mi acaloramiento me jugó una mala pasada. Le ruego informar a Bolz que estoy de acuerdo en dar clases de matemática al nuevo contingente de la compañía Kraftstudt.

El médico masticó el extremo de un hilito que le colgaba del cuello de su bata, escupió y me dijo con una franqueza no fingida:

—¡Palabra de honor que me alegro por ti! Ya he dicho a esos listos que con tu espectro lo mejor es trabajar de capataz a maestro de toda esta mierda matemática. Tenemos gran necesidad en un buen capataz y tú eres un tipo ideal para tal empleo. Tienes unas frecuencias de trabajo absolutamente distintas. Podrías encontrarte

directamente entre ellos y vigilar que se den prisa los negligentes o aquellos cuya frecuencia de excitación de la capacidad matemática no está en resonancia.

—Así es, doctor. No obstante, yo pienso que para mí sería mejor enseñar matemática a los nuevos reclutas. A fe mía, que no quiero romperme la testa contra el ángulo de la mesa como aquel loco que vi el otro día.

—Una decisión sensata —dictaminó el médico—. Hay que hablar con Kraftstuds. Pienso que dará su consentimiento.

—¿Y cuándo se conocerá el resultado?

—Creo que hoy, a la una, cuando hagamos el recorrido habitual del centro de cálculos y pasemos revista a nuestra hacienda.

—Muy bien. Entonces, con su permiso, yo me acercaré a usted.

El médico asintió con la cabeza y se marchó. En mi mesa hallé una hoja de papel con los datos para el cálculo de un nuevo generador de impulsos con una potencia cuatro veces mayor que la del actual. De ahí saqué la conclusión de que Kraftstuds había decidido cuatriplicar su empresa. Quería que en su centro de cálculos trabajasen no trece, sino cincuenta y dos computistas. Palpó con cariño la barra de grafito extraída del lápiz con los dos terminales de alambre. Tenía gran temor de que se me partiera en el bolsillo.

Las condiciones del problema para el cálculo del nuevo generador me convencieron de que mis consideraciones concernientes a aquel que ya funcionaba eran certeras. Esta circunstancia me infundió todavía mayor fe en el éxito de la acción proyectada y esperaba con impaciencia la hora fijada. Cuando el reloj de pared marcó la una menos quince saqué del bolsillo la mina de lápiz cuya resistencia era de mil trescientos cincuenta ohmios y fijé con alambre uno de sus extremos a un perno en la superficie de la «sombrija» de aluminio que colgaba sobre mi mesa. Al otro extremo uní varios trozos más de alambre. De este modo, la longitud total del alambre llegó a ser suficiente para alcanzar el radiador de la calefacción que se encontraba en el rincón de la habitación.

Los últimos minutos transcurrían con martirizante lentitud. Cuando, por fin, el minutero del reloj tocó la cifra «12» y el horario coincidió con el «1», conecté rápidamente el extremo libre del alambre al radiador y salí al pasillo. A mí encuentro iba Kraftstuds acompañado del ingeniero Pfaff, Bolz y el médico. Al verme esbozaron en sus rostros sonrisas. Bolz me dio la señal para que me acercase a él y todos nos paramos junto a la puerta de vidrio de la sala en que trabajaban los computistas.

Pfaff y Kraftstuds se pararon ante las ventanas de la sala por lo que yo no podía ver lo que sucedía dentro.

—Usted se portó sensatamente —me dijo Bolz en voz baja—. El señor Kraftstuds aceptó su propuesta. Usted puede estar seguro de que no lo lamentará.

—¿Oigan, qué es esto? —inquirió, de pronto, Kraftstuds, volviéndose hacia sus acompañantes.

El ingeniero Pfaff se encogió de hombros y miró con extrañeza por la ventana. Mi corazón comenzó a latir aceleradamente.

—¡Ellos no trabajan! ¡Miran a los lados! —susurró con encono Pfaff.

Me abrí paso hacia la ventana y miré a la sala. Lo que observé allí era superior a mis esperanzas. Los hombres que antes se encontraban sentados a sus mesas de escribir se enderezaron, miraban a su alrededor y conversaban unos con otros en voz alta y firme.

—Muchachos, pienso que ya es hora de acabar con este escarnecimiento. ¿Comprendéis lo que están haciendo con nosotros? —decía Deinis muy excitado.

—¡Claro que lo comprendemos! Estos vampiros constantemente nos están metiendo en la cabeza que hemos hallado la felicidad, entregándonos al poder de su generador de impulsos. ¡Ojalá pudiéramos someterles a la acción de este generador!

—¿Qué pasa allí? —exclamó severamente Kraftstuddt.

—No tengo idea —masculló Pfaff.

—¡Pero si se comportan como personas normales! Miren, algo les ha excitado. Están enfadados. ¿Por qué no se ocupan de sus cálculos?

Kraftstuddt se puso colorado.

—No podremos cumplir en el plazo fijado por lo menos cinco encargos militares —dijo él entre dientes. Hay que ponerles a trabajar inmediatamente.

Bolz hizo chasquear la llave y todo el grupo entró en la sala.

—Levántense, que vino vuestro maestro y salvador —profirió Bolz en voz alta.

Después de esta frase en la sala se estableció un agobiante silencio. Dos docenas de ojos llenos de odio y cólera se clavaron en nuestro grupo. Solo faltaba una chispita para que esta atmósfera cargada estallara. Sentí cómo mi alma se regocijaba, pues tenía ante mí un cuadro tangible de lo que produjo la mina de lápiz de mil trescientos cincuenta ohmios de resistencia. ¡He aquí dónde se encerraba la quiebra de la compañía Kraftstuddt! Me adelanté y alzando la voz para que se oyese en toda la sala articulé:

—¿Qué esperáis? Ha llegado la hora de vuestra liberación. Vuestra suerte está en vuestras manos. ¡Destruid esta ruin pandilla que preparaba para vosotros, como último amparo, el «Asilo de los sabios»!

Tras estas palabras vino la explosión. Los computistas, como disparados, saltaron de sus sitios y embistieron contra Kraftstuddt y sus cómplices que quedaron estupefactos e inmóviles. Unos arrancaban del techo las sombrillas de aluminio, otros rompían los vidrios de las ventanas. En un abrir y cerrar de ojos de la pared fue arrancado el altoparlante y con gran estruendo derribadas las mesas de escribir. El suelo estaba cubierto de hojas de papel con cálculos matemáticos.

Entre tanto yo ordenaba:

¡No dejéis escapar a Kraftstuddt! ¡Es un criminal de guerra! ¡Fue él quien organizó este diabólico centro de cálculos, donde las personas perecen consumiendo las preciosas fuerzas de su intelecto, para que él se lucre! ¡Sujetad fuertemente al canalla

Pfaff! ¡Él es el constructor del generador de impulsos! ¡Dadle duro a Bolz! Él preparaba nuevas partidas de desahuciados para sustituir a aquellos que se volvieran locos...

Yo encabezaba la columna de hombres agitados que arrastraban consigo a los criminales. Los excomputistas atravesaron la sala cerrada donde por primera vez yo entregué, para su resolución, mis problemas matemáticos, luego, con estrépito, se abrieron paso entre los angostos pasillos del laberinto subterráneo y, al fin y al cabo, irrumpieron al exterior.

Cuando dejamos atrás la pequeña puerta en el muro de ladrillo del «Asilo de los sabios» nos cegó el caluroso sol de verano. Ante la entrada que daba acceso a la oficina de Kraftstuds se congregó una enorme muchedumbre formada por los vecinos de nuestra villa. Estaban frente a la puerta gritando algo muy fuerte. Nuestra aparición impuso un corto silencio. En nosotros se clavaron centenares de ojos asombrados. Luego oí a alguien exclamar:

—¡Pero si este es el profesor Rauch! ¡Está vivo! ¡Él también cayó en manos de estos canallas!

Deinis y sus compañeros, a empujones, hicieron salir hacia adelante a los zamarreados jefes del centro de cálculos de Kraftstuds. Kraftstuds, Bolz, Pfaff y el médico uno tras otro aparecieron ante los reunidos. Se frotaban las caras mirando cobardemente ora a nosotros, ora a la amenazadora muchedumbre en nuestro derredor.

De pronto, una delgada y grácil muchacha salió hacia adelante. Reconocí en ella a aquella recadera que había traído a mi casa los paquetes con la solución de los problemas.

—Es este —dijo indicando con el dedo a Kraftstuds— y también ese —añadió, después de pensar un poco, señalando con la cabeza a Pfaff. —Ellos lo han tramado todo...

Por la multitud pasó un murmullo. En pos de la muchacha se puso en movimiento una fila de hombres. Un segundo más y harían trizas de estos bandidos. Entonces levanté la mano y dije:

—¡Queridos conciudadanos! Somos personas civilizadas y no es digno de nosotros tomarnos la justicia por nuestra mano para castigar a estas bestias dotadas de conocimientos científicos modernos. Para la humanidad será de mayor provecho si informamos a todo el mundo sobre sus fechorías. Merecen que les juzgue un tribunal severo, y aquí están a los testigos de cargo —y señalé el grupo de computistas de la compañía Kraftstuds—. Ellos les contarán cómo, valiéndose de los logros de la ciencia y la técnica modernas, los verdugos hitlerianos de otros tiempos cometían sus atrocidades y cómo, destruyendo a las personas, se llenaban de oro los bolsillos.

¡Ya lo sabemos, profesor Rauch! —sonaron voces a mi alrededor—. ¡Lo sabemos todo! Elsa Blinter nos lo contó todo después de ver en los periódicos su retrato en un cuadro de luto.

—Aquí, detrás de estos muros, los criminales perpetraban sus horripilantes delitos. Utilizando los adelantos de la ciencia, decidieron reducir a los hombres a la condición de esclavos y explotarlos con ayuda de las máquinas hasta su total destrucción.

—¡Estamos enterados de todo esto! ¡Estamos al corriente de todo! —alborotaba la muchedumbre—. ¡Los criminales al juzgado!

La excitada muchedumbre volvía apresuradamente a la ciudad. Delante iba yo con mis compañeros del centro de cálculos. A mi lado marchaba Elsa Blinter, la joven recadera. Agarrándose fuertemente de mi mano ella susurraba:

—Después de llevarle el último paquete y de que usted me dijera que no hiciese caso de las instrucciones, lo recapacité durante largo tiempo. Sabe, cuando volví a la compañía después de conversar con usted tuve la sensación de adquirir una fuerza incomprensible. Me pusieron entre las paredes y me sometieron a un interrogatorio, interesándose por usted. Pero recogí toda mi voluntad y encontré fuerzas para no decirles la verdad. No sé cómo, pero tuve éxito...

—Cualquier persona que odie a los enemigos y amé a los amigos, tendrá éxito en tal situación.

—Es cierto —dijo Elsa—. Justamente eso ocurrió conmigo. Luego, yo cobré valentía y me fugué de esta pandilla. Y comencé a contar a todos en la ciudad de las ocupaciones del señor Kraftstuds. Y por esta razón, hoy domingo, todo el mundo vino aquí.

Kraftstuds y sus cómplices del centro de cálculos fueron entregados a las autoridades locales. El alcalde de nuestra villa pronunció un patético discurso ornado profusamente de citas de la biblia y el evangelio. Al final del discurso declaró que por haber cometido tan refinados crímenes al señor Kraftstuds y a sus colegas les juzgaría el tribunal federal supremo. Al jefe del centro de cálculos y a sus socios se los llevaron en coches sin ventanas. Desde entonces nadie y nada se conoce de ellos. Tampoco en los periódicos pudimos encontrar información sobre el castigo que les impusieron. Por si esto fuese poco hasta nuestra ciudad llegaron rumores de que Kraftstuds y sus amigos entraron al servicio público y que, al parecer, les encargaron organizar un gran centro de cálculos para atender los pedidos del Ministerio de Defensa.

Siempre experimento inquietud cuando, al abrir el periódico, veo en la última página el mismo anuncio: «Para trabajar en un gran centro de cálculos se necesitan hombres desde veinticinco hasta cuarenta años versados en matemáticas superiores».

Esta es la razón por la que me decidí a publicar mis notas. Que todo el mundo se entere de aquel suceso y exija castigo para los criminales.

Notas

[1] Pollo-tabaká: Plato nacional georgiano que consiste en freir el pollo bajo una tapa con un peso encima (*N. de la Red.*). <<